



**House of Cards**  
Michael Dobbs

Lectulandia

¿Es la política tan endeble como un castillo de naipes? ¿Qué hacen los políticos cuando no los vemos? ¿Tiene límites su ambición? Una novela más realista de lo que parece. De hecho su autor la escribió furioso contra Margaret Thatcher cuando trabajaba con ella.

*House of Cards* se publicó en 1989 y pronto se convirtió en una famosa serie de la BBC, protagonizada por Ian Richardson. Hoy vuelve a triunfar mundialmente en la serie de televisión de Netflix protagonizada por Kevin Spacey y adaptada a la política norteamericana. Una intriga política de alta intensidad que engancha al lector hasta el final. La ironía y el cinismo de esta apasionante historia da vértigo y a la vez nos hace sonreír.

**Lectulandia**

Michael Dobbs

# **House of Cards**

ePub r1.2  
lenny 26.10.15

Título original: *House of Cards*

Michael Dobbs, 1989

Traducción: Patricia Antón

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

Corrección de erratas: asunsao, Strangelove

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

Barajar

*Nada dura para siempre. Ni la risa, ni la lujuria, ni siquiera la vida en sí. Para siempre, no. Por eso le sacamos el máximo jugo a lo que tenemos.*

*¿Por qué desperdiciar la vida buscando un epitafio? «Te recordamos con cariño.» ¿Quién salvo un idiota quiere algo así cincelado sobre su cabeza? No es más que incontinencia sentimental. Enfrentémonos a los hechos: la vida es un juego que suma cero y es mediante la política como decidimos quién gana y quién pierde. Y, nos guste o no, todos somos jugadores.*

*«Respetado por cuantos le conocían.» Otro lloriqueo monumental. No quiero eso en mi lápida. No es el respeto, sino el miedo lo que motiva a un hombre; así se construyen imperios y se ponen en marcha revoluciones. Ése es el secreto de los grandes hombres. Cuando un hombre tiene miedo de que lo aplastes, de que lo destruyas por completo, su respeto siempre vendrá detrás. El temor más elemental siempre es embriagador, abrumador, liberador. Siempre es más intenso que el respeto.*

*Siempre.*

# Capítulo I

*Jueves, 10 de junio*

Tenía la sensación de haber vuelto a casa un momento antes, dando un traspiés en el último peldaño de puro agotamiento, pero el sol asomaba ya tras las cortinas y le hundía los pulgares en los ojos al anidar en su almohada. Se volvió de costado, de mal humor. Tenía la cabeza como un bombo, le dolían los pies y el otro lado de la cama estaba vacío. Qué idea tan desastrosa la de apuntarse a apurar aquella segunda botella de Liebfraumilch. La había hecho bajar la guardia y acabar arrinconada por algún pelota del *Sun* lleno de acné y que no paraba de insinuársele. Había tenido que tirarle encima de la camisa lo que le quedaba de vino para conseguir que retrocediera. Echó ahora un rápido vistazo bajo el edredón, solo para asegurarse de no haberla cagado del todo y de que el tipo no acechara ahí debajo. Exhaló un suspiro; ni siquiera había llegado a quitarse los calcetines.

Mattie Storin aporreó la almohada y volvió a tumbarse. Se merecía un ratito más en la cama; sabía que esa noche no podría dormir. La noche de las elecciones. El día de la condenación. La venganza de los votantes. Esas últimas semanas habían sido atroces para ella, con el acoso del director del periódico, con fechas de entrega demasiado exigentes y debatiéndose entre la emoción y el agotamiento. A lo mejor, cuando esa noche pasara, podría cogerse unos días libres, organizar un poco su vida, ir en busca de vinos y hombres de mejor calidad con los que pasar las veladas. Se ciñó más el edredón. Incluso bajo el resplandor del sol de principios de verano, estaba helada.

Las cosas habían sido así desde que saliera de Yorkshire, hacía casi un año. Había confiado en dejar atrás todas las acusaciones, toda la ira, pero aún proyectaban una sombra fría, la seguían a todas partes, especialmente a la cama. Se estremeció y enterró la cara en la almohada llena de bultos.

Trató de ver las cosas con filosofía. Al fin y al cabo, ya no había distracciones emocionales en su vida, nada que se interpusiera en su camino a la hora de averiguar si tenía realmente lo que hacía falta para convertirse en la mejor corresponsal política en un mundo ferozmente masculino. Solo tenía que cuidar de sí misma, ni siquiera de un gato. Pero costaba tomarse las cosas con filosofía cuando tenías los pies congelados. Y cuando no tenías ropa limpia. Volvió a destaparse y se levantó de la cama, solo para encontrarse con que el cajón de la ropa interior estaba vacío. Había calculado mal, o se le había olvidado; demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo para hacer cualquiera de ellas, y mucho menos la maldita colada. Buscó en otros cajones, en todos los rincones, armó un buen desorden, pero no encontró nada. Mierda, menos mal que no había ningún hombre viéndola. Se sumergió en la cesta de la ropa sucia y hurgó un poco hasta que dio con unas braguitas que llevaban ahí una semana pero que solo había llevado puestas un día. Las volvió del revés, se las puso.

Lista para la batalla. Con un suspiro, Mattie Storin abrió de par en par la puerta del baño y se dispuso a iniciar la jornada.

Cuando el anochecer comenzaba a cernerse sobre el cielo de junio, cuatro lámparas de vapor de mercurio de alto rendimiento se encendieron con un ruido sordo para inundar el edificio de una luz de alta intensidad. Los focos brillantes hendían la fachada supuestamente georgiana de la sede del partido. Una cortina aleteó en una ventana del tercer piso cuando alguien echó un rápido vistazo a la escena que había fuera.

La polilla también vio los focos. Esperaba la llegada de la noche, descansando en una grieta de una de las cercanas torres de San Juan, la elegante iglesia erigida por Wren en el centro de Smith Square. Hacía mucho que la iglesia se había secularizado y que se había despachado a san Juan, pero las cuatro torres de piedra caliza seguían dominando aquella plaza, ahora sin dios, en el corazón de Westminster. Miraban el mundo debajo de ellas con expresión huraña, de desaprobación. Pero la polilla no. Sentía un hormigueo de excitación. Extendió las alas, atraída por diez mil vatios y un millón de años de instinto.

La polilla emprendió un esforzado vuelo en el aire del anochecer, obligando a su cuerpo a seguir aquel río de luz. Voló sobre las cabezas de la creciente multitud, más allá del bullicio y del ritmo cada vez más febril de los preparativos. Se acercó más y más, anhelante, apasionada, errática, ambiciosa, haciendo caso omiso de todo lo que no fuera aquella energía que tanto la atraía, una energía más allá de los sueños, de la resistencia. No tenía alternativa.

Hubo un destello brillante cuando el cuerpo de la polilla entró en contacto con la lente un segundo antes de que sus alas se adhirieran al cristal abrasador y se evaporaran. El cuerpo calcinado y ennegrecido desprendió vaporosas nubecillas de desesperanza al caer dando vueltas al suelo. La noche se había cobrado su primera víctima.

Otra de las primeras víctimas de la velada se apoyaba contra la barra barnizada del Marqués de Granby, en la esquina donde tenía lugar todo el jaleo. El Marqués de Granby original había sido una figura militar popular más de doscientos años antes, y había más *pubs* con su nombre que con el de cualquier otro personaje de la zona, pero el marqués había sucumbido a la política para acabar perdiendo el norte y muriendo lleno de deudas y presa de la desesperación. A Charles Collingridge le aguardaba más o menos el mismo destino, según sus muchos amigos. No es que a Charles Collingridge lo hubieran elegido nunca, pero al marqués tampoco: en aquellos tiempos remotos, no era lo que se estilaba. Collingridge rondaba los cincuenta y cinco, aunque parecía mayor, y muy cansado, y no había tenido una carrera en el ejército especialmente gloriosa: dos años de servicio militar que le habían dejado poco más que una sensación de ineptitud para encajar en el orden de las cosas. Charlie siempre había tratado de actuar con decencia, pero era propenso a los



accidentes. Suele pasar cuando uno tiene el vicio de la bebida.

Su día había empezado pronto, con un afeitado y una corbata, pero ahora empezaba a asomarle la barba y la corbata pendía a media asta. Los ojos le revelaron al camarero que el generoso vodka que le había servido dos copas atrás no había sido el primero del día. Pero Charlie era un borracho simpático, que siempre tenía a punto una sonrisa y una palabra amable. Empujó el vaso vacío hasta el otro lado de la barra.

—¿Otro? —preguntó el camarero con ciertas reservas.

—Y otro para usted, mi buen amigo —contestó Charlie sacando la cartera. Contempló con incredulidad un solitario billete y añadió en murmullos—: Ay, pero por lo visto ando un poco corto. —Hurgó en el bolsillo, sacó unas llaves, un pañuelo gris y unas cuantas monedas—. Estoy seguro de que en algún sitio...

—Con ese billete es suficiente —zanjó el camarero—. Yo no quiero nada, gracias. Va a ser una noche larga.

—Pues sí, lo será. ¿Conoce a Hal, mi hermano pequeño?

El camarero negó con la cabeza y empujó la bebida a través de la barra barnizada, contento de que el viejo borracho se hubiese quedado sin dinero; no tardaría en irse de su bar.

—¿Que no conoce a Hal? —insistió Charlie, sorprendido—. Seguro que sí. —Tomó un sorbo—. Todo el mundo conoce a Hal. —Un sorbo más—. Es el primer ministro.

## Capítulo II

*Es una gran idea que un político sepa ver más allá. Sí, buena visión es justo lo que hace falta. Es verdaderamente útil, ¿no creen? Si hasta diría que, en un día despejado, la mayoría de los políticos son capaces de ver hasta... bueno, conozco a algunos capaces de ver más allá del mismísimo Battersea.*

Francis Ewan Urquhart era un hombre de muchas facetas: diputado parlamentario, consejero de Estado, lo cual le confería el título de Muy Honorable, ministro de la Corona y comendador de la Muy Excelente Orden del Imperio británico. Era todas esas cosas y aquélla era su noche, y sin embargo no estaba pasándolo bien. Lo tenían arrinconado en una pequeña y atiborrada sala de estar, aplastado contra una espantosa lámpara de pie de los años sesenta que tenía toda la pinta de ir a acabar volcándose. Lo había acorralado una turba de señoronas voluntarias del partido que le bloqueaban las vías de escape con su orgullosa cháchara sobre los panfletos que habían repartido a última hora en los buzones y lo mucho que les dolían los pies. Se preguntó para qué se molestarían. Estaban en las afueras, en Surrey, la tierra de las clases sociales A y B según la terminología de los encuestadores, donde los pasaportes estaban siempre a punto y había Range Rovers esperando en el sendero. ¿Range Rovers? Las únicas ocasiones en las que encontraban barro era cuando invadían jardines por descuido a altas horas de una noche de viernes o cuando dejaban a sus Johnnies y Emmas en sus escuelas de pago. En esa zona, hacer campaña se consideraba casi vulgar. Allí no contaban votos: los pesaban.

—¿Otro *vol-au-vent*, señor Urquhart?

Una mujer con sobrepeso y con el pecho cubierto por un gran estampado floral que parecía ocultar un par de gatos cascarrabias le puso por delante una bandeja de tartaletas medio mustias.

—No, gracias, señora Morecombe. ¡Me da miedo explotar!

Lo dijo con impaciencia. Era un defecto suyo, que se remontaba a muchas generaciones atrás. Los Urquhart eran una orgullosa familia de guerreros de las tierras altas de Escocia, con su castillo en la orilla del lago Ness, pero habían llegado los MacDonald y el castillo estaba ahora en ruinas. Los recuerdos de infancia de Francis Urquhart consistían en pasarse horas bajo el aire tonificante y cristalino de los páramos, en compañía de un viejo ayudante de caza, tendidos ambos en la húmeda turba y los helechos de dulce perfume a la espera de que apareciera el ciervo perfecto, como había imaginado que estaría haciendo su hermano mayor, Alastair, en los setos a las afueras de Dunkerque, esperando a los alemanes. Su hermano lo había llamado por sus iniciales, FU, lo que les había supuesto a ambos frecuentes tortazos de su padre, aunque Francis tardaría años en enterarse de que tenían un significado soez; no recordaba exactamente cuál, algo parecido a «que te follen». No le importaba, estaba encantado de andar siempre pegado a su hermano mayor. Pero Alastair no había vuelto a casa. Su madre se había venido abajo, jamás se recobró, vivió con el

recuerdo de su hijo perdido y descuidando a Francis, de manera que FU había acabado por marcharse al sur, a Londres. A Westminster. A Surrey. Abandonó sus obligaciones. Su madre no había vuelto a hablarle. Que hubiese vendido su herencia por Escocia entera ya habría sido imperdonable, ¿pero por Surrey?

Exhaló un suspiro, sin dejar de sonreír. Aquélla era la decimoctava sala de reuniones del comité de la jornada y el entusiasmo que había mantenido prieta la madeja de buen rollo a primera hora de la mañana se había deshilachado horas antes. Aún faltaban cuarenta minutos para que cerraran las cabinas electorales y se echara en las urnas el último voto. Urquhart tenía la camisa chorreando. Estaba cansado y se sentía incómodo, acorralado por aquella hueste de mujeres que lo perseguía con la insistencia de un spaniel.

Y aun así, seguía con la sonrisa puesta, porque su vida estaba a punto de cambiar, fuera cual fuese el resultado. Urquhart había pasado años ascendiendo peldaños en el escalafón político, de diputado de última fila y sin responsabilidades a puestos ministeriales de subalterno, para asistir al Gabinete como hacía ahora en el papel de *whip*<sup>[1]</sup>, uno de los veinte o veinticinco puestos con mayor poder en el Gobierno. Le daba derecho a unas oficinas magníficas en el número 12 de Downing Street, a solo unos metros de las del primer ministro. Era al otro lado de la puerta del número 12 donde dos de los británicos más célebres de todos los tiempos, Wellington y Nelson, se habían reunido por primera y única vez. Las paredes estaban empapadas de historia y de una autoridad que ahora ostentaba él.

Sin embargo, el poder de Urquhart no era producto directo de su cargo público. El papel de whip no tenía capacidad ejecutiva plena. Urquhart no contaba con un gran Departamento de Estado o una gigantesca maquinaria de la administración pública que dirigir; el suyo era un cometido sin rostro, trabajando sin descanso entre bastidores, sin discursos en público ni entrevistas en la televisión. Un hombre en la sombra.

Y era además un hombre que imponía disciplina. Era quien hacía cumplir las normas, el hombre cuyo trabajo consistía en imponer un poco de mano dura. Eso significaba que no solo infundía respeto sino también un poco de miedo. Era el ministro con las antenas políticas más finas en el Gobierno. Para que los votos se depositaran, día tras día, noche tras noche, necesitaba saber dónde podía encontrar a tiempo a sus parlamentarios, lo que significaba que tenía que conocer sus secretos: con quién conspiraban, con quién se acostaban, si estarían lo bastante sobrios para votar, si habían puesto las manos en la cartera de otro o en la esposa de otro. Todos esos secretos y sus pequeñas ventajas se reunían y recogían en una lista negra, que se guardaba en una caja fuerte a cuyas llaves ni siquiera el primer ministro tenía acceso.

En Westminster, la información de esa clase significa poder. Muchos en el partido parlamentario de Urquhart le debían su continuidad en el cargo a la capacidad de la oficina del whip de solucionar y en ocasiones encubrir sus problemas personales. Los diputados de última fila resueltos a rebelarse o los de primera fila a quienes distraía la

ambición se encontraban cambiando de opinión cuando se les recordaba alguna indiscreción anterior que el partido había perdonado, pero nunca olvidado. Era asombroso hasta qué punto se volvían flexibles los políticos cuando se veían frente a la posibilidad de una colisión entre su vida pública y su vida privada. Incluso aquel dispéptico de Staffordshire que era el ministro de Transporte, un tipo que había planeado hacer un discurso en el Parlamento muy por encima de su competencia y demasiado cerca de la del primer ministro, había acabado por entrar en razón. Solo había hecho falta una llamada telefónica a la casa pareada de su amante en lugar de al hogar conyugal.

—Coño, Francis, ¿cómo es posible que me llames aquí?

—Vaya, Keith, no me digas que he cometido un terrible error. Lo siento muchísimo, quería charlar un momento contigo sobre ese discursito tuyo y por lo visto he buscado tu número en el sitio que no tocaba.

—¿Qué narices quieres decir con eso?

—Ah, ¿no lo sabías? Tenemos dos registros distintos. Uno recoge los datos oficiales, y el otro... Bueno, no te preocupes, solemos tener nuestra listita negra muy bien vigilada. No volverá a pasar. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Verdad que no?

El ministro de Transporte había exhalado un suspiro, que sonó lleno de culpa y melancolía.

—No, Francis, por supuesto que no volverá a pasar.

Otro pecador que se había apresurado a arrepentirse.

El partido estaba en deuda con Francis Urquhart, todo el mundo lo sabía. Y, pasadas esas elecciones, habría llegado el momento de que se cobrara esa deuda.

De pronto, una de sus devotas damas lo hizo volver al presente. La mujer tenía los ojos brillantes de entusiasmo, las mejillas encendidas y un agrio tufillo en el aliento a los sándwiches de huevo y berros; su coqueta timidez y su discreción habían sucumbido al acaloramiento y la emoción de la jornada.

—Díganos, señor Urquhart, ¿qué planes tiene? ¿Aún piensa presentarse a las próximas elecciones? —preguntó con desparpajo.

—¿Qué quiere decir? —respondió él, muy sorprendido y con un brillo de indignación en los ojos.

—¿No ha pensado en retirarse? —insistió la mujer—. Ha cumplido los sesenta y uno, ¿no? En las próximas elecciones tendrá sesenta y cinco o más.

Urquhart inclinó su cuerpo alto y anguloso para mirarla a los ojos.

—Señora Bailey, aún no he perdido la chaveta, y en muchas sociedades estaría ahora en la flor de mi vida política —contestó torciendo el gesto y sin asomo ya de buenos modales—. Aún me queda mucho trabajo que hacer, muchas cosas por conseguir.

Le dio la espalda a la mujer y se alejó sin molestarse en ocultar su impaciencia, aunque en el fondo sabía que ella tenía razón. Hacía mucho que la lozanía de su

juventud había quedado atrás, que el oro se había vuelto plata, como le gustaba decir en broma. Llevaba el pelo más largo de lo que tocaba, como para compensarlo. Su cuerpo delgado ya no llenaba tan bien como antaño los trajes de corte tradicional, y sus ojos azules se habían vuelto más fríos con el paso de tantos inviernos. Su altura y su porte erguido le prestaban una imagen distinguida en los sitios concurridos, pero un ministro, un tipo al que había contrariado, le había dicho en cierta ocasión que su sonrisa se parecía al asa de una urna de cenizas frías. Y, acto seguido, le había espetado: «Y muchas de esas cenizas no tardarán en ser las tuyas, viejo cabrón». Urquhart ya no estaba en la flor de la vida y no podía ocultarlo, ni siquiera a sí mismo. La experiencia ya no era una aliada.

¿Cuántos años llevaba viendo a hombres más jóvenes y con menores condiciones ascender con mayor rapidez que él? ¿Cuántas veces les había enjugado las lágrimas, les había limpiado el culo y enterrado bien hondo sus secretos para despejarles el camino? ¡Pues sí, estaban en deuda con él! Aún le quedaba tiempo para dejar huella, pero tanto él como la señora Bailey sabían que tampoco tanto.

Sin embargo, pese a que le había dado la espalda, la mujer le había dado alcance y seguía en sus trece, ahora arengándolo sobre el proyecto de la implantación del sentido único en el recorrido por las tiendas del centro comercial de High Street. Urquhart levantó la vista con expresión suplicante y se las apañó para llamar la atención de su esposa, Mortima, que estaba enfrascada en tópicos en el otro extremo de la habitación. Ella solo tuvo que mirarlo para comprender que debería haberlo rescatado hacía rato, y corrió a su lado.

—Señoras, van a tener que disculparnos, deberíamos volver al hotel a cambiarnos antes del recuento de votos. No puedo agradecerles suficientemente toda su ayuda. Ya saben hasta qué punto son indispensables para Francis.

Urquhart hasta se las apañó para sonreírle a la señora Bailey; fue un gesto efímero, tanto que apenas si llegó a verse, pero bastó como reconciliación. Se dirigió rápidamente hacia la puerta. Estaba despidiéndose de la anfitriona cuando lo detuvo un ademán de su secretaria electoral, quien garabateaba notas a la vez que hablaba por teléfono.

—Solo trataba de hacer el cálculo definitivo de la campaña por conseguir votos, Francis —explicó.

—Y yo que andaba preguntándome hace una hora por qué no se habría hecho eso ya. —De nuevo aquella brevísima expresión divertida, que se esfumó mucho antes de haber llegado a sus ojos.

—La cosa no pinta tan alentadora como la última vez —dijo ella, ruborizándose ante la reprimenda—. Por lo visto, un montón de nuestros partidarios se han quedado en casa. No es fácil interpretar eso, pero sospecho que nuestra mayoría habrá bajado. No sé decirte cuánto.

—Al diablo con ellos. Merecen una dosis de oposición durante unos cuantos años. A lo mejor eso consigue que muevan el culo.

—Cariño —intervino su mujer, tratando de calmarlo como en tantas ocasiones—, eso no es muy generoso que digamos. Con una mayoría de casi veintidós mil, podemos permitirnos un bajoncito, ¿no?

—Mortima, no me siento generoso. Tengo calor, estoy cansado y ya he aguantado toda la cháchara a pie de urna que puedo soportar. Por el amor de Dios, sácame de aquí.

Echó a andar a buen paso mientras Mortima se volvía para dar las gracias y despedirse con un ademán de la habitación atestada. Tuvo el tiempo justo de ver cómo la lámpara de pie caía y se hacía añicos.

El ambiente de amenaza controlada que solía imperar en el despacho del director del periódico se había desvanecido, para verse reemplazado por una perturbadora sensación de pánico que parecía irse más y más de las manos. Hacía horas que la primera edición estaba en la rotativa, con un audaz titular de primera plana que proclamaba: «¡victoria asegurada!». Pero eso había sido a las seis de la tarde, cuatro horas antes de que cerraran las cabinas electorales. El director del *Daily Chronicle* se había arriesgado a aventurar el resultado para que su primera edición tuviera al menos cierto interés cuando saliera a la calle. Si había acertado, sería el primero en dar la noticia. Si se equivocaba, estaría hasta el cuello y con los cocodrilos acechando alrededor.

Aquellas eran las primeras elecciones de Greville Preston como director del periódico, y no se sentía cómodo. Su nerviosismo se reflejaba en el cambio constante de titulares, en las insaciables exigencias a su sección de política de que lo pusieran al día y en su lenguaje cada vez más vulgar. El nuevo propietario del grupo Chronicle lo había emplazado ahí solo unos meses antes con una única e inapelable orden: «Quiero éxitos». El fracaso no era una opción en su contrato, y sabía que no iban a darle una segunda oportunidad, del mismo modo que él no sentía el menor remordimiento cuando se trataba de los demás trabajadores del *Chronicle*. Las exigencias de gratificación financiera instantánea por parte de los contables habían llevado a recortes despiadados y muchos entre el personal de cierta edad se habían encontrado con que los «racionalizaban» y reemplazaban por gente con menos experiencia y considerablemente más barata. Aquello le vino estupendamente al balance final, pero fue un palo tremendo para la moral. La purga provocó la inseguridad del personal que quedaba y la confusión de los leales lectores, y dejó a Preston con una perpetua sensación de desastre inminente, un estado del que el propietario no pensaba mover un dedo para sacarlo.

La estrategia de Preston para aumentar la tirada había hecho que el periódico se dirigiera a un público más popular, pero aún tenía que dar los frutos prometidos. Era un hombre menudo que había llegado al diario con los aires de un nuevo Napoleón, pero que había perdido peso hasta requerir tirantes para sujetarse los pantalones y una

verdadera marea de café para mantener abiertos los ojos. Su imagen, antes tan pulcra y segura de sí, había empezado a diluirse con las incontables gotas de sudor que le perlaban la frente y hacían que las gafas de montura gruesa le resbalaran por la nariz. Los dedos que antes tamborileaban sobre la mesa ahora chasqueaban de impaciencia. La inseguridad que sentía había echado por tierra los cuidadosos intentos de dar muestras de autoridad de cara afuera; ya no estaba seguro de poder estar a la altura de la ocasión, de la que fuera. Hasta había dejado de tirarse a su secretaria.

Se alejó de los parpadeantes monitores de televisión que se amontonaban contra una pared de su despacho para enfrentarse al miembro del personal que le estaba haciendo pasar tan mal rato.

—¿Cómo coño sabes que no está yendo bien? —espetó a grito pelado.

Mattie Storin se negó a encogerse. A los veintiocho, era la adquisición más reciente de la sección de política. Había venido para reemplazar a uno de los corresponsales más antiguos que tuvo que vérselas con los contables por la costumbre que tenía de celebrar entrevistas durante prolongados almuerzos en el Savoy. Y sin embargo, pese a su relativa juventud y su reciente aparición, Mattie tenía una confianza en sus opiniones que los ineptos tomaban por tozudez. Estaba acostumbrada a que le gritaran y no era raro que contestara en el mismo tono. Además, era tan alta como Preston y «casi igual de guapa», como bromeaba a menudo a su costa. ¿Qué más daba que él se pasara la mayor parte del tiempo mirándole los pechos? Preston le había conseguido el trabajo, y a veces la dejaba ganar en sus discusiones. No lo consideraba una amenaza sexual. Conocía demasiado bien a su secretaria para hacer eso, y que la acosaran hombres bajos con chabacanos tirantes rojos era el precio que había decidido pagar al venirse al sur. Si sobrevivía allí, podría hacer carrera en cualquier parte.

Se volvió para mirarlo a la defensiva, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones anchos, muy a la moda. Le habló despacio, confiando en que su voz no revelara el nerviosismo que sentía.

—Grev, todos y cada uno de los diputados del Gobierno con los que he podido hablar en las últimas dos horas han hecho predicciones a la baja. He llamado por teléfono al encargado del escrutinio en la circunscripción del primer ministro, y según él los sondeos revelan una bajada del cinco por ciento. No es precisamente un voto de confianza abrumador. Ahí fuera está pasando algo, se palpa en el aire. El Gobierno no está cómodo, y desde luego no tiene la victoria asegurada.

—¿Y?

—Pues que nuestro artículo es demasiado contundente.

—Y una mierda. Hasta el último sondeo durante la campaña ha dicho que el Gobierno iba a ganar por un puñetero kilómetro, pero tú quieres que cambie la primera plana basándome en... ¿qué? ¿En la intuición femenina?

Mattie sabía que la hostilidad del director era fruto de los nervios. Todos los directores de periódicos viven al límite; el secreto es que no se note. A Preston se le

notaba.

—Vale —continuó él—, en las pasadas elecciones tuvieron una mayoría de más de cien. Así que ya me dirás qué es lo que tu intuición femenina sugiere para mañana. Los sondeos de opinión predicen en torno a los setenta escaños. ¿Qué piensa nuestra pequeña Mattie Storin?

Mattie se puso de puntillas para poder mirarlo por encima del hombro.

—Confía en los sondeos si quieres, Grev, pero no es eso lo que circula en las calles. Entre los partidarios del Gobierno no hay ningún entusiasmo. No acudirán a votar, y la mayoría bajará en picado.

—Venga ya, suéltalo. ¿De cuántos escaños menos hablamos?

Mattie no podía quedarse de puntillas para siempre. Sacudió la cabeza lentamente para hacer hincapié en su advertencia, con el cabello rubio rozándole los hombros.

—Hace una semana habría dicho que unos cincuenta. Ahora diría que todavía menos. Quizá muchos menos.

—Por Dios, no pueden ser menos. Hemos apoyado a esos cabrones desde el principio. Tienen que cumplir con lo prometido.

Y tú también, se dijo Mattie. Todos sabían cuál era la posición de su director: estaba en medio de una de las mayores ciénagas de Fleet Street. La única opinión política firme de Preston era que su periódico no podía permitirse estar en el bando de los perdedores, y ni siquiera era suya sino que se la había impuesto el nuevo propietario *cockney* del rotativo, Benjamin Landless. Uno de los pocos rasgos atractivos de este último era que no se molestaba en andarse con remilgos y ocultar sus verdaderas opiniones, sino que las exhibía tranquilamente en público. Como no paraba de recordarle a una plantilla ya bastante insegura, gracias a la política de libre competencia del Gobierno era más fácil comprar diez directores nuevos que un periódico nuevo, «así que no nos dediquemos a cabrear al Gobierno apoyando al puto bando contrario».

Landless había cumplido con su palabra. Había llevado a su creciente ejército de periódicos al bando del Gobierno, y solo esperaba que el Gobierno cumpliera su parte con los resultados electorales que tocaban. La cosa no era muy razonable, por supuesto, pero a Landless nunca le había parecido que mostrarse razonable ayudara a sacarles todo el jugo a sus empleados.

Preston había vuelto a acercarse a la hilera de pantallas de televisión, confiando en que llegaran mejores noticias. Mattie hizo otro intento. Se sentó en la esquina del enorme escritorio del director, haciendo caso omiso del montón de sondeos de opinión en los que él confiaba tan ciegamente, y expuso sus argumentos:

—Mira, Grev, pon las cosas en perspectiva. Cuando Margaret Thatcher se quedó finalmente sin oportunidad de andar dando porrazos con el bolso y se vio obligada a retirarse, la gente estaba desesperada por un cambio de estilo. Querían otra forma de hacer las cosas. Algo menos duro, menos dominante; ya estaban hartos de ordalías y de que una maldita mujer los pusiera en evidencia. —«Y tú más que nadie debería



entenderlo», se dijo—. Y así, muy sabiamente, eligieron a Collingridge, por las simples razones de que se le veía seguro de sí mismo en televisión, tenía mucha mano con las ancianitas y no era probable que levantase mucha polémica. —Se encogió de hombros, en un gesto de desdén—. Pero su partido ha dejado de estar a la vanguardia. Ahora hacen política pasada por agua y no les queda un ápice de energía o entusiasmo. Collingridge ha hecho campaña con el mismo ardor que un maestro de catequesis. Una semana más oyéndolo soltar tópicos y creo que hasta su mujer habría votado por el otro bando. Cualquiera cosa con tal de que haya cambios.

Preston ya no miraba las pantallas de televisión y se frotaba la barbilla. Por fin parecía prestarle atención. Por enésima vez aquella noche, Mattie se preguntó si usaría laca para que su impecable corte de pelo se viera tan immaculado. Sospechaba que empezaba a aparecerle una calva en la coronilla. Estaba segura de que se depilaba las cejas con pinzas.

Preston volvió a la carga.

—Vale, pues dejémonos de misticismos y ciñámonos a las cifras puras y duras, ¿de acuerdo? ¿Qué mayoría van a sacar? ¿Van a volver a gobernar ellos o no?

—Quien dijera que no sería un imprudente.

—Y yo no tengo la menor puñetera intención de ser imprudente, Mattie. Para mí será suficiente con la mayoría que sea. Caray, pero si en estas circunstancias sería todo un logro. Un resultado histórico, de hecho. Cuatro victorias seguidas, nunca se ha conseguido. O sea que la primera plana se queda donde está.

Preston se apresuró a zanzar la cuestión sirviéndose una copa de champán de una botella que tenía en la estantería. No le ofreció una a Mattie. Empezó a revolver en sus papeles como indirecta para que se fuera, pero Mattie no se dejaba disuadir tan fácilmente. Su abuelo había sido un vikingo moderno que en los tempestuosos primeros meses de 1941 había cruzado el mar del Norte en una barca de pesca llena de agua para escapar de la Noruega ocupada por los nazis y alistarse en la RAF. Mattie había heredado de él no solo la pinta de nativa escandinava sino también un espíritu terco que no siempre encontraba aceptación entre los hombres ineptos como Preston. Pero ¡qué narices!

—Dedica solo un momento a preguntarte qué podemos esperar de otros cuatro años con Collingridge —dijo—. Igual es demasiado agradable para ser primer ministro. Su manifiesto electoral tenía tan poco peso que se lo llevó el viento en la primera semana de la campaña. No se le han ocurrido ideas nuevas. Su único plan consiste en cruzar los dedos y confiar en que ni los rusos ni los sindicatos se tiren pedos muy gordos. ¿Te parece que es eso lo que de verdad quiere el país?

—Lo has expresado muy finamente, como siempre, Mattie —se burló él, volviendo a su pose paternalista—. Pero te equivocas. Quienes hacen sus apuestas quieren consolidación, no agitación política. No quieren que los juguetes acaben desparramados alrededor del cochecito cada vez que se lleva al crío de paseo. —Blandió el dedo en el aire como un director de orquesta que hiciera ceñirse a la

partitura a un intérprete despistado—. Y así, un par de años de cerveza caliente y *cricket* no van a hacernos ningún daño. ¡Y será estupendo volver a tener a nuestro amiguito Collingridge en Downing Street!

—Será un puto desastre —musitó Mattie, volviéndose para salir.

## Capítulo III

*Jesús nos dijo que perdonáramos a nuestros enemigos, y ¿quién soy yo para contradecir al Todopoderoso? Pero en su infinita sabiduría no hizo ni un maldito comentario sobre si debíamos perdonar a nuestros amigos y menos aún a nuestras familias. Me parece bien seguir su consejo al respecto. En cualquier caso, ya puestos, encuentro mucho más fácil perdonarme a mí mismo.*

Fue el paso atronador del autobús 88, que hizo temblar las ventanas de su apartamento, lo que por fin despertó a Charles Collingridge. El pisito de una sola habitación situado encima de la agencia de viajes en Clapham no era lo que la mayoría de la gente habría esperado del hermano del primer ministro, pero no le quedaba otra. Como se había quedado sin dinero en el *pub* había vuelto a casa para reabastecerse. En ese momento se encontraba tirado en el sillón, todavía vestido con el traje arrugado, aunque la corbata no aparecía por ninguna parte.

Consultó su viejo reloj y soltó una maldición. Llevaba horas durmiendo, y aun así se sentía agotado. Si no se daba prisa, se perdería la fiesta, pero primero necesitaba un trago para recomponerse. Se sirvió un generoso vodka, ni siquiera era ya Smirnoff, solo la marca del supermercado del barrio. Aun así, no te dejaba mal aliento ni olía cuando se te derramaba encima.

Se llevó el vaso al cuarto de baño y se metió en la bañera, dándole tiempo al agua caliente para que obrara maravillas en sus agotadas extremidades. De un tiempo a esa parte, a menudo parecían pertenecer a una persona totalmente distinta. Debía de estar haciéndose viejo, se dijo.

Se plantó ante el espejo en un intento de reparar los daños de su última borrachera. Vio el rostro de su padre, tan lleno de reproche como siempre, con su insistencia en imponerle objetivos que siempre le quedaban grandes, exigiendo conocer el motivo de que nunca lograra hacer las cosas como su hermano menor, Henry. Ambos tuvieron las mismas oportunidades, fueron al mismo colegio, pero de algún modo Hal siempre llevaba la delantera y poco a poco lo eclipsó en su carrera y en su matrimonio. Charles no sentía amargura por ello, era un alma generosa, demasiado generosa, e indulgente. Y Hal siempre había estado ahí para ayudarlo cuando lo necesitaba, para ofrecerle consejo y un hombro sobre el que llorar cuando Mary lo dejó. Sí, en especial cuando Mary lo dejó. Pero incluso ella le había restregado en la cara el triunfo de Hal. «Tú no estás a su altura. ¡No estás a la altura de nada!» Y Hal tenía mucho menos tiempo para preocuparse de los problemas de los demás desde que había llegado a Downing Street.

De niños lo compartían todo; de jóvenes compartían aún más, incluso alguna que otra novia. Y un coche, uno de los primeros Minis, antes de que Charlie cayera con él a una cuneta y saliera de ella tambaleándose para persuadir al joven policía de que las razones de su inestabilidad eran el susto y las magulladuras y no la borrachera. Pero últimamente había poco espacio en la vida de Hal para su hermano mayor y Charlie

sentía... ¿qué sentía, en lo más hondo, cuando se permitía ser sincero? Ira, una furia atroz que lo llevaba a apurar una botella entera, no hacia Hal, por supuesto, sino hacia la vida. A él no le habían ido bien las cosas, y no comprendía el motivo.

Se afeitó tratando de evitar los cortes que ya tenía en la cara abotargada, y empezó a sentirse un poco mejor. El pelo bien peinado sobre la calva incipiente, una camisa limpia y otra corbata. Enseguida estaría a punto para las celebraciones de la noche electoral, a las que aún tenía acceso gracias a los vínculos familiares. Un paño de cocina les devolvió algo de brillo a los zapatos, y ya casi estaba listo. Otro vistazo al reloj. Al fin y al cabo, la cosa no andaba tan mal. Tenía el tiempo justo para otro trago.

Más allá del río, hacia el norte, había un taxi atascado en los alrededores del Soho. Siempre era un cuello de botella, pero las elecciones de aquella noche parecían haber arrojado a las calles a muchos más juerguistas que de costumbre. En el asiento de atrás del taxi, Roger O'Neill hacía crujir los nudillos con impaciencia, viendo pasar ciclistas y peatones a toda pastilla. Se estaba poniendo cada vez más nervioso, no tenía mucho tiempo. Tenía ciertas instrucciones que seguir. «Ven para acá ahora mismo, Rog. No podemos esperar toda la noche, joder, ni siquiera a ti. Y no volvemos hasta el martes.»

O'Neill ni esperaba ni recibía un tratamiento especial; nunca había intentado aprovecharse de su posición. Era el director de publicidad del partido, pero esperaba que ellos no tuvieran ni idea, por Dios. Había momentos en los que pensaba que le habían reconocido, que habían visto su foto en los periódicos, pero cuando no estaba tan paranoico comprendía que probablemente no leían nunca los periódicos, y que votaran ya no digamos. ¿Qué más le daba la política a aquella gente? Si fuera por ellos, el maldito Hitler podía tomar el mando. ¿Qué importaba quién estuviera en el Gobierno cuando podía ganarse tanto dinero libre de impuestos?

El taxi consiguió por fin abrirse camino por Shaftesbury Avenue y doblar por Wardour Street, solo para encontrarse con otro muro de tráfico intenso. Mierda, iban a largarse. Abrió la puerta de par en par.

—Iré andando —le dijo a gritos al conductor.

—Lo siento, amigo. No es culpa mía. Estar metido en atascos como éste me cuesta una fortuna —respondió el taxista, con la esperanza de que la impaciencia de su pasajero no le hiciera olvidarse de la propina.

O'Neill bajó de un salto a la calzada, puso un billete en la mano del conductor y esquivó a un motorista mientras se abría paso a través de la interminable sucesión de espectáculos de striptease y restaurantes chinos hacia un estrecho callejón dickensiano lleno de porquería. Pasó con dificultad entre bolsas de basura y cajas de cartón y echó a correr. No estaba en forma y le dolía todo, pero su destino no quedaba muy lejos. Al llegar a Dean Street giró a la izquierda, y cien metros más allá entró en

una de esas callejuelas del Soho que la mayoría de la gente pasa por alto cuando están concentrados en encontrar diversiones y eludir el tráfico. Desde la calle principal, la callejuela iba a parar a un pequeño patio, rodeado por todas partes de talleres y garajes que se habían abierto en los antiguos almacenes victorianos. El patio estaba desierto y sumido en penumbra. Sus pisadas resonaban en los adoquines cuando se apresuró hacia una puertecita verde en el rincón más alejado y lúgubre. Se detuvo un instante para mirar alrededor antes de entrar. No llamó a la puerta.

Tardó menos de tres minutos en volver a salir. Sin mirar ni a un lado ni al otro, apretó el paso para volver a sumergirse en la muchedumbre de Dean Street. Fuera cual fuese el motivo de aquella visita, evidentemente no había sido sexo.

Al otro lado de la fachada de ladrillo de la sede del partido en Smith Square, frente a las torres de piedra caliza de San Juan, reinaba un extraño desánimo. Durante las últimas semanas, en aquel sitio había habido una actividad incesante, pero el día de las elecciones en sí la mayor parte de la gente había desaparecido, camino de las circunscripciones electorales, los puestos avanzados lejos del mundo político donde se había tratado de recabar al último puñado de conversos para la causa. A esas horas, la mayoría de los que quedaban estaban cenando temprano en los restaurantes o clubes cercanos, en un intento de aparentar confianza pero sumiéndose una y otra vez en discusiones inciertas sobre los últimos rumores con respecto al porcentaje de votantes y sondeos a pie de urna y escaños críticos. En general, la gente tenía poco apetito y enseguida empezó a volver, abriéndose camino entre la creciente multitud de espectadores, más allá de los cordones policiales y dejando atrás los montones cada vez mayores de polillas chamuscadas.

Durante el último mes, aquellas oficinas se habían superpoblado, sobrecalentado y sumido en un desorden absoluto, pero al día siguiente todo sería diferente. Las elecciones siempre entrañan cambios y sacrificio humano. Para cuando llegara el fin de semana, no importaba cuál fuera el resultado, muchos de ellos se habrían quedado sin empleo, pero casi todos volverían a por más, para mamar de la tetilla del poder. De momento, se disponían a sobrellevar lo que tenía los visos de convertirse en una espera interminable.

El Big Ben dio las diez en punto. Ahí acababa la cosa. Las cabinas electorales habían cerrado y ya no tenían cabida recursos, explicaciones, ataques, insinuaciones, calumnias o follones que pudieran afectar a los resultados. Cuando la última campanada de la vieja torre del reloj se desvanecía en el aire nocturno, unos cuantos voluntarios del partido se estrechaban las manos como muestra silenciosa de respeto y confianza ante el trabajo bien hecho. Hasta qué punto lo habían hecho bien iban a descubrirlo en breve. Al igual que en tantas noches anteriores, como si de un ritual religioso se tratara, centraron su atención en la pantalla de noticias y en la voz familiar de *sir* Alastair Burnet. Hizo su aparición como un Moisés moderno, con tono tranquilizador y un rubor en las mejillas, con la plateada mata de pelo apenas iluminada desde atrás para que pareciera lucir una aureola.

—Buenas noches —empezó con una voz dulce como el fluir de un riachuelo—. La campaña electoral ha concluido. Hace solo unos segundos, miles de cabinas electorales en todo el país han cerrado sus puertas, y ahora esperamos el veredicto del pueblo. El primer resultado debería llegarnos dentro de unos cuarenta y cinco minutos. En breve iniciaremos una conexión en directo para entrevistar al primer ministro, Henry Collingridge, en su distrito electoral de Warwickshire y al líder de la oposición en Gales del Sur. Pero, antes, les ofreceremos en exclusiva los sondeos a pie de urna de la ITN dirigidos por Harris Research International sobre un total de ciento cincuenta y tres colegios electorales a lo largo y ancho del país durante la jornada de votación de hoy. Arrojan los resultados siguientes...

El presentador de informativos más veterano del país abrió un gran sobre manila que tenía delante, con tanta reverencia como si contuviera su propio certificado de defunción. Extrajo una gran tarjeta del sobre y le echó un vistazo. Sin prisa pero sin pausa, alzó la vista una vez más hacia las cámaras, manteniendo en vilo a su congregación de treinta millones, sometiéndola a un dulce tormento. Era su momento, y tenía derecho a él. Tras veintiocho años y nueve elecciones generales como presentador televisivo, había anunciado ya que éstas iban a ser las últimas.

—La previsión en exclusiva de los sondeos de la ITN, y hago hincapié en que se trata de una previsión, no de un resultado definitivo, es... —Miró de nuevo la tarjeta, para comprobar que no la había leído mal.

—¡Venga ya, viejo cabrón! —se oyó gritar a una voz desde algún lugar del complejo de Smith Square; desde otro punto llegó el sonido de una botella de champán que se descorchaba en una celebración prematura, pero la mayor parte de la gente esperaba sumida en un profundo silencio. Se estaba haciendo historia, y formaban parte de ella. *Sir Alastair* los miró fijamente, y los hizo esperar unos instantes más.

—... que el Gobierno será reelegido con una mayoría de treinta y cuatro escaños.

El edificio mismo pareció estremecerse cuando un rugido triunfal mezclado con alivio brotó de su interior. ¡Treinta y cuatro, joder! Era una victoria, y cuando se entabla una guerra a muerte solo cuenta la victoria, no cómo se ha librado la batalla o si se ha ganado por los pelos. Ya habría tiempo más tarde para sobrias reflexiones, para que la historia alcanzara su veredicto; pero al cuerno con la historia, por el momento bastaba con haber sobrevivido. En cada esquina se vertían lágrimas de alegría, de agotamiento, y de un alivio que para muchos fue tan bueno como un orgasmo, y a los ojos de unos cuantos veteranos, bastante mejor.

La pantalla se dividió durante unos instantes en tomas silenciosas de la reacción de los líderes del partido ante la previsión. Se vio a Collingridge asentir con la cabeza, con una sonrisa que no llegaba a expresar satisfacción, mientras que la sonrisa de oreja a oreja y los gestos que su oponente hacía con la cabeza no hicieron dudar en lo más mínimo a los espectadores de que la oposición aún tenía que darse por vencida. «Ya veremos», vocalizaba, triunfal. Entonces sus labios se movieron de

nuevo, expresando algo que, más tarde, la gente que leía los labios pensó que había sido en galés. Dos palabras, ambas muy inapropiadas.

—¡Hostia! —gritaba Preston, con el pelo cayéndole en los ojos y revelando la brillante calva que trataba de esconder—. ¡Qué coño han hecho! —Observó su desastrosa primera edición y empezó a garabatear con furia en su cuaderno—. ¡La mayoría del Gobierno cortada de cuajo! —aventuró. Acabó en la papelera.

—Rozando el larguero —sugirió Mattie intentando ocultar una punzada de satisfacción.

—Collingridge sale elegido por los pelos —fue el nuevo intento del director.

Todos acabaron en la papelera.

Miró alrededor, desesperado por encontrar ayuda e inspiración.

—Vamos a esperar —aconsejó Mattie—. Solo faltan treinta minutos para el resultado final.

## Capítulo IV

*El pueblo es vulgar. Actúa siempre para el pueblo, halaga al hombre corriente y déjale pensar que es un príncipe.*

Sin esperar el primer resultado, hacía rato que las celebraciones habían empezado en la agencia de publicidad del partido. Con la confianza mostrada por todos los optimistas, el equipo de Merrill Grant & Jones Company PLC llevaba casi tres horas apiñado en el área de recepción de la agencia para ser testigo con pelos y señales de un hecho que pasaría a la historia y que se proyectaba en dos pantallas gigantes de televisión. Corría un río de champán, acompañado de un suministro interminable de *pizza* y Big Macs, y las predicciones de la drástica reducción de la mayoría solo servían para espolear a los juerguistas y volverlos más febriles. Era muy temprano, pero ya estaba clarísimo que los dos ficus llorones que llevaban varios años decorando la zona de recepción no sobrevivirían a aquella noche; y probablemente varias secretarías jóvenes tampoco. Los más sensatos se paseaban nerviosos de un lado para otro, pero no parecía haber motivo para dar muestras de excesiva contención. Los publicistas no se contienen. En cualquier caso, el cliente estaba dando un ejemplo pésimo.

Al igual que muchos aventureros dublineses expatriados, Roger O'Neill era famoso por su agudeza, por su irresistible capacidad para la exageración y su insaciable obsesión por estar metido en todo. Su energía era tan arrolladora y sus intereses tan variados que nadie podía saber con certeza qué había hecho antes de entrar en el partido; era algo que tenía que ver con las relaciones públicas o la televisión, pensaban, y corrían rumores sobre que había tenido problemas con Hacienda, ¿o era con la policía irlandesa? Pero estaba disponible cuando el puesto de director de publicidad quedó vacante y lo había ocupado derrochando encanto y capacidad, alimentado por un incesante suministro de Gauloises y vodkas con tónica.

En su juventud, había dado muestras de un futuro prometedor como medio apertura en el campo de rugby, pero era un talento que jamás se desarrollaría, pues su estilo altamente individualista le impedía participar en deportes de equipo.

«Con él en el campo —se lamentaba su entrenador—, ahí fuera tengo dos equipos: Roger y otros catorce. Que le jodan.» Y así, a Roger lo habían jodido, como estaba previsto, en muchos aspectos de su vida hasta que la fortuna le sonrió y lo llevó a Smith Square. A los cuarenta lucía una rebelde mata de cabello oscuro, que ahora se volvía claramente entrecana, y su tono muscular había desaparecido tiempo atrás, pero O'Neill se negaba a reconocer la evidencia de su madurez, y la ocultaba bajo un vestuario seleccionado con cuidado, que vestía con una naturalidad deliberada que les sacaba el mejor partido a los diseños de marca. Su actitud inconformista y los insistentes vestigios de acento irlandés no siempre le habían granjeado las simpatías de los peces gordos del partido; «Mucha gilipollez y poca



chicha», había comentado una vez en voz muy alta uno de ellos, pero otros quedaban sencillamente abrumados por su energía fuera de lo corriente.

Su secretaria le había allanado considerablemente el paso a través de la jungla. Penelope —«Hola, soy Penny»— Guy. Metro setenta y cinco, un gusto provocativo a la hora de elegir prendas de vestir y una figura irresistible para lucirlas. Y otro factor que la hacía sobresalir entre la gente de Westminster. Era negra. No solo morena o tostada sino negra como la noche, con unos ojos muy brillantes y una sonrisa que llenaba toda la habitación. Tenía un título universitario en historia del arte y 120 palabras por minuto en taquigrafía y era práctica hasta extremos despiadados. Cómo no, la primera vez que llegó con O'Neill hubo toda una avalancha de cotilleos, pero su absoluta eficiencia había acallado, si no conquistado, a los escépticos, que aún eran muchos.

También era por completo discreta. «Tengo una vida privada —explicaba cuando le preguntaban—. Y así va a seguir siendo.»

En aquel momento, en Merrill Grant & Jones, *Grandes Cojones*, como prefería llamarlos, Penny se había convertido sin ningún esfuerzo en el centro de atención de varios fogosos compradores de medios de comunicación además y de un director creativo adjunto, mientras al mismo tiempo se aseguraba de que O'Neill tuviese siempre a mano el vaso y los cigarrillos pero debidamente racionados. No quería que se pasara de la raya, esa noche en particular. Por el momento estaba enfrascado en una conversación con el director gerente de la agencia.

—El futuro empieza justo aquí, Jeremy. No perdamos eso de vista. Necesitamos ese análisis de marketing lo antes posible. Tiene que mostrar que nuestros esfuerzos han sido eficaces, que los anuncios han sido brillantes, que han tenido muchísimo impacto, que han llegado a los votantes a los que queríamos que llegaran. Si ganamos, quiero que todo el mundo sepa que nos lo deben a nosotros. Si perdemos, que Dios nos ayude... —De repente estornudó con tremenda violencia—. ¡Mierda! Perdona. Es la maldita alergia. Pero si perdemos, quiero que el maldito mundo entero vea que vencimos al otro bando en nuestro juego de las comunicaciones y que fue solo la política la que lo echó todo a perder. —Se le acercó tanto que sus frentes casi se tocaron—. Ya sabes qué hace falta, Jeremy. Es nuestra reputación la que está en juego, no solo la de los políticos, así que no la cagues. Asegúrate de que esté listo el sábado por la mañana, como muy tarde. Lo quiero en los periódicos dominicales y lo quiero tan destacado como el culo de una actriz.

—Y yo que pensaba que el creativo era yo —reflexionó Jeremy, tomando otro trago de champán—. Pero eso no nos deja mucho tiempo.

O'Neill bajó la voz y se acercó aún más, de manera que el publicista captara el tufillo agrio del tabaco francés en su aliento.

—Si no puedes conseguir las cifras reales, haz que suban y punto, joder. Estarán todos demasiado agotados como para fijarse mucho en ellas, y si somos los primeros y los que metemos más ruido, todo irá bien. —Se detuvo para sonarse la nariz, lo que

no contribuyó a mejorar la evidente turbación del otro—. Y no olvides las flores. Quiero que a primera hora de la mañana le mandes a Downing Street el mayor ramo que encuentres a la esposa del primer ministro. Con la forma de una letra «C» gigante. Asegúrate de que lo reciba en cuanto se levante.

—De tu parte, por supuesto.

—Se pondrá nerviosa si no llega, porque ya le he dicho que lo va a recibir. Quiero que las cámaras de televisión graben cómo se lo entregan.

—Y que sepan quién lo envía —añadió el otro.

—Estamos todos en el mismo barco, Jeremy.

«Aun así, en la tarjeta solo irá tu nombre», estuvo a punto de añadir Jeremy, pero no lo hizo. Posiblemente, habría pecado de demasiado sincero. Ya estaba acostumbrado a los monólogos sin fin de su cliente y a las órdenes irregulares y los trámites contables que O'Neill le exigía. Un partido político no se parecía en nada a ningún otro cliente: jugaba con otras reglas, en ocasiones peligrosas. Pero llevar aquella cuenta los dos últimos años le había proporcionado a Jeremy y a su joven agencia publicidad de sobra para sofocar las persistentes dudas. Aun así, mientras aguardaban con nerviosismo los resultados, sintió de pronto un miedo atroz al pensar en qué ocurriría si perdían. Pese a las promesas de O'Neill de que estaban todos en el mismo barco, no dudaba de que la agencia acabaría siendo la cabeza de turco. Todo pintaba diferente cuando habían empezado el trabajo, con unos sondeos que predecían una victoria cómoda, pero su confianza había empezado a evaporarse con las encuestas a pie de urna. La suya era una industria de imágenes en la que la reputación de la gente se marchitaba como las flores del día anterior.

O'Neill siguió parlotando, eufórico, incontenible, hasta que su atención se vio atraída por la imagen de dos metros de *sir* Alastair, que en aquel momento se llevaba una mano a la oreja con la cabeza ladeada. Le estaba llegando algo a través del auricular.

—Y ahora creo que está a punto de llegarnos el primer resultado de la noche. De Torbay otra vez, según me cuentan, y batiendo todos los récords. Solo hace cuarenta y tres minutos que han cerrado los colegios y ya veo a los candidatos reuniéndose detrás del encargado del escrutinio. Ha llegado el momento de conectar en directo otra vez...

El salón de actos, Torbay. Victoriano, abarrotado, húmedo, tremendamente caluroso, con la tensión por las nubes. Fajos de votos contabilizados cubriendo mesas enteras con caballetes, urnas negras y metálicas vacías amontonadas a un lado. En un extremo del estrado, entre hileras de jacintos y hierba cinta, rosetones y las insignias de gala del alcalde, se habían congregado los candidatos. El primer resultado estaba a punto de hacerse público, y aun así la escena parecía más salida de una comedia de pueblo que de unas elecciones: la promesa de cobertura mediática a nivel nacional

había atraído a más candidatos excéntricos de lo habitual y en ese momento hacían cuanto podían por inmortalizar el momento agitando globos y sombreros de colores muy vivos para atraer la atención de las cámaras.

El candidato del partido Amanecer, que vestía una malla de la cabeza a los pies de un intenso color amarillo y agitaba un girasol de plástico tan ridículo como grande, se había plantado ante el candidato del partido conservador que llevaba un sobrio traje. El conservador, con el traje planchado y el pelo cortado para la ocasión, intentó moverse hacia la izquierda para zafarse de aquel elemento tan vergonzoso, pero solo logró darse un batacazo contra el tipo del Frente Nacional, que incitaba a un pequeño disturbio al blandir un puño apretado y un brazo lleno de tatuajes. El conservador, desesperado por hacer lo correcto y sin saber muy bien qué recomendaba su manual del candidato en semejantes circunstancias, se retiró a regañadientes detrás del girasol. Entretanto, una joven que representaba al partido Conservemos Limpios Nuestros Mares, cubierta con una gasa azul y verde, caminaba de aquí para allá ante todos con una cola de metros de tejido ondeante cual marea alta.

El alcalde tosió en su micrófono.

—Gracias, señoras y señores. En mi papel de jefe del escrutinio de la circunscripción electoral de Torbay, por la presente declaro que el recuento de votos en las elecciones ha sido como sigue...

—Pues aquí lo tenemos, desde la vistosa Torbay —intervino *sir* Alastair con su tono sepulcral—. El Gobierno mantiene la mayoría esta noche, pero con menor número de escaños al verse reducida su ventaja, según el ordenador, en casi un ocho por ciento. ¿Qué significa eso, Peter? —preguntó el presentador dando paso a la conexión con el experto en política de la cadena. Un tipo con gafas, con un traje de *tweed* más bien desastrado, apareció en la pantalla.

—Significa que los sondeos a pie de urna estaban más o menos en lo cierto, Alastair.

## Capítulo V

*La política requiere sacrificio. El sacrificio de los demás, por supuesto. No importa qué pueda conseguir un hombre sacrificándose por su país, siempre se saca mayor provecho dejando que otros lo hagan primero. Elegir el momento adecuado, como dice siempre mi esposa, lo es todo.*

—Todo un espectáculo, Roger, ¿no te parece? Otra mayoría. No puedo explicarte lo contentísimo que estoy. Aliviado, encantado, todo eso. ¡Bien hecho, de verdad!

El entusiasmo sin límites del presidente de una de las empresas privadas más importantes entre la clientela de la agencia dejó totalmente impasible a O'Neill. El panzudo industrial lo estaba pasando bien, sudaba y sonreía; la velada se estaba convirtiendo en una celebración de la victoria de tomo y lomo, sin tener en cuenta el hecho de que el Gobierno acababa de perder sus dos primeros escaños de la noche.

—Es muy amable por tu parte, Harold. Sí, creo que una mayoría de treinta o cuarenta escaños será suficiente. Pero tienes que aceptar que parte del mérito es tuyo —respondió O'Neill—. Justo el otro día le recordaba al primer ministro que tu apoyo va mucho más allá de la donación corporativa. Recuerdo el discurso que diste en la comida de la Sociedad Industrial en marzo pasado. Qué bueno fue, sí que lo fue, por Dios bendito, si me perdonas una pequeña blasfemia; de verdad que supiste transmitir el mensaje, con pelos y señales. ¿Seguro que no te has formado profesionalmente para esto? —Sin esperar respuesta, O'Neill continuó—. Le dije a Henry... ¡ay, perdón, al primer ministro!... Pues le conté lo buenísimo que eras, que necesitábamos encontrar más plataformas para los magnates de la industria como tú. Que nos ofrezcan la versión del empresario del carbón.

—No era necesario que hicieras eso, seguro —respondió el magnate sin el menor atisbo de sinceridad. —El champán ya había echado por tierra su prudencia natural y ante sus ojos empezaron a materializarse imágenes de armiño y de la Cámara de los Loes—. Mira, cuando todo esto haya pasado, quizá algún día podríamos comer juntos. En un sitio más tranquilo, ¿vale? Tengo varias ideas más que él podría encontrar interesantes, sobre las que me encantaría conocer tu opinión. —La expectación hacía que los ojos se le salieran de las órbitas. Tomó otro largo trago de vino—. Y hablando de transmitir mensajes, Roger, dime, esa secretaria tuya tan mona...

Antes de que la cosa pudiera ir más allá, O'Neill fue presa de una serie de estornudos volcánicos que casi lo doblaron en dos, le dejaron los ojos inyectados en sangre y echaron por tierra cualquier esperanza de continuar con la conversación.

—Perdón —farfulló, tratando de recuperarse—. Es la alergia. Por lo visto, cada año aparece antes. —Como para hacer hincapié en ese punto, se sonó la nariz con el estruendo de muchas trompetas y quizá algunos bombos. El momento pasó, el industrial se batió en retirada.

El Gobierno perdió otro escaño, un ministro de segundo rango con la cartera de

Transporte, un tipo inmaduro que se había pasado los últimos cuatro años corriendo al escenario de cualquier accidente de importancia en las autopistas del país, arrastrando a los medios con él. Había llegado a tener la creencia casi religiosa de que la capacidad de la raza humana para el autosacrificio violento era insaciable; no parecía que lo estuviera ayudando a aceptar el suyo. Sacó pecho para enfrentarse a la adversidad mientras su mujer prorrumplía en sollozos.

—Más malas noticias para el Gobierno —comentó *sir Alastair*—, y veremos cómo se toma todo esto el primer ministro cuando conectemos en directo para conocer su resultado dentro de unos minutos. Mientras tanto, vamos a ver qué previsiones nos da ahora el ordenador. —Apretó un botón y se volvió para mirar una pantalla de ordenador que tenía detrás—. Estamos más cerca de treinta que de cuarenta, por lo visto.

En el estudio se inició una discusión sobre si una mayoría de treinta escaños bastaría para mantener al Gobierno en el poder durante todo un mandato, pero los comentaristas se veían interrumpidos todo el rato según iban llegando más resultados. En la agencia, O'Neill se excusó ante los sobreexcitados hombres de negocios y se abrió paso a través de un grupo de admiradores cada vez más numeroso y locuaz que acosaba a Penny. Pese a las protestas que suscitó, se la llevó a un aparte y le susurró algo al oído. Entretanto, el rostro sonrosado de *sir Alastair* intervino una vez más para anunciar que los resultados del primer ministro saldrían en breve. Un respetuoso silencio se apoderó de los jueguistas. O'Neill regresó junto a los magnates de la industria. Todas las miradas estaban clavadas en la pantalla. Nadie se percató de que Penny cogía su bolso y salía con sigilo.

En el estudio de televisión, se llevó a cabo el anuncio de que la oposición le había ganado terreno al Gobierno. No estaba siendo lo que se dice una velada espléndida. Entonces le llegó el turno a Collingridge. Su aparición suscitó un clamor de leal aprobación por parte del equipo de Grant & Jones, cuyos miembros, a aquellas alturas, habían perdido ya en su mayoría cualquier convicción política que hubiesen tenido de antemano bajo la marea de celebraciones. Solo eran unas elecciones, qué narices.

Mientras lo observaban fijamente, Henry Collingridge devolvía el saludo desde la pantalla, con una tensa sonrisa que sugería que se tomaba el resultado bastante más en serio que su público. Su discurso de agradecimiento fue más formal que polémico, y lo pronunció con el cansancio asomando bajo el maquillaje. Durante unos instantes todos observaron con seriedad, casi sobrios, cómo bajaba a toda prisa del estrado para iniciar su largo viaje de vuelta a Londres. Y luego volvieron a concentrarse en las celebraciones.

Unos minutos más tarde, un grito desgarrador irrumpió en la atmósfera festiva.

—¡Señor O'Neill! ¡Señor O'Neill! ¡Una llamada para usted!

El guarda de seguridad que presidía el mostrador de recepción blandía el teléfono y gesticulaba con dramatismo hacia el auricular.

—¿Quién es? —vocalizó O’Neill desde el otro extremo.

—¿Cómo? —preguntó el guarda, que parecía nervioso.

—¿Quién es? —insistió O’Neill.

—No le oigo —exclamó el guarda sobre el tumulto.

O’Neill formó bocina con las manos y preguntó una vez más quién era con un vozarrón que hubiera hecho justicia a un ensayo ganador en el estadio de Lansdowne Road.

—¡Es de la oficina del primer ministro! —gritó el frustrado guarda, incapaz de contenerse y sin saber muy bien si debía o no ponerse firmes.

Sus palabras tuvieron un efecto inmediato. La estancia se sumió en un silencio expectante. Un instante después, ante O’Neill se abrió un camino hacia el teléfono. Echó a andar, obediente, tratando de fingir modestia y que allí no pasaba nada.

—Es una de sus secretarias. Le pasará con él —dijo el guarda con tono de temor reverencial, como si agradeciera quitarse de encima aquella impresionante responsabilidad.

—¿Hola? Sí, soy Roger. —Una breve pausa—. ¡Primer ministro! Qué alegría oírle. Muchísimas felicidades. El resultado es realmente excelente dadas las circunstancias. Mi padre solía decir que la victoria es dulce tanto si ganas por cinco a cero como por cinco a cuatro... —Su mirada recorrió la habitación; todos los rostros estaban vueltos hacia él—. ¿Cómo dice? Ah, sí. ¡Sí! Muy amable por su parte. Ahora mismo estoy en la agencia de publicidad, de hecho.

Para entonces, la habitación se había sumido en un silencio tan profundo que podía oírse el llanto de los ficus.

—Creo que han llevado a cabo un trabajo maravilloso, y sin duda yo no podría haberlo conseguido sin ellos, sin su apoyo... ¿Puedo transmitirles eso que dice?

O’Neill tapó el auricular con la mano y se volvió hacia el público, que era presa de un éxtasis absoluto.

—El primer ministro quiere que os dé las gracias a todos de su parte por contribuir a llevar a cabo una campaña tan extraordinaria. Dice que vuestra ayuda ha sido decisiva. —Volvió al teléfono y escuchó durante unos segundos más—. ¡Y no va a pedir que le devuelvan el dinero!

La habitación estalló en un gran clamor de aplausos y vítores. O’Neill levantó el teléfono para que captara hasta el último sonido.

—Sí, primer ministro. Quiero decirle que estoy contentísimo, abrumado por haber recibido esta primera llamada suya después de haber salido elegido... Sí, yo también estoy deseando verle. Sí, después estaré en Smith Square... Sí, claro, claro. Nos vemos allí. Y felicidades una vez más.

Colgó el teléfono con suavidad con el semblante muy serio por el honor que le acababan de conceder. Se volvió hacia la multitud que lo miraba. De pronto sonrió de oreja a oreja, y los reunidos prorrumpieron en una serie de sonoras ovaciones, y todo el mundo intentó estrecharle la mano a la vez.

La gente seguía coreando «Es un muchacho excelente» cuando, en la calle contigua, Penny colgó el teléfono del coche y empezó a retocarse el pintalabios en el espejo.

## Capítulo VI

*Mi viejo ayudante de caza me enseñó una lección, allá arriba en los páramos, que siempre recordaré. Yo era un crío... ¿cuántos años tendría, ocho? Pero vuelvan ustedes mismos la vista atrás, hablo de esa edad en la que las lecciones calan y se arraigan.*

*Me dijo lo siguiente: «Si tienes que infligir dolor, asegúrate de que sea insoportable y abrumador, que quien lo sufra sepa que siempre le harás más daño del que él te pueda hacer a ti». El ayudante hablaba de perros salvajes, por supuesto. Pero ha resultado también una buena lección en política.*

*Viernes, 11 de junio*

La multitud en Smith Square había aumentado de manera espectacular con los simpatizantes, los opositores y los meramente curiosos que esperaban la llegada del primer ministro. Hacía rato que las campanadas habían dado las doce, pero en una noche como aquélla, los relojes biológicos se llevarían al límite. Los mirones podían ver en los monitores de los técnicos de televisión que el convoy, escoltado por policías motorizados y perseguido por vehículos con cámaras, había salido de la autopista M1 un buen rato antes y en ese momento se aproximaba a Marble Arch. No tardaría ni diez minutos en llegar, y tres jóvenes animadoras contratadas por el partido animaban a la multitud con una mezcla de canciones patrióticas y vítores.

Su tarea estaba siendo más dura que en elecciones anteriores. Aunque la gente parecía la mar de feliz haciendo ondear enormes banderas del Reino Unido, no dieron muestras de entusiasmo cuando llegó la hora de blandir las grandes fotografías de Henry Collingridge que acababan de aparecer por las puertas de la sede del partido. Entre el gentío, varias personas llevaban radios portátiles e informaban a los que tenían alrededor de los resultados. No parecía que levantaran los ánimos. Hasta las propias animadoras se detenían de vez en cuando para hacer corrillo y comentar las últimas noticias. También reinaba cierto talante competitivo, ya que varios partidarios de la oposición, envalentonados por lo que oían, habían decidido infiltrarse y procedían en aquel momento a enarbolar sus propios carteles y a corear sus lemas. Unos cuantos policías se acercaron para asegurarse de que las emociones de ambos bandos no se salieran de madre. Un furgón con diez o doce más estaba aparcado a la vuelta de la esquina en Tufton Street. Tenían instrucciones de hacer acto de presencia, no de interferir.

La previsión que arrojaban en aquel momento los ordenadores era de una mayoría de veintiocho escaños. Dos de las animadoras abandonaron su cometido para enfrascarse en una ferviente discusión sobre si aquella mayoría era suficiente. Llegaron a la conclusión de que probablemente lo era y volvieron a su tarea, pero el entusiasmo de antes flaqueaba, más y más desinflado por culpa de la preocupación, y decidieron ahorrar esfuerzos hasta que llegara Henry Collingridge.

En el interior del edificio, Charles Collingridge estaba cada vez más borracho. Uno de los veteranos del partido lo había aparcado en una cómoda butaca en el



despacho del presidente, bajo un retrato de su hermano, y no sé sabía muy bien cómo, Charlie había encontrado una botella. Su rostro surcado de venitas estaba cubierto de sudor, tenía los ojos llorosos e inyectados en sangre.

—Un buen hombre, mi hermano Hal. Un gran primer ministro —balbucía.

Cuando se lanzó a repetir la consabida historia familiar, sus ceceos no dejaron duda de que su voz empezaba a hallarse bajo el control de la botella.

—Mi hermano podría haber dirigido la empresa familiar, ¿sabe? Podría haberla convertido en una de las grandes empresas del país, pero siempre prefirió la política. Un momento, la verdad es que fabricar accesorios para baño tampoco es que a mí me fuera mucho, pero hacía feliz a mi padre. ¿Sabe que hoy en día hasta importan el maldito género de Polonia? ¿O era Rumanía...?

Interrumpió su propio monólogo al derramarse lo que le quedaba de *whisky* en los pantalones. Entre el torrente de disculpas que siguió, el presidente del partido, lord Williams, aprovechó la oportunidad para poner tierra de por medio. Su sabia expresión no lo revelaba, pero detestaba tener que hacer extensiva su hospitalidad al hermano del primer ministro. Charlie Collingridge no era mal tipo, ni mucho menos, pero era un hombre débil que empezaba a ser un verdadero fastidio, y a Williams le gustaba gobernar un barco estable. Aun así, el anciano burócrata era un experto navegante, y sabía que no tenía mucho sentido tratar de echar por la borda al hermano del almirante. En cierta ocasión, le había planteado el problema directamente al primer ministro: intentó mencionarle los crecientes rumores y las referencias sarcásticas con respecto a su hermano que aparecían más y más en las columnas de cotilleos. En su papel de uno de los pocos destacados navegantes que quedaban de los tiempos de antes de Thatcher, era lo bastante veterano para hacerlo, y habría quienes dirían que incluso era su responsabilidad. Pero había sido en vano.

—Me paso la mitad del tiempo machacando a la gente, a eso me dedico —había protestado el primer ministro—. Por favor, no me pidas que machaque a mi propio hermano.

El primer ministro había prometido ocuparse de que Charlie vigilara su comportamiento, o más bien de que él mismo vigilaría el comportamiento de Charlie, pero, cómo no, nunca tenía tiempo para andar haciendo de niñera. Y sabía que Charlie prometería lo que fuera, pese a que se volvía más y más incapaz de cumplir sus promesas. Henry no le daba sermones ni se enfadaba con él: sabía que quienes más sufren las presiones de la política son siempre los demás miembros de la familia. En parte, era culpa suya. Williams también lo entendió, porque ¿no había pasado acaso por tres matrimonios desde su llegada a Westminster, casi cuarenta años atrás? Siempre había daños colaterales: la política dejaba una estela de dolor y familias atormentadas a su paso. Williams vio salir a Collingridge dando tumbos de la habitación y sintió una punzada de lástima, pero la sofocó de inmediato. La dirección de un partido no podía sustentarse en las emociones.

Michael Samuel, el ministro de Medio Ambiente y uno de los miembros del

Gabinete más nuevos y mediáticos, se acercó para saludar al anciano estadista. Era lo bastante joven como para ser su hijo y algo parecido a un protegido: el primer empujón para subir por los grasientos peldaños del escalafón ministerial se lo había dado Williams cuando era un joven diputado en el Parlamento y, gracias a su recomendación, lo habían nombrado secretario privado. Era el más insignificante de los honores parlamentarios, un trabajo sin sueldo y muy esclavo a las órdenes de un ministro veterano, que suponía ir de aquí para allá, y hacerlo sin quejas y sin cuestionarse nada, cualidades destinadas a impresionar a los primeros ministros cuando seleccionaban candidatos a quienes ascender. Para Samuel, la ayuda de Williams había sido la mecha de un ascenso espectacular en el escalafón ministerial, y ambos hombres seguían manteniendo una sólida amistad.

—¿Algún problema, Teddy? —quiso saber Samuel.

—Un primer ministro puede elegir a sus amigos y su gabinete —respondió el anciano con un suspiro—, pero no a sus parientes.

—Es más o menos lo que pasa cuando se trata de elegir quién comparte tu cama.

Samuel indicó la puerta con la cabeza. Urquhart acababa de entrar con su esposa, recién llegado de su distrito electoral. La mirada de Samuel fue fría. Urquhart no le caía bien; no lo había apoyado en su ascenso al Gabinete y en más de una ocasión se le había oído describir a Samuel como «un Disraeli moderno; demasiada buena pinta y demasiado astuto para su propio bien».

La capa de barniz sobre el tradicional y todavía persistente antisemitismo era a veces muy fina, pero Williams le había ofrecido al joven abogado un buen consejo:

—Francis tiene razón. No te pases de intelectual, no parezcas demasiado triunfador. No seas demasiado liberal en asuntos sociales ni destaques mucho en cuestiones financieras.

—Quieres decir que debería dejar de ser judío.

—Y por el amor de Dios, guárdate las espaldas.

—No te preocupes, llevamos dos mil años haciendo eso.

En ese momento, Samuel observaba sin entusiasmo cómo la masa de gente iba empujando hacia él a Urquhart y su esposa.

—Buenas noches, Francis. Qué tal, Mortima. —Samuel esbozó una sonrisa forzada—. Enhorabuena. Una mayoría de diecisiete mil. Conozco unos seiscientos diputados que van a sentirse muy celosos de una victoria como esa por la mañana.

—¡Michael! Vaya, estoy encantado de que te las hayas arreglado para hipnotizar a las votantes de Surbiton una vez más. ¡Vamos, que si pudieras captar también el voto de sus maridos, tendrías una mayoría como la mía!

Se rieron con discreción de la bromita, acostumbrados al hecho de que no disfrutaban de su mutua compañía, pero no tardaron en sumirse en el silencio, pues a ninguno de ellos se le ocurría un modo adecuado de abandonar la conversación.

Los rescató Williams, que acababa de colgar el teléfono.

—No quiero interrumpiros, pero Henry llegará en cualquier momento.

—Bajaré contigo —se ofreció Urquhart al instante.

—¿Y tú, Michael? —preguntó Williams.

—Esperaré aquí. Cuando llegue, todo serán carreras. No quiero que me pisoteen desde atrás.

Urquhart se preguntó si Samuel le estaba lanzando una indirecta pero decidió ignorarlo y acompañó a Williams al piso de abajo, que para entonces estaba abarrotado de nerviosos miembros del personal de oficina. Se había corrido la voz de la inmediata llegada del primer ministro y la aparición del presidente del partido y del whip en la acera electrizó a la multitud. Se produjo una organizada ovación cuando el Daimler negro blindado con su batallón de escoltas rodeaba la plaza y aparecía desde detrás de San Juan para verse acogido por el resplandor de los focos de televisión y un millar de *flashes* de cámaras, tanto profesionales como de aficionados, que intentaban capturar la escena.

Cuando el coche se detuvo, Collingridge se apeó del asiento trasero y se volvió para saludar al gentío y a las cámaras. Urquhart avanzó, se empeñó en estrecharle la mano y solo consiguió meterse en medio. Se echó atrás, arrepentido. Al otro lado del coche, lord Williams, con la caballerosidad y la familiaridad que se adquieren con los años, ayudó a la esposa del primer ministro a bajar del coche y le plantó un amistoso beso en la mejilla. Apareció un ramo, salido de algún sitio, junto con veinte o veinticinco funcionarios del partido y dignatarios, todos ellos forcejeando para aparecer en escena. Fue un pequeño milagro que el hormiguero de gente se las arreglara para pasar a través de las puertas de vaivén y al interior del edificio sin que hubiera bajas.

En el interior se repitieron escenas similares de confusión y aglomeración cuando el grupo del primer ministro se abrió paso escaleras arriba, deteniéndose solo para las tradicionales palabras de agradecimiento al personal. Las palabras tuvieron que repetirse porque los fotógrafos de prensa no tenían las cámaras a punto cuando tocaba. Durante todo el proceso, el retraso, los empujones, el ruido, el primer ministro sonreía.

Sin embargo, una vez arriba, relativamente a salvo en el despacho de lord Williams, los indicios de tensión que tan bien había ocultado durante toda la velada empezaron a aparecer. Justo en aquel momento, el televisor que había en el rincón anunciaba una mayoría aún menor según las predicciones del ordenador, y Collingridge soltó un largo suspiro por lo bajo.

—Apaga ese maldito trasto —susurró. Y a continuación paseó la vista lentamente por la habitación—. ¿Ha venido Charlie esta tarde? —quiso saber.

—Sí, ha estado aquí, pero...

—Pero ¿qué?

—Por lo visto no se sabe dónde anda.

El primer ministro miró a los ojos al presidente.

—Lo siento —añadió el anciano, tan bajito que casi fue necesario que el primer

ministro le leyera los labios.

«¿Qué sientes? ¿Que mi hermano sea un borracho? Lo que sientes es que yo casi haya echado a perder estas elecciones, haya hecho rodar demasiadas cabezas de colegas, que haya causado más daño que Goering, ¿no es eso? Sientes que todos vayáis a tener que atravesar las sucias aguas que van a salpicaros a la vez que a mí. Pero, en cualquier caso, gracias por preocuparte, viejo amigo.»

La adrenalina había dejado de fluir y de repente estaba terriblemente cansado. Tras semanas sintiéndose acorralado y sin un solo instante de privacidad, tenía la abrumadora necesidad de estar solo. Se dio la vuelta, con la intención de buscar un rincón más silencioso y privado, pero se encontró con que le bloqueaba el paso Urquhart, a quien tenía justo detrás. El whip le tendía un sobre.

—He estado pensando en la remodelación, en el nuevo reparto de quehaceres —dijo Urquhart con la vista baja y un tono de voz que revelaba una mezcla de turbación e indecisión—. Aunque quizá éste no es el mejor momento, sé que le darás vueltas durante el fin de semana, de modo que he preparado unas cuantas sugerencias. Me consta que prefieres ideas positivas a una hoja de papel en blanco, así que... Espero que esto te sirva de algo. —Exigía un puesto en la mesa presidencial, y más por derecho que por invitación.

Collingridge miró el sobre y algo se desmoronó en su interior, la fina pared que mantiene bien separadas la buena educación y la honestidad. Levantó la exhausta mirada hacia su colega.

—Tienes razón, Francis. Éste no es el momento ni mucho menos. Quizá deberíamos pensar en asegurar nuestra mayoría antes de ponernos a despachar a nuestros colegas.

Urquhart se quedó helado de vergüenza. El sarcasmo había calado hondo, más hondo de lo que pretendía el primer ministro, y este último se dio cuenta de que se había pasado.

—Perdona, Francis. Me temo que estoy algo cansado. Por supuesto que tienes derecho a pensar en el futuro. Mira, me gustaría que tú y Teddy os pasarais el domingo por la tarde para hablar de eso. Quizá serías tan amable de darle una copia de tu carta a Teddy ahora, y de enviarme una a mí a Downing Street mañana, o más bien dentro de unas horas.

El semblante de Urquhart se negó a revelar la agitación que sentía. Sentía demasiada impaciencia ante aquella remodelación, y se maldijo por su insensatez. De algún modo, su confianza innata lo abandonaba cuando se refería a Collingridge, pues el primer ministro era un producto de una formación en la escuela pública que habría tenido problemas, socialmente hablando, para acceder a cualquiera de los clubes de Urquhart. Aquel cambio de papeles en el Gobierno lo ponía nervioso, lo perturbaba; cuando estaba en presencia de Collingridge, actuaba de una forma nada propia de él. Había cometido un error, y culpaba a Collingridge de ello más que a sí mismo, pero aquél no era el momento para reclamar el terreno que había perdido. Lo

que hizo en cambio fue refugiarse en la afabilidad, e inclinó la cabeza como muestra de aceptación.

—Por supuesto, primer ministro. Dejaré que Teddy haga una copia ahora mismo.

—Mejor cópiala tú mismo. No nos conviene que esta lista ande rondando por aquí esta noche. —Collingridge sonrió en un intento de volver a implicar a Urquhart en la conspiración de poder que siempre se cierne sobre Downing Street—. En cualquier caso, creo que ya es hora de que me vaya. La BBC me querrá radiante y en plena forma dentro de cuatro horas, así que esperaré el resto de los resultados en Downing Street.

Se volvió hacia Williams.

—Por cierto, ¿cuál es ahora la predicción de ese condenado ordenador?

—Lleva una media hora atascado en veinticuatro. Creo que ahí quedará la cosa. —En su voz no había asomo de victoria. Bajo su presidencia, acababan de tener lugar los peores resultados electorales del partido en casi dos décadas.

—Dejémoslo, Teddy. Una mayoría es una mayoría. Y le dará algo que hacer a nuestro whip en lugar de quedarse cruzado de brazos con una mayoría de más de cien. ¿A que sí, Francis? —Dicho lo cual, salió a buen paso de la habitación y dejó a Urquhart aferrando con tristeza su sobre.

No habían transcurrido más que unos minutos desde la partida del primer ministro cuando la multitud de dentro y de fuera del edificio empezó a disolverse. Urquhart, que aún se sentía dolido y no estaba de humor para celebraciones ni para mostrarse cordial con nadie, se dirigió al fondo del primer piso, donde sabía que se encontraba la sala de las fotocopiadoras. Solo que la 132A difícilmente era una sala; no era más que un cuartucho sin ventanas de seis metros de ancho, utilizado para almacenar suministros y fotocopiar documentos confidenciales. Urquhart abrió la puerta y captó el olor antes de que pudiera encontrar el interruptor. Charles Collingridge estaba tirado en el suelo junto a las estrechas estanterías metálicas. Incluso dormido como estaba, se había vomitado encima. No se veía un vaso ni una botella por ninguna parte, pero el aire apestaba a *whisky*. Por lo visto, Charlie se había arrastrado hasta encontrar el sitio menos embarazoso para desplomarse.

Urquhart sacó el pañuelo y se tapó la cara con él, en un intento de protegerse del hedor. Fue hasta el cuerpo y lo volvió boca arriba. Sacudirlo de los hombros consiguió poco más que interrumpir durante un instante su profunda y atribulada respiración. Una sacudida más fuerte no tuvo mayores consecuencias, y una suave bofetada produjo similares resultados.

Urquhart observó asqueado aquella escena. De repente, el cuerpo se le puso tenso cuando el desprecio vino a añadirse a la humillación que había sufrido a manos del primer ministro. Y ahora tenía delante, sin duda, una oportunidad para resarcirse de aquel desaire. Agarró a Charlie de las solapas de la chaqueta, lo levantó del suelo,

blandió el brazo, dispuesto a soltarle un puñetazo al patético rostro de aquel desgraciado para dar rienda suelta a su humillación y a su ira contra todos los Collingridge. Urquhart temblaba, a punto de asestar el golpe.

Entonces cayó un sobre del bolsillo de la chaqueta de Charlie, a todas luces una factura de la luz sin pagar, un último aviso cubierto de rojo, y de pronto Urquhart cayó en la cuenta de que había otro modo de equilibrar la balanza de la injusticia, de inclinarla de nuevo hacia su propio platillo. Al fin y al cabo, no iba a golpear a Charlie por puro despecho, no con la sensación de que Charlie era del todo inocente de toda ofensa hacia él, aparte del hedor. Urquhart sabía que podía hacerle daño a Henry Collingridge causándole dolor a su hermano, eso no lo dudaba, pero el dolor no sería suficiente, no duraría. En cualquier caso, ésa no era la manera, en un apestoso armario, y tampoco era el momento. Francis Urquhart sabía hacer mejor las cosas, mucho mejor. Mejor que todos.

Dejó que la durmiente figura de Charles Collingridge volviera suavemente al suelo, le alisó las solapas, lo dejó descansar.

—Tú y yo, Charlie, vamos a ser buenos amigos. Grandes amigos. Ahora mismo no, claro. Cuando te hayas lavado un poco, ¿eh?

Se volvió hacia la fotocopidora, sacó la carta del bolsillo, hizo una copia, y después cogió la factura de Charlie y también hizo una copia. Acto seguido, dejó que la ebria figura de su amigo durmiera la mona.

## Capítulo VII

*¿No fue ese tipo, Clausewitz, quién dijo una vez que la guerra es la continuación de la política por otros medios? Se equivocaba, por supuesto, qué ridiculez. ¿Política? ¿Guerra? Como me recuerda constantemente Mortima, mi querida esposa, no hay distinción alguna entre ambas.*

*Domingo, 13 de junio*

El coche oficial de Urquhart dobló la esquina de Whitehall y enfiló Downing Street para encontrarse con el rígido saludo de un policía y cientos de cegadores *flashes*. Era domingo, cerca de las cuatro. Había dejado a Mortima en casa, en Pimlico, con sus ocho invitados, más de la cuenta para un domingo cualquiera, pero era el aniversario de la muerte de Urquhart padre y él solía buscar distracciones para no darle demasiadas vueltas. Los periodistas, entre los que solo había un puñado de mujeres, se apiñaban tras las vallas en la acera de enfrente de la puerta más famosa del mundo, que se abrió cuando el coche se detuvo ante ella cual agujero negro de la política, como Urquhart había pensado muchas veces, en el que nuevos primeros ministros desaparecían y rara vez emergían, si es que lo hacían, sin verse rodeados por protectoras hordas de funcionarios, y solo después de que les hubieran succionado todo vestigio de vida.

Urquhart se había asegurado de ocupar la parte izquierda del asiento trasero del coche para así, cuando se apeara de él ante el número diez, ofrecerles a las cámaras de televisión y prensa una visión perfecta de su persona. Se irguió cuan alto era y los periodistas lo recibieron con un coro de preguntas a voz en grito que le proporcionó una excusa para acercarse a intercambiar unas palabras con ellos. Reconoció a Manny Goodchild, la legendaria figura de Press Association, plantado bajo su maltrecho sombrero de fieltro y convenientemente encajado entre los cámaras de los informativos de la ITN y la BBC.

—Bueno, Manny, ¿habéis sacado algún dinero apostando sobre los resultados?

—Señor Urquhart, ya sabe que a mi redactor jefe no le hace gracia invertir su dinero en alguien en quien yo crea.

—Aun así... —Urquhart arqueó una ceja.

Los labios del viejo periodista se retorcieron como dos orugas que fueran cada una por su lado.

—Mírelo así, la señora Goodchild ha reservado ya sus vacaciones en Mallorca, y gracias al señor Collingridge, voy a irme con ella.

Urquhart exhaló un teatral suspiro.

—No hay mal que por bien no venga.

—Hablando de males, señor Urquhart —dijo Manny yendo al grano, con los colegas arremolinándose en torno a él—, ¿ha venido para aconsejar al primer ministro sobre la remodelación? ¿No tendría que haber una buena limpieza después

de un resultado tan decepcionante? Y ¿supone eso que habrá un nuevo empleo para usted?

—Vamos a ver, estoy aquí para hablar sobre una serie de cosas, pero supongo que la remodelación puede surgir en la conversación, sí —respondió Urquhart a modo de evasiva—. Y hemos ganado, no lo olvides. No seas tan pesimista, Manny.

—Se rumorea que está a la espera de un importante nombramiento.

Urquhart sonrió.

—No puedo hacer comentarios sobre simples rumores, Manny; además, sabes que una decisión así le corresponde al primer ministro. Estoy aquí solo para ofrecerle apoyo moral.

—¿Va a aconsejar al primer ministro junto con lord Williams, entonces?

La sonrisa hizo cuanto pudo por no desvanecerse.

—¿Lord Williams? ¿Ha llegado ya?

—Hace más de una hora. Nos preguntábamos cuándo iba a aparecer alguien más.

Urquhart tuvo que echar mano de sus muchos años de experiencia en política para no dejar traslucir su sorpresa.

—Tengo que irme, entonces —anunció—. No puedo hacerles esperar. —Saludó educadamente con la cabeza, giró sobre los talones y volvió a cruzar la calle a buen paso, renunciando a su plan de saludar a las cámaras desde la puerta del número diez para no parecer presuntuoso.

En el otro extremo del vestíbulo de baldosas negras y blancas, un pasillo enmoquetado llevaba hasta la sala del Gabinete. El joven secretario político del primer ministro lo esperaba al fondo del mismo. Cuando se acercaba, Urquhart captó la intranquilidad del joven.

—El primer ministro le espera, whip.

—Sí, por eso he venido.

El secretario se estremeció al oír aquello.

—Está arriba, en el despacho. Le diré que ha llegado.

Una vez cumplido su deber y sin esperar más muestras de sarcasmo, el secretario subió a saltitos por las escaleras.

Antes de que el secretario reapareciera transcurrieron doce lentos minutos, durante los que Urquhart se dedicó a hacer crujir los nudillos y a observar distraídamente los retratos de los anteriores primeros ministros que adornaban la famosa escalinata. Nunca conseguía sobreponerse a la sensación de que muchos de los titulares recientes habían sido de lo más intrascendentes. Aburridos, poco aptos para su tarea. En cambio, Lloyd George y Churchill por ejemplo habían sido líderes natos, magníficos, pero ¿se les permitiría hoy en día llegar hasta la cima? Uno había sido promiscuo y había concedido títulos nobiliarios a cambio de dinero, el otro había desperdiciado el tiempo en alcohol, deudas y mal humor; ambos eran gigantes, y sin embargo ninguno de los dos habría podido enfrentarse a los medios de comunicación modernos. Pero ahora el mundo estaba en manos de pigmeos, hombres de poca talla y



aún menor ambición, hombres escogidos no por su carácter excepcional sino porque no ofendían a nadie, hombres que preferían seguir las normas a crear las suyas propias... Pensándolo bien, hombres como Henry Collingridge.

El regreso del secretario político interrumpió sus pensamientos.

—Perdone que lo haya tenido esperando, whip. Ya puede recibirlo.

La habitación que Collingridge utilizaba como despacho estaba en la primera planta, con vistas al jardín de Downing Street que daba al Saint James Park. Era una habitación modesta, como todo lo demás en aquella mezcla de espacios que conformaban la segunda dirección más importante del país. Cuando entró, Urquhart advirtió que, pese a los esfuerzos por poner orden en el gran escritorio, en aquella última hora se habían revuelto muchos papeles y garabateado muchas notas. Una botella vacía de burdeos asomaba en la papelera y en el alféizar de la ventana reposaban unos platos cubiertos de migajas y con una mustia hoja de lechuga. El presidente del partido estaba sentado a la derecha del primer ministro, con unas notas desparramadas sobre el tablero de piel verde. Junto a ellas había un montón de carpetas manila con biografías de diputados.

Urquhart acercó una silla, una sin brazos, y se sentó frente a los otros dos, sintiéndose como un colegial en el despacho del director. Las siluetas de Collingridge y Williams se recortaban contra las ventanas. Urquhart entrecerró los ojos ante la luz, con su propia carpeta de notas en inestable equilibrio sobre la rodilla.

—Francis, has sido muy amable al hacerme partícipe de tus sugerencias sobre la remodelación —empezó el primer ministro. Sin ceremonias, directo al grano—. Te estoy muy agradecido, ya sabes hasta qué punto son útiles esas sugerencias para estimular mis propias ideas.

Urquhart inclinó la cabeza, en señal de mudo agradecimiento.

—Es obvio que has trabajado mucho en ellas. Pero antes de ceñirnos a cuestiones concretas, me ha parecido que primero deberíamos charlar un poco sobre objetivos más generales. Lo que tú sugieres es... ¿cómo debería llamarlo? Una remodelación bastante radical. —Collingridge observó el papel que tenía delante a través de unas gafas de lectura que reservaba para ocasiones privadas. Su dedo recorrió la lista—. Seis nuevos miembros para el Gabinete, varios cambios considerables de carteras entre los demás. —Soltó un suspiro y se arrellanó en la silla, como si todo aquello no fuera con él—. Cuéntame por qué. ¿A qué viene tanta mano dura? ¿De qué crees tú que serviría?

Urquhart estaba completamente alerta. Aquello no le gustaba un pelo. Había esperado que lo mandaran llamar en una etapa anterior, aquellos dos ya iban muy por delante y no sabía qué terreno pisaban. No había encontrado la oportunidad de sonsacarle al primer ministro sus propios puntos de vista, de leerle los pensamientos; se hallaba en una posición muy poco saludable para un whip. Se preguntó si le estarían tendiendo una trampa.

La luz que entraba a chorro por detrás del primer ministro lo hacía parpadear y le

impedía interpretar su expresión. Deseó no haber puesto sus pensamientos por escrito, pues aquel acto no le dejaba espacio para moverse, ninguna escapatoria, pero era demasiado tarde para arrepentirse. Williams lo observaba como un halcón.

Urquhart habló bajito, para no despertar alarmas, eligiendo muy bien las palabras para que no dejaran rastro.

—Evidentemente, primer ministro, solo se trata de sugerencias, indicaciones, sobre lo que podrías hacer. Me ha parecido que, en general, a grandes rasgos, podría ser mejor pasarse tomando medidas, llevar a cabo cambios considerables, simplemente para dejar bien claro que estás firmemente al mando. Que esperas un aluvión de nuevas ideas y una nueva forma de pensar por parte de tus ministros. Y que es una oportunidad para jubilar a algunos de nuestros colegas de mayor edad; algo lamentable, pero necesario si se quiere que entre sangre joven.

«Mierda —se dijo de repente—, vaya cagada acabo de soltar, con ese viejo cabrón de Williams sentado a la derecha del primer ministro.» Pero ya estaba dicho, no había forma de echarse atrás.

—Llevamos más tiempo en el poder que ningún otro partido desde la guerra, cosa que nos plantea un nuevo problema —continuó—. El aburrimiento. Debemos asegurarnos de contar con una nueva imagen para el equipo de Gobierno. Tenemos que evitar quedarnos estancados.

La habitación se sumió en el silencio. Entonces, el primer ministro empezó a dar golpecitos con el lápiz contra la mesa, despacio.

—Todo eso es muy interesante, Francis, y en gran medida estoy de acuerdo contigo.

Ay, esa vacilación, esa breve pausa, ¿qué podía significar? Urquhart se encontró con que apretaba con fuerza los puños, con las uñas hincándosele en la carne.

—Teddy y yo hemos estado hablando de ese problema precisamente —continuó el primer ministro—. De reclutar una nueva generación de talento, de encontrar nuevos ímpetus, de poner hombres nuevos en sitios nuevos. Tus sugerencias para llevar a cabo cambios en las capas ministeriales inferiores, por debajo del Gabinete, me parecen muy convincentes.

Pero no eran esos cambios los importantes, y todos lo sabían. El tono del primer ministro era distinto ahora, más lastimero.

—El problema es que demasiados cambios en la cumbre pueden resultar muy perturbadores. Los ministros del Gabinete suelen tardar casi un año en encontrarse a gusto en un nuevo departamento, y ahora mismo no podemos permitirnos tanto tiempo para dar muestras de indicios positivos de progreso. En lugar de ayudar a poner en práctica nuestro nuevo programa, Teddy piensa que, bien mirado, tus cambios en el Gabinete probablemente lo retrasarían.

«¿Qué nuevo programa?», exclamaba mentalmente Urquhart. El manifiesto tenía menos chicha que una anguila.

—Con todo el respeto, primer ministro, ¿no crees que al reducir nuestra mayoría

el electorado nos estaba expresando sus deseos de alguna clase de cambio?

—Una cuestión interesante, sí. Pero, como tú mismo has dicho, ningún Gobierno en nuestros tiempos ha estado al mando un período tan largo como nosotros. Sin ánimo de dormirme sobre los laureles, Francis, no creo que pudiéramos reescribir los libros de historia si los votantes creyeran que hemos perdido el ímpetu. Bien mirado, creo que sugiere que están satisfechos con lo que ofrecemos.

Había llegado el momento de cambiar de táctica.

—Es muy posible que estés en lo cierto, primer ministro.

—Hay otra cuestión de vital importancia, dadas las circunstancias —continuó Collingridge—. Debemos evitar que la gente piense que somos presa del pánico. Daría una mala impresión que no nos conviene en absoluto. No olvidemos que Macmillan se cargó su propio gobierno cuando despidió a un tercio de su Gabinete. Se consideró un indicio de debilidad. Al cabo de menos de un año había perdido el cargo. No me muero de ganas de que me pase lo mismo. —Dio un último golpecito con el lápiz y lo dejó a un lado—. Estoy pensando en hacer las cosas de manera mucho más controlada.

Collingridge deslizó un papel a través del escritorio hacia su whip. Llevaba impresa una lista de veintidós puestos en el Gabinete, con nombres junto a ellos.

—Como verás, Francis, sugiero que no se haga el menor cambio en el Gabinete. Espero que se vea como una señal de fuerza. Tenemos trabajo que hacer, así que deberíamos dar la impresión de que queremos ponernos manos a la obra de inmediato.

Urquhart se apresuró a volver a dejar el papel sobre el escritorio, temiendo que el temblor de su mano revelara sus sentimientos más íntimos.

—Si es lo que quieres, primer ministro...

—Sí, es lo que quiero. —Hubo una breve pausa—. Y ¿hago bien en suponer que cuento con todo tu apoyo?

—Por supuesto, primer ministro.

Urquhart apenas reconoció su propia voz, le pareció que venía de la otra punta de la habitación. Aquellas palabras no le pertenecían. Pero no tenía alternativa: era apoyarle o suicidarse renunciando a su cargo de inmediato. Aun así, no podía dejarlo ahí.

—Quisiera mencionar que... digamos que esperaba un cambio para mí. Una experiencia un poco diferente... un nuevo desafío. —Se le quebró la voz al notar de pronto la boca muy seca—. Quizá recordarás, primer ministro, que habíamos hablado de la posibilidad de...

—Francis —interrumpió el primer ministro, aunque sin brusquedad—, si te muevo a ti, tengo que mover también a otros. Todas las piezas del dominó empezarán a desmoronarse. Te necesito donde estás. Eres un excelente whip. Te has dedicado en cuerpo y alma a desentrañar todos los entresijos del grupo parlamentario. Conoces muy bien a todos sus integrantes. Debemos enfrentarnos al hecho de que con una

mayoría tan reducida habrá sin duda más de un terreno resbaladizo que cruzar en los años venideros. Necesito un whip lo suficientemente fuerte para sortearlos. Te necesito, Francis. Eres muy bueno entre bastidores. Podemos dejar que otros hagan el trabajo de cara al público.

Urquhart bajó la vista al suelo, pues no quería revelar el sentimiento de traición que expresaban sus ojos. Collingridge se lo tomó como una muestra de aceptación.

—Te estoy muy agradecido por tu comprensión y tu apoyo, Francis.

Urquhart casi notó físicamente cómo se cerraba la celda de un portazo. Dio las gracias a ambos y se despidió. Williams no había pronunciado palabra.

Salió por la puerta de atrás del número diez, a través de los sótanos. Pasó junto a los restos de la pista de tenis de los Tudor, donde había jugado Enrique VIII, luego ante las oficinas del Gabinete que daban a Whitehall, y salió a Downing Street calle abajo, bien lejos de la vista de la prensa que aguardaba. No podía enfrentarse a ellos. Había pasado con el primer ministro menos de media hora, y no podía confiar en que su expresión respaldara las mentiras que tendría que contarles. Pidió a un guarda de seguridad de las oficinas del Gabinete que llamara para que le trajeran el coche. No se molestó en darle conversación.

## Capítulo VIII

*La verdad es como un buen vino. A menudo se encuentra arrebujada en el rincón más oscuro de una bodega. Necesita que le den la vuelta de vez en cuando. También que se le quite suavemente el polvo, antes de sacarla a la luz y empezar a utilizarla.*

El BMW destartado llevaba casi un cuarto de hora parado frente a la casa de Cambridge Street, en Pimlico. Los asientos vacíos estaban cubiertos por el caos de periódicos viejos y envoltorios de comida para llevar que solo una mujer soltera verdaderamente atareada es capaz de producir. En medio de todo aquello se hallaba Mattie Storin, mordiéndose el labio. La noticia de aquella tarde sobre la remodelación había llevado a una febril discusión sobre si el primer ministro había sido brillante y audaz o simplemente se había acobardado. Necesitaba contar con las opiniones de aquellos que habían contribuido a dar forma a las decisiones. Williams, como de costumbre, se había mostrado convincente y solidario, pero Urquhart seguía sin atender al teléfono.

Sin saber muy bien por qué, al acabar su turno en el *Chronicle*, Mattie había decidido pasar por delante de la residencia londinense de Urquhart, a tan solo diez minutos de la Cámara de los Comunes, en una de las elegantes callecitas que adornan la parte más bonita de Pimlico. Esperaba encontrar la casa vacía y a oscuras, pero para su sorpresa las luces estaban encendidas y había claros indicios de movimiento en el interior. Probó a llamar por teléfono una vez más, de nuevo no obtuvo respuesta.

El mundo de Westminster es un club con muchas reglas tácitas, celosamente custodiado por los políticos y por la prensa; en especial por la prensa, por el afamado grupo de corresponsales parlamentarios que discreta y silenciosamente regulan la actividad mediática en el palacio de Westminster. Permiten, por ejemplo, que se lleven a cabo sesiones informativas y entrevistas bajo la estricta condición de que la fuente jamás sea revelada. Nada, ni un atisbo, todo en las sombras. Dicha situación propicia que los políticos estén dispuestos a mostrarse tremendamente indiscretos y a filtrar confidencias; y, a su vez, permite a los corresponsales parlamentarios cumplir con sus plazos y conseguir los titulares más jugosos. El código de la *omertà* es su pasaporte; sin dicho código, el periodista —o la periodista— en cuestión no encontraría más que puertas cerradas y bocas todavía más cerradas. Revelar la fuente es una ofensa mortal, aporrear la puerta privada de un ministro queda solo ligeramente por debajo en la lista de comportamiento despreciable que automáticamente corta por lo sano el acceso a contactos útiles. Los corresponsales políticos no persiguen a sus presas hasta sus casas: eso supone malas formas, tarjeta roja y broncas por doquier.

Mattie volvió a morderse el interior de la mejilla. Estaba nerviosa. Ella no se saltaba las normas a la ligera, pero ¿por qué no contestaba al teléfono el muy puñetero? ¿Qué narices andaría tramando?

Una voz norteña y profunda le susurró al oído, esa voz que tantas veces había echado de menos desde que dejara el *Yorkshire Post* y al sabio y curtido jefe de redacción que le había ofrecido su primer empleo como Dios manda. ¿Qué le había dicho? «Las reglas, mi niña, no son más que una mantita para viejos, para que puedan envolverse en ella y protegerse del frío. Existen para guiar a los listos y castrar a los estúpidos. No te atrevas a entrar nunca en mi oficina y decirme que te has perdido una buena historia por las malditas reglas de alguien.»

—Vale, vale, deja de darme la matraca, cabrón —soltó Mattie en voz alta.

Comprobó el estado de su pelo en el espejo, ayudándose con la mano para devolverle algo de vida, y abrió la puerta del coche. En cuanto se encontró de pie en el asfalto deseó estar en cualquier otro sitio. Veinte segundos después, el potente sonido de la aldaba de latón ricamente ornamentada que presidía la puerta principal resonó en la casa.

Urquhart abrió la puerta. Estaba solo e iba vestido de manera informal, pues no esperaba visitas. Su mujer había vuelto al campo y la asistenta no trabajaba los fines de semana. Cuando sus ojos se posaron en Mattie estaban llenos de impaciencia; en la oscuridad de la callejuela no había reconocido inmediatamente a su visitante.

—Señor Urquhart, llevo toda la tarde intentando contactar con usted. Espero que esto no sea inoportuno.

—¿A las diez y media de la noche? ¿Que si no es inoportuno? —La impaciencia se había convertido en exasperación.

—Perdóneme, necesito un poco de ayuda. Ni un solo cambio en el Gabinete. Es extraordinario. Estoy tratando de entender el planteamiento que hay detrás de algo así.

—¿El planteamiento que hay detrás? —La voz de Urquhart ganó en sarcasmo—. Lo siento pero no tengo nada que decir. —Se disponía a cerrar la puerta, pero su inesperada visitante dio un obstinado paso hacia delante. Sin duda aquella niñata no iba a plantar un pie entre la jamba y la puerta para impedir que la cerrara. Sería demasiado cómico. Pero Mattie habló sosegadamente, sin levantar la voz.

—Señor Urquhart. Sería un gran artículo, pero no creo que quiera que lo publique.

Urquhart se detuvo, intrigado. ¿A qué narices se refería? Mattie captó su vacilación y arrojó un poco más de cebo al agua.

—El artículo diría lo siguiente: «Anoche hubo claros indicios de profundas divisiones en el Gabinete ante la inexistente remodelación. El whip, de quien se cree que abriga desde hace tiempo grandes esperanzas de verse transferido a un nuevo cargo, se negó a respaldar la decisión del primer ministro». ¿Qué le parecería algo así?

Fue solo entonces, al acostumbrarse sus ojos a la penumbra más allá del umbral, cuando Urquhart reconoció al nuevo fichaje del *Chronicle*. Apenas la conocía, pero había visto y leído suficientes cosas suyas como para suponer que no era

precisamente una inútil. Lo cual no hizo sino dejarlo más perplejo al verla allí plantada en la puerta de su casa intentando intimidarlo.

—No puede hablar en serio —dijo Urquhart lentamente.

Mattie esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues claro que no. Pero ¿qué alternativa se supone que tiene una? No contesta al teléfono y se niega a hablar cara a cara.

Su franqueza lo desarmó. Y mientras la observaba, ahí de pie bajo la lámpara que pendía encima de su puerta, con la luz arrancando reflejos a su corto pelo rubio, tuvo que admitir que se había encontrado con visiones mucho menos atractivas en el recibidor de su casa.

—Me gustaría contar con su ayuda, señor Urquhart. Necesito algo con sustancia, algo en lo que hincar el diente, porque si no tengo las manos vacías. Y así es precisamente como me está dejando usted de momento. Por favor, ayúdeme.

Urquhart soltó un bufido, la miró fijamente.

—Debería estar completamente furioso, al teléfono con ese director suyo, exigiendo una disculpa por este acoso descarado.

—Pero no lo haré. ¿A qué no? —El coqueteo de Mattie era totalmente deliberado. Sus anteriores encuentros habían sido mínimos, pero recordaba a la perfección la mirada que le había lanzado Urquhart un día en la sala pública en el Parlamento, con aquel discreto brillo masculino en los ojos, capaz de repararla de arriba abajo sin que se notara un instante que desviaba la vista.

—Quizá será mejor que pase... señorita Storin, ¿no es así?

—Por favor, llámeme Mattie.

—El salón está arriba —dijo él. Casi pareció una pequeña confesión.

La guió hasta una habitación decorada con mucho gusto, pero muy tradicional. Las paredes color mostaza estaban cubiertas de cuadros al óleo de caballos y escenas de campo, los muebles eran de marquetería y elegantes. Había altas estanterías con libros, fotos familiares enmarcadas y una chimenea de mármol blanco. Las cortinas eran de seda, la iluminación escasa y la atmósfera intensa. Urquhart se sirvió un generoso *whisky* solo, un Glenfiddich de muchos años, y sin preguntar le sirvió otro a ella, antes de instalarse en una butaca de cuero oscuro. Un libro con el lomo agrietado se balanceaba sobre uno de los brazos: las obras de Molière. Mattie, con cierto nerviosismo, se sentó frente a él en el borde del sofá. Sacó una libretita del bolso, pero Urquhart la rechazó con un ademán.

—Estoy cansado, señorita Storin... Mattie. Ha sido una larga campaña y no estoy seguro de que vaya a expresarme especialmente bien. Sin apuntes, si no le importa.

—Claro. Reglas del corresponsal parlamentario. Puedo utilizar la información que me proporcione pero nunca revelar que fue usted quien me la dio. Nada de huellas.

—Exacto.

Él quitó de en medio a Molière, ella su libreta y se arrellanó en el sofá. Llevaba puesta una blusa blanca de algodón, ceñida. Él se percató de que lo era, pero no con

instinto depredador. Parecía que sus ojos absorbieran cuanto veían, más penetrantes que la mayoría. Ambos sabían que aquello era un juego.

Urquhart sacó un cigarrillo de una pitillera plateada, lo encendió e inhaló profundamente. Luego empezó.

—¿Qué diría si le contara, Mattie, que el primer ministro considera que ésta es la mejor manera de continuar con la labor? O sea, no dejar que los ministros puedan confundirse con nuevas responsabilidades, seguir adelante y a todo gas.

—Pues le diría, señor Urquhart, que difícilmente me parece necesario que hablemos de eso de manera extraoficial.

Urquhart rió entre dientes ante la franqueza de la periodista. Dio una fuerte calada al pitillo. La combinación pareció satisfacerle.

—También diría —continuó Mattie— que en opinión de mucha gente las elecciones sacaron a relucir la necesidad de sangre nueva e ideas nuevas. El partido ha perdido muchos escaños. El apoyo de los votantes no fue precisamente efusivo, ¿verdad?

—Contamos con una clara mayoría y hemos conseguido muchos más escaños que el principal partido de la oposición. No está nada mal después de tantos años en el poder... ¿No lo cree así?

—Estoy aquí para oír sus opiniones, no las mías.

—Concédame ese gusto.

—En realidad no hay muchas esperanzas para las próximas elecciones, ¿verdad? Es más de lo mismo. El barco se hunde poco a poco.

—Eso es un poco duro, me parece —dijo Urquhart, sabiendo que debería protestar bastante más.

—Estuve en uno de sus mítines.

—No me diga, Mattie. Me siento halagado.

—Habló usted de nuevas energías, nuevas ideas, de nuevas iniciativas empresariales. La esencia de lo que decía era que habría cambios y nuevos jugadores. —Hizo una pausa, pero Urquhart no parecía dispuesto a responder—. Su propaganda electoral... la tengo por aquí... —Hurgó en la maraña de papeles que sobresalían de su bolso y sacó un brillante folleto—. Habla de «los emocionantes retos que están por llegar». Esto de hoy es más o menos tan emocionante como los periódicos de la semana pasada. Y yo estoy hablando demasiado.

Urquhart sonrió y dio un sorbo. Siguió en silencio.

—Permítame hacerle una pregunta directa, señor Urquhart. ¿De verdad le parece que esto es lo mejor que el primer ministro podría haber hecho?

Urquhart no contestó enseguida. Se llevó una vez más el vaso a los labios, mirándola a través del borde de cristal.

—¿Cree que Henry Collingridge es lo mejor que puede dar este país? —insistió ella, con tono algo más dulce.

—Mattie, ¿qué narices quiere que conteste a una pregunta así? Soy el whip, soy



totalmente leal al primer ministro y a su remodelación. O más bien a su no remodelación. —El sarcasmo había vuelto a impregnar su voz.

—Vale, pero ¿qué me dice de Francis Urquhart, un hombre que ambiciona grandes cosas para su partido y que ansía terriblemente su éxito? ¿Lo apoya él?

No hubo respuesta.

—Señor Urquhart, en mi artículo de mañana dejaré constancia fielmente de su lealtad pública a la remodelación y su justificación de la misma, pero...

—¿Pero?

—Estamos teniendo esta conversación ciñéndonos a las reglas de los correspondientes parlamentarios. Mi intuición me dice que a usted no le gusta lo que está pasando. Quiero saberlo. Quiere asegurarse de que sus pensamientos más íntimos no lleguen a manos de mis colegas, o los suyos, o se conviertan en el típico cotilleo de Westminster. Le doy mi palabra de que no lo harán. Esto es solo para mí, porque puede que sea algo importante a unos meses vista. Y por cierto, nadie sabe que he venido a verlo hoy.

—¿Está ofreciéndome un trato? —murmuró él.

—Sí. Creo que lo necesita. Necesita a alguien como yo. Una voz que hable por usted.

—¿Y por qué cree que yo querría algo así?

—Porque me ha abierto la puerta.

Sus ojos azules la miraron con tanta intensidad que pareció que pudieran atravesarla, despertando emociones.

—Quiere ser un jugador, no meramente un peón —dijo ella.

—Más vale ser un hombre con una reputación que pasar sin pena ni gloria, ¿no?

—Sí, supongo que sí —respondió ella devolviéndole la mirada y sosteniéndosela, con una sonrisa.

—Probemos una cosa, Mattie. Una historia sencilla. Un primer ministro rodeado de ambición, pero no de la suya sino de la de otros. Toda esa ambición ha ido creciendo desde las elecciones. Necesita mantenerla a raya, contenerla, pues de lo contrario podría descontrolarse y acabar con él.

—¿Intenta decirme que hay mucha rivalidad y resentimiento en el seno del Gabinete?

Urquhart hizo una pausa para escoger sus palabras antes de continuar premeditadamente despacio.

—Es un gran olmo destinado a pudrirse, y una vez que la podredumbre se haya apoderado de él, ya será solo cuestión de tiempo. Como debes de suponer, hay quienes se preguntan cómo será la vida dentro de dieciocho meses, o de dos años, qué puesto les gustará ocupar en caso de que, o básicamente cuando el árbol se venga abajo. Como acaba por pasarles a todos.

—Y ¿por qué no se libra de los problemáticos?

—Porque no puede arriesgarse a tener a antiguos ministros del Gabinete

contrariados despotricando en los últimos bancos de la Cámara, cuando cuenta con una mayoría de solo veinticuatro escaños, que podría esfumarse a la primera de cambio. Debe mantenerlo todo en calma, con la máxima discreción. Ni siquiera puede mover a los más exaltados a otros puestos en el Gabinete porque cada vez que manda a un ministro a un nuevo departamento, éste tiene un subidón de entusiasmo y quiere dejar su huella personal. Se convierten en nuevos centros de interés para la gente importante de los medios, como usted. De repente nos encontramos con que estos ministros no están simplemente haciendo su trabajo sino promocionándose para la inevitable competición por el poder. Es un cáncer. El Gobierno inmerso en el caos, todo el mundo guardándose las espaldas, confusión, discordia, acusaciones de falta de control de la situación... y de pronto nos encontramos con una crisis de liderazgo.

—O sea que todo el mundo debe permanecer donde está. ¿Le parece una estrategia sensata?

Urquhart dio un buen trago al *whisky*.

—Si yo fuera el capitán del Titanic y viera un maldito iceberg gigante justo delante de mis narices, creo que querría cambiar de rumbo.

—¿Le ha dicho eso al primer ministro esta tarde?

—Mattie —la regañó—, se está pasando de la raya. Estoy disfrutando mucho de nuestra conversación, pero me temo que sería llevar las cosas demasiado lejos por mi parte que empezara a divulgar detalles de conversaciones privadas. Eso es ya una ofensa gravísima.

—Entonces déjeme preguntarle acerca de lord Williams. Ha estado muchísimo rato con el primer ministro esta tarde si lo que estaban decidiendo era no hacer nada.

—Es un hombre que ha envejecido sirviendo a su partido. ¿Nunca ha oído decir que a los viejos más vale no meterles prisas?

—No puede estar pensando que va a convertirse en líder del partido. ¡No de los Lores!

—No, claro que no. Ni siquiera el querido Teddy es tan egoísta, pero es un veterano estadista; le gustaría asegurarse de que el liderazgo caerá en las manos adecuadas.

—¿En las manos de quién?

—Si no en las suyas, en las de alguno de sus jóvenes acólitos.

—¿Cómo quién?

—¿No se le ocurre nadie?

—Samuel. Se refiere a Michael Samuel —dijo ella presa de la excitación, frunciendo los labios.

—Sí, podría pensarse eso, Mattie.

—¿Cómo lo sabe?

—Me es imposible hacer comentarios al respecto. —Urquhart sonrió y apuró el *whisky*—. Creo que ya le he permitido especular suficiente. Deberíamos dejar aquí esta conversación.

Mattie asintió a regañadientes.

—Gracias, señor Urquhart.

—¿Por qué? Yo no he dicho nada —contestó él poniéndose en pie.

La cabeza de Mattie era un hervidero de teorías mientras trataba de encajar las piezas del rompecabezas. Se estaban dando un apretón de manos en la puerta cuando ella volvió a hablar.

—¿Y la señora Urquhart?

—No está aquí, se ha ido al campo.

Todavía no se habían soltado las manos.

—Por favor, transmítale mis mejores deseos.

—Lo haré, Mattie, lo haré.

Ella le soltó la mano y se volvió para irse, pero titubeó.

—Una última pregunta. En el caso de unas elecciones a líder del partido, ¿sería usted candidato?

—Buenas noches, Mattie —contestó Urquhart, y cerró la puerta.

*Daily Chronicle*, lunes, 14 de junio, página 1

El primer ministro sorprendió ayer a mucha gente al anunciar que no se produciría cambio alguno en el Gabinete. Tras haber pasado varias horas reunido con el presidente del partido, lord Williams, y con el whip, Francis Urquhart, Henry Collingridge transmitió a su partido el mensaje de que debían «mantener el rumbo».

No obstante, fuentes en puestos de responsabilidad de Westminster expresaron ayer su perplejidad ante semejante decisión. En algunos círculos se ha interpretado como una evidencia de la debilidad de la posición del primer ministro después de lo que se ha considerado una campaña deslucida.

Crece las especulaciones sobre si Collingridge va a poder presentarse a próximas elecciones, y al parecer algunos ministros intentan mover ficha para situarse en una buena posición en caso de que se produjera una contienda por el liderazgo. Un ministro del Gabinete ha comparado al primer ministro con «el capitán del Titanic cuando se adentraba en aquellas aguas llenas de icebergs».

La decisión de no llevar a cabo ningún cambio en el Gabinete, la primera vez desde la guerra que unas elecciones no vienen seguidas de una remodelación, se ha interpretado como el método más eficaz del que dispone Collingridge para mantener bajo control las crecientes rivalidades entre sus colegas de Gabinete. Anoche, el whip defendió dicha postura diciendo que «es la mejor manera de continuar con la labor», pero crecen los rumores acerca de posibles contendientes en una competición por el liderazgo.

Al habla con lord Williams a última hora de ayer, tildó de «disparate» cualquier sugerencia de unas elecciones primarias. Dijo: «El primer ministro ha logrado para el partido una histórica cuarta victoria en las elecciones. Estamos en muy buena forma». La posición actual de Williams, presidente del partido, sería crucial en caso de una carrera por el liderazgo, y es sabido que mantiene una estrecha relación con Michael Samuel, ministro de Medio Ambiente y un posible contendiente.

La oposición no ha tardado en reaccionar contra lo que se ha considerado como la indecisión del primer ministro. El líder de la oposición ha declarado: «La llama del descontento arde en el seno del Gobierno. No creo que Collingridge tenga la fuerza ni el apoyo suficientes para apagar ese fuego. Estoy deseando que lleguen las próximas elecciones».

Una fuente con autoridad dentro del partido ha descrito la situación refiriéndose a ella como «un gran olmo destinado a pudrirse».

## Capítulo IX

*Hay hombres con principios demasiado elevados. En Westminster, ayuda dejarse ver comiendo con ellos de vez en cuando, pero tampoco muy a menudo, no vayan a tomarte por un mojigato.*

*Martes, 22 de junio*

O'Neill se había llevado una grata sorpresa al recibir una invitación de Urquhart para comer con él en su club de Saint James Street. El whip nunca se había mostrado especialmente cálido con el jefe de prensa del partido, pero ahora proponía «celebrar la magnífica labor que has llevado a cabo para todos nosotros a lo largo de la campaña». O'Neill se lo tomó como un reconocimiento a su creciente prestigio en el partido.

Había sido una comida fabulosa, con todas las guarniciones posibles. O'Neill, tan hipertenso como siempre, había tratado de ponerse a tono con un par de cargados vodkas con tónica antes de llegar, pero no habrían hecho falta. Dos botellas de Château Talbot del 78 y dos generosas copas de coñac habían bastado para saciar su apetito irlandés. Había hablado por los codos, lo sabía, siempre le pasaba, pero no podía evitarlo. Urquhart siempre lo había puesto un poco nervioso. Era por aquella fría impasibilidad suya. También por el hecho de que se le había oído decir, refiriéndose a él, «el fulano del marketing», pero había demostrado ser, sin duda, un atento anfitrión, dejándolo parlotear. Habían pasado a sentarse en las imponentes butacas de piel cuarteada dispuestas alrededor de las mesas de billar inglés en la parte de atrás del White's. Cuando no había gente jugando, aquellas butacas se convertían en un lugar confidencial y tranquilo al que los socios llevaban a sus invitados.

—Cuéntame, Roger, ¿qué planes tienes ahora que se han acabado las elecciones? ¿Vas a quedarte en el partido? No podemos permitirnos perder a gente válida como tú.

O'Neill esbozó una encantadora sonrisa más, apagó el cigarrillo con la esperanza de que hubiera un buen habano previsto a continuación y le aseguró a su anfitrión que se quedaría en el partido tanto tiempo como quisiera el primer ministro.

—¿Puedes permitirte, Roger? ¿Puedo ser un poco indiscreto? Sé lo poco que el partido paga a sus empleados, y después de unas elecciones el dinero siempre escasea. Es muy probable que el próximo par de años sea duro. Se te congelará el sueldo y se te recortará el presupuesto. Siempre pasa igual, solemos ser algo cortos de vista, los políticos. ¿No te tienta alguna de las jugosas ofertas que debes de estar recibiendo del exterior?

—Como bien supones, no es siempre fácil, Francis. No es el sueldo lo que me importa, entiéndeme. Trabajo en política porque me fascina, me encanta tener un papel en ella. Pero lo que sí sería una tragedia es que recortaran el presupuesto. Queda demasiado trabajo por hacer todavía.

Sonreía de oreja a oreja y le brillaban los ojos. Sintió un escalofrío de emoción al pensar en lo que su interlocutor acababa de decirle. Empezó a jugar con el vaso con gesto nervioso.

—Deberíamos empezar a trabajar para las próximas elecciones. Sobre todo ahora que corren estos estúpidos rumores acerca de las divisiones en el partido. Necesitamos publicidad positiva y yo necesito un buen presupuesto para crearla.

—Es una cuestión interesante. ¿Se ha mostrado abierto el presidente a todo eso?  
—Urquhart arqueó una inquisitiva ceja.

—¿Acaso lo hacen alguna vez los presidentes?

—Quizá yo pueda hacer algo al respecto, Roger. Me gustaría mucho poder ayudarte. Podría apoyarte ante el presidente con lo de tu presupuesto, si quieres.

—¿De verdad? Eso sería increíblemente amable por tu parte, Francis.

—Pero hay algo que debo preguntarte primero, Roger. Y debo ser directo.

Los ojos de Urquhart se clavaron en los de O'Neill, percibiendo su constante parpadeo. O'Neill se sonó ruidosamente. Otra de sus costumbres, como Urquhart bien sabía, al igual que el constante tamborilear de los dedos de su mano derecha. Era como si O'Neill tuviera una segunda vida separada del resto del mundo, que solo se dejaba entrever a través de sus gestos hiperactivos y su inquieto parpadeo.

—El otro día recibí una visita, Roger. Era un antiguo conocido de cuando gestionaba cuentas en la City. Trabaja en contabilidad en la agencia de publicidad del partido. Estaba muy preocupado. Fue muy discreto, pero estaba muy inquieto. Dijo que tenías la costumbre de pedir considerables sumas de dinero en efectivo a la agencia para cubrir tus gastos.

El parpadeo se detuvo unos instantes. Urquhart se dijo que rara vez había visto a O'Neill dejar de moverse.

—Roger, déjame aclararte que no pretendo engañarte ni tenderte una trampa. Esto queda estrictamente entre nosotros, pero si voy a ayudarte quiero estar al corriente de los hechos. —Los ojos y la cara de O'Neill retomaron su movimiento y volvió a soltar una risa nerviosa.

—Francis, te aseguro que no pasa nada. Nada de nada. Es una estupidez, está claro, pero me alegro de que lo hayas comentado. Simplemente es que hay veces que prefiero avanzar dinero para gastos de publicidad que la agencia puede cubrir más fácilmente que el partido. Por ejemplo, para invitar a un periodista a unas copas o a un contribuyente del partido a comer.

O'Neill hablaba cada vez más rápido, parecía haber ensayado de antemano sus explicaciones.

—Verás, si pago ese tipo de cosas de mi propio bolsillo tengo que reclamar al partido, y se toman su tiempo para extenderme los malditos cheques. Dos meses o más. Ya sabes cómo son, la tinta parece que no se seca nunca. Y seamos francos, con lo que me pagan, no puedo permitírmelo, así que los cobro a través de la agencia. Recibo el dinero inmediatamente mientras ellos hacen sus propias cuentas. Es como

un préstamo sin intereses para el partido, y mientras tanto, yo puedo continuar con mi trabajo. Las cantidades son realmente muy pequeñas.

O'Neill tendió el brazo para coger su vaso. Urquhart formó un campanario con las manos bajo la barbilla y se dedicó a observar cómo apuraba su bebida.

—¿Con «cantidades realmente muy pequeñas» te refieres a 22.300 libras en los últimos diez meses, Roger?

O'Neill estuvo a punto de ahogarse. Se le desencajó la cara al tratar de tragar aire a la vez que negaba aquella acusación.

—No es ni mucho menos tal cantidad —protestó. Se quedó boquiabierto mientras buscaba sus próximas palabras. Esa parte de la explicación no parecía haberla ensayado. El parpadeo y los tics de O'Neill recordaban ahora a una mosca atrapada en una telaraña. Urquhart siguió hilando hebras de seda.

—Roger, has estado cargándole gastos habituales a la agencia, claramente sin llegar a justificar la cantidad de 22.300 libras desde principios de septiembre del año pasado. Lo que empezó como cantidades relativamente pequeñas se ha convertido de un tiempo a esta parte en 4.000 libras al mes. Es imposible gastar tanto en copas y comidas, ni siquiera durante una campaña electoral.

—Francis, ¡te aseguro que cualquier gasto que haya hecho a través de la agencia es absolutamente legítimo!

—Es cara, ¿verdad? La cocaína, me refiero.

Los ojos vidriosos de O'Neill quedaron paralizados por el espanto.

—Roger, como whip, debo familiarizarme con cualquier problema humano. He tenido que tratar con casos de violencia de género, adulterio, fraude, enfermedades mentales. Incluso un caso de incesto. No, no te preocupes, a ése no le dejamos presentarse a la reelección, está claro, pero no ganábamos nada con convertirlo en un escándalo público. Por eso estas cosas prácticamente nunca salen a la luz. El incesto sobrepasa el límite de lo tolerable, Roger, pero en general no solemos ser muy estrictos con el código moral. En mi opinión, cualquier hombre puede permitirse un exceso, siempre y cuando se mantenga en privado.

Hizo una pausa; un ligero temblor volvió a aparecer en el párpado de O'Neill. Un temblor de desesperación.

—Uno de mis jóvenes subordinados es médico. Lo escogí especialmente para que me ayudara a identificar indicios de tensión. Al fin y al cabo, tenemos a más de trescientos diputados por los que velar y todos viven bajo inmensas presiones. Te sorprendería saber cuántos casos de abuso de drogas tenemos. Hay un centro de desintoxicación a las afueras de Dover, en una granja preciosa y totalmente privada, adonde los mandamos, a veces hasta un par de meses. La mayoría de ellos se recuperan completamente; uno incluso es un ministro de primer rango. —Se inclinó para reducir el espacio entre ellos—. Pero, desde luego, ayuda detectarlos pronto, Roger, y la cocaína se ha convertido en un problema importante últimamente. Me han dicho que está de moda, sea lo que sea lo que eso signifique, y es demasiado fácil de

conseguir, joder. Convierte a un hombre bueno en un hombre brillante, o eso dicen. Qué pena que sea tan adictiva. Y tan cara.

Urquhart no le había quitado los ojos de encima a O'Neill durante todo su discurso. La agonía que abría las carnes a O'Neill le producía un placer exquisito y cautivador. Cualquiera duda que pudiera haber albergado sobre el diagnóstico la habían disipado aquellas manos temblorosas y aquellos labios entreabiertos pero incapaces de hablar. Cuando O'Neill por fin encontró palabras, éstas brotaron como un quejido.

—¿Qué estás diciendo? No soy un drogadicto. ¡Yo no tomo drogas!

—No, Roger, claro que no. —Urquhart hizo uso de su tono más tranquilizador—. Pero creo que debes aceptar que hay gente que llegaría a conclusiones muy desafortunadas sobre ti. Y el primer ministro, teniendo en cuenta el humor del que está en estos momentos, no es un hombre con el que quieras probar suerte. Por favor, créeme, no se trata de condenar a un hombre sin un juicio, sino simplemente de optar por una vida más tranquila.

—¡Henry no puede creer esto! No se lo habrás contado... —O'Neill soltó un grito entrecortado como si lo hubiera embestido un toro.

—Claro que no, Roger. Quiero que me consideres un amigo. Pero el presidente del partido...

—¿Williams? ¿Qué ha dicho?

—¿De las drogas? Nada. Pero me temo que nuestro querido lord no es uno de tus mayores admiradores. No fue de gran ayuda con el primer ministro. Por lo visto cree que deberías cargar con la culpa del resultado de las elecciones, más que él.

—¿Qué? —Más que una palabra, fue un gemido.

—No te preocupes, Roger, salí en tu defensa. No hay nada que temer, siempre y cuando cuentes con mi apoyo.

Urquhart sabía lo que hacía, comprendía plenamente la paranoia que se apodera de la mente de un cocainómano, y el impacto que su historia inventada sobre la antipatía que le tenía el presidente del partido iba a causar en las delicadas emociones de O'Neill. El tipo tenía un afán de notoriedad que solo podía convertirse en realidad mediante el apoyo continuo del primer ministro; era algo que no podía permitirse perder. «Siempre y cuando tengas mi apoyo.» Aquellas palabras resonaban en los oídos de O'Neill. «Un desliz y estás muerto», decían en realidad. La red del miedo se había ceñido en torno a O'Neill. Había llegado el momento de ofrecerle una salida.

—Roger, he visto cómo los rumores destruían a muchos hombres. Los pasillos de Westminster pueden convertirse en un campo de la muerte. Nunca podría perdonarme la tragedia de que te torturaran por culpa de la hostilidad de Teddy Williams o simplemente porque la gente malinterpretara tus trapicheos con el dinero y tu... alergia.

—¿Qué debo hacer? —Su voz era del todo lastimera.

—¿Hacer? Verás, Roger, sugeriría que confiaras en mí. Necesitas un apoyo sólido

en los círculos más íntimos del partido, especialmente ahora. Las aguas están movidas, y va a más. El barco del primer ministro hace agua y no va a dudar en arrojar a alguien como tú por la borda si eso le ayuda a salvarse a sí mismo. La gente como él piensa que eres poco más que un lastre.

Sus palabras estaban teniendo el efecto deseado. O'Neill se retorció en la silla, dando sorbos ciegos a un vaso de cristal ya vacío, el cuero viejo crujía bajo su peso. Urquhart se detuvo un momento para absorber cada detalle.

—Ayúdame, Francis.

—Para eso te he invitado, Roger.

El otro hombre se echó a llorar. Las lágrimas le surcaron la cara.

—No voy a dejar que se deshagan de un buen hombre como tú, Roger. —Su tono era como el de un cura leyendo un salmo—. Cada penique de tus gastos es legítimo. Eso es lo que les diré a los de la agencia. Les aconsejaré que continúen con este sistema y que siga siendo confidencial, para evitar molestos celos de aquellos miembros del partido que quieran recortar este presupuesto tan atractivo. Pero hay más cosas que hacer. Nos aseguraremos de que el primer ministro esté informado del buen trabajo que estás haciendo. Le aconsejaré que no baje la guardia, que continúe con una campaña de alto nivel si pretende salir airoso de los meses difíciles que nos esperan. Tu presupuesto sobrevivirá, igual que tú, Roger.

—Francis, sabes que te estaría eternamente agradecido... —murmuró O'Neill.

—Hay algo que necesitaré a cambio, Roger.

—Lo que sea.

—Si voy a guardarte las espaldas, necesito saber todo lo que pasa en la sede del partido.

—Por supuesto.

—Concretamente, necesito saber qué se trae entre manos el presidente. Es un hombre ambicioso y peligroso, juega a su propio juego mientras profesa lealtad al primer ministro. Debes ser mis ojos y mis oídos, Roger, y deberás hacerme saber enseguida cualquier cosa que oigas acerca de los planes del presidente. Tu futuro puede depender de ello.

O'Neill se estaba enjugando los ojos y sonándose la nariz, su pañuelo estaba hecho un desastre.

—Tú y yo, Roger, debemos trabajar juntos en esto. Deberás ayudar a que el partido supere los tiempos difíciles que se avecinan. Tendrás que ser Horacio defendiendo el puente.

—Francis, no sé cómo agradecértelo.

—Lo harás, Roger, lo harás.

Se oyó un portazo. Mortima había vuelto. Corrió escaleras arriba, buscándolo por todas las habitaciones hasta que lo encontró en la azotea, contemplando la noche



londinense en dirección a la torre Victoria, que se alzaba esplendorosa e iluminada en el extremo sur del edificio del Parlamento. Las suaves corrientes de aire que se elevaban de las calles calientes hacían ondear la bandera. El edificio parecía tallado en un panal. Urquhart fumaba, una visión poco frecuente.

—Francis, ¿estás bien?

Él se volvió, sobresaltado, como si se sorprendiera de verla, y luego siguió contemplando la torre Victoria sobre los tejados de Westminster.

—Cuando has llamado y has dicho que había pasado algo, he pensado que quizá estabas enfermo. Me has asustado y...

—Ahí, en la torre, tienen la sentencia de muerte de Carlos I, la Declaración de Derechos, actas del Parlamento de más de quinientos años de antigüedad. —Hablaban como si no la hubiera oído ni se hubiera percatado de su preocupación.

—Definitivamente ha pasado algo. —Se acercó a él y lo cogió del brazo. Los ojos de él parecían absortos en una aparición, en un panorama que solo él podía ver, ahí fuera en la noche que se extendía ante ellos.

—Si escuchas atentamente, Mortima, se oyen los gritos de la muchedumbre frente a la verja.

—¿Tú los oyes?

—Sí.

—¿Francis? —La voz de Mortima aún sonaba llena de preocupación.

Solo entonces Urquhart volvió a la realidad, apretándole suavemente la mano.

—Ha sido un detalle que volvieras tan deprisa. Siento haberte preocupado. No estoy enfermo, estoy bien. De hecho, me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—No lo entiendo. Estabas muy decepcionado porque no te hubieran ascendido.

—Nada es para siempre, ni los grandes imperios ni mucho menos un primer ministro débil. —Su voz sonaba impregnada de desprecio. Le ofreció el cigarrillo a Mortima; ella inhaló profundamente aquel humo denso.

—Necesitarás ayuda —susurró devolviéndole el pitillo.

—Creo que ya la he encontrado.

—¿Aquella joven periodista de la que hablaste?

—Podría ser.

Ella no contestó enseguida. Permanecieron allí en la oscuridad, compartiendo la noche, los apagados sonidos de las vidas que transcurrían debajo de ellos y la atmósfera de conspiración.

—¿Será leal?

—¿Leal? ¿Una periodista?

—Tienes que tenerla controlada, Francis.

Él la miró con severidad y esbozó una leve sonrisa que se desvaneció enseguida. No expresaba ni un atisbo de humor.

—Es demasiado joven, Mortima.

—¿Demasiado joven?, ¿demasiado guapa?, ¿demasiado inteligente?, ¿demasiado ambiciosa? No lo creo, Francis, no para un hombre como tú.

La sonrisa volvió a los labios de Urquhart, más cálida esta vez.

—Como siempre, Mortima, estoy en deuda contigo.

Ella era doce años más joven que él, y aún estaba radiante. Llevaba con suma elegancia esos kilos de más que la edad le había puesto encima. Era su amiga más cercana, la única a la que le permitía ahondar en su interior y en la que podía confiar ciegamente. Llevaban vidas distintas, por supuesto, la de él en Westminster y la de ella... bueno, a ella le encantaba Wagner, que a él nunca le había entusiasmado. Mortima se ausentaba durante días: viajaba al extranjero, con otros, para compartir su pasión por el *Ciclo del Anillo*. Urquhart nunca ponía en duda su lealtad, ni ella la de él.

—Esto no será fácil —dijo él.

—El fracaso tampoco lo es.

—¿Hay límites? —preguntó él de la manera más delicada que permitía la pregunta.

Mortima se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Entró en la casa, dejándolo a solas con la noche.

## Capítulo X

*Una vez conocí a un hombre con la memoria tan marchita que olvidó durante tres años que había colgado sin darse cuenta un cuadro de Howard Hodgkin de lado, y aun así recordaba que había sido fideicomisario de la Tate, algo que nunca fue. Llegó a ser ministro de Cultura, por supuesto. Me pregunto qué sería de él después de aquello.*

*Miércoles, 30 de junio*

El Bar de los Extraños en la Cámara de los Comunes es una pequeña habitación de paneles oscuros y rincones silenciosos con vistas al Támesis, donde los miembros del Parlamento pueden llevar a su «extraño» o invitado no parlamentario. Por lo general está atestado y es muy ruidoso a causa de los rumores y cotilleos, que unas veces rayan en la violencia moral, y otras también en la física. Hay políticos que sencillamente no saben estar sobrios.

O'Neill estaba apoyado sobre un codo en la barra mientras intentaba no tirarle la copa de la mano a su anfitrión con el otro.

—¿Otra, Steve? —preguntó a su compañero inmaculadamente vestido.

Stephen Kendrick era un diputado recién elegido de la oposición que todavía tenía que encontrar su sitio. Emitía una mezcla de señales: su traje de Armani de angora gris claro con puños blanco perla contrastaba con la pinta de cerveza amarga Federation que aferraba con una mano de manicura inmaculada.

—Sabes mejor que yo que los extraños no pueden pedir copas aquí. Además, solo llevo en este sitio un par de semanas, creo que es un poco pronto para echar por tierra mi carrera si me pillan pasando demasiado rato con el perrito faldero del primer ministro. Mis colegas más dogmáticos podrían considerarlo una traición. Bueno, ¡una más y de ahí no paso!

Sonrió de oreja a oreja y le guiñó un ojo al camarero. Otra pinta de cerveza negra amarga y un vodka doble con tónica aparecieron delante de ellos.

—¿Sabes una cosa, Rog?, aún tengo que pellizcarme para creérmelo. En realidad nunca esperé llegar aquí. Y aún no puedo decidir si es un sueño o solo una pesadilla espantosa. —Su voz tenía un marcado acento de los barrios pobres de Blackburn—. Tiene su gracia el destino, ¿a que sí? Cuando trabajábamos juntos en aquella oficinita de relaciones públicas hace siete años, quién iba a imaginar que ahora serías el gruñón número uno del primer ministro y yo sería el parlamentario de la oposición más reciente y con mayor talento, ¿eh?

—Aquella monada de telefonista rubia que nos turnábamos no, desde luego.

—La pequeña y querida Annie.

—Creía que se llamaba Jennie.

—Rog, no recuerdo que fueras quisquilloso con respecto a sus nombres.

Las bromas consiguieron romper el hielo. Cuando O'Neill había llamado por

teléfono al nuevo diputado para proponerle tomar un trago por los viejos tiempos, a ambos les había costado revivir la sencilla familiaridad de antaño. Durante el primer par de rondas habían discutido ligeramente, evitando los temas políticos que ahora dominaban sus vidas. En aquel momento, O'Neill decidió que era el momento de lanzarse.

—Steve, por mí puedes seguir pagando copas toda la noche. Por Dios, tal como andan últimamente mis jefes, creo que hasta un santo se daría a la bebida.

Kendrick aceptó el invite.

—Se ha convertido en un puto lío, y a toda puta pastilla, eso seguro. Da la sensación de que todos habéis perdido el elástico de los calzoncillos. ¡Madre mía! No me puedo creer esos rumores. Samuel furioso con Williams por haberle puesto la cabeza en el tajo con el primer ministro, Williams cabreado con Collingridge por haberla cagado con las elecciones, Collingridge furioso por todo y con todos. ¡Es genial, hostia!

—Están todos hechos polvo, y locos por irse de vacaciones. Se pelean hasta por cómo cargar el coche.

—Voy a decirte algo, viejo amigo, si no te importa, y es que tu jefe va a tener que poner fin a todas las discusiones, y cagando leches, o ya verás. Puede que yo sea un pardillo, pero cuando surgen rumores como éstos, empiezan a cobrar vida por su cuenta. Se hacen realidad. Aun así, ahí es donde tú y tu poderosa maquinaria publicitaria aparecéis al rescate, me imagino, como el séptimo de caballería en la colina.

—Más bien como la última batalla de Custer —dijo O'Neill con cierta amargura.

—¿Qué pasa, Rog? ¿Se ha largado corriendo el tío Teddy con todos tus soldaditos de plomo o algo así?

O'Neill apuró la copa con un violento gesto de muñeca. La curiosidad de Kendrick pudo más que su precaución, y pidió otra ronda.

—Ya que lo preguntas, Steve, entre tú y yo, como viejos amigos, nuestro anciano y muy sobrevalorado presidente ha decidido batirse en retirada tras las barricadas. Justo cuando nos hace falta salir a luchar.

—Vaya, ¿detecto los lloriqueos de un director de publicidad frustrado a quien le han dicho que cierre el pico un rato?

O'Neill dejó el vaso en la barra con un golpetazo de pura desesperación.

—Supongo que no debería decirte esto, pero no tardarás en enterarte. ¿Sabes ese programa de expansión hospitalaria que prometimos en las elecciones, según el cual el Gobierno aportaría los mismos fondos que la cantidad recaudada a nivel local? Una idea brillante. Y teníamos lista una campaña promocional maravillosa para lanzarla durante el verano, mientras los cabrones con boina como vosotros estabais en la costa de Cuba o donde sea que vayáis.

—¿Y bien?

—Pues no va a hacerse, ¿sabes? Lo tenía todo preparado, Steve, todo a punto. Y

para cuando todos vosotros hubieseis metido en la maleta los cubos y las palas y estuvieseis de vuelta en octubre, yo me habría metido en el bolsillo a los votantes en cada distrito electoral del país por escasa que fuera la mayoría. Teníamos la campaña lista. Anuncios, diez millones de folletos, correo directo. «Hagamos que los hospitales recuperen la salud.» Pero... el viejo cabrón lo ha echado todo por tierra. Por las buenas.

—¿Por qué? —preguntó Kendrick con tono compasivo—. ¿Por problemas de dinero tras las elecciones?

—Eso es lo más absurdo del asunto, Steve. El dinero está en el presupuesto y los folletos ya se han impreso, pero no nos deja distribuirlos. Ha vuelto del número diez esta mañana y ha dicho que se acabó lo que se daba. Se han quedado sin agallas. Entonces ha tenido los huevos de preguntar si los malditos folletos habrían caducado el año que viene. ¡Es tan de principiante!

Tomó otro largo trago de vodka y clavó la mirada en el fondo de su vaso. O'Neill confiaba en haber seguido las instrucciones de Urquhart de no dar muestras de demasiada deslealtad, solo de cierto resentimiento profesional y una discreta ebriedad. Aún estaba perplejo. No tenía ni idea de por qué Urquhart le había dicho que se inventara una historia totalmente falsa sobre una campaña publicitaria inexistente para hacerla circular en el Bar de los Extraños, pero, si implicaba que Williams acabara cubierto de mierda, estaba dispuesto a todo. Mientras hacía girar la rodaja de limón en el vaso, advirtió que Kendrick le dirigía una larga y pensativa mirada.

—¿Qué está pasando aquí, Rog?

—Ojalá lo supiera, viejo amigo. Es un maldito misterio. Un puto desastre.

### *Jueves 1 de julio*

La sala de la Cámara de los Comunes es relativamente moderna, pues se reconstruyó al acabar la guerra, después de que una bomba de la Luftwaffe errara su objetivo en los muelles y diera en el blanco como si tal cosa en el Parlamento por excelencia. Sin embargo, pese a su relativa juventud, la Cámara destila una atmósfera centenaria. Si uno se sienta en silencio en un rincón de la Cámara desierta, en uno de los estrechos bancos verdes, toda modernidad se desvanece y los fantasmas de Chatham, Walpole, Fox y Disraeli recorren los pasillos una vez más.

Es un sitio con más personalidad que comodidades. Solo hay asientos para unos cuatrocientos de los seiscientos cincuenta diputados, que no alcanzan a oír lo que sale por los rudimentarios altavoces instalados detrás de los bancos sin encorvarse hacia un lado y dar la impresión de haberse sumido en un sueño profundo. Algo que en ocasiones en efecto ocurre.

El diseño se inspira en la antigua capilla de San Esteban, donde los primeros

parlamentarios se sentaban frente a frente como niños del coro en bancos de iglesia, y sin embargo en el emplazamiento moderno no abunda lo angelical. Los diputados se encaran unos con otros, como contrincantes. Están separados por dos líneas rojas en la alfombra, y la distancia entre ellas representa la longitud de dos espadas; pero es engañoso, pues el peligro más inminente nunca queda más lejos que la longitud de una daga, en los bancos de detrás.

Casi todos los primeros ministros acaban rebanados, hechos picadillo u obligados a dejar su puesto chorreando sangre. Por lo general, más de la mitad de los diputados del partido parlamentario del Gobierno creen que puede cumplir con su tarea mucho mejor. Aquellos a quienes han echado, o a los que nunca les han ofrecido un puesto, se sientan detrás de su líder y miden la anchura entre sus omóplatos. La presión es despiadada. Cada semana se convoca a los primeros ministros para que den cuentas en las «preguntas al primer ministro», una institución a la que solo honran sus excesos. En principio otorga a los miembros del Parlamento la oportunidad de descubrir información del líder del Gobierno de su majestad; en la práctica, es un ejercicio de supervivencia que le debe más al circo romano de Nerón y Claudio que a los ideales de la democracia parlamentaria. Las preguntas de los diputados de la oposición por lo general ni siquiera pretenden descubrir información: solo buscan criticar, infligir daño. ¿Va a irse de una puñetera vez a la mierda este primer ministro tan patético o qué?, o cosas por el estilo. De modo similar, las respuestas que se dan rara vez buscan dar información sino que intentan tomar represalias y causar dolor y humillación. Y los primeros ministros siempre tienen la última palabra. Eso les concede la ventaja en el combate, como el gladiador al que se le permite la estocada final. Por eso se espera que gane el primer ministro. Y pobre del primer ministro que no lo haga. La tensión y el pánico están siempre a flor de piel, tras la sonrisa confiada. Fueron la causa de que Macmillan enfermara de pura presión, de que Wilson perdiera el sueño y Thatcher los nervios. Y Henry Collingridge nunca había estado a la altura de ninguno de ellos.

El día que siguió a la incursión de O'Neill en el Bar de los Extraños no había transcurrido sin contratiempos para el primer ministro. La secretaria de prensa de Downing Street estaba en cama, víctima de la varicela de sus niños, de modo que el habitual resumen de prensa diario fue de inferior calidad y, peor incluso para el impaciente Collingridge, se retrasó. Lo mismo hizo el Gabinete, que se había reunido a su hora acostumbrada de las diez de la mañana el jueves, pero la sesión se había alargado al montarse un follón cuando el ministro de Economía y Hacienda trataba de explicar, sin pretender ofensa alguna hacia Collingridge, cómo la reducida mayoría del Gobierno había supuesto un descenso en los mercados financieros, lo que hacía imposible durante aquel año fiscal aplicar el programa de expansión hospitalaria que habían prometido con tanto entusiasmo durante la campaña electoral. El primer ministro debería haber conseguido imponer el control sobre aquella discusión, pero la cosa siguió dale que te pego y acabo en una escena vergonzosa.

—Ha sido una pena, digo yo, que el ministro no haya sido un poco más prudente y nos haya permitido hacer todos esos comentarios precipitados —comentó el ministro de Educación exudando mordacidad.

El ministro de Hacienda murmuró con tono sombrío que no era culpa suya que los resultados electorales fueran peores incluso de lo que habían aventurado hasta los más cínicos en el mercado bursátil, un comentario del que se arrepintió al instante. Collingridge trató de hacerlos entrar en razón y le dio instrucciones al ministro de Sanidad de que preparara una explicación apropiada para el cambio de planes. También se decidió que dicho cambio de rumbo se anunciaría al cabo de quince días, durante la última semana lectiva previa a la escapada estival del Parlamento.

—Confiemos en que para entonces tengan la cabeza puesta en sus aventuras veraniegas —comentó el septuagenario presidente de la Cámara de los Lores.

Y así, el Gabinete excedió el tiempo previsto en veinticinco minutos, lo que significó que el breve encuentro del primer ministro con los funcionarios para la hora de las preguntas también se retrasara, y su mal humor provocó que se tomara a la ligera lo que estaban diciendo. Cuando entró en la abarrotada Cámara, justo antes de la hora acordada para las preguntas, no estaba ni tan preparado ni tan alerta como de costumbre.

Aquello pareció carecer de importancia, ya que Collingridge devolvía los golpes de las preguntas de la oposición y aceptaba los aplausos de su propio partido con educada, si no inspirada, facilidad. Nada nuevo bajo el sol. El presidente de la Cámara, el hombre a cargo del proceso parlamentario, consultó el reloj y decidió, cuando faltaba poco más de un minuto para el fin de la sesión, que podía haber tiempo para una ronda más. La siguiente pregunta en el orden del día le tocaba formularla a uno de los nuevos miembros; buen momento, se dijo, para introducir sangre nueva.

—Stephen Kendrick —declaró.

—Número seis, señor. —Kendrick se puso brevemente en pie para indicar el número de la pregunta del orden del día que figuraba con su nombre—: Quiero pedirle al primer ministro que nos detalle sus compromisos oficiales de la jornada. —Era una pregunta sin sustancia, idéntica a las preguntas uno, dos y cuatro que la habían precedido.

Collingridge se puso en pie con gesto cansino y miró la carpeta roja de informes abierta en el maletín que tenía ante sí. Leyó con tono de aburrimiento. Ya habían oído todo eso antes.

—Remito al honorable diputado a las respuestas a las preguntas uno, dos y cuatro.

Dado que su respuesta anterior solo había revelado que pasaría la jornada manteniendo reuniones con colegas ministeriales y celebraría una cena en honor del primer ministro belga que estaba en visita oficial, nadie había oído todavía nada de interés acerca de las actividades del primer ministro, pero de eso se trataba. Las cortesías del gladiador habían llegado a su fin y la batalla estaba a punto de

comenzar. Kendrick se puso en pie en los bancos de la oposición.

Steve Kendrick era un aficionado al juego, un hombre que había hallado el éxito profesional en una industria que premiaba a los caraduras y a los tipos con un par de cojones. Nadie se había sorprendido más que él, aparte quizá de su exmujer, de que hubiese decidido arriesgar la cuenta de gastos de representación y el coche deportivo para luchar por un escaño parlamentario insignificante. No es que esperara o quisiera ganar, pues al fin y al cabo el Gobierno había disfrutado de una mayoría bastante razonable, pero luchar por el escaño contribuiría a establecer su marca y lo ayudaría tanto en el ámbito social como en el profesional. Había aparecido varias semanas en la portada de las revistas especializadas en relaciones públicas. «El hombre con conciencia social» siempre era un buen eslogan en un negocio tan agresivo.

Su mayoría de setenta y seis, al cabo de tres recuentos, había supuesto una desagradable sorpresa. Suponía unos ingresos bastante reducidos y que su disoluta vida privada se viera expuesta a un examen minucioso, y de todos modos, había muchas posibilidades de que lo echaran en las próximas elecciones. Y así, ¿qué sentido tenía ser precavido? No tenía nada que perder excepto su anonimato.

Kendrick había pasado una noche de sueño intermitente y una mañana frustrante tratando de entender lo que había dicho O'Neill. ¿Por qué cancelar una campaña publicitaria que promocionaba una política captadora de votos? No tenía puñetero sentido, a menos que... A menos que lo que estaba en apuros fuera la política y no la campaña publicitaria. Tenía que tratarse de eso. ¿O no? ¿Qué otra cosa podía ser? ¿O sencillamente era demasiado pardillo para entender lo que pasaba? Cuanto más trataba de resolver el rompecabezas, más enrevesado se volvía. ¿Debería preguntar o acusar? ¿Formular una pregunta o condenar? Una cosa sí sabía, si se equivocaba, la primera y última impresión que daría sería la de bufón de la Cámara.

Las dudas todavía le zumbaban en la cabeza como avispones cuando se puso en pie. Su momentánea incertidumbre provocó que el alboroto general se fuera apagando cuando los parlamentarios captaron su indecisión. ¿Se había quedado helado el nuevo diputado? Kendrick respiró hondo y decidió que no tenía sentido mantener las distancias. Saltó al vacío.

—¿Explicará el primer ministro a la Cámara por qué ha cancelado el prometido programa de expansión hospitalaria?

Sin críticas previas. Sin elaboración. Sin frases añadidas ni comentarios inconexos que le brindaran tiempo al primer ministro para esquivar o eludir el tema. Se oyeron murmullos cuando el nuevo diputado en la oposición y sin un cargo de responsabilidad volvió a sentarse. ¿El programa hospitalario? ¿Se había cancelado? El juego había tomado un interesante nuevo rumbo, y los trescientos y pico espectadores se volvieron todos a una para mirar a Collingridge. Éste se puso en pie con esfuerzo, sintiendo al hacerlo que la sangre ya no le regaba el cerebro. Sabía que en su carpeta roja de informes no había nada que pudiera proporcionarle inspiración, ni sostén, ni una ramita de la que poder agarrarse. Había sido una filtración, un robo;



estaba acabado, estaba jodido. Esbozó una amplia sonrisa. Era lo que uno tenía que hacer. Solo quienes estaban sentados muy cerca de él alcanzaron a ver el blanco en sus nudillos cuando cogió el maletín rojo.

—Confío en que el honorable caballero procurará no dejarse llevar por las locuras veraniegas, al menos antes de que llegue agosto. Como es un nuevo diputado, es una buena oportunidad para que le recuerde que en los últimos cuatro años, bajo este Gobierno, la sanidad ha disfrutado de un sustancial incremento real del gasto público de entre el seis y el ocho por ciento, —Collingridge sabía que se estaba mostrando imperdonablemente paternalista, pero no lograba dar con las palabras adecuadas. ¿Qué otra cosa podía hacer?—. La salud pública se ha beneficiado más que ningún otro servicio del Gobierno de nuestro éxito en la derrota contra la inflación, y si lo comparamos con...

Desde su posición algo más alta en los bancos de piel verde, Kendrick tenía la vista clavada en él. El primer ministro no lo miraba a los ojos, su mirada iba de aquí para allá. Estaba perdido.

—Responda a la puñetera pregunta —gruñó con aquel acento suyo del norte que de algún modo volvía aceptable, o al menos previsible, semejante falta de decoro. Varios diputados más apoyaron la sugerencia.

—Contestaré a la pregunta a mi manera y cuando me parezca oportuno —espetó el primer ministro—. Me parece patético que la oposición se ande quejando cuando saben que los electores han llegado a sus propias conclusiones y han votado firmemente hace poco por este Gobierno. Nos apoyan y puedo insistirles en nuestra determinación de protegerlos a ellos y su servicio hospitalario.

Los groseros gritos de desaprobación desde los bancos de la oposición se volvían más y más audibles. El Hansard, la transcripción de los debates del Parlamento, pasaría por alto la mayoría de ellos, pues sus taquígrafos sufrían a veces de una sorprendente sordera, pero el primer ministro los oyó con claridad, cada sílaba de ellos. Sus propios diputados de última fila empezaron a revolverse incómodos, sin saber muy bien por qué Collingridge no se limitaba a reafirmarse en su política sanitaria y a hacerle tragar sus palabras a Kendrick.

Collingridge trataba de abrirse paso en la marea de interrupciones.

—La Cámara debe recordar... que los Gobiernos no tienen por costumbre... discutir los detalles de nuevos planes de gasto público por adelantado... Anunciaremos nuestras intenciones en el momento oportuno.

—Lo has hecho. Has cancelado el puñetero programa, ¿verdad? —El honorable y por lo general irrespetuoso diputado por Newcastle Oeste explotó desde su sitio bajo la pasarela, en voz tan alta que ni siquiera el Hansard podía alegar no haberlo oído.

Los miembros del primer banco de la oposición sonrieron de oreja a oreja al ver que por fin se igualaba el marcador. Su líder, a menos de seis metros de donde estaba Collingridge, se volvió hacia el colega más próximo y le dijo con ese susurrar de los galeses que resulta perfectamente audible:

—¿Sabes qué?, creo que la ha pifiado. ¡Se está escaqueando! —Empezó a agitar su orden del día, al igual que sus colegas. Parecían las velas de antiguos galeones navegando hacia la batalla.

El dolor de mil tropiezos en la Cámara manó del interior de Collingridge. No estaba preparado para aquello. No tenía valor suficiente para admitir la verdad, pero tampoco podía mentir a la Cámara, y no conseguía dar con las palabras adecuadas con que pisar justo en la delicada línea entre la honestidad y el fraude absoluto. Mientras contemplaba la petulancia en los rostros que tenía delante y escuchaba sus abucheos, recordó las muchas mentiras que habían contado sobre él durante años, la crueldad de que habían hecho gala y las lágrimas que le habían hecho derramar a su mujer. Mientras observaba aquellos rostros crispados a tan solo unos metros de él, su paciencia se esfumó. Tenía que ponerle fin a todo aquello, y ya no le importaba cómo. Levantó ambos brazos.

—No tengo por qué escuchar esa clase de comentarios de una jauría de perros —espetó. Y se sentó. Como un oso que retrocediera ante el aro del domador.

Antes incluso de que los gritos de triunfo y cólera tuvieran ocasión de elevarse desde los bancos de la oposición, Kendrick volvió a ponerse en pie.

—Una cuestión de procedimiento, señor presidente. Los comentarios del primer ministro son una absoluta ignominia. He hecho una pregunta directa y sencilla sobre por qué el primer ministro ha faltado a su palabra respecto a la promesa electoral, y cuanto he obtenido han sido insultos y evasivas. Aunque comprendo la reticencia del primer ministro a admitir que ha perpetrado un gigantesco y vergonzoso fraude ante el electorado, ¿no hay nada que usted pueda hacer para proteger los derechos de los miembros de esta Cámara de modo que obtengamos una respuesta directa a una pregunta directa? Sé que soy nuevo aquí, pero tiene que haber algo en la ley de protección al consumidor que cubra esta situación.

Oleadas de aprobación bañaron los bancos de la oposición mientras el presidente luchaba por hacerse oír sobre la confusión.

—Puede que el honorable diputado sea nuevo, pero parece haber desarrollado ya una visión muy perspicaz en lo concerniente al proceso parlamentario, en cuyo caso sabrá que yo no soy responsable del contenido o del tono de las respuestas del primer ministro, al igual que no lo soy de las cuestiones que se le plantean. ¡Asunto siguiente!

Mientras el presidente intentaba zanjar la cuestión, un enrojecido Collingridge se puso en pie y salió de la Cámara a grandes zancadas, indicándole con un ademán al whip que lo siguiera. El insulto muy poco parlamentario de «cobarde» lo siguió reverberando en el pavimento. En los bancos del Gobierno no hubo más reacción que un silencio inquietante.

—En el nombre de Dios, ¿cómo lo sabía? ¿Cómo se ha enterado ese hijo de puta?

Apenas acababa de oírse el portazo en el despacho del primer ministro, que se encontraba justo ante la salida trasera de la Cámara, cuando se desató la diatriba. El aspecto por lo general sereno del primer ministro de su majestad se había esfumado para dejar al descubierto un hurón salvaje de Warwickshire.

—Francis, la cuestión es que esto no puede ser. Te digo que no puede ser, ni de coña. Recibimos el informe del ministro de Hacienda en el comité del Gabinete de ayer, todo el Gabinete lo discute hoy por primera vez, y esta tarde ya lo sabe todo llorica de mierda de la oposición. Menos de veinticinco ministros del gabinete estaban al corriente; solo un puñado de funcionarios estaban informados. ¿Quién lo ha filtrado, Francis? ¿Quién? Tú eres el whip. ¡Quiero que encuentres a ese cabrón y que lo cuelguen por los huevos de la torre del reloj!

Urquhart exhaló un gran suspiro de alivio. Antes del estallido del primer ministro, no tenía ni idea de si el dedo de la culpabilidad lo apuntaba a él. Sonrió, pero solo en su interior.

—Sencillamente estoy perplejo, Henry. Que uno de nuestros colegas del Gabinete haya querido filtrar algo así de forma deliberada —empezó a decir, descartando de manera implícita la posibilidad de que lo hubiese filtrado un funcionario, y estrechando así el círculo de sospechosos para incluir a cada uno de sus colegas del Gabinete.

—Quienquiera que sea el responsable me ha humillado. Lo quiero fuera, Francis. Quiero que encuentres a ese gusano, insisto. Y luego quiero que alimente a los cuervos.

—Henry, ¿puedo hablarte como amigo?

—¡Por supuesto!

—Me temo que se han producido demasiadas trifulcas entre nuestros colegas desde las elecciones. Hay demasiados que quieren el puesto de algún otro.

—Todos quieren mi puesto, eso ya lo sé, pero ¿quién puede ser tan... tan cretino, tan calculador, tan mamón como para filtrar algo así de forma deliberada?

—No estoy seguro... —Urquhart titubeó solo muy levemente, cómo no— del todo.

Collingridge captó la inflexión.

—Dame una conjetura con cierta base, ¡por los clavos de Cristo!

—Eso no sería muy justo.

—¿Justo? ¿Crees que lo que acaba de pasar ha sido justo, que hayan utilizado mi culo de buzón?

—Pero...

—Nada de peros, Francis. Si ha ocurrido una vez puede ocurrir de nuevo, y es prácticamente seguro que lo hará. Acusa, insinúa, lo que más te guste, coño. Aquí nadie va a levantar acta de nada. ¡Pero quiero nombres! —Collingridge dejó caer el puño en el escritorio con tanta fuerza que hizo brincar la lámpara de lectura.

—Si insistes, especularé. No sé nada con certeza, entiéndeme... Vamos a trabajar

desde la deducción. Teniendo en cuenta el factor tiempo, parece más probable que la filtración se produjera ayer en el comité que en el pleno del Gabinete de hoy. ¿Estás de acuerdo?

Collingridge asintió con la cabeza.

—Y, aparte de ti y de mí, ¿quién está en ese comité?

—El ministro de Hacienda, el ministro de Finanzas, el de Sanidad, el de Educación, el de Medio Ambiente, el de Comercio e Industria. —El primer ministro recitó de un tirón los ministros del Gabinete que habían asistido. Urquhart permaneció en silencio, para obligar a Collingridge a que acabara la secuencia lógica por sí mismo.

—Vamos a ver, es poco probable que los dos ministros del tesoro filtraran el hecho de que la habían cagado. Pero el de Sanidad se opuso a muerte, de manera que Paul McKenzie tenía un motivo para filtrarlo. Harold Earle de Educación siempre ha sido de los que se van de la lengua. Y Michael Samuel tiene la costumbre de disfrutar en exceso de la compañía de los medios, para mi gusto.

Las sospechas e inseguridades que acechaban en los oscuros recovecos de la mente del primer ministro empezaban a salir a la luz.

—Existen otras posibilidades, Henry, pero pienso que son poco probables —colaboró Urquhart—. Como ya sabes, Michael está muy unido a Teddy Williams. Lo discuten todo juntos. Pudo salir de la sede del partido. No por parte de Teddy, eso seguro, él jamás habría... Pero uno de los funcionarios podría haberlo filtrado. Algunos se pasan la vida yéndose de la lengua.

Collingridge reflexionó en silencio durante unos instantes.

—¿Podría haber sido Teddy? —se preguntó, pensativo—. Nunca ha sido mi mayor partidario, somos de generaciones distintas, pero lo saqué del vertedero, lo convertí en uno más del equipo. ¿Y me lo paga con esto?

—Solo es una suposición, Henry...

El primer ministro se dejó caer en la silla, agotado, sin deseos de luchar contra semejante idea más tiempo.

—Quizá últimamente he dependido demasiado de él. Pensaba que no tenía ningún interés personal, que ya no tenía ambiciones, no en la Cámara de los Lores. Que era un miembro de la vieja guardia. Leal. ¿Estaba equivocado, Francis?

—No lo sé. Me has pedido que especulara.

—Asegúrate, Francis. Haz todo lo que tengas que hacer. Quiero dar con él, sea quien sea. Quiero que le salgan las pelotas por las orejas y quiero que todo Westminster oiga los gritos.

Urquhart asintió y bajó los ojos, como haría un criado, pues no quería que el primer ministro viera el placer que brillaba en ellos. Collingridge había anunciado que se abría la veda. Urquhart estaba de regreso en los páramos, con los pies firmemente plantados en el brezo, a la espera de que las aves alzaran el vuelo.

## Capítulo XI

*Cristóbal Colón fue una gran decepción. Cuando zarpó no tenía ni idea de adónde iba y cuando llegó no tenía ni idea de dónde estaba. Si quieres joder a los nativos, es mucho mejor quedarse en casa.*

*Viernes, 16 de julio-jueves, 22 de julio*

La vida en la Cámara de los Comunes puede resultar estimulante, en ocasiones histórica, pero eso no es lo habitual. Lo habitual es que sea una mierda. Jornadas larguísimas, montañas de trabajo, demasiadas recepciones y muy pocos respiros garantizan que las largas vacaciones de verano atraigan a los diputados como un oasis en el desierto. Y, mientras esperan, la paciencia flaquea y los ánimos se enervan. Los días previos al descanso, Urquhart se movía por los pasillos y los bares de la Cámara tratando de levantar la moral y aplacar las dudas de muchos diputados de las últimas filas del Gobierno que se inquietaban más y más ante la conducta cada vez más irregular de Collingridge. Cuesta menos hacer añicos la moral que reconstruirla, y algunos veteranos pensaban que Urquhart quizá se empeñaba demasiado, que sus arduos esfuerzos no hacían sino recordarles a muchos que el primer ministro se había metido en unas aguas sorprendentemente turbulentas; pero si el whip tenía algún defecto, solía pensarse en general que era precisamente cierto exceso de lealtad, una lealtad que a veces pecaba de agresiva. Pero ¿qué más daba ya todo aquello? La brisa del sur de Francia los llamaba y no tardaría en llevarse consigo muchas de las preocupaciones parlamentarias.

Agosto era una válvula de escape, motivo por el cual los gobiernos tenían una habilidad especial para dar carpetazo a asuntos peliagudos durante aquellos últimos días de la temporada de plena canícula, con frecuencia deslizando los detalles en una respuesta por escrito publicada en el Hansard, el voluminoso informe oficial de las actas parlamentarias. Significaba que el asunto se había planteado de forma abierta y clara en el archivo público, pero en un momento en el que la mayoría de los parlamentarios estaba recogiendo sus escritorios e intentando recordar dónde habían metido el pasaporte. Incluso si un par de ellos pillaban aquel informe detallado, apenas había tiempo u oportunidad de armar demasiado jaleo. Era la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, siempre que leyeras la letra pequeña.

He ahí el motivo de que fuera tan desafortunado que se encontrara una fotocopia de un borrador de una respuesta escrita del ministro de Defensa diez días antes de su prevista publicación, bajo una silla del Annie's Bar, donde ministros y periodistas se reunían para intercambiar chismes. Más bochornoso resultó incluso que la respuesta escrita anunciara la intención de imponer sustanciales recortes en el Ejército Territorial, las fuerzas de reservistas civiles, teniendo en cuenta que era cada vez menos relevante para los planes del Gobierno en la era nuclear. Lo que volvió la cuestión exquisitamente delicada fue que el hallazgo del borrador lo llevara a cabo el

corresponsal parlamentario del *Independent*. A todo el mundo le caía bien aquel hombre, lo respetaban, pues sabía cómo verificar una historia. De manera que cuando se convirtió en tema de primera plana de su periódico cuatro días más tarde, en los inicios de la última semana antes de las vacaciones de verano, la gente supo que era de fiar. La metedura de pata no tardó en convertirse en caos.

El justo castigo llegó desde una fuente poco habitual. El sueldo de los efectivos del ejército de reservistas no era muy elevado, pero sus componentes eran muchos e influyentes. Entrañaba un prestigio considerable. En las circunscripciones electorales a lo largo y ancho del país había miembros veteranos que añadían con orgullo las siglas «TD» tras sus nombres: significaba que habían sido merecedores de una condecoración del ejército reservista, que habían servido a su país y lo defenderían contra el terror hasta su última gota de tinta.

Y así, cuando la Cámara se reunió para concluir algunos de los asuntos finales de la temporada con el presidente, el ambiente estaba cargado, no solo con el calor del verano sino con acusaciones de traición y emotivas súplicas de que hubiese un cambio de rumbo, la mayoría de ellas procedentes de los bancos del Gobierno. La oposición apenas tuvo que esforzarse, y sus miembros se arrellanaron como leones romanos satisfechos que observaran a los cristianos hacer el trabajo por ellos.

Sir Jasper Grainger, oficial de la Orden del Ejército Británico, juez de paz y peso pesado del Ejército Territorial, se había puesto en pie. El anciano lucía con orgullo una corbata del regimiento planchada con esmero junto con un traje de *tweed* de tres piezas, negándose a comprometer sus valores personales pese al deficiente aire acondicionado. Era un diputado veterano y el presidente electo del Comité de Defensa de diputados sin cargo específico. Sus palabras tenían mucho peso.

—¿Puedo volver al punto planteado por varios de mis honorables amigos respecto a estos recortes innecesarios y terriblemente perjudiciales? ¿Tendrá el presidente de la Cámara alguna duda en relación a la intensidad de los sentimientos de sus propios partidarios en este tema? —Según crecía su enojo, iban brotando blancas motitas de saliva en las comisuras de sus labios—. ¿Tiene la más mínima idea del perjuicio que esto ocasionará al Gobierno durante los meses venideros? ¿Concederá todavía tiempo a la Cámara para debatir esta decisión e invertirla? Porque, si no lo hace, dejará al Gobierno indefenso frente a acusaciones de mala fe, del mismo modo que dejará al país indefenso ante malos amigos.

Un clamor de viril apoyo se elevó en todas partes, con excepción del banco de primera fila del Gobierno. El presidente de la Cámara, Simon Lloyd, se incorporó y se dispuso una vez más a dirigirse a la tribuna; empezaba a pensar que deberían haberla hecho con sacos terreros. Era un hombre muy sensato, con mucho aplomo, pero aquellos últimos veinte minutos habían sido tórridos y se sentía más y más irritado al comprender que la respuesta que había preparado con antelación le proporcionaba cada vez menos protección contra las granadas que le lanzaba su propio bando. Se alegraba de que su primer ministro y el ministro de Defensa

estuvieran sentados a su lado en el banco de primera fila. ¿Por qué iba a tener que padecer aquello solo? Daba pequeños brincos de uno a otro pie, tan vacilante como el discurso que soltaría a continuación.

—Mi honorable amigo no comprende la cuestión. El documento publicado en los periódicos es una propiedad sustraída al Gobierno. ¡Robada! Y ésa es una cuestión de mayor relevancia que los detalles del documento en sí. Si tiene que haber un debate, debería ser sobre esa flagrante violación de la honestidad. Se trata de un hombre tan honorable como experimentado y, francamente, habría esperado que se uniese a mí en la condena incondicional del robo de importantes documentos del Gobierno. Debe comprender que continuar hablando de sus detalles equivale a tolerar las actividades de un vulgar ratero.

Sonó bien, durante unos instantes, hasta que *sir* Jasper se levantó para pedir permiso para continuar con la cuestión. En condiciones normales no se le habría concedido, pero las circunstancias no eran normales. Entre oleadas de órdenes del día que se agitaban por toda la Cámara, el presidente consintió. El viejo soldado se irguió en toda su estatura, la espalda recta, el bigote hirsuto y el rostro encendido de verdadera ira.

—Es mi honorable amigo quien no comprende la cuestión —estalló—. ¿No comprende que preferiría vivir junto a un vulgar ladrón británico que junto a un vulgar soldado ruso, que es precisamente el destino con que nos amenaza su política?

Siguió un gran alboroto, que al portavoz le llevó un minuto entero sofocar. Durante ese tiempo, Lloyd dirigió miradas de pura desesperación al primer ministro y al ministro de Defensa. Ambos permanecieron acurrucados en sus asientos, con las cabezas gachas, hasta que Collingridge le hizo una leve indicación al presidente. Éste volvió a ponerse lentamente en pie.

—Señor portavoz... —empezó, y se detuvo para aclararse la garganta, que en aquel momento tenía reseca—. Señor portavoz, mis honorables amigos y yo hemos escuchado con atención el sentir de la Cámara. Tengo el permiso del primer ministro y del ministro de Defensa para decir que, a la luz de las protestas que han surgido hoy por parte de todos los bandos, el Gobierno revisará esta importante cuestión para ver...

Lo que pudieran ver pareció tener bien poco interés para los otros y sus palabras se perdieron entre sonoros gritos de protesta. Había izado la bandera blanca. Los colegas de *sir* Jasper le daban palmadas en la espalda, la oposición soltaba abucheos, los corresponsales parlamentarios garabateaban en sus cuadernos. Entre la algarabía y la confusión reinantes, la figura solitaria de Collingridge seguía allí sentada triste y encogida, con la vista clavada en sus calcetines.

—Se lo han merendado, ¿no te parece? Lo han ensartado en un pincho y lo van a dejar más frito que una maldita patata —declaró Manny Goodchild de la agencia

Press Association cuando Mattie se abría paso entre la multitud que se daba empujones en la sala pública en el exterior de la Cámara.

Ella no se detuvo. Había discusiones en todos los rincones, los miembros de la oposición sonreían satisfechos y cantaban victoria, mientras que los partidarios del Gobierno, con bastante menor convicción, trataban de reivindicar la victoria del sentido común. Pero nadie abrigaba la menor duda de que acababan de ver al primer ministro en el potro de tortura.

Mattie fue en busca de su presa. Entre el tumulto, vio la alta figura de Urquhart, con expresión pétrea, moverse de aquí para allá, evitando las preguntas de varios diputados inquietos. Desapareció por una oportuna puerta. Maggie salió en su persecución. Lo encontró subiendo de dos en dos los peldaños de la escalera de mármol que conducía a las tribunas superiores.

—Señor Urquhart —exclamó sin aliento tras el huidizo ministro—. ¡Por favor! ¡Necesito su punto de vista!

—No estoy seguro de que hoy tenga uno, señorita Storin —contestó Urquhart por encima del hombro, sin detenerse.

—Vaya, no me diga que estamos otra vez con el juegucito de «el whip se niega a respaldar al primer ministro».

De repente, Urquhart se detuvo y se volvió, para quedar cara a cara con la jadeante Mattie. Sus ojos echaban chispas, sin el más leve atisbo de humor en ellos.

—Sí, Mattie, supongo que tiene derecho a esperar algo. Y bien, ¿qué opina usted?

—Que lo han ensartado en un pincho, listo para el asador. Ésa es la visión oficial. Si antes de esto Collingridge ya tenía los pies en el fuego, parece que esté a punto de llegarles el turno a las partes más sensibles de su anatomía.

—Sí, podría decirse algo así. No es corriente que un primer ministro tenga que quitarse la ropa, por supuesto. Pero que se la arranquen así para dejarlo desnudo tan públicamente...

Mattie aguardó en vano a que Urquhart acabara la frase. No estaba dispuesto a condenar a su primer ministro, no abiertamente, en las escaleras. Pero si no hubo condena por su parte, tampoco hubo el menor intento de justificación.

—Pero ha sido la segunda filtración importante en dos semanas. ¿De dónde salen?

Urquhart le clavó una de sus miradas de halcón, que a ella le parecían tan irresistibles, y también un poco espeluznantes.

—Como whip solo soy responsable de los diputados del partido. No esperará que haga también el papel de director de colegio con mis propios colegas de Gabinete.

A Mattie le temblaron los labios, y preguntó con voz entrecortada:

—¿Entonces proceden del Gabinete?

Él arqueó una ceja.

—¿He dicho yo eso?

—Pero ¿quién? ¿Y por qué?



Urquhart se acercó más a ella.

—Ay, es como si yo fuera transparente para usted, ¿no es eso, señorita Mattie Storin? —Se burlaba de ella, y estaba tan cerca que Mattie sentía el calor de su cuerpo—. En respuesta a su pregunta, sencillamente no lo sé —continuó—. Pero sin duda el primer ministro me dará instrucciones de averiguarlo.

—¿De forma oficial o extraoficial?

—Es probable que ya haya hablado demasiado —zanjó él, y continuó escaleras arriba.

Pero Mattie no iba a permitir que se la quitara de encima.

—Fascinante. Gracias. Lo utilizaré según las condiciones de los corresponsales parlamentarios, por supuesto.

—Pero si yo no le he dicho nada.

—El primer ministro está a punto de iniciar una investigación para descubrir cuál de sus propios colegas de Gabinete está filtrando información relevante.

Urquhart se detuvo una vez más, y se volvió.

—Lo siento, Mattie, no me es posible hacer comentarios al respecto. Pero es usted mucho más sensible que la mayoría de sus tercios y aburridos colegas. Me da la impresión de que ha sido su propia lógica, más que mis palabras, lo que la ha llevado a esas conclusiones.

—No quisiera meterlo en un lío.

—Pero Mattie, yo diría que es eso precisamente lo que le gustaría hacer. —Estaba jugando con ella, casi coqueteando.

Mattie le devolvió la mirada, y cuando habló lo hizo casi en susurros.

—Usted sabe mucho más de líos que yo. Descubriría en mí a una alumna bien dispuesta.

No supo muy bien por qué había dicho eso. Debería haberse ruborizado, pero no lo hizo. Él debería haber rechazado aquella insinuación, pero la dejó pender en el aire saboreándola con los ojos.

De pronto, Mattie lo agarró de la manga.

—Si vamos a hacer travesuras juntos, debemos aprender a confiar el uno en el otro, de manera que permítame dejar una cosa bien clara. No niega que el primer ministro vaya a ordenar una investigación sobre la conducta de los miembros de su Gabinete. Y al no negarlo, lo confirma.

Le tocó el turno a él de bajar la voz.

—Puede decir eso si quiere, Mattie. Me es del todo imposible hacer comentarios.

—Ésa es la historia que voy a escribir. Si está mal que lo haga, se lo ruego, deténgame ahora.

Los dedos de Mattie le apretaban con más fuerza el brazo. Él había posado una mano sobre la de ella.

—¿Detenerla, Mattie? Pero si acabamos de empezar.

## Capítulo XII

*No es probable que un hombre se sienta a gusto mucho tiempo llevando una vida de créditos a largo plazo, cocina india y chicos ingleses. Pero, de las tres cosas, yo recomendaría los créditos a largo plazo.*

Travesuras. ¿Era eso lo que andaba tramando? Probablemente sí, decidió Urquhart mientras continuaba escaleras arriba. Se apoyó contra la pared y soltó una risotada, para gran consternación de dos colegas que pasaron a toda prisa, negando con la cabeza. Por fin se encontró en la Galería de los Extraños, donde el público se apretuja en filas de estrechos bancos para observar los procedimientos en la Cámara debajo de ellos. Captó la atención de un indio menudo de impecable vestimenta para el que había obtenido un asiento en la galería, y le hizo una seña. El hombre forcejeó para salir de los abarrotados bancos públicos, estrujando piernas, murmurando disculpas al pasar, hasta que llegó ante su anfitrión. Urquhart le indicó con un gesto que guardara silencio y lo condujo hacia el pequeño vestíbulo de detrás de la galería.

—Señor Urquhart, han sido unos noventa minutos muy emocionantes y en gran medida instructivos. Le debo muchísimo por ayudarme a conseguir un sitio tan cómodo. —Hablaba con un profundo acento del subcontinente y cuando lo hacía mecía la cabeza al estilo indio.

Urquhart sabía que aquello era una bobada, que incluso los indios menudos como Firdaus Jhabwala encontraban incomodísimos aquellos asientos, pero asintió agradecido. Charlaron educadamente mientras Jhabwala se aseguraba de la devolución de su maletín de piel negra en el mostrador de recepción. A su llegada, el indio se había negado tajantemente a entregarlo, hasta que le dijeron que le prohibirían la entrada a la galería a menos que lo dejara en el mostrador.

—Qué contento estoy de que los británicos aún podamos confiar nuestras posesiones al trabajador corriente —declaró con semblante muy serio mientras propinaba reconfortantes golpecitos al maletín.

—Pues sí —respondió Urquhart, que no se fiaba un pelo ni del trabajador corriente ni de Jhabwala. Aun así, se trataba de un elector que parecía tener varios florecientes locales comerciales y que había hecho una donación de quinientas libras para sus gastos de campaña, sin pedir nada a cambio excepto una entrevista personal en la Cámara de los Comunes. «No en el distrito electoral —le había explicado por teléfono a la secretaria de Urquhart—. Es un asunto nacional, más que local.»

Una taza de té a cambio de quinientas libras parecía una ganga. Urquhart le ofreció a su invitado una breve visita de los magníficos mosaicos del vestíbulo central, los frescos de la capilla de San Esteban, el techo abovedado de roble de Westminster Hall, tan alto y tan oscuro que casi se perdía de vista. Aquellas vigas tenían mil años, constituían la zona más antigua del palacio. Fue allí donde Jhabwala le pidió quedarse un ratito.

—Agradecería guardar unos instantes de silencio en este lugar donde condenaron

al rey Carlos y donde Winston Churchill estuvo de cuerpo presente.

El whip arqueó una ceja, sorprendido.

—Señor Urquhart, por favor, no me considere un pedante —insistió el indio—. Mi conexiones familiares con las instituciones británicas se remontan a casi doscientos cincuenta años, a los tiempos de la honorable Compañía Británica de las Indias Orientales y de lord Clive, a quien mis ancestros aconsejaron y a quien prestaron considerables fondos. Tanto antes como desde entonces, mi familia ha ocupado posiciones de prestigio en las ramas judiciales y administrativas del Gobierno de la India. —No podía dejar de advertirse el orgullo en su vibrante voz, pero cuando las palabras de Jhabwala todavía resonaban, había bajado la vista, entristecido—. Y sin embargo, desde la independencia, señor Urquhart, el que antaño fuera un gran subcontinente se ha desmigajado poco a poco para sumirse en una nueva era de oscuridad. La dinastía moderna de los Gandhi ha resultado mucho más corrupta que ninguna a la que mi familia sirviera durante los días coloniales. Yo soy un parsi, una minoría cultural que no se encuentra muy cómoda bajo el nuevo reinado. He ahí el motivo por el que me mudé a Gran Bretaña. Mi querido señor Urquhart, por favor, créame cuando le digo que me siento más parte de este país y de su cultura de lo que podría sentirme jamás si regresara a la India moderna. Me despierto agradecido todos los días de poder considerarme ciudadano británico y de poder educar a mis hijos en universidades británicas.

—Eso es muy... conmovedor —respondió Urquhart, a quien nunca le había entusiasmado la idea de que los extranjeros ocuparan plazas en las universidades británicas y lo había declarado en público en varias ocasiones. Apretó el paso para guiar a su invitado hacia las salas de entrevistas debajo del Gran Salón, con los zapatos repiqueteando en las desgastadas losas mientras el sol entraba sesgado a través de las antiquísimas ventanas y trazaba espirales de luz que bajaban hasta el suelo.

—¿Y a qué se dedica con exactitud, señor Jhabwala? —preguntó Urquhart con cierta vacilación, temiendo dar pie a otro monólogo.

—Yo, señor, soy un comerciante, no un hombre con estudios como mis hijos. Dejé atrás cualquier esperanza de serlo tras la tremenda agitación que supuso la independencia de India. Desde entonces he tenido que abrirme camino no con el ingenio sino a través de la diligencia y el trabajo duro. Me satisface decir que he tenido un moderado éxito.

—¿Qué clase de comercio?

—Tengo varios intereses comerciales, señor Urquhart. Inmuebles. Venta al por mayor. Algún que otro proyecto financiero en la región. Pero no soy un capitalista estrecho de miras. Soy muy consciente de mi deber hacia la comunidad. Es precisamente de eso de lo que quería hablarle.

Habían llegado a la sala de entrevistas y, por invitación de Urquhart, Jhabwala tomó asiento en una de las sillas verdes, para deleitarse siguiendo con los dedos la

rejilla repujada en oro que adornaba el respaldo de piel.

—Y bien, señor Jhabwala, ¿cómo podría ayudarle? —empezó Urquhart.

—No, no, mi querido señor Urquhart, soy yo quien desea ayudarle a usted.

Una arruga de perplejidad surcó la frente de Urquhart.

—Señor Urquhart, yo no nací en este país. Eso significa que, por necesidad, se me exige trabajar especialmente duro para ganarme el respeto en la comunidad. Y eso intento. El Club de Rotarios de la zona, varias obras benéficas. Y, como ya sabe, soy un partidario de lo más entusiasta del primer ministro.

—Me temo que esta tarde no lo ha visto en su mejor momento.

—Entonces sospecho que necesita más que nunca a sus amigos y partidarios — declaró Jhabwala, y dio una palmada al maletín de piel que reposaba en la mesa frente a él.

Las arrugas en la frente de Urquhart se volvieron más profundas en sus esfuerzos por desentrañar el significado de las observaciones de su invitado y adónde quería ir a parar.

—Señor Urquhart. Ya sabe que lo admiro muchísimo.

—Ajá —respondió Urquhart con cautela.

—Me hizo feliz poder prestarle una modesta ayuda con su solicitud para las elecciones, y me encantaría poder volver a hacerlo. Por usted, señor Urquhart. ¡Y por nuestro primer ministro!

—¿Desea hacer... un donativo?

La cabeza se mecía una vez más. Urquhart lo encontraba desconcertante.

—Las campañas electorales deben de costar muchísimo dinero, mi querido señor Urquhart. Me preguntaba si sería lícito que hiciera una pequeña donación. Para rellenar las arcas.

Cuando se trataba de donaciones de fuentes externas, Urquhart no se sentía nada cómodo. Una y otra vez, esa clase de asuntos habían metido en líos a los políticos, y en ocasiones incluso en la cárcel.

—Bueno, estoy seguro de que... Como usted dice, estas cosas son caras... Supongo que podríamos... —Por el amor de Dios, Urquhart, ¡cálmate!—. Señor Jhabwala, ¿podría preguntarle cuánto pensaba donar?

Por toda respuesta, Jhabwala hizo girar la cerradura de combinación de su maletín y liberó los dos cierres de latón. Abrió la tapa y giró el maletín para dejarlo de cara a Urquhart.

—¿Le parecerían cincuenta mil libras un gesto aceptable de apoyo?

Urquhart resistió la tremenda tentación de coger uno de los fajos de billetes y ponerse a contarlos. Advirtió que eran todos de billetes de veinte usados y estaban sujetos con gomas elásticas en lugar de con cintas de banco. No tenía la menor duda de que todo aquel dinero no había pasado por cuentas oficiales.

—Esto es... de lo más generoso, señor Jhabwala. Sí, sin duda, lo que le digo, de lo más generoso. Pero... es poco corriente que una donación tan grande para el

partido se haga... en efectivo.

—Mi querido señor Urquhart, tiene que entender que durante la guerra civil en India mi familia lo perdió todo. Nuestra casa y nuestros negocios quedaron destruidos, apenas logramos salvar la vida. Una muchedumbre quemó mi agencia del banco hasta los cimientos, con todos nuestros depósitos y documentos dentro. La sede central del banco se disculpó, por supuesto, pero sin documentos no podían ofrecerle a mi padre más que su pesar en lugar de los fondos que había depositado con ellos. Puede parecer algo anticuado por mi parte, lo sé, pero sigo prefiriendo creer en el efectivo, más que en los cajeros.

El hombre de negocios mostró unos dientes relucientes en un gesto de confianza. Urquhart quedó convencido de que aquello traería problemas. Respiró hondo.

—¿Puedo ser franco con usted, señor Jhabwala?

—Por supuesto.

—En ocasiones ocurre que quienes hacen donaciones por primera vez creen que hay algo que el partido puede hacer por ellos, cuando en realidad nuestro poder es muy limitado.

Jhabwala asintió para indicar que lo comprendía sin que su cabeza dejara de mecerse.

—No hay nada que yo desee excepto ser un sólido partidario del primer ministro. Y de usted, señor Urquhart. Comprenderá, como diputado, que mis intereses comerciales en ocasiones me llevan a establecer contactos muy amistosos con las autoridades locales en cuestiones como planear permisos de obra u ofertas de contratos. Puede que en algún momento le pida consejo, pero le aseguro que no busco favores. No quiero nada a cambio. Nada en absoluto, no, ¡qué va! Excepto, quizá, rogarle que mi mujer y yo tengamos el honor de reunirnos con el primer ministro en algún momento oportuno, en particular si acude en alguna ocasión a nuestro distrito electoral. ¿Le parecería aceptable algo así? Significaría mucho para mi mujer.

Quinientas libras por una taza de té, cincuenta de los grandes por una fotografía. El tipo era una verdadera ganga.

—Estoy seguro de que podría organizarse. Quizá a usted y a su mujer les gustaría acudir a una recepción en Downing Street.

—Sería un honor, por supuesto, y quizá podría cruzar unas palabras en privado con él, para expresarle el enorme entusiasmo personal que despierta en mí.

Se trataba de algo más que una simple fotografía, entonces, pero era de esperar.

—Comprenderá que el propio primer ministro no podría aceptar personalmente su donación. No sería... ¿cómo debería decirlo?... conveniente que se involucrara en esta clase de asuntos.

—Claro, claro, señor Urquhart. He ahí el motivo por el que deseo que usted acepte el dinero en su nombre.

—Me temo que solo puedo darle un recibo rudimentario. Quizá sería mejor que hiciera entrega del dinero directamente a los tesoreros del partido.

Jhabwala levantó las manos, horrorizado.

—Señor Urquhart, no me hace falta un recibo, viniendo de usted. Usted es mi amigo. Incluso me he tomado la libertad de grabar sus iniciales en este maletín. Mire, señor Urquhart. —Dio unos golpecitos en las iniciales con la yema del dedo. Las letras FU sobresalían en mayúsculas en dorado—. Es un pequeño gesto que espero que acepte por todo el maravilloso trabajo que lleva a cabo en Surrey.

«Vaya cabroncete astuto y halagador estás hecho», pensó Urquhart mientras le devolvía a Jhabwala su amplia sonrisa y se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que recibiera la primera llamada sobre permisos de obra. Debería haber echado a aquel indio de allí, pero lo que hizo fue tender el brazo por encima de la mesa y darle a Jhabwala un caluroso apretón de manos. Se estaba formando una idea en su cabeza. Ese hombre y su dinero traerían problemas, de eso no abrigaba ya ni sombra de duda. La cuestión era: ¿problemas para quién?

## Capítulo XIII

*Westminster fue una vez una ciénaga a orillas del río. Entonces la transformaron, construyeron un palacio y una gran abadía, la atiborraron de arquitectura noble y de ambición insaciable. Pero en el fondo sigue siendo una ciénaga.*

*Viernes, 23 de julio*

Praed Street, en Paddington. Una destartalada tienda de periódicos en una calle que durante el día era modesta y, en opinión de la policía del barrio, demasiado ambiciosa por la noche. Una joven negra titubeó en la calzada, aspirando el aire del oeste de Londres, y entró. Detrás de la reja de seguridad y de las ventanas sucias, la tienda era sombría y olía a cerrado. El tendero, un italiano con sobrepeso con una camiseta ajustada y un cigarrillo colgándole del labio, estaba inclinado sobre una revista, de las que tienen pocas palabras. Levantó la vista a regañadientes. Ella preguntó el precio de los apartados postales que él anunciaba con un letrero en la ventana, y explicó que un amigo suyo necesitaba una dirección privada para parte de su correo personal. El tendero apartó con la mano la ceniza del cigarrillo que había dejado caer sobre el mostrador.

—Ese amigo suyo ¿tiene un nombre?

En respuesta, ella le deslizó una copia de una antigua factura de suministros.

—Nada de tarjetas de crédito. Solo trabajo con efectivo —avisó él.

—Igual que yo —respondió ella.

El tipo le ofreció una sonrisa mofletuda, lasciva.

—¿Hace algún descuento?

Ella le clavó la vista en la panza.

—Tendría que cobrarle el doble.

El tipo levantó el labio en una mueca de desprecio, garabateó una nota rápida. Ella pagó la tarifa por el período mínimo de tres meses, metió en el bolso el recibo que necesitaría para identificarse, y se fue. El tendero se quedó con la vista fija en la delicada curva del trasero que se alejaba, antes de que lo distrajeran las quejas de una vieja pensionista de que no había llegado su periódico dominical. No vio a la joven subirse al taxi que había estado esperándola fuera.

—¿Todo bien, Pen? —preguntó O'Neill cuando ella cerró de un portazo y se acomodó en el asiento a su lado.

—Sin problemas, Rog —respondió su ayudante—. Pero ¿por qué demonios no podía hacerlo él mismo?

—Mira, ya te lo dije. Tiene algunos problemas personales delicados que resolver y necesita algo de privacidad para su correo. Revistas guarras, por lo que yo sé. Así que nada de preguntas y ni una palabra a nadie. ¿De acuerdo?

O'Neill estaba irritable, se sentía incómodo. Urquhart le había hecho jurar que

guardaría el secreto, y sospechaba que el whip se pondría furioso si descubría que se había saltado las normas y mandado a Penny Guy a hacer su trabajo sucio. Pero sabía que podía confiar en Penny. Y le molestaba que Urquhart lo tomara por un burro de carga y le hiciera parecer tan ridículo e insignificante.

Cuando el taxi arrancó, se arrellanó en el asiento y hurgó con dedos nerviosos en el bolsillo hasta que tocó el paquetito de plástico en su interior. Aquello no tardaría en solucionarle las cosas. En hacerlo sentir el mismo de siempre una vez más.

Para cuando el hombre de la cazadora y el sombrero flexible se aventuró en la oficina del norte de Londres del Union Bank of Turkey de Seven Sisters Road, el día se había vuelto aún más caluroso. Se presentó al empleado chipriota al otro lado del mostrador y preguntó si podía abrir una cuenta. Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas de sol y hablaba con un leve pero perceptible acento que el empleado no supo ubicar del todo.

Al cabo de solo unos minutos, el director estuvo disponible y acomodó al posible nuevo cliente en el santasanctórum. Intercambiaron cumplidos antes de que el hombre explicara que vivía en Kenia, pero estaba de visita en el Reino Unido durante unos meses para poner en marcha su proyecto inmobiliario. Estaba interesado en invertir en un hotel que se estaba construyendo en el complejo turístico turco de Antalya, en la costa mediterránea meridional.

El director respondió que no conocía Antalya personalmente pero que había oído que era un sitio muy bonito y que, por supuesto, el banco estaría encantado de ayudarlo en lo que pudiera. Le ofreció al posible cliente un simple formulario, en el que se pedían detalles como el nombre, la dirección, referencias bancarias previas y otros pormenores. El cliente se disculpó porque solo podía ofrecer referencias bancarias de Kenia, pero explicó que aquél era su primer viaje a Londres en casi veinte años. El director le aseguró que el banco estaba muy acostumbrado a tratar solicitudes de fuera del país y que una referencia bancaria de Kenia no suponía ningún problema en particular.

El cliente sonrió. El sistema funcionaba a su propio y pausado ritmo. Comprobar las referencias llevaría por lo menos cuatro semanas, y con toda probabilidad se tardaría otras cuatro en establecer que las referencias eran falsas. Tiempo suficiente para lo que tenía pensado.

—¿Y cómo le gustaría abrir su cuenta, señor? —preguntó el director.

El hombre abrió una bolsa de viaje de pana marrón y la depositó en el mostrador entre ambos.

—Me gustaría hacer un depósito inicial de cincuenta mil libras, en efectivo.

—Pero... sí, claro, claro —dijo el director, esforzándose en contener su satisfacción.

Francis Urquhart se arrellanó en la silla y, sin quitarse las gafas, se frotó los ojos.



Aquellas gafas tenían muchos años, quedaban al menos dos graduaciones atrás respecto a sus lentillas actuales, y hacían que le dolieran los ojos. Un disfraz simple, pero que le había parecido más que suficiente para evitar que le reconociera nadie que no fueran sus colegas más próximos. Al fin y al cabo, tenía sus ventajas ser el diputado más anónimo del Gobierno de su majestad.

Mientras Urquhart firmaba los formularios necesarios con un garabato, el director acabó de contar el dinero y empezó a extender un recibo. Los bancos son como los fontaneros, se dijo Urquhart: efectivo en mano y sin preguntas.

—Una cosa más —añadió.

—Sí, cómo no.

—No quiero que el dinero esté parado en una cuenta corriente. Me gustaría que comprara algunas acciones por mí. ¿Puede ocuparse de ello?

El director asentía encantado. Más comisión para él.

—Quiero que compre veinte mil acciones ordinarias de la Renox Chemical Company PLC. En este momento cotizan a poco más de doscientos cuarenta peniques por acción, creo.

El director consultó su pantalla y le aseguró a su cliente que la orden quedaría cursada a las cuatro de aquella tarde, con un coste de 49.288,40 libras, que incluía impuestos y honorarios de corredores de bolsa. Quedarían exactamente 711,60 en la nueva cuenta. Urquhart firmó aún más formularios con el mismo garabato ilegible y una rúbrica.

El director sonrió mientras empujaba el recibo por el mostrador hacia su nuevo cliente.

—Es un gran placer hacer negocios con usted, señor Collingridge.

*Lunes, 26 de julio-miércoles, 28 de julio*

Fin de la temporada. La última semana antes de las vacaciones de verano. Y una ola de calor. Muchos parlamentarios ya habían abandonado Westminster y los que habían permanecido en sus puestos estaban distraídos e impacientes. Sobrevivir a veintiocho grados en el interior de un edificio en el que el concepto de aire acondicionado era abrir una ventana y abanicarse con una orden del día suponía una terrible experiencia. Pero pronto habría acabado. Solo quedaban setenta y dos horas más de discusiones.

Al Gobierno no le afectaba toda aquella distracción. Quedaría constancia de que ellos, por lo menos, habían permanecido en sus puestos, distribuyendo fajos de respuestas por escrito y notas de prensa, mientras los demás eran presa del desánimo. Los ministros del departamento de Sanidad agradecían de manera especial la distracción general, pues una de las muchas respuestas escritas que distribuyeron hacía referencia al aplazamiento del programa de expansión hospitalaria. Gracias a la filtración, ya no era noticia, pero, ahora que era oficial, por lo menos podían salir a la

luz del día y no huir hacia las sombras cada vez que alguien preguntaba.

El departamento tenía además otros asuntos que tratar. Las listas de espera hospitalarias. Una nota de prensa sobre el último brote de paperas en Gales. Y un anuncio rutinario sobre tres nuevos fármacos que el Gobierno, siguiendo el consejo de su director jefe médico y del comité de la seguridad de los medicamentos, estaba autorizando para su uso público. Uno de los fármacos era Cybernox, un nuevo medicamento desarrollado por la Renox Chemical Company PLC que había dado muestras de una eficacia increíble para controlar el mono de nicotina cuando se administraba en dosis bajas a ratas y perros adictos. Se habían obtenido los mismos excelentes resultados durante prolongadas pruebas en humanos, y a partir de entonces toda la población podría obtenerlo con receta médica.

El anuncio provocó un frenesí de actividad en Renox Chemical. Se convocó una conferencia de prensa para el día siguiente. El director de marketing puso en marcha un mailing planeado de antemano y dirigido a todos y cada uno de los facultativos del país, y el corredor de la compañía informó a la bolsa de valores de la nueva licencia.

La respuesta fue inmediata. Las acciones de Renox Chemical Company PLC subieron de golpe de 244 a 295 peniques. Las 20.000 acciones ordinarias compradas dos días antes por los corredores del Union Bank of Turkey tenían ahora un valor de 59.000 libras, penique arriba penique abajo.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, el director del Union Bank of Turkey recibió instrucciones a través de una llamada telefónica de vender las acciones y abonar el importe en la cuenta vinculada. El interlocutor explicó asimismo que, lamentablemente, la aventura empresarial en Antalya no se llevaría a término y que el titular de la cuenta regresaría a Kenia. ¿Sería tan amable el banco de cerrar la cuenta y esperar una visita del titular aquella tarde?

Justo antes de que el banco cerrara a las tres de la tarde, el mismo hombre con sombrero y cazadora y gafas de sol entró en la oficina de Seven Sisters Road. Se le invitó a pasar a la oficina del director, donde lo esperaba un té, que él declinó. Observó cómo el director y un ayudante depositaban fajos de billetes de veinte libras en el escritorio hasta llegar a un total de 58.250,00 libras, más otras 92,16 en otros valores, que el cliente fue metiendo en el fondo de su bolsa marrón de pana. Arqueó las cejas ante las 742,00 libras de comisión que el banco había cargado en su efímera cuenta, pero, como el director había sospechado, decidió no armar revuelo. Pidió que le mandaran un extracto de cierre a su dirección en Paddington y agradeció al oficinista su gentileza.

A la mañana siguiente y menos de una semana después de que Firdaus Jhabwala se hubiese reunido con Urquhart, el whip entregó 50.000 libras en efectivo al tesorero del partido. Los pagos sustanciales en efectivo no eran inusuales, y el tesorero expresó regocijo cuando descubrió una nueva fuente de ingresos. Urquhart sugirió que la oficina del tesorero dispusiera lo necesario para que se invitara al donante y a su mujer a un par de recepciones benéficas en Downing Street, y pidió que le

informaran cuando tuvieran lugar, para poder concretar con la secretaria política del primer ministro que el señor y la señora Jhabwala dispusieran de diez minutos a solas con mandatario.

El tesorero tomó cuidadosa nota de la dirección del donante, dijo que escribiría de inmediato una carta de agradecimiento adecuadamente críptica, y metió el dinero en una caja fuerte.

A diferencia del resto de sus colegas ministros del Gabinete, Urquhart se fue de vacaciones aquella tarde sintiéndose absolutamente relajado.

## **SEGUNDA PARTE**

Cortar

## Capítulo XIV

*Una vez gané el segundo premio en el colegio. Me dieron una Biblia, forrada en piel. Una nota en la parte interior de la portada, escrita en letra inglesa, decía que era un premio por mi éxito. ¿Éxito? ¿Haber quedado segundo?*

*Leí aquella Biblia de cabo a rabo. Me fijé en que san Lucas decía que debíamos perdonar a nuestros enemigos. Leí el resto de sus palabras, y las palabras de todos los santos, de verdad que sí. Ninguno de ellos mencionaba lo más mínimo en ningún sitio sobre perdonar a nuestros amigos.*

### Agosto

Un mes para el descanso, para dejar a un lado las preocupaciones, un tiempo de duchas veraniegas y frescor, de helados y fresas, piruletas y risas, para recordar todas esas cosas en las que debería consistir la vida. Solo que, durante aquel agosto, los periódicos fueron un puñetero espanto.

Con los políticos y los principales corresponsales políticos fuera, los periodistas parlamentarios suplentes se esforzaban en llenar el vacío y consolidar sus carreras. Y así, iban detrás de cualquier rumor. Lo que el martes no era más que un articulito de especulación en la página cinco, para cuando llegaba el viernes se había convertido a veces en tema central del periódico. La gente de agosto quería dejar su impronta, y las más de las veces, la impronta que decidían dejar tenía que ver con la reputación de Henry Collingridge. Los diputados sin puestos de responsabilidad en el Gobierno, que solían permanecer en el olvido, apolillándose, se encontraban de pronto con que los honraban con artículos que los describían como «figuras de peso en el partido»; de los recién llegados al juego se decía que eran «muy prometedores»; y se les concedía espacio a todos siempre y cuando sus opiniones fueran salaces y sabrosas. Abundaban los rumores sobre la desconfianza que abrigaba el primer ministro hacia sus colegas del Gabinete, así como las crónicas sobre lo poco satisfechos que estos últimos se sentían con él; y puesto que no había nadie por ahí con autoridad suficiente para negar los rumores, el silencio se tomaba por consentimiento de buena fuente. La especulación se alimentaba de sí misma y campaba a sus anchas.

El reportaje de Mattie suscitó rumores sobre una «inquisición oficial» de filtraciones en el Gabinete. Poco después, se habían convertido en pronósticos de que, al fin y al cabo, en otoño tendría lugar una remodelación. Circulaba por Westminster que el humor de Henry Collingridge se volvía más y más imprevisible, pese a que estaba disfrutando de unas vacaciones en la reclusión de una finca privada a muchos cientos de kilómetros de allí, cerca de Cannes.

Fue durante esa canícula de agosto cuando el hermano del primer ministro se convirtió a su vez en objeto de un aluvión de artículos de prensa, sobre todo en las columnas de cotilleos. La Oficina de Prensa de Downing Street recibía repetidas invitaciones para hacer declaraciones sobre la sugerencia de que el primer ministro estaba echándole un cable «al querido Charlie» para liberarlo de la atención cada vez

mayor que le prestaban sus acreedores, incluida Hacienda. Por supuesto, Downing Street se negaba a hacer declaraciones —era un asunto personal, no oficial—, de manera que el formal «sin comentarios» que ofrecía ante las más descabelladas acusaciones quedó cubierto en las noticias, normalmente con ciertas insinuaciones que lo bañaban en una luz de lo más dañina.

El mes de agosto tuvo como resultado que se relacionara más que nunca al primer ministro con su hermano el pobretón. No es que Charlie anduviese por ahí diciendo estupideces, pues tenía el suficiente sentido común para quitarse de en medio. Pero una llamada anónima a uno de los periódicos sensacionalistas de los domingos contribuyó a seguirle la pista hasta un hotel barato en la Burdeos rural. Se envió a un reportero a que le metiera el vino suficiente entre pecho y espalda para animarlo a soltar unos cuantos «charlismos», pero solo consiguió que Charlie le vomitara violentamente encima, y sobre su libreta también. Luego perdió el conocimiento. Acto seguido, el reportero le pagó cincuenta libras a una chica pechugona para que se inclinara sobre la forma dormida de Charlie mientras un fotógrafo captaba la tierna escena para la posteridad y los once millones de lectores del periódico.

«“Estoy sin blanca y apechugando”, dice Charlie», proclamaba el titular, mientras que el texto debajo de él informaba de que el hermano del primer ministro estaba casi en la indigencia y viniéndose abajo por la presión que suponían un matrimonio fracasado y un hermano famoso. En aquellas circunstancias, el rotundo «sin comentarios» de Downing Street pareció aún más indiferente que de costumbre.

El fin de semana siguiente, la misma fotografía se publicó junto a una del primer ministro de vacaciones en el sur de Francia, rodeado de considerables comodidades; a los ojos de los ingleses, a un simple tiro de piedra de su achacoso hermano. Quedaba claro lo que se insinuaba: que Henry no podía tomarse la molestia de salir de la piscina para ayudarlo. El hecho de que el mismo periódico hubiese informado una semana antes sobre la profunda implicación de Henry en resolver los problemas financieros de Charlie parecía haberse olvidado, hasta que la Oficina de Prensa de Downing Street llamó al director para quejarse.

—¿Qué demonios esperaban? —fue su respuesta—. Siempre ofrecemos las dos caras de la historia. Durante la campaña electoral lo apoyamos con todos sus defectos. Ahora ha llegado el momento de restablecer un poco el equilibrio.

Sí, durante el mes de agosto, los periódicos fueron un espanto. Un verdadero y puñetero espanto.

### *Septiembre-octubre*

La cosa empeoró. Cuando dio comienzo el mes de septiembre, el líder de la oposición anunció su renuncia para abrirle paso a «un asta más firme en la que enarbolar nuestro estandarte». Su lenguaje siempre había sido demasiado grandilocuente para

su propio bien, era una de las razones por las que lo habían desbancado; ésa y que hubiera perdido las elecciones, por supuesto. Lo habían exterminado los hombres más jóvenes que lo rodeaban, que llevaron a cabo su jugada en silencio, casi sin que él se diera cuenta hasta que fue demasiado tarde. Anunció su intención de dimitir en una emotiva entrevista nocturna desde su circunscripción electoral en el corazón de Gales, pero para cuando llegó el fin de semana casi parecía haber cambiado de opinión por la presión a la que lo sometía su esposa, todavía tremendamente ambiciosa, hasta que descubrió que ya no podía esperar un solo voto de su Gabinete en la Sombra. Y sin embargo, cuando se hubo marchado, se deshicieron en elocuentes alabanzas de su líder caído. Su muerte política unió más eficazmente su partido que cualquier logro que llevara a cabo estando en el cargo.

La llegada de un nuevo líder político electrizó los medios y les proporcionó carne fresca en la que hincar el diente. No bastó para dejarlos satisfechos, cómo no. Solo consiguió estimular su apetito por más carnada. Había caído uno, ¿le seguirían más?

Cuando llamaron a Mattie para que volviera pitando a la redacción, estaba con su madre en la cocina de la vieja casita de piedra a las afueras de Catterick.

—Pero si acabas de llegar, cariño —protestó la madre, que era viuda.

—No pueden pasar sin mí —contestó Mattie.

Aquello pareció aplacar a la señora.

—Qué orgulloso de ti habría estado tu padre —dijo mientras Mattie raspaba la tostada que acababa de calcinar, y añadió con tono burlón—: ¿seguro que no es algún jovencito al que echas de menos?

—Es por trabajo, mamá.

—Pero ¿no has encontrado a nadie en Londres? Ya sabes, alguien que te haga tilín y esas cosas... —insistió la madre mirando con curiosidad a su hija mientras le servía bacon y huevos recién hechos.

Mattie había estado muy callada desde su llegada, un par de días antes. Allí pasaba algo.

—Me dejaste muy preocupada cuando rompiste con como quiera que se llame.

—Tony, mamá. Tiene un nombre. Tony.

—Para mí no, desde que fue lo bastante tonto como para dejarte.

—Fui yo quien lo dejó, mamá, ya lo sabes.

No era mal tipo, aquel Tony, ni mucho menos, pero no aspiraba a mudarse al sur, ni siquiera con Mattie.

—Bueno —murmuró la madre secándose las manos con un trapo de cocina—, ¿hay alguien más? ¿En Londres?

Mattie no dijo nada. Se limitó a mirar por la ventana, ignorando el desayuno. Para su madre fue respuesta suficiente.

—La cosa está empezando, ¿no es eso, cariño? Bueno, pues me parece muy bien. Ya sabes que me dejaste muy preocupada cuando te mudaste a Londres. Qué sitio tan solitario, tan hostil. Pero si has encontrado un poco de felicidad allí, yo me conformo.

—Vertió una cucharada de azúcar en la taza de té y lo revolvió—. Igual no es muy justo que te lo diga, pero ya sabes qué pensaba papá de ti. Nada lo habría puesto más contento que verte sentar cabeza.

—Ya lo sé, mamá.

—¿Y tiene un nombre?

Mattie negó con la cabeza.

—No se trata de eso, mamá.

Pero su madre sabía que sí se trataba de eso, se lo veía en la cara; lo había notado por la forma en que su hija parecía tener la cabeza en otro sitio, en Londres, desde que había llegado. Apoyó una mano en el hombro de Mattie.

—Todo a su debido tiempo. Tu padre estaría más orgulloso de ti que nunca, cariño.

—¿Tú crees?

Mattie tenía sus dudas. No había llegado más allá que a tocarle la manga a aquel hombre, pero llevaba semanas obsesionada con él, sin poder dormir, saltando en cuanto sonaba el teléfono, confiando en que fuera él. Imaginando cosas que no deberían habersele pasado por la cabeza con alguien que tenía tres años más de los que habría tenido su padre. No, papá no lo habría entendido, y mucho menos aprobado. La propia Mattie tampoco lo entendía. Así que no dijo nada y volvió a centrarse en el plato del desayuno, ya medio frío.



## Capítulo XV

*Un congreso del partido puede ser divertidísimo. Recuerda bastante a una jaula de grillos. Arrellánate en el asiento y disfruta viendo cómo todos tratan de echar a empujones a los demás.*

La oposición eligió a su nuevo líder poco antes del congreso anual del partido, a primeros de octubre. El proceso de seleccionar una fachada de repuesto pareció electrizarlos, darles nuevas esperanzas: la resurrección y la redención envueltas con una brillante cinta roja. En los miembros que se reunieron para celebrar su congreso se haría imposible reconocer a la chusma que solo unos meses antes había perdido las elecciones. Se celebró bajo un estandarte tan enorme como simple: victoria.

Lo que tuvo lugar la semana siguiente, cuando el rebaño de Collingridge se reunió para su propio congreso, supuso un contraste absoluto. El centro de congresos de Bournemouth podía levantar el ánimo cuando se llenaba con cuatro mil seguidores entusiastas, pero allí faltaba algo. Moral. Ambición. Pelotas. Las paredes de ladrillo visto y el mobiliario cromado solo conseguían poner de relieve el talante huraño de los reunidos.

Todo eso suponía un reto considerable para O'Neill. Como director de publicidad, le habían encomendado la imagen del congreso y la tarea de levantar los ánimos; en lugar de ello, podía vérselo hablando con creciente agitación con miembros individuales de la avalancha de medios de comunicación, disculpándose, justificando, dando explicaciones, y culpando a otros. En particular, y cuando le daba al alcohol, culpaba a lord Williams. El presidente había recortado el presupuesto, pospuesto decisiones, no llevaba el control de las cosas. Circulaban rumores sobre que quería un congreso comedido porque suponía que al primer ministro, con toda probabilidad, iban a darle un buen rapapolvo. «El partido pone en duda el liderazgo de Collingridge» sería la primera noticia en el *Guardian* que saldría de Bournemouth.

En el centro de congresos, los debates proseguían según un rígido programa preestablecido. Sobre el estrado pendía un enorme letrero: «encontremos el camino adecuado». En opinión de muchos, era ambivalente. Los discursos se esforzaban en obedecer aquella orden, y en los extremos de la sala se extendían molestos murmullos que a los supervisores les estaba costando lo suyo sofocar. Periodistas y políticos se reunían en grupitos en las cafeterías y zonas de descanso, revolviendo sus té y aireando su descontento. Dondequiera que ponían la oreja los tipos de los medios solo oían críticas. Antiguos diputados que habían perdido recientemente sus escaños expresaban su frustración, aunque la mayoría pedía que no se les citara, temiendo echar por tierra sus posibilidades de que los eligieran para escaños más seguros en las siguientes elecciones. Sin embargo, los presidentes de sus circunscripciones no mostraban la misma cautela. No solo habían perdido a sus diputados sino que se enfrentaban además a varios años en que la oposición tendría bajo su control sus consejos locales, nombraría al alcalde y los presidentes de comité y dispondría de los

frutos de los cargos locales.

Y, como un primer ministro anterior había tenido el tino de reconocer, había «ciertos acontecimientos, mi querido amigo, ciertos acontecimientos» que reducían a los hombres más duros de pelar a los berrinches y la desesperación. Uno de los acontecimientos más fascinantes de la semana sería una elección para cubrir un escaño vacante que estaba prevista para el martes. El diputado por Dorset Este, *sir Anthony Jenkins*, había sufrido un derrame cerebral solo cuatro días antes de las elecciones generales. Había resultado elegido cuando estaba en cuidados intensivos y lo habían enterrado el día que debería haber jurado el cargo. Dorset Este tendría que volver a librar la batalla desde el principio. Su circunscripción, a solo unos kilómetros de los reunidos en Bournemouth, contaba con una mayoría gubernamental de casi veinte mil, de manera que el primer ministro había decidido dejar en suspenso la reelección para el escaño vacante durante la semana del congreso. Hubo quienes le aconsejaron que no lo hiciera, pero él sostuvo que, a fin de cuentas, valía la pena el riesgo. La publicidad del congreso proporcionaría un buen contexto para la campaña, y habría buen número de votos de simpatía por *sir Anthony* (no los de aquellos que conocían al viejo cabrón, había murmurado su representante electoral). Los voluntarios en el congreso podrían tomarse unas horas libres y dedicarse a hacer un poco de campaña entre los votantes de la zona, que buena falta hacía, y, una vez concluida su tarea y con el triunfo ya asegurado, el primer ministro tendría la enorme satisfacción (y la publicidad barata) de poder darle la bienvenida al candidato victorioso durante su propio discurso en el congreso. Era todo un plan. O más o menos.

Pero los asistentes al congreso que volvían en autocares de su campaña puerta a puerta durante la mañana traerían noticias de cierta frialdad y quejas entre los votantes. La circunscripción se conservaría, por supuesto, nadie lo ponía en duda —había formado parte del partido desde la guerra—, pero la victoria aplastante que había exigido Collingridge cada día empezaba a parecer más distante.

Vaya mierda. Iba a ser una semana complicada, y no la celebración de la victoria que habían previsto los dirigentes del partido.

*Miércoles, 13 de octubre*

Mattie despertó con un dolor de cabeza tremendo. A través de la ventana, contempló la cortina de gris que se había corrido sobre el cielo. Un viento frío y húmedo soplaba del mar para atormentar a las gaviotas y repiquetear en el cristal.

—Un día más en el paraíso —murmuró, destapándose.

No tenía motivos para no sentirse agradecida. Como representante de uno de los más importantes periódicos nacionales, era de los pocos miembros de la prensa lo bastante afortunados para disponer de alojamiento en el hotel que hacía las veces de

cuartel general. Otros tenían que apañárselas en sitios más lejanos, y para cuando llegaran al centro de congresos estarían calados hasta los huesos. Sin embargo, Mattie era uno de los pocos elegidos, huésped de un hotel donde podía alternar libremente con políticos y dirigentes del partido. Y he ahí la causa de su dolor de cabeza: la noche anterior había alternado demasiado libremente. Le habían hecho proposiciones deshonestas dos veces, primero un colega y, mucho más tarde, un ministro del Gabinete, quien había superado el rechazo de Mattie dedicando sus atenciones a una joven de una empresa de relaciones públicas. Se les había visto por última vez alejándose juntos en dirección al aparcamiento.

Mattie no era una mojígata. Ella y sus colegas avivaban a base de alcohol a los políticos y había que pagar un precio cuando la cosa se ponía al rojo vivo. Un político en un bar solía tener dos objetivos, sexo o calumniar a alguien, y esa clase de encuentros le proporcionaban a Mattie una oportunidad estupenda para pescar cotilleos. El problema principal era cuántas piezas sería capaz su embotada cabeza de encajar por la mañana.

Estiró las piernas, tratando de obligar a su sangre a circular, y probó a hacer unos ejercicios de gimnasia. Todos sus miembros dijeron a gritos que aquélla era una pésima forma de aliviar una resaca, de manera que optó por abrir una ventana, un gesto que reconoció de inmediato como la segunda peor decisión de la jornada. El hotelito estaba encaramado en lo alto del acantilado, un sitio ideal para que le diera el sol en verano, pero muy expuesto una mañana de otoño con nubes cruzando el cielo y temporales en el mar. La habitación sobrecalentada se volvió una nevera en cuestión de segundos, de modo que decidió posponer cualquier decisión hasta después de un frugal desayuno.

Salía de la ducha cuando oyó un ruido en el pasillo. Andaban repartiendo algo. Se envolvió en una toalla y fue hasta la puerta. Un montón de trabajo, que había adoptado la forma de los periódicos de la mañana, la esperaba sobre la moqueta del pasillo. Los recogió y los arrojó sin miramientos sobre la cama. Cuando se desparramaron sobre el edredón arrugado, una solitaria hoja de papel salió volando y cayó suavemente al suelo. Se frotó los ojos al recogerla, y luego se los volvió a frotar. A la niebla matutina le costaba lo suyo disiparse. Cuando por fin lo hizo, Mattie leyó las palabras estampadas en lo alto de la página: «estudio de opinión n.º 40, 6 de octubre». En grandes letras mayúsculas, destacaba la palabra «CONFIDENCIAL».

Mattie se sentó en la cama y volvió a frotarse los ojos por si acaso. Se dijo que sin duda no habían empezado a repartir esas cosas con el *Mirror*. Sabía que el partido llevaba a cabo estudios semanales sobre opinión pública, pero su distribución era muy limitada: ministros del Gabinete y un puñado de altos cargos del partido. Le habían enseñado copias de los mismos en alguna ocasión, pero solo cuando contenían buenas noticias que el partido quería difundir; de no ser así, se guardaban bajo estrictas medidas de seguridad. Dos cuestiones surgieron de inmediato en la cabeza de Mattie, que se estaba despejando a marchas forzadas. ¿Qué buenas noticias podían

haberse descubierto en el último sondeo de opinión? Y ¿por qué se las entregaban así, envueltas como una ración de bacalao con patatas?

Cuando empezó a leer, la incredulidad hizo que le temblara la mano. El partido había ganado las elecciones unas semanas atrás con el cuarenta y tres por ciento de los votos. Ahora, su índice de popularidad había descendido al treinta y uno por ciento, un catorce por ciento menos que la oposición. Era una avalancha, un terremoto. Pero lo peor venía después. Las cifras sobre la popularidad del primer ministro eran atroces. Estaba muy por detrás del líder de la oposición. Era más o menos tan popular como un parásito intestinal. Collingridge le gustaba menos a la gente que cualquier otro primer ministro desde Anthony Eden en su fase de demencia absoluta.

Mattie volvió a anudarse la toalla y se sentó en cuclillas sobre la cama. Ya no le hacía falta preguntarse por qué le habían enviado aquella información. Era dinamita, y solo tenía que encender la mecha. El daño que causaría si hacía explosión en pleno congreso del partido sería catastrófico. Tenía en las manos un acto deliberado de sabotaje y un artículo brillante; su artículo, siempre y cuando fuera la primera en publicarlo.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Sí? —contestó una soñolienta voz de mujer.

—¿Hola? ¿Señora Preston? Soy Mattie Storin. Perdona, discúlpeme si la he despertado. ¿Está Grev, por favor?

Se oyeron unos murmullos apagados antes de que el director del periódico se pusiera al teléfono.

—¿Quién se ha muerto? —espetó.

—¿Cómo?

—Que quién se ha muerto, joder. ¿Por qué si no ibas a llamarme a una hora tan ridícula?

—No se ha muerto nadie. Quiero decir... lo siento. No me he dado cuenta de la hora que era.

—Mierda.

—Pero la hora no importa —soltó Mattie—. Tengo una historia brillante.

—¿Cuál?

—Me la he encontrado en los periódicos de la mañana.

—Bueno, pues vaya alivio. Ahora solo vamos un día por detrás de los demás.

—No, Grev, escúchame, ¿quieres? Tengo en la mano las últimas cifras de los sondeos del partido. ¡Son sensacionales!

—¿Cómo las has conseguido?

—Las han dejado ante mi puerta.

—Envueltas para regalo, ¿no? —El director no solía tratar de ocultar su sarcasmo, y mucho menos a aquellas horas de la mañana.

—Pero de verdad que son increíbles, Grev.

—Coño, apuesto a que lo son. ¿Y quién te ha dejado ese regalito en la puerta, Papá Noel?

—Eh... pues no lo sé.

Por primera vez hubo cierto titubeo en la voz de Mattie. La toalla se le había caído, y estaba desnuda, ahí sentada. Tuvo la sensación de que su jefe podía verla. Ahora sí se notaba mucho más despierta.

—Bueno, pues supongo que no te las habrá dejado ahí Henry Collingridge. A ver, ¿y quién crees tú que ha querido darte el chivatazo?

El silencio de Mattie reveló la confusión que sentía.

—Supongo que anoche no saldrías por ahí con alguno de tus colegas, ¿verdad?

—Grev, ¿qué coño tiene eso que ver con nada?

—Te han tendido una trampa, monada. Probablemente ahora están en el bar quitándose la resaca a base de cervezas y meándose de risa. Que ya es más de lo que puede decirse de mí, por cierto.

—Pero ¿cómo sabes eso?

—No tengo ni puta idea. Pero lo que pasa, Mujer Maravilla, ¡es que tú tampoco!

Mattie volvió a sumirse en otro avergonzado silencio mientras trataba en vano de recuperar la toalla caída y se disponía a hacer un último y desesperado intento de convencer al director.

—¿Ni siquiera quieres saber qué dicen?

—No. Si no sabes de dónde han salido, no. Y no lo olvides, cuanto más sensacionales parezcan, más seguro será que te han tendido una trampa. ¡Es una maldita patraña!

El ruido del auricular al colgarse de un golpetazo le retumbó a Mattie en la oreja. Le habría dolido aunque no hubiese tenido resaca. Los titulares de primera plana que había imaginado volvieron a disolverse en la niebla gris de la mañana. La resaca se había vuelto un millón de veces más malévol. Necesitaba una taza de café, desesperadamente. Había hecho el ridículo. Y no por primera vez. Pero no solía hacerlo totalmente desnuda.

## Capítulo XVI

*¿Qué sentido tiene dibujar una línea en la arena? El viento sopla y, antes de que te des cuenta, vuelves a estar donde empezaste.*

Mattie iba maldiciendo por lo bajo al director del periódico cuando bajaba por las amplias escaleras del hotel y se dirigía al comedor del desayuno. Aún era temprano y solo había un puñado de entusiastas. Se sentó a una mesa sola, con la sincera esperanza de que nadie la molestara. Necesitaba tiempo para recuperarse. Se ocultó tras un ejemplar del *Express* y confió en que la gente llegara a la conclusión de que estaba trabajando, no superando una resaca.

La primera taza de café le rebotó como una piedrecita que se arroja sesgada al agua, pero la segunda funcionó, o un poquito. Su depresión se fue disipando y empezó a mostrar cierto interés en el resto del mundo. Paseó la mirada por la pequeña sala de estilo victoriano. En un rincón, vio a otra corresponsal política enfrascada en una conversación con un ministro. También había un alto cargo del partido con su esposa, un locutor de televisión, el director de un periódico dominical, dos personas más a las que le parecía reconocer pero que no lograba ubicar. Al joven en la mesa de al lado de la suya no lo conocía, eso seguro. Más o menos como ella, casi parecía esconderse del resto de la habitación. Tenía un montón de papeles y carpetas en la silla junto a él y cierto aire de desaliño académico. Un encuestador del partido, concluyó, no porque ya le funcionara el cerebro sino gracias a que en la mesa, encajada entre el té y las tostadas, había una carpeta con un logo del partido bien visible y un nombre. K. J. Spence.

El instinto profesional de Mattie empezó a reafirmarse gradualmente bajo el constante bombardeo de cafeína, y hurgó en su siempre presente bolso en busca de una copia de la lista de teléfonos internos del partido, que en algún punto le había suplicado o robado a alguien, ya no recordaba cuál de las dos cosas.

«Spence, Kevin. Extensión 371. Sondeos de opinión.»

Volvió a comprobar el nombre en la portada de la carpeta, porque quería andarse con pies de plomo. Ya la había cagado suficiente. No quería volver a hacer el ridículo, al menos antes de la hora de comer. El sarcasmo de su director la había hecho desconfiar de las estadísticas de los sondeos que le habían filtrado, pero también la había dejado con ganas de rescatar algo del fiasco. A lo mejor podía averiguar cuáles eran las cifras reales. Observó al tipo hasta que él la miró a los ojos.

—Es Kevin Spence, ¿verdad? ¿De la sede del partido? Soy Mattie Storin, del *Chronicle*.

—Sí, ya sé quién es —contestó él un poco nervioso, pero también contento de que lo hubiese reconocido.

—¿Puedo tomarme un café con usted, Kevin? —preguntó Mattie y, sin esperar respuesta, se trasladó a su mesa.

Kevin Spence tenía treinta y dos años, aunque parecía mayor, no estaba casado y era la típica criatura que dedicaba su vida entera a la maquinaria del partido con un salario de 10.200 libras (sin extras). Tímido y con gafas, y un poco torpe, hizo ademán de incorporarse y cambió de opinión, sin saber si levantarse ante una joven en la mesa del desayuno era lo correcto. Mattie le estrechó la mano y sonrió, y él no tardó en estar hablándole con entusiasmo y detalle de los informes que había pasado regularmente durante las elecciones a primer ministro y el Comité de Guerra del partido.

—Se pasan la campaña entera asegurando que prácticamente no les hacen caso a los sondeos de opinión —lo animó Mattie—, que el único sondeo que importa...

—... es el del día de las elecciones, sí —interrumpió él, encantado de que estuvieran en la misma onda—. Es una pequeña ficción que mantenemos. Mi empleo depende de que se tomen las cosas en serio, aunque, entre usted y yo, señorita Storin...

—Mattie.

—Podría decirse que algunos se toman los sondeos demasiado en serio.

—¿Cómo es posible algo así, Kevin?

—Siempre hay un margen de error. ¡Y un sondeo inexacto, justo cuando menos falta hace! Esas criaturitas malévolas aún se las apañan para colarse de vez en cuando.

—Como el que acabo de ver yo —comentó Mattie con una punzada, pues aún le dolía la vergüenza que había pasado antes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Spence con repentina cautela y dejando la taza de té en su platillo.

Mattie advirtió que el afable funcionario se había vuelto formal y juntaba las manos con rigidez sobre el mantel. Un rubor le ascendía rápidamente del cuello de la camisa a los ojos, y la expresión de entusiasmo en su mirada había desaparecido. Spence no era político de formación y no había aprendido a ocultar sus sentimientos. Daba rienda suelta a su confusión, pero ¿por qué se aturullaba tanto? De pronto, Mattie se dio mentalmente un coscorrón. Aquellas malditas cifras no podían ser ciertas al fin y al cabo, ¿verdad? Pero ¿por qué no enarbolar esa bandera y comprobar si alguien se cuadraba ante ella? Esa mañana había dado ya varias volteretas, poniéndose en ridículo en el proceso; una voltereta más difícilmente podría hacer más mella en su orgullo profesional.

—Tengo entendido, Kevin, que sus últimas cifras son bastante decepcionantes, en especial las que conciernen al primer ministro.

—No sé de qué me habla.

El tipo seguía con las manos unidas como si rezara, ¿o era para impedir que le temblaran? Entonces, presa de los nervios, hizo ademán de coger la taza, pero solo consiguió volcarla. Desesperado, trató de enjugar el estropicio con la servilleta.

Entretanto, Mattie había hurgado una vez más en el bolso y sacado la misteriosa

hoja de papel, que procedió a alisar sobre el mantel. Cuando lo hizo, advirtió por primera vez las iniciales KJS mecanografiadas al pie. Los últimos posos de su resaca se desvanecieron.

—¿Son éstas sus últimas estimaciones, Kevin?

Spence trató de alejar de sí aquel papel, como si estuviera infectado.

—¿De dónde demonios ha sacado eso? —Miró alrededor con cara de desesperación para ver si alguien había advertido el intercambio.

Mattie cogió la página y empezó a leerla en voz alta.

—«Estudio de opinión n.º 40...»

—¡Por favor, señorita Storin!

No era un hombre acostumbrado a disimular, demasiado transparente para andar por ahí con seguridad, y lo sabía. No veía salida posible de aquel dilema, y decidió que su único medio de supervivencia sería abandonarse a la merced de su compañera de desayuno. Bajando la voz, le dijo en tono suplicante:

—Se supone que no debo hablarlo con usted. Es estrictamente confidencial.

—Pero Kevin, si no es más que un pedazo de papel.

Él recorrió una vez más la habitación con la mirada.

—Usted no sabe cómo funcionan estas cosas. Si esas cifras salen a la luz, y piensan que soy yo quien se las ha proporcionado, para mí se acabó. La habré cagado de verdad. Me mandarán a la mierda. Todos andan buscando cabezas de turco. Circulan demasiados rumores por ahí. El primer ministro no confía en el presidente del partido, el presidente no confía en nosotros, y nadie va a compadecerse de un tipo como yo. Me gusta mi trabajo, señorita Storin. No puedo permitirme que me culpen por haberle filtrado a usted información confidencial.

—No sabía que la moral anduviese tan por los suelos.

Spence parecía muy desdichado.

—Ni se imagina cuánto. Nunca he visto nada peor. Francamente, lo que la mayoría tratamos de hacer es cubrirnos las espaldas en la medida de lo posible antes de que empiecen a rodar cabezas. —La miró a los ojos por primera vez—. Por favor, Mattie, no me meta en esto.

Ella a veces odiaba su trabajo, y se odiaba a sí misma. Aquélla era una de esas veces. Tenía que apretarlo hasta hacerlo cantar.

—Kevin, usted no ha filtrado este informe. Usted lo sabe, yo lo sé, y lo confirmaré ante cualquiera que quiera saberlo. Pero si he de ayudarlo, voy a necesitar un poquito de ayuda yo también. Éste de aquí es su último sondeo de opinión, ¿verdad?

Volvió a empujar el papel hacia él sobre la mesa. Spence le dirigió otra mirada angustiada y asintió con la cabeza.

—Estos informes los prepara usted y circulan a nivel muy restringido.

El tipo volvió a asentir con un gesto.

—Lo único que me hace falta saber, Kevin, es a quiénes les llegan. Eso no puede



ser un secreto de Estado, ¿a que no?

Al pobre hombre ya no le quedaban ganas de defenderse. Pareció contener largo rato el aliento antes de responder:

—Se distribuyen copias numeradas en sobres con doble sello únicamente a los ministros del Gabinete y a cinco miembros de responsabilidad de la sede del partido: el vicepresidente y otros cuatro directores de alto rango. —Trató de aliviar la boca seca con otro trago de té pero descubrió que lo había derramado casi todo—. ¿Cómo demonios ha llegado a sus manos? —preguntó con tono miserable.

—Digamos simplemente que alguien ha cometido un pequeño descuido, ¿le parece?

—Pero no en mi departamento, ¿verdad? ¡Dígame que no ha sido alguien de mi departamento!

—No, Kevin. Límitese a hacer los cálculos. Acaba de darme los nombres de más de veinticinco personas que llegan a ver estas cifras. Añada a sus secretarias o ayudantes, y eso nos pone en una cifra de cincuenta y tantas fuentes posibles. —Le ofreció una de sus sonrisas más cálidas y tranquilizadoras—. No se preocupe, no voy a involucrarlo en esto.

El alivio inundó la cara de Spence.

—Pero sigamos en contacto —añadió ella.

Mattie salió del comedor con la gratitud de Spence, que la hizo sentirse mejor, y su número de teléfono, que la hizo sentirse mejor incluso. Una parte de ella estaba eufórica por el artículo de primera plana que ahora podría escribir y por la satisfacción que le produciría ver morder el polvo al director del periódico, o la versión de Grev de hacer algo así. La redacción se regodearía con aquello durante una semana. Pero había otro factor que no dejaba de tener un gran peso en todo aquello. Cualquiera de aquellas cincuenta y tantas personas podría haber sido el chaquetero, haberle tendido una trampa a Collingridge filtrando aquel pedazo de papel. Bueno ¿y quién era?

La habitación 561 del hotel no podría considerarse de cinco estrellas. Era una de las más pequeñas, muy lejos de la entrada principal en su emplazamiento al fondo del pasillo del último piso y embutida bajo el alero. No era allí donde se alojaba la jerarquía del partido; era una habitación para los que daban el callo, sin duda.

Penny Guy se llevó una buena sorpresa. No había oído pisadas que se acercaban antes de que la puerta se abriera de par en par. Se incorporó de golpe en la cama, asustada, exponiendo dos pechos perfectamente formados.

—Mierda, Roger, ¿no llamas nunca o qué? —Le arrojó una almohada al intruso, más exasperada que furiosa—. ¿Y qué narices haces levantado tan temprano? No sueles asomar hasta la hora de comer.

No se molestó en taparse cuando O'Neill se sentó en el pie de la cama. Se les veía

a sus anchas, y la ausencia de cualquier clase de amenaza sexual entre ambos habría sobresaltado a la mayoría de la gente. O'Neill coqueteaba constantemente con ella, sobre todo en público, y podía mostrarse posesivo cuando aparecían otros hombres en escena; y sin embargo, en las dos ocasiones en las que Penny había malinterpretado las señales y ofrecido algo más que sus servicios como secretaria, él se había mostrado afectuoso y simpático y murmurado que estaba muy cansado o algo así. Penny suponía que el problema no era ella, que era la forma en que él se comportaba con todas las mujeres porque en el fondo se sentía muy inseguro cuando se trataba de sexo aunque lo ocultara bajo la adulación y las insinuaciones. Había estado casado, años atrás, y el dolor aún lo perseguía a través de la noche de los tiempos; era otra parte de su vida privada que prefería ocultar. Penny llevaba casi tres años trabajando para él y le tenía muchísimo cariño y ansiaba aliviar todas sus inseguridades, pero O'Neill nunca parecía dispuesto a bajar la guardia. Para quienes no lo conocían bien era extrovertido, divertido, encantador y rebosaba de ideas y energía, pero Penny lo había visto volverse más y más inestable. Su cautela en cuanto a las relaciones, que rayaba en la paranoia, había empeorado en aquellos últimos meses en los que cada vez parecía más encaprichado con las presiones de la vida política pese a encontrarlas más y más difíciles de sobrellevar. De un tiempo a esa parte, rara vez aparecía en la oficina antes del mediodía; había empezado a hacer muchas llamadas telefónicas privadas, que le producían gran agitación y lo llevaban a desaparecer de pronto. Penny no era una ingenua, en absoluto, pero lo amaba, y esa devoción suya la cegaba. Sabía que O'Neill contaba con ella y, si no la necesitaba en su cama, sí la necesitaba prácticamente en cualquier otro momento del día. El vínculo entre ambos era fuerte, y, aunque no fuera todo lo que ella quería, estaba dispuesta a esperar.

—Te has levantado tan temprano solo para venir a ligar conmigo, ¿a que sí? — bromeó con un mohín desde la cama.

—Haz el favor de taparte, pequeña fulana. Esto no es justo. ¡Esos dos no tienen nada de justo! —exclamó O'Neill indicando sus pechos con un gesto.

Juguetona y provocativa, ella se destapó del todo. Su desnudez era total y despampanante.

—Ay, Pen, cariño mío, cómo me gustaría conservar este momento para siempre, en un lienzo en mi pared.

—Pero no en tu cama.

—¡Pen, por favor! Ya sabes que a estas horas de la mañana no estoy en mi mejor momento.

A regañadientes, ella cogió la bata.

—Sí, es más bien temprano para ti, Rog. No habrás pasado levantado toda la noche, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que una gimnasta brasileña, una monada increíble, me ha estado enseñando una serie de ejercicios nuevos. Como no teníamos aros con que ejercitarnos, hemos usado la araña de cristal, ¿vale?

—Cállate ya, Rog —espetó ella con un humor que se había vuelto tan gris como el cielo matutino—. ¿Qué está pasando?

—¿Tan jovencita y ya tan cínica?

—Nunca me ha fallado.

—¿El qué? ¿Tu juventud o tu cinismo?

—Ninguna de las dos cosas. En especial por lo que a ti concierne. Así que dime la verdadera razón por la que estás aquí.

—Vale, de acuerdo. Tenía que hacer una entrega, aquí cerca, así que... he pensado que me pasaría a darte los buenos días.

Era casi la verdad, o lo más cerca que llegaba de la verdad últimamente, pero no toda. No mencionó que Mattie Storin había estado a punto de pillarlo cuando dejaba el documento entre sus periódicos y le había hecho falta un sitio en que esconderse un ratito. Se había escabullido por aquel pasillo como quien esquivo a la defensa inglesa entera en su carrera hacia la línea de marca. ¡Qué divertido! Y todo para causarle problemas al presidente del partido. Brillante. Aquel cabrón cascarrabias había estado especialmente borde con él esas últimas semanas, como había señalado Urquhart. La paranoia que nublaba por completo los pensamientos de O'Neill le impedía darse cuenta de que Williams había estado borde con casi todo el mundo.

—Pues digamos que te creo —respondió Penny—. Pero por el amor de Dios, Rog, la próxima vez que vengas a darme los buenos días, prueba a llamar primero. Y que sea pasadas las ocho y media.

—Oye, no me vengas con sermones. Ya sabes que no puedo vivir sin ti.

—Basta ya de pasión, Rog. ¿Qué quieres? Porque tienes que querer algo, aunque no sea mi cuerpo, digo yo.

La mirada de O'Neill fue de aquí para allá, como si hubiera quedado expuesto un secreto culpable.

—Pues sí, venía a preguntarte algo. La verdad es que es un poco delicado... —Hizo acopio de todo su encanto de vendedor y empezó a soltar la historia que Urquhart le había metido en la cabeza la noche anterior—. Pen, ¿te acuerdas de Patrick Woolton, el ministro de Asuntos Exteriores? Le pasaste a máquina un par de discursos durante la campaña, y él se acuerda bien de ti, desde luego. Anoche, cuando lo vi... esto... bueno, pues preguntó por ti. Creo que le gustas mucho. Bueno, en resumidas cuentas, se preguntaba si estarías interesada en cenar con él, pero no quería molestarte ni ofenderte preguntándotelo directamente, así que me ofrecí... ya sabes, a hablarlo yo contigo, porque te sería más fácil decirme que no a mí que a él personalmente. Lo entiendes, ¿verdad que sí, Penny?

—Ay, Rog. —La voz de Penny sonó llorosa.

—¿Qué te pasa, Pen?

—Que estás haciéndole de chulo. —Su tono fue amargo, de acusación.

—No, no, para nada, Penny. Solo es una cena.

—Nunca ha sido solo una cena. Desde que tengo catorce años, nunca ha sido solo

una cena.

Penny era una inmigrante de segunda generación, criada en un atestado bloque de pisos a las afueras de Ladbroke Grove, y sabía a qué compromisos debía llegar una chica negra en un mundo de hombres blancos. Que fuera así no le preocupaba excesivamente; de hecho, le daba ciertas oportunidades, pero no iba a permitir que la degradaran, no de aquella manera.

—Es el ministro de Asuntos Exteriores, Pen —protestó O’Neill.

—Y con una reputación tan larga como el túnel que cruza el canal.

—Pero, dime, ¿qué puedes perder?

—Mi autoestima.

—Oh, venga ya, Pen. Esto es importante. Sabes que no te lo pediría si no lo fuera.

—¿Qué demonios piensas de mí?

—Creo que eres preciosa, de verdad que sí. Te veo todos los días, y eres la mayor fuente de alegría en mi vida. Pero estoy desesperado. Por favor, Pen, no me preguntes por qué... pero tienes que ayudarme con esto. Solo una cena, te lo juro.

Los dos se habían echado a llorar, y estaban enamorados. Pen sabía que a él le dolía tener que pedirle una cosa así, que por alguna razón no tenía alternativa. Y, como lo amaba, no quiso saber por qué.

—Vale, solo a cenar —susurró, mintiéndose.

Él se abalanzó hacia ella y la besó encantado, y luego salió disparado y tan jadeante como había llegado.

Cinco minutos después, estaba de vuelta en su propia habitación y al teléfono con Urquhart.

—Entrega realizada y cena concertada, Francis.

—Espléndido, Roger. Me has sido de gran ayuda, y espero que el ministro te esté también agradecido.

—Pero sigo sin entender cómo vas a conseguir que invite a Penny a cenar. ¿De qué va todo esto?

—De lo que va, mi querido Roger, es de que ni siquiera va a tener que invitarla a cenar. Esta noche él va a venir a mi recepción. Traerás contigo a Penny, los presentaré ante una copa de champán, o un par, y ya veremos qué surge. Si conozco bien a Patrick Woolton, y como whip sé que es así, no tardará más de veinte minutos en sugerir que puede ayudarla a mejorar sus conocimientos de la etiqueta francesa.

—Pero sigo sin ver adónde nos lleva eso.

—Pase lo que pase, Roger, y eso es algo que debemos dejar en manos de dos adultos que actúan por su propia y libre voluntad, tú y yo sabremos qué ha pasado.

—Y yo sigo sin ver de qué nos sirve algo así —protestó O’Neill, que aún confiaba que el otro cambiara de opinión.

—Confía en mí, Roger. Tienes que confiar en mí.

—Sí, confío en ti, tengo que hacerlo. En realidad no tengo alternativa, ¿verdad?

—Exacto, Roger. Ahora empiezas a entender. La sabiduría es poder.

Se cortó la comunicación. O'Neill creía entender aquello, pero no estaba del todo seguro. Aún trataba de establecer si era el socio de Urquhart o su prisionero. Incapaz de decidirse por una cosa o la otra, hurgó en la mesita de noche y sacó una cajita de cartón. Se zampó un par de pastillas para dormir y se desplomó totalmente vestido en la cama.

## Capítulo XVII

*Un cargo político es como la vida. Tu actitud hacia él suele venir determinada por si llegas o te vas.*

—Patrick. Gracias por dedicarme tu tiempo —saludó Urquhart cuando el ministro de Asuntos Exteriores le abrió la puerta.

—Por teléfono la cosa me ha parecido muy seria. Cuando el whip te dice que quiere hablar urgentemente contigo en privado, suele significar que tiene las fotografías bajo llave pero que, por desgracia, ¡el *News of the World* ha conseguido los negativos!

Urquhart sonrió y cruzó el umbral para entrar en la *suite* de Woolton. Era media tarde y el vendaval había amainado, pero el paraguas que formaba un charquito en la entrada del ministro revelaba que era un día tormentoso. Urquhart no venía de muy lejos; de hecho, solo unos metros lo separaban de su propia *suite* en una serie de lujosos bungalows en el recinto del hotel. Se habían reservado para los ministros del Gabinete, y todos ellos disponían de escolta policial que hacía turnos las veinticuatro horas y que suponía enormes facturas. En la comisaría local le habían puesto a la zona el nombre de Callejón de las Horas Extras.

—¿Una copa? —ofreció el jovial ministro, oriundo de Lancashire.

—Gracias, Patrick. Un *whisky*.

El Muy Honorable Patrick Woolton, ministro de primer rango de su majestad para Asuntos Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones y uno de los muchos y triunfadores exiliados de Merseyside, se puso manos a la obra en un pequeño mueble bar que tenía toda la pinta de haberse usado ya aquella tarde, mientras Urquhart dejaba el maletín rojo que llevaba junto a los cuatro pertenecientes a su atareadísimo anfitrión, cerca del borde del charquito de agua de lluvia. Esos vistosos maletines de piel constituían el sello distintivo de cualquier ministro, sus compañeros casi constantes que llevaban a buen recaudo papeles oficiales, discursos y otros documentos confidenciales. A un ministro de Asuntos Exteriores le hacían falta varios maletines rojos; el whip, sin discursos que pronunciar en el congreso ni crisis extranjeras de las que ocuparse, había llegado a Bournemouth con tres botellas de *whisky* de malta de doce años en el maletín. Como le explicó a su mujer, los precios de las bebidas en los hoteles eran siempre astronómicos, y eso si encontrabas la marca que te gustaba.

Miró a Woolton a través de una mesita de café plagada de papeles y fue derecho al grano.

—Patrick, necesito conocer tu opinión, con la más estricta reserva. Por lo que a mí concierne, éste tiene que ser uno de esos encuentros que nunca han tenido lugar.

—Vaya por Dios, ¡de manera que sí tienes algunas puñeteras fotografías! —exclamó Woolton, ahora solo medio en broma. Su afición por las jovencitas atractivas

lo había hecho recorrer unas cuantas sendas peligrosas. Diez años antes, cuando iniciaba su carrera ministerial, había pasado varias horas angustiosas respondiendo a las preguntas de la policía del estado de Luisiana sobre un fin de semana que acababa de pasar en un motel de Nueva Orleans con una joven americana que parecía tener veinte años, actuaba como si tuviera treinta y resultó haber cumplido los dieciséis unos días antes. Se había echado tierra sobre el incidente, pero Woolton nunca olvidaría la minúscula diferencia entre un rutilante futuro político y una acusación por mantener relaciones sexuales con una menor.

—Se trata de algo que podría resultar bastante más serio —murmuró Urquhart—. Estas últimas semanas he captado malas vibraciones. Con respecto a Henry. Ya fuiste testigo de la irritación que despertaba en la mesa del Gabinete, y los medios de comunicación parecen tenerle cada vez menos cariño.

—Bueno, supongo que no había razón para esperar que la luna de miel se alargara después de las elecciones, pero es verdad que las nubes de tormenta se han formado muy deprisa.

—Patrick, entre tú y yo, dos de los más influyentes miembros de las bases del partido han acudido a mí. Dicen que a nivel municipal la cosa tiene cada vez peor aspecto. La semana pasada perdimos otras dos elecciones a escaños vacantes para consejos locales que deberían haberse ganado tranquilamente, y vamos a perder unos cuantos más en las semanas venideras.

—Mañana se vota quién ocupará el maldito escaño vacante por Dorset Este. Va a suponernos otra buena patada en la entrepierna, ya verás si no. En estos momentos tendríamos problemas para ganar votos hasta para ser empleado de la perrera.

—Circula la opinión, Patrick —continuó Urquhart con tono de inquietud—, de que la impopularidad personal de Henry está arrastrando consigo al partido entero.

—Pues es una opinión que comparto, francamente —respondió Woolton, y dio un sorbo al *whisky*.

—La cuestión es ¿cuánto tiempo tiene para solucionarlo?

—Con una mayoría de veinticuatro escaños, no mucho. —Woolton rodeaba el vaso con ambas manos, como si eso lo reconfortara—. Si perdemos unos cuantos escaños vacantes más, tendremos que enfrentarnos a unas elecciones anticipadas. —Clavó la vista en el líquido pardo, y luego la alzó hacia su colega—. Bueno, ¿y qué opinas tú, Francis?

—En mi calidad de whip, no tengo una opinión.

—Siempre has sido un cabrón muy astuto, Francis.

—Pero como whip sí me ha llegado la petición de un par de nuestros colegas de mayor rango de llevar a cabo un pequeño sondeo para establecer la verdadera gravedad del problema. Resumiendo, Patrick, y entenderás que esto no es nada fácil...

—No has tocado tu puñetera copa.

—Dame un momento más. Me han pedido que averigüe hasta qué punto piensan

nuestros colegas que estamos en un aprieto. Que ponga las cartas sobre la mesa. ¿Sigue siendo Henry el líder adecuado para nosotros? —Levantó el vaso, miró fijamente a Woolton y dio un buen sorbo antes de arrellanarse de nuevo en la silla.

El silencio se posó en torno al ministro de Asuntos Exteriores y provocó que quedase empalado en aquella pregunta como en una lanza.

—Coño, conque la cosa ya ha llegado a ese extremo, ¿no es eso?

Del bolsillo de Woolton apareció una pipa, seguida por una petaca y una caja de Swan Vestas. Llenó la cazoleta con mucha ceremonia, apretando el tabaco fresco con el pulgar, antes de sacar una cerilla. Cuando la prendió, el ruido pareció muy audible en medio del silencio. Empezaron a elevarse nubes de humo en torno a Woolton cuando éste dio chupadas a la boquilla de la pipa hasta que el tabaco de olor dulce estuvo bien encendido y su rostro quedó casi oculto por una niebla azulada. Agitó una mano en el aire para dispersarlo y salir de su escondite.

—Tendrás que perdonarme, Francis. Cuatro años en Asuntos Exteriores no me han preparado especialmente bien para responder a preguntas directas como ésta. A lo mejor ya no estoy acostumbrado a que la gente vaya derecha al grano. Me has pillado con el paso cambiado.

Aquello era ridículo, por supuesto. Woolton era famoso por su estilo político directo, muchas veces combativo, que no acababa de encajar en el Ministerio. Solo estaba ganando un poco de tiempo para organizar sus pensamientos.

—Tratemos de dejar a un lado cualquier clase de opinión subjetiva... —exhaló otra enorme nube de humo para disimular la evidente falsedad de aquel comentario— y analicemos el problema como lo haría un funcionario de la administración pública en su informe.

Urquhart asintió con la cabeza y sonrió interiormente. Conocía las opiniones personales de Woolton; sabía de antemano a qué conclusión iba a llegar su hipotético funcionario.

—En primer lugar, ¿tenemos un problema? Pues sí, y es un problema serio. Mis chicos de Lancashire están que echan chispas. Creo que está bien que lleves a cabo ese sondeo. En segundo lugar, ¿existe una solución indolora para el problema? No olvidemos que ganamos las puñeteras elecciones. Pero no las ganamos como deberíamos haberlo hecho. Y eso es culpa de Henry. Pero —blandió la boquilla de la pipa para hacer hincapié en lo que decía— si se diera algún paso para reemplazarlo, que es esencialmente de lo que estamos hablando —Urquhart se las apañó para parecer apenado ante la franqueza de Woolton—, se armaría un verdadero infierno en el seno del partido y esos cabrones de la oposición se darían un festín. La cosa podría ponerse pero que muy fea, Francis. No hay garantías de que Henry se fuera sin armar barullo. Y parecería un acto de desesperación. A un nuevo líder le llevaría al menos un año volver a encolar todas las piezas rotas. Y así, no debemos engañarnos pensando que librarnos de Henry representa una opción sencilla. No, qué va. Pero, en tercer lugar, ¿puede Henry, al fin y al cabo, encontrar por sí mismo la solución al



problema? Bueno, tú ya sabes qué opino de eso. Me enfrenté a él por el liderazgo cuando Margaret se fue, y nunca he dejado de pensar que su elección fue un error.

Urquhart agachó la cabeza, con expresión inmutable como si le agradeciera aquella franqueza, pero celebrando sus palabras. Había interpretado bien a aquel hombre.

Woolton volvió a llenar los vasos de ambos mientras continuaba con su análisis.

—Margaret se las apañó para conseguir un equilibrio extraordinario entre la dureza personal y un buen sentido de la orientación. Era despiadada cuando tenía que serlo, y muchas veces también cuando no tenía que serlo. Siempre parecía tener tanta puñetera prisa por llegar a su objetivo que no le daba tiempo a hacer prisioneros, y tampoco le importaba pisotear a unos cuantos amigos. No era muy grave porque tenía madera de líder. Eso sí que hay que concedérselo a la chica. Pero Henry no sabe muy bien hacia dónde va, solo adora su cargo. Y, sin ese sentido de la orientación, estamos perdidos. Trata de imitar a Margaret, pero no tiene sus huevos. —Dejó el vaso con estrépito ante su colega—. De modo que así están las cosas. Si tratamos de librarnos de él, estamos en un buen lío. Pero si lo conservamos la cagamos bien cagada. —Levantó el vaso—. Confundamos al enemigo, Francis. —Y bebió.

Urquhart llevaba casi diez minutos sin hablar. Acariciaba lentamente el borde del vaso con la yema del dedo corazón, produciendo un gemido discordante. Levantó su mirada azul y penetrante.

—Pero ¿quién es el enemigo, Patrick?

Woolton lo miró a los ojos.

—Quien tenga más probabilidades de llevarnos a la derrota en las próximas elecciones. ¿El puñetero líder de la oposición? ¿O Henry?

—¿Y qué opinas tú? ¿Qué estás diciendo exactamente, Patrick?

Woolton soltó una carcajada.

—Perdona, Francis. Demasiadas paparruchas diplomáticas. Ya sabes que no puedo ni darle un beso de buenos días a mi mujer sin que se pregunte cuáles son mis intenciones. ¿Quieres una respuesta directa? De acuerdo. Nuestra mayoría es demasiado pequeña. Al paso que vamos, la próxima vez nos borrarán del mapa. No podemos continuar así.

—¿Y qué solución hay? Tenemos que encontrar una.

—Aguardar el momento oportuno, eso debemos hacer. Tenemos que esperar unos meses, preparar a la opinión pública, presionar a Henry para que deje el puesto, para que así, cuando lo haga, demos la impresión de estar cediendo a los deseos de la gente y no de andar metidos en riñas privadas. La impresión que causemos en la opinión pública es crucial, Francis, y necesitamos tiempo para tener las cosas bien ordenadas.

«Y tú necesitas un poco de tiempo para preparar tu propio lanzamiento —se dijo Urquhart—. Menudo viejo farsante estás hecho. Deseas el cargo tanto como siempre.»

Conocía bien a Woolton. No era ningún estúpido, o no en todo. Ya estaría planeando pasarse todas las veladas posibles en los pasillos y bares de la Cámara de los Comunes, fortaleciendo relaciones ya establecidas, haciendo nuevos amigos, comiendo pollo correoso en el circuito de las circunscripciones, charlando con jefes de redacción y columnistas de periódicos, labrándose méritos que alegar. Se ocuparía de que le despejaran la agenda, pasaría menos tiempo viajando al extranjero y mucho, mucho más recorriendo el Reino Unido para dar discursos sobre los retos a los que se enfrentaría el país en la próxima década.

—Eso es tarea tuya, Francis, y vaya si será complicada: la de ayudarnos a decidir cuándo es el momento adecuado. Demasiado pronto, y pareceremos todos unos asesinos. Demasiado tarde, y el partido estará hecho pedazos. Vas a tener que mantener la puñetera oreja bien pegada al suelo. Supongo que ya andarás sondeando en otros campos, ¿no?

Urquhart asintió con la cabeza en una muda y cautelosa afirmación. «Me ha nombrado el Casio de este asunto —pensó—, me ha puesto la daga en la mano.» Se sintió eufórico al descubrir que la sensación no le molestaba en lo más mínimo.

—Patrick, me siento honrado de que hayas sido tan franco conmigo, y te estoy agradecido por la confianza que has depositado en mí. Los próximos meses van a ser difíciles para todos nosotros, y necesitaré en todo momento tu consejo. En mí vas a encontrar siempre a un buen amigo.

—Sé que lo haré, Francis.

Urquhart se levantó.

—Y, por supuesto, que ni una palabra de esto salga de esta habitación.

—Los del departamento de seguridad siempre andan diciéndome que las paredes oyen. ¡Me alegro de que seas tú quien ocupa el bungalow de al lado! —exclamó Woolton dándole a Urquhart una palmada juguetona y un poco paternalista entre los omóplatos cuando su visitante se disponía a recuperar su maletín rojo.

—Esta noche celebro mi recepción, Patrick. Vendrán todos, será una reunión de lo más útil. No fallarás, ¿verdad?

—Claro que no, siempre lo paso bien en tus fiestas. ¡Sería muy grosero por mi parte rechazar tu champán!

—Pues hasta dentro de unas horas —se despidió Urquhart cogiendo un maletín rojo.

Cuando hubo cerrado la puerta detrás de su visitante, Woolton se sirvió otra copa. Se saltaría los debates de la tarde en la sala de congresos. En su lugar se daría un baño y echaría una siestecita para estar preparado para la apretada agenda de la velada. Reflexionando sobre la conversación que acababa de mantener, empezó a preguntarse si el *whisky* le habría nublado un poco los sentidos. Trataba de recordar en qué términos había expresado Urquhart su propia oposición a Collingridge, pero no lo conseguía.

—Qué astuto es el cabrón, ha dejado que lo dijera todo yo.

Aun así, eso era precisamente lo que se esperaba de un whip, y podía confiar en Francis Urquhart, ¿verdad? Allí sentado, preguntándose si no habría sido demasiado franco, no llegó a advertir que Francis se había marchado con el maletín rojo que no tocaba.

Mattie estaba de muy buen humor desde que había mandado su texto, poco después de comer. Un sondeo de opinión que era todo un bombazo. Una exclusiva de primera plana, en un momento en que se encontraba rodeada por todos y cada uno de sus competidores. Se había ganado a pulso el derecho a jactarse en aquel congreso, sin duda. Se había pasado gran parte de la tarde pensando encantada en las nuevas puertas que se abrirían lentamente para ella. Acababa de celebrar su primer aniversario en el *Chronicle* y su talento empezaba a contar con el reconocimiento de los demás. Un año más así y estaría preparada para dar el siguiente paso, quizá en el puesto de ayudante de dirección o incluso como columnista con espacio para escribir análisis políticos serios y no solo artículos de poca monta. Y con amigos como Francis Urquhart nunca andaría corta de información privilegiada.

Había que pagar un precio, por supuesto. Su madre seguía teniendo la impresión de que había encontrado a alguien en Londres, una pareja con quien compartir su vida, pero tenía una vida dura y muchas veces solitaria cuando volvía a casa por las noches y tenía que volver a hurgar en el cubo de la ropa sucia por las mañanas. Tenía necesidades, no solo orgullo profesional, y le estaba costando más y más ignorarlas.

Tampoco pudo ignorar el mensaje urgente de que llamara a la redacción que se encontró un poco antes de las cinco. Acababa de mantener una charla en la terraza, ante sendas tazas de té, con el ministro del Interior, quien tenía interés en que el *Chronicle* del día siguiente le diera bombo a su discurso y que en cualquier caso prefería mil veces una hora charlando con una joven rubia que pasarse otra tarde interminable escuchando los discursos de sus colegas, cuando una recepcionista le puso a Mattie el mensaje en la mano. El vestíbulo del hotel estaba lleno de gente, pero uno de los teléfonos públicos parecía vacío, y decidió soportar el ruido. Cuando consiguió comunicar, la secretaria de Preston explicó que él estaba hablando por teléfono y le pasó con el jefe de redacción, John Krajewski, un gigantón bastante dulce con quien había empezado a pasar ratos perdidos, estimulada por el gusto que compartían por el buen vino y por el hecho de que su padre, como el abuelo de Mattie, había sido un refugiado en tiempos de la guerra de Europa. Nada sexual, todavía no, aunque él había dejado bien claro que quería intercambiar algo más que cotilleos de oficina. Pero su tono fue ahora repentinamente forzado.

—Hola, Mattie. Mira, es que... Oh, a la mierda, no pienso ocultarte esto con un montón de gilipolleces. No vamos a publicar tu artículo, o más bien él se niega a hacerlo. Lo siento muchísimo.

Se hizo un silencio en la línea mientras Mattie, atónita, daba vueltas a aquellas

palabras para asegurarse de haberlas oído bien. Pero no importaba cuántas vueltas les diera, seguían siendo las mismas.

—¿Qué coño quieres decir con que no vais a publicarlo?

—Pues justo eso, Mattie, que no va a pasar. —Fue obvio que a Krajewski le estaba costando mantener aquella conversación—. Mira, siento no poder darte todos los detalles, porque Grev se ha ocupado personalmente de esto; yo ni me he metido, tienes que creerlo, pero al parecer es una historia tan candente que nuestro querido director tiene la sensación de que no puede publicarla sin estar totalmente seguro del terreno que pisamos. Dice que siempre hemos apoyado a este Gobierno y que no piensa echar su política editorial por la ventana sobre la base de un pedazo de papel anónimo. Tenemos que estar bien seguros antes de dar ningún paso, y no podemos estarlo si no sabemos de dónde ha salido esa información.

—Por el amor de Dios, qué más da de dónde haya salido el maldito papel. Quien fuera el que me lo mandó no lo habría hecho de haber pensado que su identidad iba a difundirse por toda nuestra redacción. Lo que importa es que es auténtico, y he confirmado que lo es.

Krajewski exhaló un suspiro.

—Créeme, sé cómo debes de sentirte, Mattie. Ojalá no tuviera nada que ver con esto. Solo puedo decirte que Grev ha sido categórico. No va a publicarse.

Mattie tuvo deseos de gritar a pleno pulmón algo muy grosero. De pronto lamentó haber hecho la llamada desde un teléfono público.

—Déjame hablar con Grev.

—Lo siento. Creo que está al teléfono.

—¡Pues esperaré!

—La verdad —dijo el subjefe de redacción, muy avergonzado por cómo sonó su voz— es que va a estar ocupado mucho rato, y ha insistido en que fuese yo quien te lo explicara. Sé que quiere hablar contigo, Mattie... pero mañana. No tiene sentido que trates de meterlo en cintura esta noche.

—¡Mañana no servirá de nada, joder! ¿Desde cuándo nos arriesgamos a perder una exclusiva porque Grev tiene el teléfono metido en el culo? —espetó Mattie dando rienda suelta a su ira—. ¿Qué clase de periódico publicamos, Johnnie?

Oyó al subjefe aclararse la garganta, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Lo siento, Mattie —fue lo mejor que se le ocurrió.

—¡Que te follen, Johnnie! —solo pudo sisear Mattie antes de colgar el auricular con un golpetazo. No se lo merecía, pero ella tampoco. Volvió a descolgar para comprobar si él seguía allí e iba a decirle que no era más que una estúpida bromita, pero solo oyó el indiferente zumbido del tono de marcar, de modo que volvió a colgar con violencia y soltó—: ¡Joder! —Un supervisor del congreso en el teléfono de al lado le dirigió una mirada agria. Mattie lo miró furibunda y repitió—: ¡Joder! —Lo hizo a propósito, solo para estar segura de que la hubiese oído, y luego cruzó el vestíbulo a grandes zancadas en dirección al bar.

El camarero acababa de levantar la persiana del bar cuando Mattie plantó el bolso y un billete de cinco libras sobre la barra.

—¡Necesito una copa! —declaró, todavía presa de una ira tan ciega que le dio un codazo a otro cliente que ya esperaba ante la barra barnizada, claramente dispuesto a que le sirvieran la primera copa de la noche—. Perdón —se disculpó de mal humor y con tono de no sentirlo en realidad.

El hombre se volvió para mirarla.

—Joven, ha dicho usted que necesita una copa. Y tiene pinta de necesitarla. Mi médico me dice que no existe tal cosa, que las copas no son necesarias para nadie, pero ¿qué sabrá él? ¿Le importa que la acompañe un hombre lo bastante mayor para ser su padre? Por cierto, me llamo Collingridge, señor Charles Collingridge. Pero llámeme Charlie, por favor. Todos me llaman Charlie.

—Bueno, Charlie, pues mientras no hablemos de política, estaré encantada. ¡Deje que mi redactor jefe haga la primera cosa de provecho en su jornada y le pague una copa bien grande!

## Capítulo XVIII

*El de Westminster es un mundo impulsado por la ambición, el agotamiento y el alcohol. Y por la lujuria. Sobre todo por la lujuria.*

La habitación tenía el techo bajo y estaba abarrotada de gente. Incluso con las ventanas abiertas, el Callejón de las Horas Extras había llegado a parecerse a una terminal de aeropuerto del Tercer Mundo. Como consecuencia, el champán muy frío que andaba sirviendo la secretaria electoral de Urquhart estaba cada vez más solicitado. El calor y el alcohol se abrían camino en las formalidades, y la cosa ya tenía visos de convertirse en una de las recepciones más relajadas del whip.

Sin embargo, Urquhart no se hallaba en situación de circular y recibir el agradecimiento de sus invitados. Estaba totalmente inmovilizado en un rincón por la mole de Benjamin Landless. El magnate de la prensa del East End sudaba profusamente y se había quitado la americana y abierto el cuello de la camisa, exhibiendo los gruesos tirantes verdes, como el arnés de un paracaídas, que sujetaban los enormes y anchos pantalones. Landless hacía caso omiso de su incomodidad. Toda su atención se centraba en su presa acorralada.

—Pero esto no es más que un puñetero desastre, Frankie, y tú lo sabes. En las pasadas elecciones os apoyé con mi cadena entera de periódicos. He trasladado mis sedes del mundo entero a Londres. He invertido millones en este país. Como yo lo veo, estáis en deuda conmigo. Pero si Henry no espabila de una vez, todo el maldito circo se va a ir al garete en las próximas elecciones. Y, como he sido tan bueno con vosotros, esos cabrones de la oposición van a crucificarme si llegan al poder. ¡Así que deja ya de parlotear y no decir nada, por el amor de Dios!

Se interrumpió para sacar un gran pañuelo de seda de entre los pliegues del pantalón y enjugarse con él la frente, mientras Urquhart seguía provocándolo.

—La cosa no es tan grave, Ben. Todos los gobiernos atraviesan baches peliagudos. Ya hemos pasado por esto antes. Saldremos airosos.

—¡Y un huevo! Eso es dormirse sobre los putos laureles y tú lo sabes muy bien, Frankie. ¿No has visto vuestro último sondeo de opinión? Me lo han pasado por teléfono esta misma tarde. ¡Catastrófico, joder! Si celebraseis hoy las elecciones, os darían un rapapolvo. ¡Os borrarían del mapa!

Urquhart sintió una oleada de calidez al imaginar el titular del *Chronicle* de la mañana siguiente, pero no podía permitirse que se le notara.

—¿Cómo narices has puesto las zarpas en algo así? Va a hacernos mucho daño en la elección de mañana para el escaño vacante.

—No hace falta que te cagues en los pantalones, Frankie. Le he dicho a Preston que no lo saque. Acabará por filtrarse, desde luego, pero ya será después de que se haya cubierto el escaño. —Se hundió un grueso dedo en su propio pecho—. Os he salvado de que vuestro congreso se convierta en el foso de los osos. —Exhaló un

profundo suspiro—. Es más de lo que merecéis, joder.

—Sé que Henry te lo agradecerá, Ben —respondió Urquhart terriblemente decepcionado.

—Pues claro que sí —gruñó Landless, y su dedo se hundió ahora en el pecho de Urquhart—, pero la gratitud del primer ministro menos popular desde que crucificaron a Cristo no es algo que uno pueda meter en el banco.

—¿Qué quieres decir?

—Sé realista, Frankie. La popularidad política es pasta en metálico. Mientras sigáis donde estáis, yo podré seguir adelante con mi negocio y hacer lo que sé hacer mejor: ganar dinero. Por eso os he apoyado. Pero en cuanto vuestro barco hace agua todo el mundo es presa del pánico. El mercado bursátil se hunde, la gente no quiere invertir, los sindicatos se vuelven rebeldes. Yo no puedo mirar hacia el futuro. Y eso es lo que ha estado ocurriendo desde junio pasado. Ahora mismo, el primer ministro no podría organizar ni un concurso de pedos. Si besara a un crío, lo condenarían por agresión. Está arrastrando consigo a todo el partido, y mis negocios detrás. A menos que hagáis algo al respecto, vamos a desaparecer todos por un agujero del carajo.

—¿De verdad crees eso?

Landless hizo una pausa para revelar a Urquhart que sus palabras no eran efecto del champán.

—Fervientemente —gruñó.

—Entonces tenemos un problema, por lo visto.

—Y bien gordo, joder.

—¿Qué sugerirías tú que hiciéramos, Ben?

—Frankie, si mis accionistas me vieran hacer el gilipollas de esa manera, no duraría ni hasta la hora de comer. Desaparecería del mapa.

—¿Quieres decir que...?

—Pues sí. Libraos de él. ¡Adiós muy buenas!

Urquhart arqueó mucho las cejas, pero Landless era de esos hombres que, una vez a lomos de un caballo y a la carga, tenían dificultades para gobernar al animal.

—La vida es demasiado corta para desperdiciarla manteniendo perdedores en el poder, Frankie. No me he pasado los últimos veinte años deslomándome solo para ver cómo tu jefe lo jode todo.

Urquhart se encontró con que los enormes dedos de su invitado le aferraban dolorosamente el brazo. Bajo aquel cuerpo voluminoso había verdadera fuerza, y empezó a entender por qué Landless siempre parecía salirse con la suya. A aquellos a quienes no podía dominar con su riqueza o con su influencia comercial los atrapaba con su fuerza física y los azotaba con su lengua mordaz. Urquhart siempre había detestado que lo llamaran Frankie, y aquél era el único hombre en el mundo que insistía en hacerlo. Pero esa noche, precisamente esa noche, no pensaba poner objeciones. Era una disputa en la que estaba encantado de dejarse ganar.

Landless se acercó más a él, con actitud conspiratoria y arrinconándolo aún más.

—Deja que te ponga un ejemplo, entre tú y yo, ¿vale, Frankie? —Miró alrededor para asegurarse de que nadie los oyera—. Me ha contado un pajarito que dentro de muy poco saldrá a la venta United Newspaper. Si es verdad, quiero comprarla. De hecho, ya he tenido varias conversaciones serias con ellos. Pero esos maricones de abogados me dicen que ya soy propietario de un grupo de periódicos y que el Gobierno no va a permitirme comprar otro. Y yo voy y les pregunto si me están diciendo que no puedo convertirme en el mayor propietario de periódicos del país, pese a mi compromiso de dedicar todos mis títulos a apoyar al Gobierno. —El sudor le corría libremente por la cara, pero lo ignoró—. ¿Pues sabes qué me dijeron, Frankie? ¿Sabes qué me dijeron esos cabezas huecas? Que es precisamente mi apoyo al Gobierno lo que me está causando problemas. Si llego aunque sea a guiñarle un ojo al grupo United la oposición va a ponerse como un basilisco. Va a armar un lío de los gordos. Y nadie tendrá las pelotas de defenderme, eso dicen. La adquisición se transferirá a la Comisión de Monopolios y Fusiones y se quedará atascada durante meses con una horda de caros abogados en alguna puñetera sala de comité, y yo tendré que oír a un hatajo de maricas que no han salido del armario darme clases sobre cómo llevar mi propio negocio. ¿Y sabes lo que me toca los cojones de verdad, Frankie?

Urquhart parpadeó. De tan cerca, el tipo daba miedo.

—Ni idea, Ben. Cuéntamelo, por favor.

—Lo que me toca los cojones de verdad —el dedo volvió a la carga— es que diga lo que diga, no importa qué razones les dé, el Gobierno va a negarse al final a que la transacción llegue a buen puerto. ¿Y por qué? Porque no tienen huevos para enfrentarse a nada. —Soltó una bocanada de humo de puro en la cara de Urquhart—. Y como tu Gobierno no tiene huevos, me van a retorcer a mí la polla. ¡No os basta con joder vuestros propios negocios, sino que vais a joder los míos también!

Solo entonces Landless dejó de hundir el dedo en el pecho de su anfitrión. A Urquhart le dolía, y tuvo la certeza de que se encontraría un moretón por la mañana. Cuando habló, lo hizo despacio.

—Ben, has sido muy buen amigo del partido. Yo, por lo pronto, aprecio muchísimo lo que has hecho. Sería imperdonable que no pudiéramos corresponder a tu amistad. No puedo hablar por el primer ministro en esta cuestión... de hecho, cada vez soy menos capaz de hablar por él sobre lo que sea, últimamente, pero haré cuanto pueda por apoyarte cuando lo necesites.

Landless asentía con la cabeza.

—Bueno saberlo, Frankie. Me gusta eso que dices, muchísimo. Ojalá Henry supiera ser tan decidido.

—Me temo que no lo es por naturaleza. Pero sé que te estará enormemente agradecido.

—¿Por qué?

—Por haber enterrado ese sondeo de opinión. No puedes imaginar el daño que le



habría hecho de haberse publicado. Convertiría el congreso entero en una pelea de gallos.

—Pues sí, eso haría, ¿no?

—Claro que también los hay que piensan que nunca se llega al progreso sin unos cuantos roces.

La ceñuda frustración que había cubierto la frente de Landless se disipó y los labios empezaron a sonreír. Su piel pareció muy sonrosada y blandengue con aquella amplia sonrisa.

—Ya veo qué quieres decir, Frankie.

—¿Yo? ¿Qué he dicho yo?

—¡Ja! Creo que nos entendemos bien, tú y yo.

—Sí, Ben, creo que sí.

Landless volvió a oprimir el brazo del whip, pero suavemente, como muestra de gratitud. Luego consultó el reloj.

—Me cago en la leche, ¿ya es tan tarde? Tengo trabajo que hacer, Frankie. No faltan ni treinta minutos para que cierren la primera edición. Tengo una llamada telefónica que hacer. —Cogió la chaqueta y se la echó sobre el brazo—. Gracias por la fiesta, ha sido divertida. No la olvidaré, Frankie.

Urquhart observó al empresario, con la empapada camisa pegada a las anchas espaldas, abrirse paso en la habitación atestada y salir por la puerta.

En el otro extremo de la habitación, oculto por la marea de cuerpos, Roger O'Neill estaba acurrucado en un pequeño sofá con una joven y atractiva asistente al congreso. Se hallaba en un estado de considerable excitación. Los dedos jugueteaban sin parar, los ojos le iban de aquí para allá como si se los hubiera escaldado, las palabras brotaban de él a un ritmo alarmante. La joven de Rotherham había quedado ya abrumada por los nombres que O'Neill dejaba caer y los secretos que revelaba, una inocente transeúnte en una conversación de sentido único.

—Nuestra gente de seguridad tiene constantemente sometido a vigilancia al primer ministro, por supuesto. Siempre hay alguna amenaza: irlandeses, árabes, militantes negros. También tratan de protegerme a mí. Llevan meses intentándolo. Los chicos del departamento de seguridad del Estado insisten en protegerme durante todo el proceso electoral. Encontraron los nombres de los dos en una lista de posibles blancos, el de Henry y el mío. Así que decidieron tenerme vigilado las veinticuatro horas. La gente no está al corriente, por supuesto, pero todos los plumillas lo saben. —Le dio una furibunda calada al cigarrillo y empezó a toser. Sacó un pañuelo sucio y se sonó con mucho ruido; luego inspeccionó el resultado antes de volver a guardárselo en el bolsillo.

—Pero ¿por qué a ti, Roger? —aventuró su acompañante.

—Soy un buen blanco, fácil de seguir, y si me dieran sería un bombazo —parloteó él—. Si no pueden llegar hasta el primer ministro, irán a por alguien como yo. —Miró alrededor con nerviosismo, con unos ojos que no paraban quietos—.

¿Puedes guardarme un secreto, uno de verdad? —Dio otra buena calada al pitillo—. Esta mañana me he encontrado con que me habían saboteado el coche. Los chicos de la cuadrilla de explosivos lo han revisado con lupa. Han descubierto que me habían aflojado un tornillo de una de las ruedas delanteras. Vuelta a casa por la autopista, la rueda se sale a ciento treinta por hora y... ¡más faena para los barrenderos! Creen que ha sido premeditado. Ahora mismo vienen para acá los de homicidios, para interrogarme.

—Ay, Roger, qué horror —musitó la joven.

—No se te ocurra contárselo a nadie. Los de seguridad no quieren espantarlos, por si hay posibilidad de pillarlos *in fraganti*.

—No sabía que estuvieras tan cerca del primer ministro —comentó la chica cada vez más sobrecogida—. Qué momento tan terrible para... —Soltó un grito ahogado—. ¿Te encuentras bien, Roger? Se te ve muy alterado. Tus... tus ojos... —balbució.

Los ojos de O'Neill daban vueltas desenfundadas en las cuencas, transmitiendo alucinaciones más y más escabrosas a su cerebro. Su atención parecía haberse desviado; ya no estaba con la joven sino en otro mundo, enfrascado en otra conversación. Sus ojos volvieron a centrarse en ella, pero solo un instante. Los tenía inyectados en sangre, llorosos y desenfocados, y la nariz le goteaba como la de un viejo en invierno; se la enjugó rápidamente y sin mucho éxito con el dorso de la mano. Mientras la chica lo observaba, su rostro se volvió de un gris ceniciento, su cuerpo se estremeció, y de pronto se puso en pie. Parecía aterrado, como si las paredes se derrumbaran sobre él.

La chica lo miraba sin saber qué hacer, demasiado avergonzada para provocar una escena. Se dispuso a cogerlo del brazo para sostenerlo, pero en el mismo instante él se volvió hacia ella y perdió el equilibrio. O'Neill trató de cogerse a la chica para no caerse, la agarró de la blusa e hizo saltar un par de botones.

—Quítate de en medio, quítate de en medio —gruñó.

La empujó con violencia hacia atrás y la chica cayó sobre una mesita llena de vasos antes de acabar espatarrada en el sofá. El estrépito del cristal al hacerse añicos contra el suelo interrumpió las conversaciones y todos en la habitación se volvieron para ver qué pasaba. Habían saltado más botones y el pecho izquierdo de la joven quedaba expuesto.

Se hizo un silencio absoluto mientras O'Neill se dirigía dando tumbos hacia la puerta, apartando gente a empujones hasta que por fin salió a la noche, dejando tras de sí una habitación de caras perplejas y a una joven que se ceñía la ropa hecha jirones y luchaba por contener las lágrimas de humillación. Una invitada de cierta edad acudió a ayudarla a recomponerse y la fue guiando hacia el cuarto de baño. Cuando la puerta se cerró tras ellas, la habitación se llenó al instante de una marea de especulaciones que se convertiría rápidamente en un mar de cotilleos que los tendría a todos ocupados y distraídos la velada entera.

Penny Guy no se sumó a los cotilleos. Un momento antes reía encantada,

disfrutando de verdad del simpático ingenio y el encanto de Merseyside de Patrick Woolton. Urquhart los había presentado hacía más de una hora y se había ocupado de que el champán fluyera tan libremente como su conversación. Pero la magia se había disuelto en el alboroto, y la radiante sonrisa de Penny se transformó en una expresión de la mayor desdicha. Libraba una lucha sin cuartel contra las lágrimas, que le surcaban las mejillas y parecían incontenibles pese a los ánimos de Patrick Woolton y el gran pañuelo blanco que le había dado. El dolor de Penny era totalmente auténtico.

—En realidad es un hombre bueno, y brillante en lo que hace —explicó—. Pero a veces las cosas lo sobrepasan y se vuelve un poquito loco. Esto no es propio de él, para nada. —Cuando se puso a defenderlo, las lágrimas parecieron brotar más deprisa incluso.

—Penny, querida, cuánto lo siento. Mira, te hace falta salir de este puñetero sitio. Mi bungalow está aquí al lado. ¿Qué te parece si vamos y así te secamos esas lágrimas, vale?

Penny sabía qué iba a pasar, pero ya no parecía tener demasiada importancia. Asintió con la cabeza, agradecida, y la pareja se abrió paso entre la multitud. Nadie pareció advertir cómo abandonaban la habitación, excepto Urquhart, que los observó salir por la puerta por la que habían pasado antes Landless y O'Neill. Se sentía profundamente satisfecho. Se estaba convirtiendo en una fiesta digna de recordarse.

## Capítulo XIX

*La mayoría de los candidatos a cubrir escaños vacantes son poco más que trámites legales, necesarios solo para que el vencedor sienta que ha hecho algo que vale la pena. Y rara vez es así.*

*Jueves, 14 de octubre*

—No irás a convertir en una maldita costumbre esto de sacarme de la cama todas las mañanas, ¿verdad? —Incluso a través de la línea telefónica, Preston dejó bien claro que lo consideraba una orden y no una pregunta.

Mattie se sentía aún peor que la mañana anterior tras varias horas de flagelación ética con Charles Collingridge. Tenía considerables dificultades para captar las sutilezas de lo que ocurría.

—Mierda, Grev. Me voy a la cama pensando que quiero asesinarte porque te niegas a publicar el artículo sobre el sondeo de opinión, y luego me despierto esta mañana para encontrarme una versión prostituida del mismo en primera plana y con la firma de alguien que se hace llamar «Nuestro equipo de redacción política». Ahora ya no pienso que quiero asesinarte, sino que sé con certeza que voy a asesinarte. Pero primero quiero saber por qué andas mareando con mi artículo. ¿Por qué cambiaste de opinión? ¿Quién ha reescrito mi historia? ¿Y quién coño es nuestro equipo de redacción política si no soy yo?

—Calma, calma, Mattie. Respira un poco, no vayas a reventar el corsé.

—¡Yo no llevo corsé, Grev!

—Y tampoco hiciste gran cosa anoche, ¿a que no? ¿En qué andabas metida, en hacerle ojitos a algún candidato a la Cámara de los Lores o en quemar el sostén en un aquelarre feminista? Pero nada de nada. Traté de llamarte y no hubo puñetera respuesta. Si te hubieras quedado por ahí, te habrías enterado de todo.

Mattie empezó a recordar los sucesos de la noche anterior. Le supuso considerable esfuerzo, porque estaba atontadísima. Aquella distracción le dio tiempo a Preston para continuar.

—Como creo que ya te dijo Krajewski, anoche varios en el equipo de redacción opinaban que tu artículo no se sustentaba sobre pruebas suficientes como para publicarlo hoy.

Oyó a Mattie soltar un bufido de indignación.

—Para serte franco, a mí me gustó el artículo, desde el principio —añadió Preston, intentando que sonara sincero—. Yo quería que la cosa funcionara, pero necesitábamos más pruebas que lo corroboraran antes de hacer picadillo al primer ministro del país el día de una importante elección a un escaño vacante. Un simple pedazo anónimo de papel no era suficiente.

«No era yo quien hacía picadillo al primer ministro, sino tú», tuvo deseos de añadir Mattie, pero Preston ya se le había adelantado.

—Y así, tuve una pequeña charla con algunos de mis contactos más importantes en el partido, y anoche a última hora nos llegó el respaldo que nos hacía falta. Justo antes del cierre de la edición.

—Pero mi texto...

—Tú texto hubo que adaptarlo, porque la historia seguía adelante. Traté de contactar contigo, pero como no pude, lo reescribí yo mismo. No quería que nadie más metiera mano, la historia es demasiado buena. O sea que, en este caso, «Nuestro equipo de redacción política» soy yo.

—Yo escribí un artículo sobre un sondeo de opinión. Tú lo has convertido en la crucifixión de Collingridge. Esas citas de «fuentes destacadas del partido», esas críticas y condenas. ¿A quién más tienes trabajando en Bournemouth aparte de a mí?

—Mis fuentes son asunto mío, Mattie, ya deberías saberlo.

—Y una mierda, Grev. Se supone que soy tu corresponsal política en este puto congreso. No puedes ocultarme cosas de esta manera. El periódico ha dado un salto mortal sobre mi artículo, y otro sobre Collingridge. Hace solo unas semanas su culo brillaba como el sol por lo que a ti respecta, y ahora es... ¿qué dice el artículo?... «una catástrofe que amenaza con sepultar al Gobierno en cualquier momento». Esta mañana voy a ser tan popular aquí como el sobaco de una bruja. ¡Tienes que contarme qué está pasando!

Preston lo había intentado. Había ofrecido una explicación. No era la verdad, pero ¿y qué? Decidió que había llegado el momento de abusar un poco de su autoridad.

—Te diré qué está pasando. Una exclusiva brillante, joder, eso está pasando. Y es posible que lo hayas pasado por alto, Mattie, pero soy el director de este periódico, lo que significa que no tengo que pasarme el día justificándome ante cada periodista novato que asoma en provincias. Harás lo que te digan, yo haré lo que me digan, y los dos seguiremos adelante con nuestro trabajo, ¿de acuerdo?

—Vale, ¿y quién coño te dice a ti lo que tienes que hacer, Grev? —quiso saber Mattie. Pero la única respuesta que recibió fue el tono de marcar. La comunicación se había cortado. Golpeó el brazo de la silla de pura frustración. No podía aguantar más, no estaba dispuesta a aguantar más. Había creído que se le abrían nuevas puertas, pero en lugar de eso su director no paraba de cerrárselas, pillándole los dedos. La cosa no tenía sentido.

Seguía sin tener sentido sus buenos treinta minutos después cuando trataba de despejarse los pensamientos con una taza más de café en el comedor del desayuno. Le produjo alivio que no hubiera rastro de Kevin Spence. A sus pies había un montón de periódicos del día, y tuvo que admitir que Preston tenía razón: era una buena exclusiva, la mejor primera plana de todas. Grandes cifras, grandes citas. Demasiado bueno para que Greville Preston lo hubiera hecho desde un teléfono en Londres. Cuando trataba de resolver el rompecabezas, sintió una sombra que se alargaba en la habitación y alzó la mirada para ver la mole de Benjamin Landless avanzando pesadamente hacia una mesa en la ventana para charlar con lord Peterson, el tesorero

del partido. El propietario acomodó su voluminosa figura en una silla completamente inadecuada y se inclinó cuanto se lo permitía la panza. Le sonrió a Peterson, le estrechó la mano, ignoró por completo a Mattie. De pronto ella pensó que las cosas empezaban a cobrar un poco de sentido.

El secretario político del primer ministro se estremeció. Por tercera vez, el secretario de prensa había empujado el periódico de la mañana hacia él desde el otro lado de la mesa, y por tercera vez él había tratado de empujarlo de vuelta. Sabía cómo debía de haberse sentido san Pedro.

—Por el amor de Dios, Grahame —soltó el secretario de prensa levantando la voz—, no podemos ocultarle cada puñetero ejemplar del *Chronicle* que haya en Bournemouth. Tiene que saberlo, y tú tienes que enseñárselo. ¡Ahora mismo!

—¿Por qué tiene que ser hoy? —gimió el secretario político—. Tiene una elección encima, y hemos pasado la noche en vela acabando su discurso para mañana. Ahora va a querer reescribirlo entero, maldita sea, y ¿de dónde vamos a sacar el tiempo para hacerlo? Va a ponerse como una mona. —Cerró de golpe el maletín, en un gesto de frustración nada propio de él—. Toda la presión de estas últimas semanas, y ahora esto. Por lo visto no le dan un respiro, ¿no?

Su acompañante decidió no responder, prefiriendo contemplar la vista de la bahía a través de la ventana del hotel. Volvía a llover.

El secretario político cogió el periódico, hizo un prieto rollo con él y lo arrojó al otro extremo de la habitación. Aterrizó con estrépito en la papelera, volcándola y desparramando el contenido por la alfombra. Las hojas desechadas con borradores del discurso se mezclaron con ceniza de cigarrillos y varias latas vacías de cerveza y zumo de tomate.

—Merece desayunar en paz, por el amor de Dios. Se lo contaré después.

No iba a ser la mejor de sus decisiones.

A Henry Collingridge le gustaba saborear los huevos. Había acabado el discurso del congreso de madrugada y dejado que su personal lo puliera y lo hiciera mecanografiar mientras él se iba a la cama. Aunque breve, su sueño había sido profundo, le pareció que por primera vez en varias semanas.

El discurso de clausura del congreso siempre pendía sobre su cabeza como una nube oscura. Le desagradaban los congresos con su cháchara, la semana lejos de casa, los excesos en la mesa... y el discurso. Sobre todo el discurso. Largas horas de angustiosas discusiones en una habitación de hotel llena de humo, con interrupciones, justo cuando parecía que la cosa avanzaba, para asistir a alguna insufrible ceremonia o recepción, para retomarlo considerablemente más tarde y tratar de seguir donde lo habían dejado, solo que más cansados y menos inspirados. Si el discurso iba bien, no

sería más de lo que esperaban y requerían. Si era flojo, aplaudirían de todas formas pero se alejarían murmurando que empezaba a notarse la tensión del cargo. La ley de Murphy.

Aun así, la cosa ya casi había llegado a su fin, solo quedaba pronunciarlo. El primer ministro estaba lo bastante relajado como para haberle sugerido a su esposa una vueltecita por el paseo marítimo antes del desayuno, para sacudirse las telarañas, y al infierno con aquella lluvia intermitente. Sus agentes de seguridad lo seguían a pocos pasos de distancia. Mientras paseaban, Collingridge hablaba sobre las ventajas de unas vacaciones de invierno en Antigua o Sri Lanka.

—Creo que este año será Sri Lanka. Tú puedes quedarte en la playa si quieres, Sarah, pero yo preferiría hacer un par de excursiones a las montañas. Tienen algunos monasterios budistas antiquísimos, y se supone que las reservas naturales son espectaculares. El presidente de Sri Lanka me estuvo hablando de ellas el año pasado, y me parecieron verdaderamente... ¡Cariño, no me estás escuchando!

—Perdona, Henry, estaba mirando... el periódico de aquel caballero. —Su esposa indicó con la cabeza a un hombre, un asistente al congreso, que trataba de sostener el periódico contra la brisa del mar.

—Conque es más interesante que yo, ¿no?

Pero su buen humor se desvaneció y empezó a sentir cierta inquietud al acordarse de que aún tenían que darle sus recortes de prensa diarios. Si hubiera algo de importancia, sin duda se lo habría dicho alguien, pero... Meses atrás había cometido un error al dejarse convencer por su personal de que no le hacía falta perder tiempo leyendo los periódicos, de que un resumen a base de recortes sería más eficaz. Pero el funcionariado tenía sus propias y estrechas opiniones sobre lo que era importante para la jornada de un primer ministro, y se había encontrado con que los resúmenes tenían más y más agujeros, en especial en lo que tocaba a cuestiones políticas, y sobre todo cuando había malas noticias. Trataban de protegerlo, por supuesto, pero siempre había temido que el capullo que tejían a su alrededor acabara por asfixiarlo.

Se acordó de la primera vez que había entrado en el número 10 de Downing Street como primer ministro, tras el trayecto en coche desde el palacio. Había dejado fuera a la multitud y a los equipos de televisión y, cuando la gran puerta negra se hubo cerrado tras él, se había encontrado con un espectáculo extraordinario. A un lado del gran vestíbulo se habían reunido unos doscientos funcionarios, que lo aplaudían con ganas, como habían hecho con Thatcher, Callaghan, Wilson y Heath, y como harían con su sucesor. Al otro lado del vestíbulo y frente a los funcionarios se hallaba su propio personal político, el equipo de leales seguidores que había formado apresuradamente en torno a sí cuando su campaña por suceder a Margaret Thatcher había emprendido el vuelo, y a quienes había invitado a Downing Street a participar del histórico momento. Solo eran siete, y parecían eclipsados por aquel nuevo entorno. Una batalla imposible de tan desigual. En los seis meses siguientes apenas había visto a esos consejeros del partido, pues la maquinaria oficial los había ido

dejando fuera, y ya no quedaba ninguno del grupo original. Últimamente había decidido que no era tan buena idea apoyarse por completo en los funcionarios de la administración. También había decidido dejarse de aquellos resúmenes de prensa y volver a leer las noticias de verdad, pero aún tenía que ponerlo en práctica. La semana próxima, sin falta.

Su atención volvió al periódico que el hombre agitaba para devolverle su forma original. Estaba a varios metros de ellos, y a esa distancia tenía dificultades para enfocar bien. Trató de que no se notara que lo miraba tan fijamente. Poco a poco, las palabras empezaron a cobrar una forma más o menos clara.

«CRISIS EN LOS SONDEOS CAUSA MUCHO DAÑO AL GOBIERNO», rezaba el titular.

Collingridge recorrió los cinco pasos que lo separaban del hombre y le arrancó el periódico de las manos.

«EL BAJÓN DEL PRIMER MINISTRO EN LAS ENCUESTAS PONE EN DUDA SU FUTURO Y SUPONE UN DURO GOLPE AL PARTIDO —leyó—. SE TEME UN DESASTRE EN LA ELECCIÓN DE MAÑANA.»

—¡Henry! —exclamó su mujer presa de la alarma.

—¿Qué narices...? —soltó el hombre, pero se interrumpió en seco al reconocer a su asaltante.

—¿Se encuentra bien, primer ministro? —preguntó uno de los agentes interponiéndose entre los dos hombres para proteger al mandatario.

Collingridge agachó la cabeza.

—Perdóneme, no pretendía... lo lamento muchísimo —murmuró.

—No, primer ministro, soy yo quien lo lamenta —contestó el hombre, que había recobrado la compostura—. Merece usted algo mejor que esto.

—Pues sí, ¿verdad? —musitó Collingridge antes de volverse y alejarse a grandes zancadas de regreso al hotel.

El hecho de que el primer ministro tuviera que recuperar el ejemplar del *Chronicle* de entre las cenizas de la papelería no contribuyó precisamente a mejorar su humor.

—Ha tenido que ser un puñetero extraño, Grahame. ¿Por casualidad puedo no ser el último alguna vez en enterarme de las cosas?

—Lo siento, primer ministro. Íbamos a enseñárselo en cuanto hubiese acabado de desayunar —fue la mansa respuesta.

—¿Y le parece que puedo tener apetito después de esto? ¡Mire qué sarta de estupideces! Con esto no basta, Grahame, con esto no...

Se interrumpió. Acababa de llegar al punto en el artículo del *Chronicle* en que la mala noticia en sí se había visto desbancada por la especulación y la exageración:

El último bajón que han revelado los sondeos privados del partido va a poner sin duda muchísima presión en el primer ministro. Mañana pronunciará su discurso en el congreso de Bournemouth, un discurso que ahora tendrá mayor importancia incluso y quizá hasta resultará decisivo. Los rumores sobre el estilo y la



eficacia del liderazgo de Collingridge han ido en aumento desde las elecciones, cuando los resultados decepcionaron a muchos de sus colegas. Con toda certeza, este reciente sondeo de opinión contribuirá a alimentar esas dudas, pues en él se le concede a un primer ministro la puntuación más baja desde que dichos sondeos empezaron a llevarse a cabo hace casi cuarenta años.

«Oh, mierda», vocalizó Collingridge en silencio, y siguió leyendo.

Anoche, un ministro de alto rango hizo el siguiente comentario: «Se echa de menos una mano firme en la mesa del Gabinete y en la Cámara de los Comunes. Hay impaciencia en el partido. Nuestra posición básicamente excelente se está viendo debilitada por la incapacidad del líder de ganarse a la gente». En ciertas dependencias gubernamentales se expresaban opiniones más duras incluso. Varias fuentes gubernamentales especulaban sobre que el partido se acerca rápidamente a una encrucijada. «Tenemos que decidirnos entre empezar otra vez de cero o deslizarnos suavemente hacia el declive y la derrota — comentó una fuente de responsabilidad—. Hemos sufrido demasiados reveses innecesarios desde las elecciones. No podemos permitirnos que haya más.» Según una opinión menos optimista, Collingridge es «una catástrofe que amenaza con sepultar al Gobierno en cualquier momento».

—¡Mierda! —exclamó ahora Collingridge sin molestarse en susurrar.

La elección parlamentaria de hoy por Dorset Este, un escaño seguro para el Gobierno según apuntaban todos los cálculos, se considera ahora crucial para el futuro del primer ministro.

Un hombre puede pasarse media vida en la cima del escalafón político aprendiendo a dominar su miedo a las alturas, pero hay veces en las que acaba mareándose y todo se vuelve excesivo para él.

—¡Encuentre a la rata de alcantarilla que hay detrás de esto, Grahame! —bramó Collingridge retorciendo el periódico con ambas manos como si fuera un pollo de Navidad—. Quiero saber quién lo ha escrito, quién ha hablado con ellos, quién ha filtrado el sondeo. ¡Y mañana para desayunar quiero sus huevos en una tostada!

—¿Le parece que mande llamar a *sir* Williams? —sugirió el secretario político.

—¡A Williams! —explotó Collingridge—. ¡Es su puto sondeo el que se ha filtrado! No quiero disculpas, quiero respuestas. Vaya a buscar al whip. Encuéntrelo y tráigamelo aquí, no me importa qué esté haciendo. Ahora mismo.

El secretario hizo acopio de todo su valor para enfrentarse al siguiente obstáculo.

—Antes de que llegue, primer ministro, ¿podría sugerir que le echemos otro vistazo a su discurso? Es posible que haya varias cosas que quiera cambiar, como resultado de la prensa de hoy, y no nos queda mucho tiempo...

—El discurso se queda como está, hasta la última palabra. No pienso hacer pedazos un discurso perfectamente válido solo porque esos imbéciles de la prensa se han dedicado a esparcir mierda. Así que vaya a buscar a Urquhart. ¡Y tráigalo ahora mismo!

Cuando sonó el teléfono de Urquhart, que estaba sentado en su bungalow, no era el primer ministro quien llamaba sino el ministro de Asuntos Exteriores. Para gran alivio de Urquhart, Woolton se reía por lo bajo.

—¡Francis, vaya puñetero idiota estás hecho!

—Mi querido Patrick, no sé...

—Voy a tener que ponerte más agua en el *whisky* la próxima vez. Ayer te fuiste con uno de mis maletines y te dejaste el tuyo. Ahora yo tengo tus bocadillos y tú tienes una copia de los últimos planes secretos para invadir Papúa Nueva Guinea o la chorrada que sea que pretenden que firme esta semana. Sugiero que los intercambiamos antes de que me arresten por perder bienes confidenciales del Gobierno. Estaré ahí en unos veinte segundos.

Al cabo de nada, un sonriente Urquhart se estaba disculpando ante su colega, pero Woolton le quitó importancia a la cosa.

—No pasa nada, Francis. La verdad es que tampoco habría llegado a leer los malditos documentos, al menos anoche. De hecho, tengo que darte las gracias. Resultó una velada excepcionalmente estimulante.

—Me alegro mucho, Patrick. Estos congresos pueden llegar a ser divertidos.

Sin embargo, en cuanto Woolton se hubo marchado, todavía riendo por lo bajo, el humor de Urquhart cambió por completo. Se puso muy serio y, con el ceño fruncido por la preocupación, cerró la puerta con llave por dentro y accionó el picaporte para comprobar que no hubiese quedado abierta. No perdió el tiempo en bajar las persianas y, solo cuando tuvo la certeza de que no podía verlo nadie, dejó el maletín rojo con cautela sobre el escritorio. Lo examinó minuciosamente para descartar indicios de que lo hubiesen forzado, y luego seleccionó una llave del abultado manajo que llevaba en el bolsillo y la introdujo con cuidado en la cerradura. Al abrirse la tapa, no reveló papeles ni bocadillos, sino un grueso bloque envuelto en poliestireno que llenaba todo el maletín. Quitó el poliestireno, lo dejó a un lado y volvió el maletín del revés. Levantó con delicadeza la esquina de cuero rojo hasta revelar un agujero que se había hecho a través de la pared del maletín. El hueco no tenía más de cinco centímetros de lado y, acurrucado en el centro, había un transmisor de radio con su propia pila de mercurio en miniatura, cortesía de un fabricante japonés.

El encargado de la tienda de seguridad junto a Tottenham Court Road que Urquhart había visitado dos semanas antes había lucido una máscara de absoluta indiferencia cuando le explicó que necesitaba controlar a un empleado deshonesto.

—Sí, a veces pasa —fue todo su comentario.

Había dado muestras de mucho más entusiasmo al describirle las ventajas del equipo que podía proporcionarle. Se trataba de uno de los transmisores más simples y sin embargo más sensibles del mercado, explicó: captaba prácticamente cualquier sonido en un radio despejado de cincuenta metros y lo transmitía al receptor hecho a medida y a una grabadora que se activaba con la voz.

—Solo tiene que asegurarse de que el micrófono se dirija hacia la zona en que está la fuente del sonido, y le garantizo que sonará como una sinfonía de Mahler.

Urquhart fue hasta el armario y sacó un maletín rojo más. Dentro, arrebuja en

otro envoltorio protector de poliestireno, había una radio de FM portátil modificada con grabadora incorporada y que se había sintonizado en la misma longitud de onda que el transmisor. Advirtió con satisfacción que la cinta de larga duración que le había puesto estaba casi agotada. Significaba que había habido ruido de sobra para activar la grabadora.

—Confío en que no sea solo porque roncas, Patrick —bromeó en voz alta Urquhart consigo mismo. Cuando lo hizo, el equipo se puso en marcha con un chasquido, la cinta giró durante unos diez segundos y volvió a detenerse.

Apretó el botón de rebobinar, y estaba observando girar los dos carretes cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era el primer ministro quien requería su presencia, y urgentemente. Otra clase de fontanería.

—No importa —dijo, acariciando con los dedos la piel de los dos maletines rojos—, me esperaréis.

Cuando salió por la puerta, se estaba riendo.

## Capítulo XX

*Hay políticos que piensan en su cargo como un marinero piensa en el mar, como en una gran aventura, llena de cosas imprevisibles y emoción. Lo ven como el medio para llegar a su destino. Yo lo veo como algo en lo que probablemente se ahogarán.*

*Sábado, 16 de octubre*

Al día siguiente del discurso del primer ministro, no fue solo el *Chronicle* el que declaró que había sido un absoluto desastre. Casi todos los demás periódicos dijeron lo mismo, así como varios parlamentarios de las últimas filas del Gobierno y el líder de la oposición.

La pérdida del escaño por Dorset Este, cuando la noticia irrumpió en el congreso a primeras horas de la mañana del viernes, primero había dejado anonadados a los fieles al partido, pero a la hora de desayunar esa primera impresión ya se les había pasado. Ante un tazón de muesli o un desayuno inglés completo, empezaron a airear su frustración, y ésta solo podía tener un objetivo: Henry Collingridge.

A la hora de comer, los corresponsales en Bournemouth parecían haber sufrido un aluvión de cargos anónimos del partido, cada uno de los cuales afirmaba haber advertido al primer ministro que no celebrara la elección al escaño vacante durante la semana del congreso y ahora se eximían de cualquier responsabilidad por la derrota. A su vez, en un gesto de desesperación, la oficina del primer ministro pasó al contraataque; de manera extraoficial, cómo no. Dijeron que toda la culpa había que atribuírsela a la sede del partido, de la cual, por supuesto, era responsable lord Williams. La explicación, sin embargo, cayó en gran medida en oídos sordos. El instinto de manada había hecho presa en ellos.

Como lo expresó un periódico tradicionalmente progobierno:

Ayer, el primer ministro cometió un fallo más. Debería haber utilizado su discurso para disipar las dudas sobre su liderazgo, pero uno de sus colegas del Gabinete lo describió como «torpe e inadecuado». Después del desastroso sondeo de opinión y la humillante derrota en la elección de uno de sus escaños supuestamente más seguros, el partido esperaba un análisis realista y palabras tranquilizadoras. En lugar de ello, tal como expresó un diputado, «nos ofreció un refrito trasnochado de un antiguo discurso electoral».

Las críticas a Collingridge se han vuelto más manifiestas. Peter Bearstead, diputado por escasa mayoría por Leicester Norte, declaró anoche: «El electorado nos echó un rapapolvo de advertencia en las elecciones. No va a quedar satisfecho con clichés y con esta agobiante autocomplacencia. Quizá ha llegado el momento de que el primer ministro vaya pensando en ceder la batuta».

En una torre de oficinas en la ribera sur del Támesis, el director de *Weekend Watch*, el programa puntero de sucesos de actualidad, leyó a fondo los periódicos y convocó una apresurada reunión con su personal. Veinte minutos después, el programa previsto para el día siguiente sobre terratenientes mafiosos se había archivado y un elenco completamente distinto ocupaba ahora el espacio de sesenta minutos. Bearstead fue invitado a participar, así como varios encuestadores y

expertos en sondeos. El título del nuevo programa era «¿Es hora de irse?».

Desde su casa en los frondosos barrios de las afueras de Epsom, el director general de los creadores de mercado Barclays de Zoete Wedd llamó por teléfono a dos colegas. Acordaron verse en la oficina el lunes a una hora especialmente temprana.

—Todas estas gilipolleces políticas van a alterar los mercados. Ha llegado el momento de mover unas cuantas acciones antes de que los demás cabrones se pongan a vender.

El *Mail on Sunday* se puso en contacto con el candidato derrotado en la elección al escaño por Dorset Este. El periódico había esperado a propósito a que el tipo hubiese acabado un almuerzo dedicado a ahogar sus penas. La animosidad del candidato hacia el líder del partido fue considerable. «SU ACTUACIÓN ME HA COSTADO EL CARGO. ¿PUEDE SENTIRSE SEGURO ÉL EN EL SUYO?» Un titular estupendo.

En su magnífica casa de estilo palladiano en el parque nacional de New Forest, en Hampshire, Urquhart recibió llamadas telefónicas de varios colegas del Gabinete y diputados del partido para expresarle su inquietud. También lo llamó el presidente del comité ejecutivo de las bases del partido, desde Yorkshire, para transmitirle preocupaciones similares.

—Ya sabes que en situaciones normales se las comunicaría al presidente del partido, Francis —explicó con su campechano acento de Yorkshire—, pero por lo visto se está librando una batalla campal entre la sede del partido y Downing Street, y Dios me libre de que me pillen en medio.

Entretanto, en Chequers, la residencia oficial en el campo del primer ministro, emplazada entre ondulantes extensiones de césped y enormes medidas de seguridad en el Buckinghamshire rural, Collingridge se limitaba a quedarse sentado ignorando sus documentos oficiales, totalmente falto de inspiración. La piedra había empezado a rodar cuesta abajo y no tenía la menor idea de cómo pararla.

El siguiente golpe, cuando cayó unas horas después, pilló a casi todo el mundo por sorpresa. Incluso a Urquhart. Había esperado que el *Observer* se tomara al menos un par de semanas más para comprobar el montón de documentos y fotocopias que les había enviado de manera completamente anónima. Que los abogados se mostraran debidamente diligentes era lo último que habría esperado, pero por lo visto el *Observer* temía que algún competidor estuviera también sobre la pista.

—Menudo marrón si no lo publicamos, y menudo marrón si lo hacemos. Así que ¡vamos allá! —había exclamado el director a voz en grito a su sala de redacción.

Urquhart estaba en el garaje, donde guardaba su Rover Speed Pilot de 1933, cuando recibió la llamada. Solía utilizar el Rover para cruzar a toda pastilla las carreteritas de New Forest, «como una versión de piel rosa del Señor Sapo» según su mujer, confiado porque ningún policía iba a ser lo bastante mezquino como para

multar a una preciosidad de clásico inglés como aquél, y en cualquier caso el comisario jefe era miembro de su club de golf. Urquhart estaba ajustando el triple carburador cuando Mortima lo llamó desde el interior de la casa.

—¡Francis! ¡Te llaman de Chequers!

Se enjugó cuidadosamente las manos con un trapo grasiento y descolgó el teléfono supletorio en la pared del garaje.

—Francis Urquhart al aparato.

—Whip, espere un momento, por favor. Voy a pasarle al primer ministro —indicó una voz femenina.

La voz que le llegó a través de la línea fue casi irreconocible. Sonó apagada, vacilante, consumida.

—Francis, me temo que tengo malas noticias. El *Observer* se ha puesto en contacto conmigo. Menudos cabrones. Dicen que mañana van a publicar un artículo. No me lo explico, pero según ellos mi hermano Charles ha estado comprando acciones de compañías valiéndose de información privilegiada, de información del Gobierno. Y se está forrando con eso. Dicen que tienen documentos que lo prueban: extractos bancarios, recibos de agentes de bolsa y todo eso. Compró casi cincuenta mil libras de la Renox, según ellos, un par de días antes de que aprobáramos un medicamento de esa compañía. Vendió las acciones un día después llevándose un buen pellizco. Lo hizo todo desde un apartado de correos falso en Paddington, dicen. Va a salir en primera plana. —Hizo una pausa, como si ya no tuviese energías para continuar—. Francis, todos van a suponer que fui yo quien le dio esa información. ¿Qué narices hago?

Urquhart se instaló cómodamente en el asiento de cuero viejo del coche antes de responder. Estaba acostumbrado a correr riesgos desde aquel sitio.

—¿Les has dicho algo a los del *Observer*, Henry?

—No. No me parece que esperaran comentarios por mi parte. En realidad andaban buscando a Charlie.

—¿Dónde está?

—Confío en que metido en la madriguera. Me las he apañado para hablar con él. Estaba... borracho. Le he dicho simplemente que descolgara el teléfono y no contestara a la puerta.

Urquhart aferró el volante, mirando al frente. Se sentía extrañamente distanciado de todo aquello. Había puesto en marcha una máquina mucho más poderosa que su capacidad de controlarla. Ya no podía saber con certeza qué habría detrás de la siguiente curva, solo que estaba acelerando mucho más rápido de lo que podría considerarse seguro. No podía detenerla, no quería hacerlo. Ya era demasiado tarde para pensárselo mejor.

—¿Dónde está Charlie?

—En su casa, en Londres.

—Tienes que mandar a alguien allí para que se ocupe de él. No podemos fiarnos

de que esté solo, Henry. Mira, ya sé que esto te será doloroso, pero hay una clínica de desintoxicación a las afueras de Dover que la sección disciplinaria ha utilizado para algún que otro diputado. Todo es muy confidencial, son muy amables. El doctor Christian, el director, es un tipo excelente. Le haré una llamada y que vaya a ocuparse de Charlie. Me temo que tendrá que estar presente alguien más de la familia por si Charlie les pone las cosas difíciles. ¿Quién puede ser? ¿Tu mujer, quizá? Tenemos que actuar deprisa, Henry, porque el *Observer* estará en la calle dentro de unas horas y la casa de tu hermano va a quedar sitiada. Tenemos que ganarles por la mano a esos cabrones. Con Charlie en ese estado, no hay forma de saber qué es capaz de hacer o decir.

—Pero ¿qué hacemos luego? No puedo esconder a Charlie para siempre. Va a tener que enfrentarse a esto tarde o temprano, ¿no crees?

—Perdona que te pregunte esto, Henry, pero ¿lo hizo? ¿Lo de las acciones?

El suspiro que se oyó a través de la línea fue como aire rancio que escapara de un ataúd largo tiempo enterrado.

—No lo sé. Sencillamente, no lo sé. Pero... —Aquel titubeo apestó a duda y derrota—. Por lo visto sí que concedimos una licencia para un nuevo medicamento de Renox. Cualquiera que tuviera acciones habría sacado unos buenos dividendos. Pero Charlie ni siquiera tiene dinero para pagar las facturas más básicas, no digamos ya para andar comprando acciones por ahí. Y ¿cómo iba a saber él lo de Renox?

Urquhart contestó con un tono que no admitió discusión.

—Nos preocuparemos de eso cuando nos hayamos ocupado de él. Necesita ayuda, la quiera o no, y tenemos que conseguirle un poco de espacio para respirar. Tú y yo, Henry, vamos a cuidar de él. Y tú en particular tienes que andarte con mucho cuidado, Henry. —Hizo una breve pausa para que sus palabras calaran bien—. No puedes permitirte una equivocación en este caso.

Collingridge musitó con tono cansino que estaba de acuerdo. No tenía ni ganas ni capacidad de discutir, y se alegraba de la autoridad de que hacía gala su whip, aunque lo despojara de cualquier orgullo familiar y de la dignidad de su cargo.

—¿Qué más puedo hacer, Francis?

—Nada. Por lo menos hasta que nos hayamos llevado a Charlie. Más vale no gastar pólvora en salvas. Veamos qué dice exactamente el *Observer*, y entonces podremos salir a presentar batalla. Entretanto, no diremos nada.

—Gracias, Francis. Por favor, llama a ese doctor Christian que dices y pregúntale si puede ayudarnos. Sarah puede estar en casa de mi hermano dentro de menos de dos horas si sale ahora mismo. Ocúpate de todo. Ay, Dios...

Urquhart captó la emoción en la voz del primer ministro.

—No te preocupes, Henry. Todo saldrá bien. Confía en mí.

Charles Collingridge no puso objeciones al principio cuando su cuñada entró en el

piso con la llave de repuesto. Lo encontró roncando en una butaca, con el revoltijo de los excesos de la noche anterior desparramado alrededor. Sarah pasó cinco frustrantes minutos tratando en vano de despertarlo hasta que recurrió a cubitos de hielo envueltos en un trapo. Fue entonces cuando Charlie se resistió. Sus protestas subieron de tono cuando empezó a comprender qué le decía Sarah, que trataba de persuadirlo de «irse fuera unos cuantos días», pero el diálogo se volvió completamente incoherente cuando empezó a interrogarlo sobre unas acciones. No consiguió sacarle nada razonable, y tampoco convencerlo de moverse.

Hizo falta que llegaran el doctor Christian y un subalterno de la sección disciplinaria, una hora después, para que la situación progresara. Se preparó una bolsa con una muda y entre los tres metieron al hermano que no paraba de protestar en el asiento trasero del coche del doctor Christian, que estaba aparcado fuera de la vista en la parte de atrás del edificio.

Fue una suerte que Charlie no tuviera ya muchas fuerzas para ofrecer resistencia. Por desgracia, sin embargo, todo el asunto había llevado su tiempo, demasiado tiempo, de manera que, cuando el Ford Granada negro del doctor salió de detrás del edificio a la calle mayor, con Sarah y Charles en el asiento de atrás, un equipo de filmación de la ITN que acababa de llegar presencié toda la escena.

La cinta de vídeo de Charles en plena fuga, arrebuñado en el asiento de atrás y acompañado por la afligida esposa del primer ministro, sería el reportaje de fondo de las noticias de la noche.



## Capítulo XXI

*La lealtad puede ser buena, pero rara vez es aconsejable.*

*Domingo, 17 de octubre*

Las escenas del fugitivo Charles Collingridge seguían siendo lo más destacado en las noticias cuando se emitió *Weekend Watch*. El programa se había improvisado a toda pastilla y aún quedaban muchos cabos sueltos. La sala de control apestaba a sudor y tabaco, no había habido tiempo para un ensayo como Dios manda, y el guión del teleprompter para la última parte aún se estaba mecanografiando cuando el presentador dio la bienvenida a los telespectadores.

No habían podido convencer ni a un solo ministro de aparecer en el programa; cuanto más lo habían intentado, más agresivas habían sido las respuestas. Uno de los expertos todavía no había llegado al estudio. El técnico de sonido aún andaba a la busca desesperada de baterías cargadas cuando el director ya señalaba la cuenta atrás con los dedos y el estudio pasaba al directo. Se había encargado un estudio de opinión Gallup de la noche a la mañana, y el director ejecutivo de la empresa encuestadora, Gordon Heald, estaba presentando en persona los resultados. Se había pasado la mañana tecleando con furia en su ordenador y se lo veía un poco arrebolado. Y no era solo por las luces, sino también por lo que habían encontrado sus encuestadores. La popularidad del primer ministro había vuelto a sufrir un descenso. Sí, un descenso significativo, admitió Heald. No, no había ejemplos de un primer ministro anterior que hubiera ganado unas elecciones siendo tan poco popular.

Tan negros pronósticos se vieron respaldados por dos destacados analistas de prensa e incluso se volvieron más duros con la intervención de un economista que predijo una verdadera agitación en los mercados financieros en los días siguientes. Este último se vio interrumpido en plena perorata cuando el presentador volvió su atención a Peter Bearstead. Lo corriente habría sido que se filmara en vídeo al diputado de las East Midlands de antemano, pero no hubo tiempo para grabarlo, de modo que se emitía en directo. En la agenda del director tenía asignado un espacio máximo de dos minutos y cincuenta segundos, pero no se tuvo en cuenta que, una vez lanzado, al Muy Honorable, parlanchín y diminuto diputado por Leicester Norte costaba más pararlo que a un tejón con muy mala baba.

—Bien, bien, señor Bearstead, pero ¿hasta qué punto cree usted que tiene problemas el partido?

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto tiempo tengamos que seguir aguantando con el primer ministro actual.

—¿O sea que sigue manteniendo su comentario de hace unos días de que el

primer ministro quizá debería replantearse su posición?

—No, no exactamente. Estoy diciendo que debería dimitir. Está haciendo pedazos nuestro partido, y ahora se ha visto envuelto en lo que parece un escándalo familiar. Esto no puede seguir así. ¡Imposible!

—Pero ¿cree probable que el primer ministro dimita? Después de todo, acaban de celebrarse unas elecciones. Podrían transcurrir casi cinco años hasta las próximas. Eso dejaría un margen enorme para recuperar el terreno perdido.

—¡Le digo yo que no vamos a sobrevivir otros cinco años con este primer ministro! —El diputado estaba muy nervioso, hablaba con tono vehemente y se mecía en su silla del estudio—. Ya es hora de que tengamos cabezas claras, no corazones débiles, y estoy resuelto a que el partido tome una decisión sobre la cuestión. Si no dimite, tendremos que obligarlo a que lo haga.

—Pero ¿cómo?

—Pues provocando una lucha por el liderazgo.

—¿Contra quién?

—Vaya, pues contra mí mismo si nadie más está dispuesto.

—¿Piensa enfrentarse a Henry Collingridge por el liderazgo en el partido? —soltó el presentador, muy sorprendido—. Pero no puede ganar, ¿no?

—Claro que no —respondió Bearstead con tono casi despectivo—. Pero eso hará que las mayores fieras en nuestra jungla se concentren un poco. Todos andan renegando sobre el primer ministro, pero ninguno tiene agallas para hacer nada. De manera que, si ellos no lo hacen, lo haré yo. Haré que todo salga a la luz.

Al presentador le temblaba el labio inferior en sus intentos de decidir cuál era el punto indicado para intervenir.

—No quisiera interrumpirlo, señor Bearstead, pero sí quiero dejar todo esto bien claro. ¿Está diciendo que el primer ministro debe dimitir y que si no lo hace, usted mismo se presentará para disputarle el liderazgo del partido?

—Tienen que celebrarse unas elecciones para liderar el partido en Navidad como muy tarde, son las normas del partido después de unas generales. Ya sé que suelen consistir en una mera formalidad, pero esta vez va a ser una contienda de verdad. Mis colegas van a tener que decidirse de una vez.

Las facciones del presentador esbozaban ahora lo que parecía una expresión de dolor. Se había llevado una mano al auricular y escuchaba una pelea a gritos que tenía lugar en la tribuna. El director exigía que la dramática entrevista siguiera adelante y decía que a la porra con el guión; el editor decía a grito pelado que deberían cortar por lo sano antes de que el maldito idiota cambiara de opinión y echara por tierra una historia sensacional. Un cenicero cayó con estrépito al suelo, y alguien soltó un juramento de lo más grosero.

—Vamos a hacer una breve pausa para la publicidad —declaró el presentador.

## Capítulo XXII

*Política: dícese de la disciplina en la que cuesta muy poco pasar de diputado a imputado.*

*Lunes, 18 de octubre-viernes, 22 de octubre*

La libra esterlina empezó a devaluarse en cuanto abrieron los mercados financieros de Tokio. En Londres faltaba muy poco para la medianoche. A las nueve de la mañana y con todos los periódicos del lunes anunciando en grandes titulares la afrenta a Collingridge, el índice FTSE en bolsa había descendido en sesenta y tres puntos. Para la hora del almuerzo había caído cuarenta y cuatro más. A los tipos del dinero no les gustan las sorpresas.

El primer ministro tampoco se sentía en plena forma. No había dormido y prácticamente no había pronunciado palabra desde la noche del sábado, presa de una profunda depresión. Aquella mañana, en lugar de dejarlo irse a Downing Street, Sarah lo hizo quedarse en Chequers y llamó al médico. El doctor Wynne-Jones, el leal y muy experimentado médico de Collingridge, le recetó un sedante y reposo. El sedante tuvo un efecto inmediato: Collingridge durmió durante varias horas seguidas por primera vez desde el inicio del congreso del partido una semana antes, pero su mujer aún detectó la tensión que palpitaba tras sus párpados cerrados. Incluso dormido, seguía asiendo las sábanas con rigidez.

A media tarde de ese mismo lunes, una vez que hubo despertado de aquel sueño inducido, le dio instrucciones a la sitiada Oficina de Prensa de Downing Street de difundir que, por supuesto, se presentaría como candidato a la elección a líder del partido y confiaba en obtener la victoria, que estaba demasiado ocupado con los asuntos del Gobierno como para conceder entrevistas, pero que tendría algo que decir en cuestión de un par de días. Charlie tampoco concedía entrevistas. Seguía sin decir nada que tuviese sentido sobre las acciones, y el resultante «Sin comentarios» oficial no bastaba precisamente para estabilizar el barco familiar.

En la sede del partido, lord Williams ordenó que se llevaran a cabo más sondeos de opinión, y a toda pastilla. Quería saber qué pensaba de verdad el país. El resto de la maquinaria del partido se movería menos deprisa. Se desempolvieron las normas para una elección a líder del partido, y se descubrió que no eran nada sencillas. El proceso quedaba bajo el control del presidente del comité parlamentario de diputados del partido sin cargo en el Gabinete, *sir* Humphrey Newlands, mientras que la elección del momento adecuado quedaba en manos del líder del partido y primer ministro. La confusión no hizo más que crecer cuando se difundió que *sir* Humphrey, con un sentido de la oportunidad que dejaba mucho que desear, se había marchado el fin de semana anterior de vacaciones a una isla privada en las Antillas y estaba resultando difícilísimo ponerse en contacto con él. Ese hecho tuvo como resultado un

revuelo de especulaciones entre los plumillas, que lo acusaban de quitarse de en medio a propósito para ganar tiempo mientras los formidables poderes de la jerarquía del partido se movilizaban para persuadir al «León de Leicester», como se había apodado a Bearstead, de que se retirara. Para cuando llegó el miércoles, sin embargo, el *Sun* había dado con *sir* Humphrey en una argentina playa en algún lugar cerca de Santa Lucía, junto con varios amigos que incluían al menos a tres chicas escasas de ropa y a todas luces casi medio siglo más jóvenes que él. Se anunció que regresaría a Londres en cuanto pudieran organizarse los vuelos. Al igual que Charlie Collingridge, su mujer rehusó hacer comentarios.

En esos mares tan tormentosos, Henry Collingridge empezó a sentirse a la deriva, despojado de los consejos de su sabio y astuto presidente del partido. No tenía una razón específica para desconfiar de Williams, por supuesto, pero la constante cháchara mediática sobre un creciente abismo entre los dos empezó a convertir en realidad algo que antes había sido poco más que cotilleo irresponsable. La desconfianza es una cuestión de actitud mental, no tiene base en los hechos. El orgulloso y anciano presidente del partido tenía la sensación de que no podía ofrecer consejo sin que se lo pidieran, mientras que Collingridge se tomaba su silencio como una prueba de deslealtad.

Sarah fue a visitar a Charlie y volvió tarde y muy deprimida.

—Tiene un aspecto horroroso, Henry. No me había dado cuenta de que se estuviera destrozando la salud de esta manera. Demasiado alcohol. Según los médicos, estaba a punto de matarse bebiendo.

—La culpa es mía —murmuró Henry—. Yo podría habérselo impedido. Si me hubiera ocupado un poco más de él... ¿Te ha dicho algo sobre las acciones?

—Le cuesta hablar con coherencia. No para de decir: «¿Cincuenta mil libras? ¿Qué cincuenta mil libras?». Jura que jamás se ha acercado siquiera a un banco turco.

—¡Joder!

—Cariño... —Sarah se mordió el labio, esforzándose en encontrar las palabras adecuadas—. ¿Cabe la posibilidad de que...?

—¿De que sea culpable? No lo sé, sencillamente. Pero ¿qué alternativa me queda? Tiene que ser inocente porque, si en efecto compró esas acciones, quién si no un completo imbécil va a creer que no fui yo quien le dijo que lo hiciera. Si Charlie es culpable, me arrastrará consigo.

Sarah le aferró el brazo, alarmada.

—¿No podrías decir que Charlie está enfermo, que no sabía lo que hacía, que... encontró de algún modo la información sin que tú lo supieras? —La excusa se desvaneció por sí sola; ni siquiera ella era capaz de creerla.

Henry la estrechó entre sus brazos, dándole con su cuerpo una tranquilidad que las palabras no podían proporcionar. La besó en la frente y notó la calidez de sus lágrimas en el pecho. Él se sentía también a punto de llorar, y no lo avergonzaba que así fuera.

—Sarah, no pienso ser yo quien acabe con Charlie. Sabe Dios que ha puesto mucho empeño en hacerlo por sí mismo, pero sigo siendo su hermano. Y siempre lo seré. O sobrevivimos los dos a esto, o nos hundimos juntos si ha de ser así. Pero, pase lo que pase, lo haremos como una familia. Juntos.

La temporada del congreso del partido había supuesto seis semanas de falta de sueño y sudores, y Mattie había decidido tomarse unos días para reponerse. Le había bastado con un fin de semana largo. No importaba cuánto vino chileno bebiera o cuántas películas antiguas viera, sus pensamientos no paraban de volver al trabajo. Y a Collingridge. Y a Urquhart. Y a Preston. Especialmente a Preston. Cogió varias hojas de papel de lija y empezó a rascar la madera de su apartamento victoriano, pero no sirvió de ayuda, por mucho que atacara la vieja pintura. Seguía furiosa con el director del periódico.

A las nueve y media de la mañana siguiente se encontró de vuelta en la redacción, clavada en la silla con brazos ante el escritorio de Preston, dispuesta a sitiario. Esta vez no le iba a colgar el teléfono. Pero no sirvió de nada.

Llevaba allí casi una hora cuando la secretaria de Preston se asomó tímidamente en la puerta.

—Lo siento, Matts, el gran hombre acaba de llamar para decir que tiene una cita fuera de la oficina y que no estará de vuelta hasta después de comer.

El mundo conspiraba en contra de Mattie, derramándole salsa en la camisa. Tuvo ganas de gritar, y notó que estaba a punto de hacerlo. No fue una ocurrencia brillante, por tanto, que John Krajewski eligiera ese momento preciso para entrar en busca del director.

—No sabía que estabas aquí, Mattie.

—Y no estoy, o ya no voy a estar mucho más. —Se levantó para irse.

Krajewski se quedó donde estaba, incómodo. Buscaba con frecuencia la compañía de Mattie; a ella le daba la sensación de que le gustaba un poquito más de la cuenta.

—Mira, Mattie, he descolgado el teléfono diez o doce veces para llamarte esta última semana, pero...

—¿Pero qué? —espetó ella.

—Supongo que no me apetecía mucho que me arrancaran la cabeza de un mordisco.

—Pues entonces has sido... —Mattie, a punto de soltarle que tenía razón con aquella suposición, vaciló y se contuvo. Krajewski no tenía la culpa, de modo que dijo, dulcificando el tono—: Pues has hecho bien.

Desde que su mujer había muerto en un accidente de tráfico dos años antes, Krajewski había perdido en gran medida su autoestima, tanto con las mujeres como con respecto a sus aptitudes profesionales. Seguía siendo un hombre capaz, había

sobrevivido, pero la coraza protectora que había construido a su alrededor apenas había empezado a resquebrajarse. Varias mujeres habían intentado quitársela, atraídas por su figura alta y algo desgarbada y sus ojos tristes, pero él quería algo más que su comprensión y un polvo clemente. Quería que algo, o que alguien, lo sacudiera bien y volviera a poner en marcha su vida. Quería a Mattie.

—¿Quieres hablar del tema, Mattie? ¿Cenando conmigo, quizá? ¿Lejos de todo esto? —Indicó con irritación el escritorio del director del periódico.

—¿Me estás apretando? —En las comisuras de su boca asomó un indicio de sonrisa.

—Haciéndote cosquillas, a lo mejor.

Mattie cogió el bolso y se lo colgó del hombro.

—A las ocho en punto, en el Ganges —ordenó, y trató en vano de parecer muy seria cuando pasó ante él para salir del despacho.

—Allí estaré —exclamó él—. Supongo que soy un masoquista, pero allí estaré.

Y allí estaba, en efecto. De hecho, llegó con diez minutos para echarse una cerveza al gaznate antes de que apareciera Mattie, quien lo haría cinco minutos tarde. John sabía que iba a necesitar un poco de valentía artificial. El Ganges, a la vuelta de la esquina del piso de Mattie en Notting Hill, era un diminuto restaurante bangladésí con un gran horno de arcilla y un dueño que servía una comida excelente durante el tiempo que no dedicaba a tratar de derrocar al Gobierno de su país. Cuando llegó, Mattie pidió una cerveza y le siguió el ritmo a Krajewski hasta que no le quedó ni pizca de *tikka* en el plato. Lo apartó de sí como si pretendiera hacer sitio.

—Creo que he cometido una terrible equivocación, Johnnie.

—¿Demasiado ajo en el *naan*?

—Quiero ser periodista, una buena periodista. En el fondo creo que tengo lo necesario para ser una gran periodista. Pero no va a pasar con un gilipollas como director, ¿no?

—Supongo que Grev tiene un lado poco atractivo, sí.

—Renuncié a muchas cosas para bajarme a Londres.

—Qué gracia, los tipos de Essex siempre pensamos que a Londres se sube.

—He tomado una decisión. En serio. No pienso aguantar más las gilipolleces de Greville Preston. Voy a dejarlo.

John la miró a los ojos y vio la agitación que había en ellos. Tendió una mano para coger la de ella.

—No te precipites, Mattie. El mundo político se está haciendo pedazos, y necesitas un empleo, un asiento junto al cuadrilátero, para formar parte de la acción. No te lances en paracaídas antes de estar lista.

—Johnnie, me sorprendes. No ha sido la apasionada súplica de que me quede en el equipo que esperaba del subdirector.

—No te estoy hablando como subdirector, Mattie. —Le oprimió la mano—. En cualquier caso, tienes razón. Grev es un mierda. El único punto a su favor es que es

un mierda al que no le supone la menor complicación serlo. Nunca te decepciona. La otra noche, sin ir más lejos...

—Cuéntamelo o te reviento los huevos.

El camarero apareció con otra ronda de cervezas. John le quitó la espuma a la suya antes de contestar.

—Vale, pues tenemos la sala de redacción poco antes de la hora de cierre de la primera edición. Una noche tranquila, sin demasiadas noticias de última hora. Grev anda pontificando, soltándonos algún rollo sobre que estuvo tomando copas con Denis Thatcher la noche de la bomba en Brighton. Nadie le cree: Denis Thatcher no se habría dejado ver ni muerto con Grev Preston, y mucho menos bebiendo con él, y Lorraine, la de documentales, jura que en aquel momento estaba echándole un polvo en Hove. Sea como fuere, Grev está a media perorata cuando su secretaria lo llama a gritos. Lo llaman por teléfono, de modo que desaparece en su despacho para contestar. Diez minutos después está de vuelta en la sala de redacción, muy aturullado. Alguien ha prendido un fuego debajo de él. «Paradlo todo. Vamos a cambiar la primera plana», exclama. Todos pensamos, Dios mío, deben de haberle pegado un tiro al presidente, porque está como una moto. Entonces nos pide que pongamos tu texto en una de las pantallas y anuncia que va a ser el artículo de fondo. Pero vamos a tener que darle más caña.

—No tiene sentido. ¡La razón por la que lo rechazó fue precisamente que era demasiado potente! —protestó Mattie.

—Calla y escucha, que la cosa se pone aún mejor. Bueno, pues ahí tenemos a Grev, mirando por encima del hombro de un redactor que está sentado ante la pantalla y dictándole los cambios directamente. Le da vueltas al texto, lo exagera y retuerce, convirtiéndolo todo en un ataque personal a Collingridge. «Tenemos que hacer que a ese cabrón se le pongan los pelos de punta», dice. Y ¿te acuerdas de las citas de una fuente del Gabinete en las que se basaba el refrito entero? Creo que se las inventó allí mismo. Todas y cada una de ellas. No tenía notas, se limitaba a dictar directamente para la pantalla. Pura ficción, de principio a fin. Mattie, créeme, deberías estar contenta de que no apareciera tu nombre.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué narices se inventaría una historia así? ¿Qué le hizo cambiar de opinión tan deprisa? O más bien ¿quién le hizo cambiar de opinión? ¿Con quién hablaba por teléfono? ¿Quién era su supuesta fuente en Bournemouth?

—No lo sé.

—Ay, pues yo creo que sí lo sé —susurró Mattie—. Tiene que serlo, solo puede ser él. El puñetero Benjamin Landless.

—Ya no trabajamos para un periódico; es poco más que una banda de linchadores para la diversión personal de nuestro propietario.

Ambos volvieron a sus cervezas en un intento de ahogar las penas.

—Ay, pero no es solo Landless, ¿no? —dijo Mattie, como si la cerveza le hubiese refrescado la cabeza.

—¿Ah, no? —Krajewski había aprovechado que se llevaba el vaso a los labios para volver a mirar a Mattie. Estaba más y más distraído, mientras que ella parecía más y más concentrada en el tema.

—Mira, Grev no podría haber pergeñado ese artículo sin mi texto, y yo no podría haberlo escrito sin el sondeo de opinión que se filtró. Considéralo una coincidencia si quieres, pero hay alguien más, alguien dentro del partido, que está filtrando sondeos y moviendo hilos.

—¿O sea que también filtró todas esas otras cosas desde las elecciones?

—¡Pues claro que sí!

Mattie apuró la cerveza con gesto triunfal. La adrenalina le recorría las venas. Aquello iba a convertirse en el mejor artículo de todos. Para eso precisamente había venido a Londres.

—¡Johnnie, tienes razón!

—¿Ah, sí? —preguntó él, desconcertado. Había perdido el hilo un par de cervezas antes.

—Éste no es momento para tirar la toalla y presentar la dimisión. Voy a llegar al fondo de todo esto, aunque tenga que matar a alguien. ¿Me ayudarás?

—Si quieres que lo haga... pues sí, claro.

—No hace falta que parezcas tan desanimado.

—Es solo que... —Bueno, a la porra con las vacilaciones—. Te acordarás de que me has dicho que ibas a reventarme los huevos si no te lo contaba todo.

—Pero si ya me lo has contado.

—¿No podrías hacérmelo de todas formas?

—No querrás decir que... —Sí, era eso, Mattie se lo veía en los ojos—. Johnnie, no me van las aventuras románticas en la oficina.

—¿Aventuras románticas? ¿Quién ha hablado de romanticismo? Los dos hemos bebido demasiadas cervezas para eso. Por el momento me contentaría con un buen polvo a la vieja usanza.

Mattie se echó a reír.

—Creo que los dos nos lo merecemos —insistió él.

Ella aún se reía cuando salieron del restaurante cogidos de la mano.

El comunicado oficial de Downing Street —o simple nota informativa ya que no se transmitió mediante rueda de prensa sino a través de las palabras del secretario de prensa Freddie Redfern— fue simple.

—El primer ministro nunca ha facilitado a su hermano ninguna clase de información confidencial del Gobierno que pudiera resultarle rentable. Nunca ha hablado con él de aspecto alguno de la Renox Chemicals. El hermano del primer ministro está gravemente enfermo y se encuentra ahora mismo bajo supervisión médica. Sus médicos han declarado que no está en condiciones de conceder



entrevistas o responder a preguntas. Sin embargo, sí puedo asegurarles que niega categóricamente haber comprado acciones de la Renox, disponer de un apartado de correos falso en Paddington o haberse visto involucrado en este asunto de la forma que sea. Es cuanto puedo decirles por el momento. Y solo tendrán constancia oficial de eso.

—Venga ya, Freddie —soltó uno de los corresponsales reunidos—, no puedes escabullirte con eso y ya está. ¿Cómo demonios explicas el artículo del *Observer* si los Collingridge son inocentes?

—No puedo explicarlo. Un caso de identidad errónea, una confusión con otro Charles Collingridge... ¿qué sé yo? Pero conozco a Henry Collingridge desde hace muchos años, como ustedes a mí, y sé que es incapaz de rebajarse a algo tan sórdido. El primer ministro es inocente, ¡puedo darles mi palabra de que lo es!

Hablaba con la vehemencia de un profesional que se jugara su propia reputación junto con la de su jefe, y el respeto que los corresponsales políticos le tenían a uno de sus antiguos colegas inclinó la cuestión a favor de Collingridge, por los pelos.

«¡Somos inocentes!», declararían el titular de primera plana del *Daily Mail* del día siguiente. Puesto que nadie había sido capaz de desenterrar más pruebas incriminatorias, casi todos los demás periódicos trataron el tema de manera similar. Por el momento.

—Francis, en este momento eres la única cara amiga que veo.

—Henry, las cosas van a ir a mejor, te lo prometo. Los perros se dispersarán en cuanto hayan perdido el rastro.

Estaban sentados en la Sala del Gabinete, con periódicos desparramados sobre el tapete marrón.

—Te agradezco tu lealtad, Francis. Ahora mismo significa mucho para mí.

—Las nubes de tormenta están pasando.

Pero el primer ministro negó con la cabeza.

—Ojalá fuera así, pero los dos sabemos que no es más que un respiro. —Soltó un suspiro—. No sé con cuánto apoyo de verdad cuento aún entre mis colegas.

Urquhart no hizo comentarios sobre esa cuestión.

—No puedo permitirme esconder la cabeza. Tengo que darles algo a lo que agarrarse, demostrarles que no tengo nada que ocultar. Ha llegado el momento de volver a tomar la iniciativa.

—¿Qué pretendes hacer?

El primer ministro guardó silencio unos instantes, mordisqueando la punta del bolígrafo. Levantó la vista hacia el enorme retrato al óleo de Robert Walpole, su predecesor que más duró en el cargo, que se alzaba sobre la chimenea de mármol.

—¿A cuántos escándalos y crisis sobrevivió él, Francis?

—A más de los que tendrás que hacerlo tú.

—O a los que seré capaz de sobrevivir —susurró Collingridge, buscando inspiración en los ojos oscuros y llenos de astucia del retrato. El sol que se abrió paso en el cielo de otoño, y que inundó de luz la habitación, lo distrajo de pronto. Pareció darle esperanza. La vida seguiría su curso.

—He recibido una invitación de esos cabrones de *Weekend Watch*. Quieren que aparezca este domingo en el programa y exponga mis propias razones... para reequilibrar la balanza.

—Son tan de fiar como un nido de víboras, en mi opinión.

—Aun así, creo que debo hacerlo... ¡y condenadamente bien! Han prometido dedicar no más de diez minutos a las chorradas del *Observer*, y el resto a la política en general y a nuestras aspiraciones para el cuarto mandato. Para levantar el punto de mira y sacar la polémica de la alcantarilla. ¿Qué piensas tú?

—¿Yo, primer ministro? Soy el whip, te recuerdo, no me pagas para que piense.

—Ya sé que te decepcioné, Francis, pero ahora mismo no podría desear a un hombre mejor que tú a mi lado. Cuando todo esto acabe, te lo prometo... tendrás lo que quieres.

Urquhart asintió lentamente con la cabeza, agradecido.

—¿Lo harías, si estuvieras en mi pellejo? —insistió Collingridge—. Según Freddie Redfern es demasiado peligroso.

—No hacer nada tiene también sus peligros.

—¿Y bien?

—En momentos como éste, cuando hay tantísimo en juego, creo que un hombre debe hacer lo que le dicte el corazón.

—¡Excelente! —exclamó Collingridge batiendo palmas—. Me alegro de que pienses eso, porque ya he aceptado.

Urquhart asintió con la cabeza, pero el primer ministro soltó de pronto una maldición. Se miraba las manos. El bolígrafo se había reventado. Tenía las manos manchadas, estaba cubierto de tinta.

Penny Guy esperaba una llamada de Patrick Woolton. El ministro se las había apañado para encontrar su número directo y había hecho uso de él varias veces para intentar invitarla otra vez. Se había mostrado insistente, pero ella fue categórica. Solo había sido una aventurilla de congreso, nada más, aunque Penny tenía que admitir que el tipo era divertido y estaba en muy buena forma para su edad. Un desliz, aunque también un recuerdo que no le hacía daño a nadie. Pero cuando sonó el teléfono era Urquhart, que quería hablar con su jefe. Penny le pasó la llamada a O'Neill, y al cabo de unos segundos vio cerrarse la puerta de su despacho.

Unos minutos después, oyó que O'Neill levantaba la voz, aunque no pudo descifrar qué gritaba exactamente. Y entonces, cuando se apagó la luz en la centralita, para indicar que la llamada había concluido, del despacho de O'Neill no llegó sonido

alguno. Penny vaciló unos minutos más, pero por fin, con una mezcla de curiosidad y preocupación, llamó suavemente a la puerta y la abrió poco a poco.

O'Neill estaba sentado en el suelo en un rincón, apoyado en el ángulo en que convergían dos paredes. Tenía la cabeza gacha entre ambas manos.

—¿Rog...?

Él alzó la vista, asustado y con una expresión de confusión y dolor en los ojos. Cuando habló, lo hizo con voz cascada y con palabras inconexas.

—Me... me... ha amenazado, Pen. Me ha soltado... una puta amenaza. Dice que si no lo hago me va a... Tengo que modificar el archivo...

Penny se arrodilló a su lado, con su cabeza contra el pecho. Nunca lo había visto así.

—¿Qué archivo, Rog? ¿Qué tienes que hacer?

Él trató de sacudir la cabeza, negándose a responder.

—Déjame ayudarte, Rog, por favor.

Él levantó la cabeza de golpe, con expresión de furia.

—¡Nadie puede ayudarme!

—Deja que te lleve a casa —dijo ella tratando de levantarlo.

O'Neill la apartó de un empujón.

—¡Aléjate de mí! ¡No me toques! —espetó. Entonces vio el dolor en los ojos de ella y parte del fuego que llevaba dentro pareció consumirse. Se desplomó en el rincón, como un niño pequeño, y escondió la cabeza, avergonzado—. Estoy jodido, ¿sabes? Totalmente jodido. No puedes hacer nada. Nadie puede hacer nada. Vete.

—No, Rog...

Pero él volvió a empujarla, tan fuerte esta vez que Penny cayó boca arriba.

—¡Lárgate ya, putilla de mierda! Vete de una vez...

Llorosa y confundida, Penny se puso en pie. O'Neill volvía a estar con la cabeza gacha, escondiéndose de ella, negándose a hablar. Penny se fue. Oyó cerrarse la puerta tras ella y cómo giraba el pestillo.

## Capítulo XXIII

*La polvareda que levanta la ambición desmedida contribuye a que haya un crepúsculo magnífico. Y a mí me encanta pasear al anochecer.*

*Domingo, 24 de octubre*

*Weekend Watch.* Una nación entera viendo el programa. Leones y cristianos; bueno, o un cristiano al menos. Collingridge empezaba a relajarse a medida que avanzaba el programa. Había ensayado mucho durante los dos días anteriores y las preguntas eran más o menos las que esperaba, lo cual le proporcionaba la oportunidad de hablar con genuina energía de los años venideros. Había insistido en que las preguntas sobre Charlie y las acusaciones del *Observer* se dejaran para el final, pues no quería que aquellas putas de la tribuna de producción se hicieran las suecas y faltaran a la promesa de limitar la cuestión a diez minutos. En cualquier caso, quería haber cogido el ritmo. Tras cuarenta y cinco minutos hablando sobre los intereses de la nación y su brillante futuro, sin duda cualquiera con dos dedos de frente encontraría las preguntas sobre ese tema mezquinas e irrelevantes.

Sarah le dirigió una animosa sonrisa desde su asiento ante el plató del estudio cuando se dio paso a la última pausa para publicidad. Él le sopló un beso cuando el realizador agitó los brazos para hacerles saber que estaban a punto de volver a emitir en directo.

—Primer ministro, durante los diez últimos minutos de nuestro programa, me gustaría que nos centráramos en las acusaciones que aparecieron la semana pasada en el *Observer* sobre su hermano, Charles, y la insinuación de una posible transacción indebida de acciones.

Collingridge asintió con expresión seria e inmutable.

—Tengo entendido que hace unos días Downing Street emitió un comunicado en el que se negaba que su familia tuviera relación alguna con el asunto, y se sugería que podía haberse tratado de un caso de identidad errónea. ¿Es así?

—No hay relación, no. Ninguna en absoluto. Es posible que hubiese una confusión con algún otro Charles Collingridge, por lo que sé, pero la verdad es que no estoy en posición de explicar la extraordinaria historia del *Observer*. Solo puedo decirle que ningún miembro de mi familia ha tenido nada que ver con acciones de la Renox. Tiene mi palabra de honor de que es así. —Dijo esas palabras despacio, inclinado hacia delante y mirando a la cara al presentador.

—Tengo entendido que su hermano niega haber contratado nunca un apartado de correos en una expendeduría de tabaco en Paddington.

—En efecto —confirmó Collingridge—. Es bien sabido que ahora mismo no se encuentra en su mejor forma, pero...

—Perdone que le interrumpa, primer ministro, pero tenemos muy poco tiempo.

Esta misma semana uno de nuestros reporteros se dirigió una carta a sí mismo, a la atención de Charles Collingridge, a la misma dirección en Paddington que se utilizó para abrir la cuenta bancaria. Iba en un sobre de color rojo vivo, para asegurarnos de que se viera con claridad. Y ayer acudió a reclamarla. Filmamos cómo lo hacía. Quisiera que mirase usted la pantalla. Pido disculpas por la mala calidad de la imagen, pero me temo que tuvimos que utilizar una cámara oculta porque el propietario de la tienda no parecía tener muchas ganas de cooperar.

El presentador hizo girar la silla para poder ver, junto con el público, el vídeo muy poco definido pero aun así discernible que se proyectaba en la pared de detrás de él. Collingridge le dirigió una rápida mirada de preocupación a Sarah antes de girar su propia silla. Observó cómo el reportero se acercaba al mostrador, sacaba de la cartera varios documentos en plástico y papel con los que identificarse, y explicaba al tendero que tenía que haber una carta para él dirigida al apartado de Charles Collingridge, que lo utilizaba para su propio correo. El tendero, el mismo hombre con sobrepeso y habitualmente desagradable que había atendido a Penny varios meses antes, explicó que no estaba dispuesto a hacer entrega de cartas a nadie que no presentara el recibo correspondiente.

—Aquí llegan muchas cartas importantes —dijo con desdén—. No puedo andar entregándoselas a cualquiera.

—Pero mire, está ahí mismo. Es ese sobre rojo, lo veo desde aquí.

Rascándose la panza y con la incertidumbre reflejada en el ceño fruncido, el tendero se volvió y sacó los sobres de un casillero numerado detrás de sí. Había tres. Dejó el sobre rojo en el mostrador delante del reportero y los otros dos a un lado. Trataba de confirmar que el nombre en el sobre dirigido al apartado de Charles Collingridge coincidía con el de los documentos de identidad del reportero, cuando la cámara hizo *zoom* sobre los otros dos. Tardó unos segundos en enfocar para que las señas escritas en ellos se vieran con claridad. Ambos iban dirigidos a Charles Collingridge. Uno llevaba el sello del Union Bank of Turkey. El otro se había enviado desde el departamento de ventas y publicaciones del partido en Smith Square.

El presentador se volvió de nuevo hacia su adversario. El cristiano estaba acorralado.

—El primer sobre, el del Union Bank of Turkey, parece confirmar que esa dirección se utilizó para la compra y venta de acciones de la empresa Renox Chemical. Pero la otra carta, la de la sede de su partido, nos dejó desconcertados. Y así, llamamos a su departamento de ventas y publicaciones, fingiendo ser un proveedor con un pedido para Charles Collingridge pero que tenía una dirección indescifrable.

Collingridge sabía cuál era su deber. Tenía que detener aquella violación de la reputación de su hermano y denunciar los métodos inmorales y poco limpios utilizados por el programa, pero la boca se le había quedado como la arena del desierto y, mientras se esforzaba en encontrar las palabras, la grabación de sonido de

aquella llamada telefónica llenó el estudio.

—... pues si puede confirmarnos qué dirección debe constarnos para Charles Collingridge, le haremos llegar la mercancía de inmediato.

—Un momentito, por favor —respondió una voz joven y entusiasta—. La buscaré en la pantalla.

Se oyó cómo alguien escribía en un teclado.

—Ah, aquí está. Charles Collingridge, el 216 de Praed Street, Paddington, Londres, W2.

—Gracias, muchísimas gracias. Ha sido usted muy amable.

El presentador se volvió una vez más hacia Collingridge.

—¿Desea hacer algún comentario, primer ministro?

El primer ministro se quedó mirándolo en silencio, preguntándose si habría llegado el momento de marcharse del estudio.

—Por supuesto, nos tomamos muy en serio su explicación de que podía tratarse de un caso de identidad errónea, de confusión con otro Charles Collingridge.

Collingridge quiso gritar que la explicación no era suya, que solo era un comentario improvisado y sin ánimo de perjuicio que había hecho su secretario de prensa, pero el presentador ya continuaba, bloqueándole cualquier ruta de escape.

—¿Sabe cuántos Charles Collingridge más aparecen en el listín telefónico de Londres, primer ministro?

Collingridge no respondió; siguió ahí sentado con el semblante adusto y lívido.

—Me pregunto si le interesaría saber que no figuran otros Charles Collingridge en el listín telefónico de Londres. De hecho, fuentes de la British Telecom nos confirman que hay un solo Charles Collingridge en las guías telefónicas de todo el Reino Unido. Y se trata de su hermano, primer ministro.

Volvió a hacer una pausa, que invitaba a una respuesta, pero no la hubo.

—Puesto que la cuestión parecía un abuso de información privilegiada, preguntamos tanto a la compañía Renox Chemical como al departamento de Sanidad si tenían a un tal Charles Collingridge trabajando para ellos. Renox nos comunica que ni ellos ni sus filiales tienen a ningún Collingridge entre sus empleados. En la Oficina de Prensa de Sanidad fueron un poco más reservados y prometieron llamar para darnos una respuesta, pero nunca lo hicieron. Sin embargo, en su oficina sindical se mostraron mucho más dispuestos a cooperar. Nos confirmaron asimismo que no figura ningún empleado de apellido Collingridge en ninguna de las quinientas ocho oficinas del departamento repartidas por el país. —El presentador hojeó sus notas—. Por lo visto, sí tuvieron a una tal Minnie Collingridge, que trabajó en su sede en Coventry hasta hace dos años, pero regresó a Jamaica. —Las fauces del león se cerraron con una sonrisa.

Collingridge miró a Sarah, a un lado del escenario. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Primer ministro, hemos llegado prácticamente al final de nuestro programa.

¿Hay algo que desee decir?

Collingridge siguió mirando a Sarah, con ganas de correr hasta ella, abrazarla y mentirle diciéndole que no hacía falta llorar, que todo saldría bien. Seguía totalmente inmóvil en su silla cuando el inquietante silencio en el que se había sumido el estudio se vio interrumpido por la sintonía del programa.

Aquello era el final.

A su regreso a Downing Street, Collingridge fue derecho a la Sala del Gabinete. Entró muy tieso y paseó una mirada pausada y exhausta por la habitación. Rodeó lentamente la mesa, con su elocuente forma de ataúd, arrastrando los dedos por el tapete de paño marrón, y se detuvo en el otro extremo, donde se había sentado por primera vez en su calidad de miembro más reciente del Gabinete. Parecía que hiciese mucho más de diez años, que hubiese transcurrido casi una vida entera.

Cuando llegó a su asiento, en el centro de la sala, bajo la mirada de aquel insigne y superviviente Walpole, tendió una mano hacia el teléfono que había junto al secante del escritorio. La centralita de Downing Street era toda una institución, cuyas operadoras parecían dotadas de poderes mágicos que les permitían establecer contacto con cualquiera en cualquier momento.

—Póngame con el ministro de Economía y Hacienda, por favor.

Al cabo de menos de un minuto, el ministro estaba al aparato.

—Colin, ¿lo has visto? ¿Hasta qué punto será mala la reacción de los mercados?

El ministro le dio su opinión con franqueza, si bien algo avergonzado.

—La cosa está jodida, ¿eh? Bueno, veremos. Ya te llamaré.

Collingridge habló entonces con el ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Qué daños ha causado esto, Patrick?

—Más bien pregunta qué daños no ha causado, Henry. Llevamos años mandando al carajo a nuestros hermanos en Bruselas. Ahora se están riendo de nosotros.

—¿Hay vuelta atrás?

Por toda respuesta, Collingridge obtuvo un prolongado silencio.

—Conque tan mal está la cosa, ¿eh?

—Lo siento, Henry.

Durante un fugaz instante, Collingridge pensó que lo decía en serio.

Luego le llegó el turno al presidente del partido. Williams llevaba siglos allí, tenía muchísima experiencia, había pasado antes por épocas sombrías. Sabía que en esas ocasiones era mejor echar mano de la formalidad que de la amistad.

—Primer ministro —empezó, porque se dirigía más al cargo que al hombre en sí—, durante esta última hora he recibido llamadas de siete de nuestros once presidentes regionales. Todos sin excepción, lamento decir, opinan que la situación es desastrosa para el partido. Tienen la impresión de que hemos llegado a un extremo del que ya no hay vuelta atrás.

—No, Teddy —contradijo Collingridge con tono de cansancio—, tienen la impresión de que para mí no hay vuelta atrás. No es lo mismo.

Hizo una llamada telefónica más. Fue a su secretario privado, para solicitarle que pidiera cita en el palacio alrededor de la hora del almuerzo del día siguiente. El secretario volvió a llamar cuatro minutos después para comunicarle que su majestad lo recibiría a la una en punto.

Y con eso, se acabó.

Se suponía que debería sentirse aliviado, como si se hubiera quitado un gran peso de los hombros, pero le dolía cada músculo del cuerpo, como si unos futbolistas muy cachas llevaran horas dándole patadas. Alzó la vista hacia el severo semblante de Walpole.

—Ya, ya, tú habrías luchado contra esos cabrones, hasta el final. Y es probable que hubieras ganado. Pero este cargo ha destrozado ya a mi hermano y ahora me está destrozando a mí. No voy a permitir que destroce también la felicidad de Sarah. Será mejor que se lo haga saber.

Salió en busca de su esposa al cabo de un ratito, cuando se hubo enjugado la cara.



## **TERCERA PARTE**

Repartir

## Capítulo XXIV

*El momento del cambio es cuando ya no se puede resistir más. En otras palabras, cuando tienes a un hombre cogido por los huevos y tiras fuerte, siempre seguirá tus pasos.*

*Lunes, 25 de octubre*

Al día siguiente de la desastrosa aparición en *Weekend Watch*, y poco después de las diez, los miembros del Gabinete se reunieron en torno a la mesa con su tapete marrón. Más que como el Gabinete oficial, cuyo consejo, por lo general, se llevaba a cabo los jueves, los habían convocado individualmente a Downing Street y la mayoría se sorprendió al descubrir que sus colegas también asistían. El ambiente era tenso. Llevaban sobre los hombros el contenido de los periódicos y sus explosivos editoriales y, mientras esperaban al primer ministro, la conversación alrededor de la mesa era más apagada de lo habitual.

Cuando las campanadas del Big Ben daban la hora, resonando en la habitación, se abrió la puerta y entró Collingridge.

—Buenos días, señoras y señores. —Su voz era más dulce que de costumbre—. Les agradezco que estén todos aquí. No los retendré mucho rato.

Ocupó su silla, la única de la sala con brazos, y sacó una solitaria hoja de papel de la carpeta forrada de cuero que llevaba. Con cuidado, la dejó ante sí sobre la mesa y a continuación paseó la vista lentamente sobre sus colegas. Tenía los ojos enrojecidos, insomnes. En la habitación no se oía ni un ruido.

—Lamento no haberles podido informar de que la reunión de esta mañana iba a ser del Gabinete al completo. Quería asegurarme de que todos podrían reunirse conmigo sin provocar una atención indebida ni especulaciones. —Miró en torno a la mesa para ver si podía entrever algo en sus rostros, en busca de Barrabás—. Voy a leerles una breve declaración que haré pública hoy, más tarde. A la una en punto acudiré a palacio para transmitir su contenido de forma oficial a su majestad. Debo pedirles, en honor a su juramento ministerial, que no divulguen el contenido de este mensaje a nadie antes de que sea difundido oficialmente. Debo asegurarme de que su majestad se entera por mí y no a través de la prensa. Es una cuestión de cortesía hacia la soberana. También se lo pediría a cada uno de ustedes como un favor personal hacia mí.

Cogió la hoja de papel y empezó a leerla lentamente y con total naturalidad.

—«En los últimos días se han producido una serie de acusaciones en los medios de comunicación en relación con mis asuntos financieros y los de mi familia. Dichas acusaciones no muestran indicios de moderarse. He declarado sistemáticamente, y lo repito hoy, que no he hecho nada de lo que debiera avergonzarme. Me he ceñido de forma estricta a las reglas y convenciones que entraña la conducta de un primer ministro.

Se pasó la lengua por los labios resecos. El papel que sostenía temblaba.

—»La acusación tácita que se ha expresado en mi contra es de las más serias para cualquiera que ostente un cargo público: que he utilizado ese cargo para enriquecer a mi familia. Las extraordinarias circunstancias mencionadas por los medios de comunicación que han llevado a dichas acusaciones no tienen explicación para mí, de modo que le he pedido al secretario del Gabinete que emprenda una investigación formal independiente al respecto. Tengo plena confianza en que dicha investigación por parte del secretario del Gabinete establecerá finalmente todos los hechos sobre la cuestión y mi completa exoneración.

Parpadeó, se frotó un ojo, agotado.

—»Es inevitable que esta investigación tarde un tiempo en llevarse a cabo. Entretanto, las dudas y las insinuaciones están causando verdadero daño en el proceder habitual del Gobierno, y se lo están haciendo a mi partido, y también a aquellos que amo. El tiempo y la atención del Gobierno deberían dedicarse a cumplir con el programa con el cual fuimos reelegidos hace tan poco tiempo, pero está resultando imposible. La integridad del cargo de primer ministro se está poniendo en tela de juicio, y mi primer deber es proteger dicho cargo.

Se aclaró la garganta, con un sonido de truenos lejanos.

—»Por lo tanto, para restablecer y preservar esa incuestionable integridad, le he pedido permiso hoy a su majestad la reina para renunciar al cargo de primer ministro en cuanto pueda elegirse un sucesor.

El silencio era profundo. Los corazones habían dejado de palpitar durante un instante.

—»He dedicado toda mi vida adulta a luchar por mis ideales políticos —continuó—, y hasta la última célula de mi cuerpo se resiente por tener que dejar el cargo de esta manera. No estoy huyendo de las acusaciones, sino más bien asegurándome de que puedan aclararse lo más rápida y expeditivamente posible. También quiero que mi familia pueda volver a disfrutar de un poco de paz. Creo que la historia demostrará que he tomado la decisión correcta».

Collingridge volvió a meter la hoja de papel en su carpeta.

—Señoras y señores, gracias —dijo con aspereza y, antes de que nadie pudiera parpadear, no digamos ya responder, salió a grandes zancadas por la puerta.

## Capítulo XXV

*Todos los ministros de un gabinete reciben el título de Muy Honorable Caballero. Solo hay un par de incorrecciones en dicho título...*

Urquhart estaba sentado en el extremo de la mesa del Gabinete, petrificado. A su alrededor todo eran murmullos y gritos ahogados de sorpresa, pero él no quería, ni podía, unirse a ellos. Se quedó mirando fijamente la silla vacía del primer ministro durante largo rato.

Aquello era obra suya. Y lo había hecho solo. Había destruido al hombre más poderoso del país. Mientras los demás en torno a la mesa estallaban en murmullos de confusión, sus pensamientos se remontaron a un recuerdo de cuarenta años atrás, cuando era un recluta novato y se disponía a realizar su primer salto en paracaídas desde una altura de casi ochocientos metros sobre los campos de Lincolnshire. Sentado en la trampilla abierta de un Islander de dos motores, los pies le colgaban sobre la estela y contemplaba el paisaje un millón de kilómetros más abajo. Saltar era un acto de fe, de confianza en el propio destino, una muestra de desprecio hacia cosas que aterrorizaban a otros. Pero había valido la pena el riesgo por la vista que había desde allá arriba. Cuando él y los demás habían saltado, se levantó un viento que los arrojó hacia un lado; uno se había roto la pierna, otro el hombro, pero Urquhart había querido volver a subir de inmediato y repetirlo todo.

Ahora, mientras observaba la silla vacía, sintió lo mismo. Un grito de alegría brotó en su interior, pero por fuera se las apañó para parecer tan estupefacto como quienes lo rodeaban.

Mientras los demás se quedaban allí, yendo de aquí para allá presa de la confusión, Urquhart recorrió los pocos metros que lo separaban de la oficina del whip en el 12 de Downing Street. Se encerró en su despacho privado y, para cuando dieron las diez y veinte de la mañana, había hecho dos llamadas telefónicas.

Diez minutos más tarde, Roger O'Neill convocaba una reunión de toda la oficina de prensa en la sede del partido.

—Chicos, vais a tener que cancelar todos los compromisos para comer hoy. Me he enterado de que poco después de la una de esta tarde podemos esperar un comunicado muy importante de Downing Street. Es absolutamente confidencial, no puedo deciros de qué se trata, pero tenemos que estar listos para ocuparnos de ello. Dejad todo lo demás.

Antes de que transcurriera una hora, se había establecido contacto con cinco corresponsales parlamentarios, con disculpas incluidas por que tuvieran que cancelar sus almuerzos. A dos de ellos se les hizo jurar discreción absoluta y se les dijo que «algo gordo» se estaba cocinando en Downing Street. No hacía falta ser un ganador

del concurso *Cerebro de Gran Bretaña* para llegar a la conclusión de que la cosa probablemente tenía que ver con «el asunto Collingridge».

Uno de los que se encontraron ante el panorama de una comida cancelada fue Manny Goodchild de la agencia Press Association. En lugar de quedarse de brazos cruzados, utilizó la formidable red de contactos y favores que se había tejido a lo largo de los años para establecer que todos y cada uno de los miembros del Gabinete habían cancelado sus compromisos para acudir a Downing Street aquella mañana, aunque la Oficina de Prensa del número 10 rehusó confirmarlo. Era un sabueso viejo, sabio y experimentado, y olió sangre, de modo que, siguiendo una corazonada, telefoneó a la Oficina de Prensa de Buckingham. Allí, como en Downing Street, tampoco tenían nada que decir, al menos de manera oficial. Pero el subsecretario de prensa había trabajado con Goodchild hacía muchos años en el *Manchester Evening News* y confirmó, de manera completamente extraoficial y en ningún caso atribuible, que Collingridge había pedido audiencia para la una en punto.

A las once y veinticinco de la mañana, Goodchild estaba en posesión de una cinta que contenía la historia de una reunión secreta del Gabinete y de una audiencia no programada prevista en el palacio. Era un reportaje que se atenía completamente a los hechos. A mediodía, la agencia privada de noticias IRN proporcionaría a las radios locales la bomba sensacionalista de que el primer ministro «no tardaría en estar en camino a un encuentro secreto con su majestad la reina. Durante la última hora han estallado toda clase de especulaciones en Westminster sobre si el primer ministro va a poner de patitas en la calle a varios de sus ministros principales e informar a la reina de una importante remodelación del Gabinete, o si va a admitir su culpabilidad en relación a las recientes acusaciones de abuso de información privilegiada con su hermano. Incluso circulan rumores de que le han aconsejado a la reina que ejerza su prerrogativa constitucional y lo eche».

Downing Street se llenó de la jauría de la prensa, cuyos miembros se daban empujones, presa de la ansiedad. La entrada de la calle donde se alzaba la famosa puerta negra quedó oculta por un bosque de cámaras y focos de televisión plantados a toda prisa. A las 12:45 Collingridge salió del número diez. Supo al instante que la presencia de esa multitud significaba traición. Alguien había vuelto a irse de la lengua. Se sintió como si le hubieran hundido clavos en los pies. Ignoró los gritos del ejército de periodistas; no alzó la mirada, no iba a darles esa satisfacción. Su vehículo se alejó hacia Whitehall, seguido por coches con cámaras de televisión. En lo alto oía un helicóptero que daba vueltas, persiguiéndolo. Delante de la verja del palacio de Buckingham lo esperaba otra multitud de fotógrafos. Su intento de llevar a cabo una renuncia digna se había convertido en una crucifixión pública.

El primer ministro había pedido que no lo molestaran a menos que fuera absolutamente necesario. A su regreso de palacio se había retirado a sus dependencias

privadas en el piso superior de Downing Street, con la intención de estar a solas con su mujer durante unas horas; pero, una vez más, sus deseos no se tuvieron en cuenta.

—Lo lamento muchísimo, primer ministro —se disculpó su secretario privado—, pero es el doctor Christian. Dice que es importante.

El teléfono produjo un suave zumbido cuando le pasaron la llamada.

—Doctor Christian, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Y cómo está Charlie?

—Me temo que tenemos un problema —empezó a decir el médico con tono de disculpa—. Ya sabe que intentamos mantenerlo aislado, lejos de los periódicos, para que no puedan molestarlo con todas esas acusaciones que se están lanzando. Por lo general le apagamos el televisor y encontramos algo con que distraerlo durante los programas de noticias pero... El hecho es que no esperábamos los informativos especiales sobre su dimisión. Siento en el alma que haya tenido que renunciar, primer ministro, pero Charles es mi prioridad. Para mí sus intereses son lo primero, ya me entiende.

—Sí, lo comprendo, doctor Christian, y sus prioridades son del todo correctas.

—Esta mañana se ha enterado de todo. De todas esas acusaciones sobre unas acciones. Y lo de su dimisión. Está muy afectado, ha sido un gran golpe para él. Cree que tiene la culpa de todo lo que ha sucedido, y lamento decírselo, pero habla de hacerse daño. Confiaba en estar a punto de conseguir grandes progresos con él, pero ahora me temo que estamos al borde una verdadera crisis. No quisiera alarmarlo sin motivo, pero necesita su ayuda, desesperadamente.

Sarah observó la expresión angustiada del rostro de su marido. Se sentó junto a él y le cogió la mano. Estaba temblando.

—Doctor, ¿qué puedo hacer? Haré lo que sea, todo lo que usted quiera.

—Debemos encontrar la manera de tranquilizarlo. Está terriblemente confundido.

—¿Puedo hablar con él, doctor? ¿Ahora? Antes de que esto llegue más lejos.

Se produjo una espera de varios minutos mientras conducían a su hermano hasta el teléfono. Collingridge oyó las protestas y las discretas muestras de confusión al otro lado de la línea.

—Charlie, ¿cómo estás, hermano? —preguntó Henry con suavidad.

—Hal, ¿qué he hecho?

—Nada, Charlie, nada de nada.

—¡Te he destrozado, lo he echado todo a perder! —Su voz sonaba extrañamente envejecida, ronca de pánico.

—Charlie, no eres tú quien me ha hecho daño.

—Pero lo he visto en la televisión. Vas a ir a ver a la reina para dimitir. Dicen que es por mí y por unas acciones. No lo entiendo, Hal, la he cagado. No merezco ser tu hermano. Nada tiene sentido ya. —Se oyó un enorme sollozo al otro lado de la línea.

—Charlie, quiero que me escuches con mucha atención. ¿Me escuchas?

Otro sollozo, lleno de mocos, lágrimas y dolor.

—No es necesario que me pidas perdón. Debería ser yo quien estuviera de

rodillas, rogándote que me perdonaras. Debería ser yo, Charlie.

—No seas tonto...

—No, escucha, ¡Charlie! Siempre hemos afrontado nuestros problemas juntos, como una familia. ¿Te acuerdas de cuando llevaba el negocio, el año que casi quebramos? Nos hundíamos, Charlie, y era por mi culpa. Estaba demasiado involucrado en la política. ¿Y quién trajo a aquel nuevo cliente, aquel pedido que nos salvó? Oh, ya sé que no fue el mayor pedido de nuestra historia, pero no podría haber llegado en un momento más decisivo. Salvaste la compañía, Charlie, y me salvaste a mí. Igual que lo hiciste aquella vez, cuando fui un maldito estúpido y me pillaron conduciendo borracho aquella Navidad.

—En realidad no hice nada...

—Convenciste de alguna manera al sargento de policía, aquel que era amigo tuyo del golf, de que amañara la prueba de alcoholemia en la comisaría. Si hubiese perdido mi permiso de conducir nunca me habrían seleccionado para mi distrito electoral. Nunca habría puesto un pie en Downing Street. No lo ves, tonto gilipollas... no me has arruinado ni mucho menos, sino que has hecho que todo fuera posible. Tú y yo siempre nos hemos enfrentado juntos a todo. Y así seguirá siendo.

—No merezco...

—No, no lo mereces, Charlie, no mereces un hermano como yo. Siempre estabas cerca cuando necesitaba tu ayuda, pero ¿qué hice yo a cambio? Estaba demasiado ocupado para pensar en ti. Cuando Mary se fue, sabía lo mucho que estabas sufriendo. Debería haber estado allí, por supuesto que sí. Tú me necesitabas, pero siempre parecía haber otras cosas que hacer. Siempre pensaba ir a verte al día siguiente, Charlie, siempre al día siguiente. —La emoción quebraba la voz de Collingridge—. He tenido mi momento de gloria, he hecho lo que quería hacer. Y mientras he tenido que ver cómo te convertías en un alcohólico y casi acababas con tu vida.

Era la primera vez que cualquiera de ellos expresaba aquella realidad con palabras. Charles siempre estaba enfermo, o agotado, o estaba mal de los nervios, nunca era un borracho impenitente y sin control. Ya no había secretos, ni vuelta atrás.

—¿Sabes una cosa, Charlie? Sería capaz de marcharme de Downing Street diciendo que se vayan a paseo, que les den por el culo a todos, con solo saber que aún tengo un hermano. Me aterroriza que sea demasiado tarde, que te haya descuidado tanto que ya no pueda pedirte perdón; que hayas estado solo durante tanto tiempo que no le veas sentido a recuperarte.

Hubo lágrimas de intensa angustia a ambos lados de la línea. Sarah abrazaba a su marido como si estuvieran a punto de caer por la borda en plena tormenta.

—Charlie, si no puedes perdonarme, ¿qué sentido ha tenido todo esto, joder? No habrá servido para nada.

Se hizo el silencio.

—Di algo, ¡Charlie! —insistió Henry, desesperado.

—Eres un maldito idiota —soltó Charlie—. Eres el mejor hermano que ningún hombre podría tener.

—Iré a verte mañana, te lo prometo. Ahora los dos tendremos más tiempo para el otro, ¿vale?

—Perdona por todo este jaleo.

—Si quieres que te diga la verdad, hacía años que no me sentía tan bien.



## Capítulo XXVI

*Las sombras de la infidelidad siempre deben acechar en la puerta; si no, un matrimonio acaba por anquilosarse.*

—Mattie, qué sorpresa —dijo Urquhart cuando abrió la puerta y la encontró bajo el farol de la entrada—. Me has estado evitando.

—Sabe que eso no es verdad, señor Urquhart. Es usted quien me ha estado evitando. Casi salía corriendo cada vez que intentaba acercarme a usted en el congreso.

—Bueno, han sido unos días muy agitados, en Bournemouth. Y tú eres del *Chronicle*. Debo admitir que no habría sido... —buscó la palabra idónea— apropiado que me hubiesen visto hablando con una de sus redactoras, en particular una tan... ¿cómo expresarlo?... tan rubia.

Sus ojos brillaban, divertidos, y aun así ella titubeó, como le había pasado tantas veces cuando descolgaba el teléfono para llamarlo pero se contenía. No estaba del todo segura del motivo. Aquel hombre era peligroso, lo sabía, le hacía sentir cosas que no debería sentir, y sin embargo, cuando estaba con él, un hormigueo de excitación le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies.

—La gente podría haber sacado conclusiones equivocadas, de habernos visto acurrucados en algún rincón oscuro, Mattie —continuó él, ahora más serio—. Y ese artículo de fondo tuyo le causó una herida mortal a mi primer ministro.

—Quien provocó la herida fue quien filtró el sondeo de opinión, no yo.

—Bueno, el momento lo es todo. Y ahora estás aquí otra vez, para hacerme preguntas.

—Es a lo que me dedico, señor Urquhart.

—Y hace frío para esta época del año, diría yo. —Miró calle abajo como si comprobara qué tiempo hacía y quién podía estar observando—. ¿Por qué no pasas?

Le cogió el abrigo, la hizo sentar en una butaca de piel en su estudio, sirvió *whisky* para los dos.

—Espero que esto no sea también inapropiado —aventuró ella.

—A diferencia de en Bournemouth, aquí no hay miradas fisgonas.

—La señora Urquhart...

—Está en la ópera con un amigo. Tardará un buen rato en volver, si es que vuelve. Con solo unas palabras los había envuelto a ambos en un manto de conspiración en el que Mattie se sintió cómodamente arrebujada.

—Ha sido un día ajetreado —admitió, y tomó un sorbo.

—No pasa todos los días que aparezca un cometa en el cielo y se incendie de forma tan espectacular.

—¿Puedo hablarle con franqueza, señor Urquhart, no como corresponsal política?

—Entonces será mejor que me llames Francis y me hables de tú.

—Lo intentaré... Francis. Es solo que... Mi padre tenía mucha personalidad, los ojos muy azules, una mente clara. En cierto modo, me recuerdas a él.

—¿A tu padre? —dijo él, bastante sorprendido.

—Necesito tu consejo, para entender algunas cosas.

—¿El consejo de un padre?

—No, ni siquiera el de un whip. El de... ¿un amigo?

Urquhart sonrió.

—¿Es todo esto una coincidencia?

—¿El qué es una coincidencia?

—Estas filtraciones. El sondeo de opinión. Me lo metieron por debajo de la puerta, ¿sabes?

—Increíble.

—Y luego lo de las acciones de la Renox. No puedo evitar pensar que hay alguien detrás de todo esto.

—¿Una conspiración para deshacerse de Henry Collingridge? Pero, Mattie, ¿cómo sería posible algo así?

—Quizá suena absurdo, pero...

—Las filtraciones son parte del negocio, Mattie. Hay políticos incapaces de pasar ante las puertas del *Guardian* sin entrar y darle a la sinhuera.

—No se acaba con un primer ministro por casualidad.

—Mattie, no han sido sus opositores quienes han acabado con Henry Collingridge, sino el aparente chanchullo de su hermano con las acciones de la Renox. Una cagada, no una conspiración.

—Pero Francis, he conocido a Charlie Collingridge. Pasé varias horas con él en el congreso del partido. Me pareció un borrachín agradable y franco y con aspecto de no tener ni doscientas libras, no digamos ya de ser capaz de reunir decenas de miles para ponerse a especular con acciones.

—Es un alcohólico.

—¿Habría comprometido la carrera de su hermano para sacar un provecho de unos cuantos miles de libras en la bolsa?

—Los alcohólicos rara vez son responsables.

—Pero Henry Collingridge no es un alcohólico. ¿De verdad crees que se ha rebajado a proporcionarle a su hermano información privilegiada para que se financie la bebida?

—Entiendo lo que dices. Pero ¿es más creíble pensar que existe una conspiración de altos vuelos en la que están envueltas figuras importantes del partido para crear un caos absoluto?

Ella apretó los labios y frunció el entrecejo.

—No lo sé —admitió, y añadió con obstinación—: es posible.

—Puede que tengas razón. Lo tendré en cuenta.

Urquhart apuró su bebida: el momento había pasado. Fue en busca de su abrigo y

la acompañó a la puerta. Tenía la mano en el pomo, pero no la abrió. Estaban muy cerca el uno del otro.

—Mira, Mattie, es posible que tus temores sean ciertos.

—No son temores, Francis —corrigió ella.

—En cualquier caso, las próximas semanas van a ser tremendamente agitadas. ¿Podemos hacer esto otra vez, discutir estas ideas, no importa qué tejemanejes descubramos, solos tú y yo? ¿En la más estricta intimidad?

Ella sonrió.

—¿Sabes qué? Te iba a proponer más o menos lo mismo.

—La señora Urquhart no pasa toda la semana en Londres. A menudo está fuera o enfrascada en sus otras actividades. Las noches de los martes y los miércoles suelo estar aquí solo. Por favor, pásate cuando quieras.

Le clavó una mirada intensa, penetrante, que la dejó conmocionada y con la sensación de correr peligro.

—Gracias —contestó en voz baja—. Lo haré.

Él abrió la puerta. Mattie había bajado ya el escalón cuando se volvió.

—¿Vas a presentarte, Francis?

—¿Yo? Si soy el whip, ni siquiera un miembro con capacidad ejecutiva plena en el Gabinete.

—Eres fuerte, entiendes el poder. Y eres peligroso, un poco.

—Muy amable por tu parte, supongo. Pero no, no voy a presentarme.

—Pues creo que deberías hacerlo.

Mattie dio un paso más, pero él preguntó:

—¿Te llevabas bien con tu padre, Mattie?

—Lo quería —contestó ella antes de sumergirse finalmente en la noche.

Urquhart se acomodó de nuevo en la silla con un *whisky* recién servido, reviviendo mentalmente los acontecimientos del día, y la hora que acababa de pasar. Mattie Storin era excepcionalmente brillante y guapa, y le había dejado claro que estaba disponible. Pero ¿exactamente para qué? Las posibilidades parecían tan ilimitadas como atractivas. Reflexionaba satisfecho sobre el tema cuando sonó el teléfono.

—¿Frankie?

—Ben, qué maravilla saber de ti, incluso a estas horas.

Landless ignoró el sarcasmo.

—Corren tiempos interesantes, Frankie, muy interesantes. ¿No es eso lo que dicen en China?

—Creo que es una maldición.

—¡Apuesto a que el viejo Henry Collingridge estaría de acuerdo!

—Estaba aquí sentado pensando más o menos lo mismo.

—Frankie, no tienes tiempo para quedarte sentado. Mueve el culo, el juego ha

empezado. ¿Estás listo?

—¿Listo para qué, Ben?

—No seas tan... ¿cuál era la palabra?

—¿Obtuso?

—Sí, hasta el culo. Necesito que seas totalmente sincero conmigo, Frankie.

—¿Sobre qué?

—¿Quieres presentarte? —presionó Landless con tono de impaciencia.

—¿Para liderar el partido? No soy más que el whip. No aparezco en escena, me siento entre bastidores y apunto a los actores.

—Claro, claro, pero ¿quieres o no? Porque si es que sí, viejo amigo, puedo serte de gran ayuda.

—¿Yo? ¿Primer ministro?

—Frankie, ahora estamos enfrascados en un juego nuevo, con pelotas más grandes. Y tus pelotas son casi tan grandes como las mías. Me gusta lo que haces y cómo lo haces. Entiendes cómo utilizar el poder. Así que ¿quieres jugar?

Urquhart no respondió de inmediato. Su mirada se dirigió a un óleo que colgaba en la pared con un recargado marco dorado, que representaba a un ciervo acorralado y rodeado de perros de caza. ¿Tenía estómago para eso? Las palabras acudieron a él lentamente. Lo pillaron por sorpresa.

—Sí, me gustaría mucho jugar, muchísimo.

Era la primera vez que confesaba su ambición a otra persona que no fuera él mismo; sin embargo, con un hombre como Landless, que exponía sus más oscuros deseos en todo momento, no sentía vergüenza alguna.

—Eso está bien, Frankie. ¡Es estupendo! Bueno, pues empecemos desde aquí. Te voy a contar lo que va a sacar mañana el *Chronicle*. Es un artículo con un análisis de nuestra corresponsal de política, Mattie Storin. Una rubia guapa de piernas largas y grandes tetas, ¿sabes de quién hablo?

—Creo que sí.

—Va a decir que es una carrera abierta, todo el mundo tiene las manos manchadas con la sangre de Collingridge, aún habrá un caos considerable.

—Creo que tiene razón.

—Caos. Me gusta el caos. Vende periódicos. Y bien, ¿a quién apuestas tu dinero?

—Bueno, vamos a ver... Por lo general estas cosas solo duran un par de semanas. Tenemos a los tocapelotas de turno, a los tipos que dan el pego en la tele... Ésos son los que tienen los mejores puestos en la parrilla de salida. La marea lo es todo, si está a tu favor te arrastrará a casa.

—¿Qué tocapelotas en concreto?

—Qué tal Michael Samuel.

—Hmm... joven, imponente, con sólidos principios, parece inteligente; no me gusta en absoluto. Quiere interferir todo el tiempo, reconstruir el mundo. Le sobra conciencia y le falta experiencia.

—Bueno, y ¿a quién sugieres tú, Ben?

—Frankie, la marea cambia. En un momento dado estás nadando hacia la orilla, y en el siguiente estás en el desagüe después de que yo haya tirado de la cadena.

Urquhart oyó a Landless agitar la bebida en su copa y dar un largo trago antes de continuar.

—Frankie, voy a decirte algo. Esta tarde he dado órdenes a un equipo pequeño y extremadamente confidencial del *Chronicle* de que empiece a establecer contactos con todos los parlamentarios del partido que puedan para preguntarles cuál va a ser su voto. Lo que vamos a publicar el miércoles puedo asegurarte que mostrará al joven Mickey Samuel con una pequeña pero clara ventaja sobre el resto de los jugadores.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso? La encuesta ni siquiera ha acabado todavía. —Siguió un suspiro, cuando entendió a qué se refería—. Ay, Ben, estoy siendo un ingenuo, ¿a que sí?

—¡Bingo, Frankie! Ya veo que estás al loro. Por eso me gustas. Sé lo que va a decir la puta encuesta porque soy el puto dueño del periódico.

—Quieres decir que la has apañado. Pero ¿por qué estás promocionando a Samuel?

—Para que sea el primero en llegar al desagüe. Oh, tú estarás ahí, en algún lugar, Frankie, hacia el extremo del campo, pero en bastante buena forma para ser un whip. Pero el joven Mickey estará de delantero, de manera que se convertirá en el objetivo de todos los demás, en el hombre al que más desean derrotar. Creo que dentro de un par de semanas se sorprenderá al comprobar la cantidad de malos amigos que tiene.

—Bueno, ¿y dónde encajo yo en este gran plan?

—Entras por detrás, como le dijo la actriz al arzobispo. El candidato aceptable para ambos bandos. Mientras todos esos cabrones se estrangulan unos a otros, tú apareces sigilosamente en tu papel del hombre al que menos odian todos.

—Cuando se han talado todos los demás árboles, incluso un arbusto puede parecer alto.

—¿Qué?

—Nada. ¿Puedo confiar en ti?

—¿Confiar en mí? —Pareció horrorizado—. Soy periodista, Francis.

Urquhart soltó una siniestra carcajada. Era la primera vez que el magnate de la prensa lo había llamado por su verdadero nombre. Landless iba en serio.

—Bueno, ¿y bien? ¿No vas a preguntarme qué voy a sacar yo de todo esto? —preguntó el magnate.

—Creo que ya lo sé, Ben.

—¿Y qué es?

—Un amigo. Un amigo en Downing Street. Un buen amigo. Un amigo como yo.

## Capítulo XXVII

*Un político nunca debería dedicar mucho tiempo a pensar. Eso lo distrae y hace que olvide guardarse las espaldas.*

*Martes, 26 de octubre*

El despacho privado del primer ministro, su sanctasanctorum. Urquhart lo encontró sentado a su escritorio firmando un grueso montón de cartas. Llevaba puestas las gafas, algo que hacía rara vez en presencia de otros. Y aún era menos habitual que no hubiera un solo periódico a la vista.

—Henry, no había tenido oportunidad de hablar contigo desde ayer. No puedo decirte hasta qué punto me dejó estupefacto, y desolado.

—Nada de compasión, Francis, ni de ponerse el hábito de penitencia. Me siento extrañamente satisfecho con esta situación. Me he quitado un peso de encima. Y todos los demás tópicos que se te ocurran.

—Cuando te escuchaba, me sentí como si... cayera del cielo, casi literalmente.

—Pues feliz aterrizaje. —El primer ministro arrojó a un lado las gafas, se levantó del escritorio y condujo a Urquhart hacia dos mullidas butacas con vistas al jardín—. En cualquier caso, no tengo tiempo para autocompadecerme. Humphrey Newlands está en camino para que podamos poner en marcha las elecciones a líder del partido. A continuación me iré a pasar el resto del día con Charlie. Es maravilloso tener tiempo para cosas así.

Urquhart se quedó perplejo al comprobar que lo decía en serio, hasta la última palabra.

—¿Querías que tuviéramos una charla en privado, Francis?

—Sí, Henry. Verás, sé que no vas a prestar tu apoyo a ningún candidato en particular en las elecciones, al menos públicamente...

—Sería de lo más inapropiado.

—Cierto, pero eso no te impide que le prestes un gran interés académico. Ambos sabemos que algunos de tus colegas te han defraudado de mala manera recientemente.

—Digamos que se me pasan por la cabeza los términos «cabrones desagradecidos».

—Tienes derecho, y yo diría que hasta el deber, a asegurarte de que dejas el partido en buenas manos. Pues bien, en mi calidad de whip yo no voy a presentarme, por supuesto. Soy del todo neutral. Pero eso no me impide mantenerte informado de lo que vaya pasando.

Ambos sabían que un primer ministro en sus últimos días aún tenía cierta influencia: partidarios políticos y amigos personales, así como la cuestión nada desdeñable de su designación para la lista de títulos honoríficos, con los

nombramientos como lord o sir que eran potestad de todos los primeros ministros salientes. Para muchos diputados de peso en el partido, aquélla sería su última oportunidad de elevarse sobre el pueblo llano y adquirir la categoría social a la que sus mujeres llevaban tanto tiempo aspirando.

Collingridge se rascó la barbilla.

—Tienes razón, Francis. No he trabajado durante todos estos años para limitarme a observar cómo alguien lo echa todo a perder. Bueno, pues cuéntame, ¿cómo pinta la cuestión?

—Todavía es muy pronto, no es fácil de decir. Creo que la mayor parte de la prensa acierta al sugerir que es una carrera abierta. Pero imagino que las cosas se desarrollarán con rapidez una vez se pongan en marcha.

—¿No hay favoritos, entonces?

—Bueno... —Urquhart meció la cabeza, como había hecho Jhabwala.

—Vamos, Francis. Con tu instinto me basta.

—Mi nariz me dice que Michael Samuel tiene el primer puesto en la parrilla de salida, más o menos.

—¿Michael? ¿Y eso por qué?

—En una carrera rápida y frenética no hay tiempo para desarrollar argumentos sólidos. Todo es cuestión de imagen. Michael es resultón en televisión.

—Un hombre mediático.

—Y, cómo no, contará con el discreto apoyo de Teddy y de la sede del partido.

A Collingridge se le nubló el semblante.

—Sí, comprendo a qué te refieres. —Tamborileó enérgicamente con los dedos en el brazo de la butaca, midiendo sus palabras con cuidado—. Francis, no es mi intención interferir, pero tampoco puedo hacerme el inocente. Si ha de haber una competición libre y justa en el partido, no podemos permitir que la sede ande enredando las cosas. Y menos después de su reciente comportamiento: las desastrosas elecciones, todas esas filtraciones, por no mencionar aquel condenado sondeo de opinión. —Escupió esas últimas palabras. Pese a su insistencia en lo satisfecho que estaba, aún había una tormenta desatada en su interior—. Y hay una cosa por encima de todas las demás que no pienso perdonar. Alguien filtró la noticia de mi visita a palacio ayer, ya lo sabes. Y me dicen que eso salió por la puerta de atrás de Smith Square. ¿Cómo se atreven? ¡Me he convertido en el payaso de un circo mediático! —Dejó caer un puño contra el brazo de la butaca.

—Te debían un poco de dignidad, Henry.

—Y no se trata solo de mí, también está Sarah. Ella no merece eso. —La ira volvía más entrecortada su respiración—. No, no pienso tolerarlo, maldita sea. ¡No pienso tener a los alegres muchachos de Teddy interfiriendo en las condenadas elecciones! —Se inclinó hacia Urquhart—. Supongo que tú tampoco le tienes un gran cariño a Teddy, después de que dejara por los suelos tus propuestas para la remodelación. Estoy seguro de que en su momento ya lo intuiste.

Urquhart asintió, contento de que se vieran confirmadas sus sospechas.

—¿Qué puedo hacer, Francis? ¿Cómo puedo asegurarme de que estas elecciones se lleven a cabo de forma apropiada?

—Mis intereses son los mismos que los tuyos: lo único que quiero es asegurarme de que el juego sea limpio. La gente necesita tiempo para pensar, no que le metan prisas y la hagan tomar una decisión precipitada.

—¿Y bien?

—Pues dales un poco más de tiempo para decidirse. Frena el ritmo. Disfruta de tus últimas semanas en el cargo. Yo no tengo nada en contra de Michael, pero deberías asegurarte de dejarle el puesto a un sucesor elegido por el partido, no por los medios de comunicación.

—Y no por ese viejo cabrón de Teddy, sobre todo.

—Como primer ministro podrías decir eso, pero yo, como whip que soy, no podría hacer comentarios al respecto.

Collingridge se rió entre dientes.

—No quisiera prolongar más de lo necesario el período de incertidumbre, pero supongo que una semanita de más no puede hacer mucho daño.

—Según las reglas, el tiempo está por completo en tus manos, Henry.

Collingridge consultó su reloj.

—Oye, Humphrey estará ahí fuera. Más vale no hacerlo esperar más. Me ofrecerá su consejo y yo lo escucharé con toda atención, aunque sospecho que tiene más experiencia en el campo de los complejos turísticos en la playa que en el de las carreras por el liderazgo. Lo consultaré con la almohada esta noche, y por la mañana te haré saber mi decisión. Serás el primero en conocerla, Francis. —Acompañó al whip a la puerta—. Te estoy muy agradecido. No puedo decirte hasta qué punto me reconforta tener cerca a alguien como tú, alguien sin un interés personal en el asunto.

Habían vuelto al apartamento de ella y cerrado la puerta de un puntapié, se habían reído mientras se arrancaban la ropa, y habían acabado en el suelo, sin llegar siquiera al dormitorio. En ese momento, Mattie y Krajewski estaban abrazados con las piernas entrelazadas. Él pensaba que nunca había sido tan feliz, arrebuñado con Mattie en el sofá; los pensamientos de ella ya estaban en otro sitio.

—¿Collingridge? —murmuró él apartando la mano de un pecho perfecto.

Ella no pareció advertir la decepción en su voz.

—He estado pensando, Johnnie. En Charlie Collingridge.

—Yo aquí sudando entre tus muslos, y tú pensando en otro hombre —protestó él medio en broma.

—Ya sé que es un alcohólico y todo eso —continuó Mattie, ajena a todo— y que muchas veces no son responsables de sus actos.

—Tampoco yo estoy seguro de serlo cuando estoy contigo.



—Pero es todo demasiado simple.

—¿Qué pasa, que la vida tiene que ser siempre complicada? —dijo él con tono de súplica y presionando contra los riñones de ella.

—Sencillamente no puedo creer que Charlie Collingridge fuera capaz de algo así, y mucho menos que tuviera los medios.

—Solo hay un hombre que sabe si lo fue —murmuró Krajewski—, y está encerrado en alguna clínica.

Mattie se volvió para mirarlo.

—¿Dónde?

Él exhaló un suspiro al notar que su pasión se desvanecía.

—Se supone que eso es un secreto familiar muy bien guardado, diría yo.

—Quiero encontrarlo.

—¿Y cómo propone hacer eso nuestra periodista del año?

Mattie se apartó de él, se envolvió en una manta y desapareció en la cocina. Krajewski fue en busca de sus calzoncillos, los encontró detrás del televisor, y se los puso a regañadientes mientras ella volvía con dos copas de vino. Se instalaron en la alfombra frente a la chimenea vacía.

—¿Cuándo se vio por última vez a Charles Collingridge? —quiso saber Mattie.

—Vamos a ver... pues cuando se lo llevaron de su casa, hará más o menos una semana.

—¿Con quién iba?

—Con Sarah Collingridge.

—¿Y quién más?

—Un conductor.

—Exacto. Bueno, y ¿quién era el conductor, Johnnie?

—Que me aspen si lo sé.

—Pero ya tenemos un punto de partida. —Una vez más se apartó de él y se acercó a gatas al televisor, que estaba rodeado de cintas de vídeo desparramadas—. Está aquí, en algún sitio —dijo, revolviendo en ellas y aumentando el desorden. Encontró la cinta en cuestión, y en la pantalla no tardó en aparecer una avalancha de imágenes mientras utilizaba el avance rápido a lo largo de una recopilación de programas informativos. Tan absorta estaba que no se percató de que la manta se le había resbalado de los hombros. Krajewski se quedó donde estaba, inmerso en aquellos pezones y en su propia y creciente excitación. Ya estaba considerando coger el televisor y arrojarlo por la ventana cuando, en plena avalancha, apareció Charles Collingridge, acurrucado en el asiento de atrás de un coche que huía, y la manta volvía a cubrir los hombros de Mattie.

—¡Mira, Johnnie!

Krajewski soltó un gemido cuando ella pulsó un botón más para ver el programa desde el principio. Y ahí, durante menos de un segundo, cuando el coche se deslizaba hacia la carretera principal, pudieron ver el rostro del conductor a través del

parabrisas. Mattie apretó el botón de pausa y se encontraron mirando fijamente la cara de un tipo con calvicie incipiente y gafas.

—¿Y quién narices es? —preguntó Krajewski entre dientes.

—Vamos a deducir quién no es —propuso Mattie—. No es un chófer del Gobierno, pues no es un coche oficial y el colectivo de chóferes tiene fama de chismoso, así que nos habríamos enterado de algo. No es una figura política o lo habríamos reconocido... —Apartó la vista de la pantalla para mirarlo, sin percatarse de su ceñuda expresión—. Johnnie, ¿adónde iban?

Él se encontró debatiéndose entre su propia curiosidad de periodista y sus deseos de lanzarse sobre ella. «Joder, madura de una vez, Krajewski», se regañó.

—A ver, a Downing Street seguro que no. Y tampoco a un hotel ni a otra clase de espacio público. —Sopesó las opciones—. A la clínica, supongo.

—¡Exacto! Ese hombre es de la clínica. ¡Si logramos averiguar quién es, sabremos adónde se han llevado a Charlie!

—Imagino que podría sacar la imagen de la cara de la cinta de vídeo y enseñarla por ahí. Podríamos probar con Freddie, nuestro antiguo fotógrafo de la redacción. Tiene una memoria excelente para las caras, y es un alcohólico que pasó por una cura de desintoxicación hace un par de años. Aún va cada semana a Alcohólicos Anónimos. Podría ponernos sobre la pista correcta. Tampoco hay tantos centros de tratamiento. Deberíamos poder hacer algún progreso.

—Eres el mejor, Johnnie.

Y por primera vez aquella velada, él tuvo la sensación de que lo decía en serio.

—Soy un cabrón mercenario. Exijo un pago —aventuró él—. Mattie, ¿puedo quedarme a pasar la noche?

Los ojos de ella se llenaron de arrepentimiento; sacudió la cabeza.

—Johnnie, no olvides nuestras normas básicas.

—Nada de romanticismos. Ya. Bien, si ya tienes lo que querías de mí, imagino que mejor me pongo en marcha —soltó Krajewski, carcomido por lo que él denominaba «estragos pezoneros». Se puso en pie de un salto y se vistió a toda prisa, pero a medio camino de la puerta encogió los hombros con abatimiento—. Lo siento, Mattie. Es solo que... tú eres alguien muy especial para mí. Vivo lleno de esperanza.

Ya había llegado a la puerta cuando se volvió otra vez.

—¿Hay alguien más, Mattie?

—No, Johnnie, claro que no. No se trata de eso.

Pero, cuando Krajewski cerró la puerta detrás de sí, Mattie se preguntó si estaba siendo sincera con él. ¿Cómo podía serlo? Ni siquiera estaba segura de estar siendo sincera consigo misma. No era la clase de conversación que solían tener las chicas buenas.

## Capítulo XXVIII

*Hay campañas electorales que salen a la pista ya corriendo. Otras, en cambio, se limitan a salir.*

*Miércoles, 27 de octubre*

*Daily Chronicle*, página 1:

### SAMUEL VA EN CABEZA, CON UN VENTAJA IMPRESIONANTE

Michael Samuel, el joven ministro de Medio Ambiente, aparecía anoche como el atleta puntero en la carrera por convertirse en primer ministro.

En un sondeo exclusivo llevado a cabo por este diario durante los dos últimos días entre casi dos tercios de los diputados del Gobierno, el 24 por ciento lo citó como su primera opción, muy por delante de otros candidatos potenciales.

Se espera que Samuel anuncie su candidatura en los próximos días. En lo que supondría un amargo golpe para sus rivales, se espera que cuente con el respaldo de influyentes figuras del partido como lord Williams, el presidente del mismo. Las fuentes consultadas pronostican que dicho apoyo será crucial.

Ningún otro nombre logró más del 16 por ciento. Cinco candidatos potenciales obtuvieron entre un 10 y un 16 por ciento. Se trata de Patrick Woolton (ministro de Asuntos Exteriores), Arnold Dollis (del Interior), Harold Earle (de Educación), Paul McKenzie (de Sanidad), y Francis Urquhart, el whip.

La inclusión de Urquhart en la lista con un 12 por ciento provocó sorpresa en Westminster. Ni siquiera tiene capacidad ejecutiva plena en el Gabinete, pero como whip cuenta con una base bien afianzada en el partido parlamentario. Según los observadores, podría resultar un candidato externo potente. Sin embargo, fuentes cercanas a Urquhart hicieron hincapié anoche en que no había tomado la decisión de participar en la carrera, y se espera que aclare su postura en algún momento del día de hoy...

El primer ministro había cambiado de parecer. Aquella mañana leyó todos los periódicos. Las crónicas que una semana antes le habían arrancado la piel a tiras alababan ahora, a su manera inconstante y pasajera, un gesto de autosacrificio que le permitiría al Gobierno empezar desde cero, «aunque todavía debe resolver muchos asuntos personales y familiares pendientes para dejar satisfecha a la opinión pública», bramaba el *Times*. Como siempre, la prensa no se avergonzaba en lo más mínimo de dormir en ambos lados de la cama, como las putas.

Collingridge leyó el *Chronicle* con especial cuidado, como a todas luces habrían hecho otros. Parecía estar surgiendo un consenso: era una carrera abierta, pero Samuel llevaba la delantera. Collingridge arrojó el periódico a un rincón, donde aleteó como un cisne moribundo, y llamó a su secretario político.

—Grahame. Tengo instrucciones para lord Williams, con copia para Humphrey Newlands. Debe emitir un comunicado de prensa a las doce y media de hoy para las noticias de la hora de comer. La proclamación de candidatos para las elecciones a primer ministro y líder del partido se cerrarán dentro de tres semanas, el jueves 18 de noviembre; la primera votación se llevará a cabo el martes siguiente, el 23 de noviembre. Si fuera precisa una segunda votación, se celebrará, como estipulan las reglas del partido, el martes siguiente, el 30 de noviembre, y cualquier desempate definitivo dos días más tarde. ¿Lo ha apuntado todo?

—Sí, primer ministro. —El secretario asintió con la cabeza, pero sin mirarlo a los

ojos. Era la primera vez desde el anuncio de la dimisión que estaban a solas y podían hablar.

—¿Sabe qué significa eso, Grahame? Que dentro de exactamente seis semanas y un día, usted y yo nos habremos quedado sin trabajo. En estos últimos años no siempre he encontrado la ocasión para darle las gracias debidamente, de manera que quiero que sepa ahora que le estoy muy, muy agradecido.

El secretario se revolvió en la silla, avergonzado.

—Tiene que empezar a pensar en su propio futuro. Estará la lista de títulos honoríficos, por supuesto. Usted figurará en ella, como lo harán varios caballeros de la City recién convertidos en nobles que estarán encantados de hacerle una generosa oferta. Me aseguraré de que sea así. Dele vueltas a lo que desea y hágamelo saber. Aún puedo otorgar unos cuantos favores.

El secretario alzó una mirada llena de arrepentimiento y gratitud.

—Y por cierto, Grahame, es posible que Teddy Williams quiera ponerse en contacto conmigo para insistirme en que acorte el proceso electoral. No estaré disponible para él. Tiene que dejarle bien claro que lo que le he facilitado son instrucciones, no términos negociables, y que deben comunicarse sin falta a las doce y media.

Hubo una breve pausa.

—Dígale que, de no ser así, me veré obligado a filtrarlas yo mismo.

La marea no espera a nadie, y para Michael Samuel ya estaba bajando. Casi inmediatamente después de que Collingridge hubiese anunciado su dimisión, Samuel había consultado a su mentor, Teddy Williams.

—Paciencia, Michael —había aconsejado el anciano estadista—. Es prácticamente seguro que serás el candidato más joven. Tratarán de decir que eres muy inmaduro, que tienes poca experiencia y te falta ambición. Así pues, no des demasiadas muestras de desear el puesto con locura. Contente un poco y deja que ellos acudan a ti.

Resultaría un consejo excelente, pero completamente irrelevante en aquellas circunstancias. En cuanto el *Chronicle* hubo llegado a las calles con su promoción del nombre de Samuel, Urquhart apareció ante las cámaras de televisión para confirmar que no tenía intención de presentarse como candidato.

—Me siento halagado, por supuesto, de que mi nombre se haya mencionado siquiera, pero tengo la sensación de que lo mejor para los intereses del partido será que yo, como whip, siga siendo por completo imparcial en esta carrera por el cargo —declaró, e hizo una inclinación de cabeza a modo de simbólica autocrítica antes de desaparecer de la imagen, seguido por las preguntas a gritos de la multitud, que no obtendrían respuesta.

Dio comienzo la caza de Samuel, y el comunicado de prensa de aquella misma mañana con la agenda detallada de las elecciones no hizo sino añadir leña al fervor. Para cuando los incansables inquisidores de la muchedumbre habían dado con él en el

Intercontinental Hotel junto a Hyde Park, justo antes de un almuerzo temprano para reunirse con sus colaboradores, no estaban de humor para respuestas a medias. Samuel no podía decir que no, y tampoco estaba el populacho dispuesto a aceptar que lo hiciera, sobre todo cuando se descubrió que había nombrado ya al núcleo de su equipo de campaña electoral. Y así, tras un acoso considerable, se vio obligado a anunciar en los peldaños de entrada del hotel, rodeado por un caos de equipaje y paraguas en alto, que en efecto se presentaba como candidato.

Las noticias de la una ofrecerían un claro contraste entre Urquhart, el digno y sesentón estadista que declinaba presentarse, y un Samuel aparentemente ansioso que celebraba una rueda de prensa improvisada en plena calle y se postulaba como el primer candidato oficial casi un mes antes de que fuera a celebrarse la primera votación.

Urquhart estaba viendo todo el proceso con considerable satisfacción cuando sonó el teléfono. Oyó el ruido de una cadena de váter, que dio paso al inconfundible sonido de la risa de Ben Landless antes de que se cortara la comunicación.

## Capítulo XXIX

*Ciertas carreras políticas son como un libro archivado en el sitio que no toca en la Biblioteca Británica. Se trata de un error de poca importancia, dentro de lo que cabe, pero el resultado es el olvido perpetuo.*

*Viernes 29 de octubre-sábado 30 de octubre*

—¿Es esto lo que quieres?

El tono de Krajewski aún sonaba dolido por lo ocurrido en su último encuentro. Desde entonces había evitado a Mattie en la sala de redacción, pero ahora se inclinaba sobre su hombro, procurando no acercarse demasiado, con un gran sobre manila en la mano. Lo dejó caer ante Mattie, que extrajo de él una fotografía en color de veinticinco por treinta. La cara del conductor la miró fijamente, con mucho grano y algo distorsionada pero con razonable claridad.

—Freddie nunca falla —continuó Krajewski—. Se llevó esta foto anoche a su reunión de Alcohólicos Anónimos y el líder del grupo lo reconoció de inmediato. Es el doctor Robert Christian, toda una autoridad en el tratamiento de la adicción a las drogas y el alcohol. Dirige un centro de tratamiento en una gran vivienda privada cerca de la costa sur de Kent. Encuentra al doctor Christian, y apuesto a que habrás encontrado a tu Charlie.

—Johnnie, no sé cómo agradecértelo —contestó Mattie entusiasmada.  
Pero él ya se había ido.

El día siguiente, sábado, no era laborable para Mattie. Justo después de un almuerzo temprano, subió a su viejo BMW, puso gasolina y emprendió el camino a Dover. Había mucho tráfico y tuvo que abrirse paso entre las multitudes que iban de compras en Greenwich para conseguir llegar a la A2, la antigua carretera romana que cubría el camino desde Londres al corazón de Kent. Siguiéndola, pasó ante la ciudad catedralicia de Canterbury, y unos kilómetros más allá cogió un desvío hacia el pintoresco pueblo de Barham. Su mapa de carreteras no le fue de mucha ayuda para encontrar un pueblecito incluso más pequeño, Norbington, que quedaba allí cerca, pero con la ayuda de varios oriundos de la zona consiguió, al cabo de un rato, llegar ante una gran mansión victoriana con un deslucido letrero en el seto que la identificaba como el Centro de Tratamiento Fellowship.

Había varios coches en el sendero arbolado y la puerta principal estaba abierta. Le sorprendió ver gente paseando con aparente libertad y ni rastro de las formidables enfermeras de bata blanca que había esperado encontrar patrullando en el recinto en busca de prófugos en potencia. Mattie aparcó el coche en la carretera y, chupando un caramelo de menta para infundirse valor, emprendió el camino hacia arriba.

Un caballero robusto con traje de *tweed* y un canoso bigote militar se acercó a

ella, y se le cayó el alma a los pies. Sin duda se trataba del guarda de seguridad dando caza al intruso.

—Disculpe, querida —dijo el tipo entrecortado, interceptándola ante la puerta—. ¿No habrá visto por aquí a algún miembro del personal? Prefieren quitarse de en medio los días de visitas familiares, pero uno debería ser capaz de encontrarlos cuando los necesita.

Mattie le ofreció sus disculpas y se sintió aliviada. Tenía suerte, era el mejor día para evitar preguntas incómodas. Allí reinaba la atmósfera de un refugio de moda en el campo, más que de una institución: nada de camisas de fuerza, ni rejas, ni cerraduras en las puertas ni olor a hospital. Encontró un mapa contra incendios en la pared del vestíbulo con un plano detallado de la casa, que utilizó como guía para recorrerla en busca de su presa. Encontró a Charlie fuera, en un banco del jardín, contemplando el valle bajo los últimos rayos del sol otoñal. El descubrimiento no le produjo alegría. Había acudido allí a perpetrar un engaño.

—¡Hombre, Charlie! —exclamó sentándose a su lado—. Vaya sorpresa encontrarlo aquí.

Él la miró con expresión de no comprender nada en absoluto. Parecía exhausto y reaccionaba despacio, como si tuviera la cabeza en algún lugar lejano.

—Pe... perdone —murmuró—. No sé quién...

—Soy Mattie Storin. Se acordará de mí, seguro que sí. Pasamos una velada de lo más agradable juntos, en Bournemouth, hace un par de semanas.

—Vaya, pues lo siento, señorita Storin. No me acuerdo. Es que soy alcohólico, por eso estoy aquí, y me temo que hace un par de semanas no estaba en condiciones de acordarme de gran cosa.

Su franqueza y su serena sonrisa la dejaron perpleja.

—Por favor, no se sienta avergonzada, querida —prosiguió él dándole palmaditas en la mano como un tío anciano—. Soy un adicto y estoy tratando de curarme. Creía tener un millón de formas de ocultárselo a todo el mundo, pero solo conseguía engañarme a mí mismo. Quiero ponerme bien. Para eso sirve este centro de tratamiento.

Mattie se sonrojó. Se había inmiscuido en el mundo privado de un hombre enfermo, y sentía vergüenza.

—Charlie, si no se acuerda de mí, tampoco se acordará de que soy periodista.

La mano se apartó, la sonrisa se desvaneció para verse reemplazada por una expresión de resignación.

—Vaya, y mira que parece buena chica. Supongo que tenía que pasar, aunque Henry confiaba en que aquí me dejarían tranquilo...

—Charlie, por favor, créame, no he venido aquí para complicarle la vida. Quiero ayudar.

—Eso dicen todos, ¿no?

—No diga nada de momento, déjeme hablar a mí un poco.

—Ah, vale. Tampoco es que vaya a irme a ningún sitio.

—Su hermano, el primer ministro, se ha visto obligado a dimitir porque lo acusan de haberlo ayudado a usted a comprar y vender unas acciones para sacar un rápido beneficio.

Él empezó a agitar una mano para indicarle que parara, pero Mattie hizo caso omiso de sus protestas.

—Charlie, no le veo sentido a todo esto. Sencillamente, no me cuadra. Creo que alguien trataba de hacerle daño a su hermano acusándolo a usted.

—¿De verdad? —En los cansados ojos grises hubo un destello de interés—. ¿Quién iba a hacer algo así?

—No lo sé. Solo tengo sospechas. He venido a ver si usted podía encaminarme hacia algo más sólido.

—Señorita Storin... Mattie, ¿puedo llamarla así? Ha dicho que éramos viejos amigos... Soy un borracho. Ni siquiera recuerdo haberla conocido, ¿cómo voy a serle de ayuda? Lo que yo diga no cuenta mucho que digamos.

—Yo no soy juez ni fiscal, Charlie. Solo trato de resolver un rompecabezas a partir de mil fragmentos inconexos.

La cansina mirada de Charlie se dirigió más allá de las montañas, hacia Dover y el canal, como si allí pudiera haber un mundo distinto.

—Mattie, me he esforzado mucho en recordar, créame. Casi no soporto pensar que puedo haber desacreditado a Henry hasta obligarlo a dimitir. Pero no sé cuál es la verdad. No puedo ayudarla. Ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo.

—¿No se acordaría si hubiese comprado todas esas acciones?

—He estado muy enfermo. Y muy borracho. Hay muchas cosas de las que no recuerdo nada en absoluto.

—¿No recordaría de dónde sacó el dinero, o qué hizo con las ganancias?

—No parece probable, desde luego, que haya tenido una pequeña fortuna a mano sin acordarme de ella o sin gastármela en alcohol. Y no tengo ni idea de dónde podría haber ido a parar el dinero. Ni siquiera yo puedo beberme cincuenta mil libras en unas semanas.

—¿Y qué me dice del falso apartado de correos en Paddington?

—Sí, mencionaron algo así. Es un completo misterio. Ni siquiera cuando estoy sobrio sé dónde está esa Praed Street en Paddington, así que es ridículo pensar que podría haber llegado hasta allí borracho. Está en la otra punta de Londres con respecto a donde vivo.

—Pero lo utilizó, o eso dicen, para su banco y para una suscripción a las publicaciones del partido.

De pronto, Charles Collingridge se echó a reír tan violentamente que en las comisuras de sus ojos asomaron lágrimas.

—Mattie, querida, está consiguiendo que recupere la fe en mí mismo. No importa lo borracho que estuviera, jamás habría mostrado interés en cualquier clase de



propaganda política. En temporada de elecciones, siempre me quejo de que me metan esas cosas en el buzón... ¡tener que pagar por ellas cada mes ya sería un insulto!

—¿Así que nada de propaganda?

—¡Jamás!

Las hojas de otoño aleteaban por el jardín. El sol declinaba y llenaba el cielo de un resplandor cálido y rojizo que iluminaba el rostro de Charlie. Parecía visiblemente mejorado, y contento.

—No puedo probar nada, pero le doy mi palabra de caballero de que no creo ser culpable de las cosas que dicen que he hecho. —Le cogió la mano una vez más—. Mattie, significaría mucho para mí que usted también lo creyera.

—Pues sí, Charlie, lo creo de verdad. Y voy a intentar probarlo por usted. —Se puso en pie.

—He disfrutado con su visita, Mattie. Ahora que somos viejos amigos, por favor, vuelva algún día.

—Lo haré. Pero, entretanto, tengo un montón de cosas por desenterrar.

Ya era tarde para cuando regresó a Londres. Las primeras ediciones de los periódicos del domingo ya estaban en la calle. Compró un buen montón de ellos y, con revistas y encartes deslizándose entre sus brazos, los llevó hasta el coche y los arrojó en el asiento de atrás. Fue entonces cuando advirtió el titular del *Sunday Times*.

El ministro de Educación, Harold Earle, quien no era precisamente famoso por su cariño a Greenpeace, acababa de anunciar su intención de presentar su candidatura a primer ministro y lanzaba su campaña con un discurso titulado «Hagamos limpieza en nuestro país».

Hemos hablado sin parar sobre los problemas de nuestras zonas urbanas, pero siguen estando deprimidas, y el empobrecido estado de nuestras zonas urbanas se ha visto acompañado por la degeneración de nuestro campo —decía según el *Sunday Times*—. Llevamos demasiado tiempo descuidando esas cuestiones. Las expresiones de preocupación recicladas no pueden sustituir a la acción positiva. Ya va siendo hora de que respaldemos nuestras palabras elevadas con hechos elevados. Los sondeos de opinión demuestran que el medio ambiente es una cuestión en la que, según los votantes, hemos fallado. Tienen todo el derecho a decir que es así cuando llevamos más de doce años de mandato, y debemos reaccionar ante dichas preocupaciones.

¿Y por qué anda ahora el ministro de Educación armando tanto revuelo por cuestiones medioambientales? —se preguntó Mattie al llegar al final de tan atronador discurso—. Qué tonta soy. Me estoy volviendo lenta con los años. No podía descifrar el código. ¿Qué ministro del Gabinete se supone que es responsable de las cuestiones medioambientales, y por tanto de este desastre?

El combate público para eliminar a Michael Samuel había dado comienzo.

## Capítulo XXX

*No hay forma alguna de perversidad que un político no pueda permitirse y que un periodista no dude en cacarear. La exageración rayana en el histerismo es el sello distintivo de ambos.*

*Miércoles, 3 de noviembre*

A lo largo de la semana siguiente, Mattie trató muchas veces de ponerse en contacto con Kevin Spence. No le devolvía las llamadas, pese a que su secretaria muy educada y demasiado formal no parara de repetirle que lo haría, de manera que esperó hasta mucho más tarde de la hora en que las secretarías solían irse a casa y volvió a llamar. El guardia de seguridad del turno de noche le pasó su llamada a Spence de inmediato.

—Señorita Storin... no, por supuesto que no la he estado evitando —mintió Spence—. He estado muy ocupado. Corren tiempos ajetreados.

—Kevin, necesito otra vez su ayuda.

Hubo una pausa. Cuando habló, Spence pareció más valiente y concentrado que cuando la miraba a los ojos.

—Me acuerdo muy bien de la última vez que la ayudé. Dijo que iba a escribir un artículo sobre sondeos de opinión, y lo que hizo fue escribir una historia que calumniaba al primer ministro. Y ahora ya no está. —Hablabla con una tristeza reposada—. Siempre fue muy correcto conmigo, muy amable. Creo que usted y el resto de la prensa han sido increíblemente crueles con él.

—Kevin, aquel artículo no era mío, le doy mi palabra. Se apropiaron de mi texto, y mi firma no aparecía en él. Me puso furiosa, seguramente más incluso que a usted.

—Mucho me temo que he sido un ingenuo. Buenas noches, señorita Storin.

Estaba a punto de colgarle el teléfono.

—¡Kevin, deme solo un momento, por favor! En la dimisión del señor Collingridge hay algo raro.

Aquello lo hizo seguir ahí.

—Personalmente, no creo lo que se anda diciendo sobre él y su hermano —insistió Mattie—. Me gustaría ser capaz de limpiar su nombre.

—Pues no veo en qué puedo ayudarla yo —contestó Spence con tono de desconfianza—. Además, a nadie que no esté en la Oficina de Prensa se le permite tener contacto con los medios de comunicación durante la campaña para la elección del primer ministro. Son órdenes estrictas del presidente.

—Kevin, hay mucho en juego. No solo el liderazgo del partido y si van a ganar las próximas elecciones. Hay una cuestión mucho más personal, y es si la historia va a considerar un sinvergüenza a Henry Collingridge o si él tendrá oportunidad de aclarar las cosas. ¿No le debemos eso al menos?

Hubo otra cautelosa pausa, y luego Spence preguntó:

—Si pudiera ayudarla, ¿qué querría que hiciese?

—Algo muy simple. ¿Tiene a mano el sistema informático de la sede del partido?

—Sí, por supuesto. Lo utilizo constantemente.

—Creo que alguien ha manipulado su sistema informático.

—¿Que lo han manipulado? No puede ser. Contamos con las mayores medidas de seguridad. Nadie de fuera puede acceder a él.

—No me refiero a alguien de fuera, Kevin, sino de dentro.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó más esta vez.

—Piénselo bien, Kevin. Su sondeo de opinión lo filtró alguien de dentro, es la única explicación. Y lo metió a usted de cabeza.

Oyó que Spence soltaba un juramento mientras libraba una batalla con sus dudas.

—Mire —añadió Mattie—, estoy trabajando ahora en la Cámara de los Comunes. Puedo plantarme ahí con usted en menos de diez minutos, y supongo que el edificio estará muy tranquilo a estas horas de la noche. Nadie se dará cuenta, Kevin. Voy para allá.

—Entre a través del aparcamiento —musitó él—. Por el amor de Dios, no pase por la recepción.

No habían transcurrido ni siete minutos cuando Mattie ya estaba con él.

Se sentaron en el pequeño despacho que ocupaba Spence en la buhardilla, rodeados por montañas de archivos que cubrían cualquier espacio plano disponible y se desparramaban por el suelo. El resplandor verdoso de una pantalla de ordenador dominaba el escritorio, y se habían instalado ante ella, muy cerca el uno del otro. Ella se había desabrochado un botón de la blusa; él se había percatado de ello. Mattie decidió que no estaba para regañarse ahora por una cosa así.

—Kevin, Charles Collingridge hizo un pedido al departamento de publicaciones del partido y especificó que se lo enviaran a una dirección en Paddington, ¿no es eso?

—Sí, así es. Lo comprobé en cuanto me enteré de la noticia, pero está aquí, y bien claro. Mire.

Escribió brevemente en el teclado, y la prueba incriminatoria apareció en la pantalla: «Sr. Collingridge, Ch. 216 Praed St., Paddington, Londres W2 – 001A/01.0091».

—¿Qué significan esos códigos?

—El primer grupo quiere decir simplemente que está suscrito a nuestro servicio de publicaciones. El segundo muestra cuándo caduca su suscripción. Es nuestra manera de saber qué quiere el cliente... si lo quiere todo o solo las publicaciones más importantes, o si ha sido miembro de nuestro club de libros especializados, esa clase de cosas. Todos nuestros programas de promoción tienen un número de referencia distinto. Y aquí también se ve cómo paga, si está al día o lleva retraso en el abono de la suscripción.

—¿Y cómo va Charles?

—Su suscripción se pagó en su totalidad desde principios de año.

—A pesar de que es un alcohólico sin dinero que no es capaz ni de advertir

cuándo ha llegado la hora de cierre.

Spence se revolvió en la silla, inquieto.

—¿Se puede hacer que esta clase de información aparezca en todos los monitores del edificio?

—Sí. No se considera especialmente confidencial.

—Vale, pues dígame una cosa, Kevin. —Se inclinó un poco hacia él y respiró profundamente; qué patéticos eran los hombres, aquello siempre funcionaba—. Si quisiera saltarse un poquito las normas y convertirme en suscriptora de su servicio de publicaciones, ¿podría hacerlo? ¿Podría meter mis datos desde este terminal?

—Bueno, pues... sí. —Spence empezaba a ver adónde quería llegar Mattie—. Está diciendo que alguien pirateó los datos de Charles Collingridge o que los inventó. Sí, podría hacerse. Mire.

Sus dedos volaron sobre el teclado como los de un pianista de concierto y, en cuestión de segundos, apareció en pantalla una suscripción al grueso de publicaciones del partido a nombre de un tal «Sr. Mouse, Mickey. Disneylandia, 99, Miami».

—Pero con esto no basta, Mattie. No podría ponerle a la suscripción una fecha anterior, de primeros de año, porque... ¡Ay, qué tonto soy! ¡Claro que sí! —soltó de pronto, y empezó a teclear otra vez como un loco—. Si uno sabe de verdad lo que hace, algo que muy pocos saben en este edificio, puede entrar en el subdirectorío del ordenador central... —El repiqueteo de las teclas casi ahogaba sus palabras—. Mire, ¿ve? Por aquí se accede a los datos de pago. Así puedo comprobar la fecha exacta en que se abonó la suscripción, si se hizo a través de cheque bancario o tarjeta de crédito, cuándo entró en efecto...

La pantalla del ordenador empezó a brillar.

—Solo puede hacerse si se dispone de la contraseña adecuada y... ¡Ángela María! —Se apartó de golpe de la pantalla como si lo hubiese insultado. Luego volvió otra vez a la carga—. Mattie, no va a creer esto...

—Sea lo que sea, me siento bastante capaz de creerlo.

—Según el archivo de contabilidad, Charles Collingridge nunca ha pagado por su suscripción a las publicaciones, ni este mes ni ningún otro. Sus detalles solo aparecen en la ficha de distribución, no en el archivo de pagos.

—Kevin, ¿puede decirme cuándo apareció su nombre en esa ficha de distribución? —preguntó Mattie en voz baja.

Unas teclas más, esta vez pulsadas despacio y con cuidado.

—Madre mía. Hoy hace justo dos semanas.

—Déjeme estar segura de que lo entiendo, Kevin. Quiero tenerlo bien claro. Alguien en este edificio, pero no alguien del personal de contabilidad ni alguien muy entendido en informática, modificó el archivo para que apareciera el nombre de Charles Collingridge hace dos semanas.

Spence asintió con la cabeza. Había palidecido.

—¿Puede decirme quién modificó el archivo, o desde qué terminal se hizo?

—No. Pudo hacerse desde cualquier ordenador en el edificio. El programa informático confía en nosotros... —Negó con la cabeza como si acabara de suspender el examen más crucial de su vida.

—No se preocupe, Kevin, lo ha hecho de maravilla. —Mattie dejó de mirar la pantalla y se volvió hacia él, acercándose un poco más—. Estamos sobre la pista. Pero es muy importante que no le diga una palabra a nadie. Quiero pillar a quien lo hizo, y si sabe que andamos buscándolo, borrará sus huellas. Por favor, ¿podrá ayudarme, manteniendo esto en secreto hasta que tengamos algo más para seguir adelante?

Spence la miró a los ojos.

—¿Quién narices iba a creerme, en cualquier caso?

## Capítulo XXXI

*La belleza depende del color del cristal con que se mire; la verdad, de hasta qué punto la manosee el jefe de redacción.*

*Lunes 8 de noviembre-viernes 12 de noviembre*

Los periódicos del fin de semana ni siquiera habían tratado de ocultar su irritación. Samuel y Earle, así como los demás ministros del Gabinete que supuestamente serían candidatos, se habían comportado y no habían lanzado ataques personales contra sus rivales, de manera que la prensa los lanzó por ellos.

El *Observer* declaró que había sido «una campaña decepcionante y poco estimulante hasta la fecha, y aún esperamos que uno de los candidatos le insuffle vida de nuevo al partido». El *Sunday Mirror* la tachaba de «irrelevante e insufrible», mientras que el *News of the World*, para no ser menos, la describía con su estilo característico como «ampulosa, un soplo de brisa en la noche». «¿Samuel y Earle? —decía el *People*—. Si ésta es la respuesta, vaya pregunta tan condenadamente ridícula.»

Semejantes críticas hicieron que la campaña se pusiera en marcha temprano la mañana del lunes. Animados por la opinión de los medios de que aún no había aparecido el candidato ideal, dos ministros más del Gabinete saltaron a la palestra: Patrick Woolton y Paul McKenzie, ministro de Sanidad. Se calculaba que ambos tenían razonables posibilidades de éxito. McKenzie se había labrado un nombre vendiendo el popular plan hospitalario y se las había apañado para eludir la responsabilidad por su aplazamiento señalando con el dedo al Tesoro Público y a Downing Street. «¡Allá voy!», anunciaba.

Desde su conversación con Urquhart en el congreso del partido, Woolton había estado trabajando mucho entre bastidores. Había comido con casi todos los directores de periódicos en Fleet Street, tomado copas con los más destacados diputados del partido sin cargo en el Gabinete, y dormido únicamente con su mujer. También creía contar con cierta ventaja, o al menos con un toque de singularidad, por sus raíces norteñas, que confiaba en que lo establecieran como el candidato de los conservadores a ultranza en contraste con los orígenes algo melencólicos de los demás aspirantes principales. Por supuesto, tampoco era probable que aquello impresionara a los escoceses, quienes tendían a ver todo el asunto como una aventura completamente foránea. Woolton había confiado en posponer su entrada formal en la carrera, deseoso de ver cómo se desarrollaban las campañas de sus rivales, pero la prensa del fin de semana había parecido un llamamiento a las armas y decidió no postergarlo más. Convocó una rueda de prensa en el aeropuerto de Manchester para hacer el anuncio en lo que llamó su «terreno de juego», confiando en que nadie advirtiera que había volado desde Londres para estar allí.

Las críticas de la prensa incitaron a todos a afilar las armas. Earle repitió sus críticas medioambientales, pero esta vez decidió arremeter contra Michael Samuel llamándolo por su nombre; se acabaron los mensajes en clave. Samuel contraatacó diciendo que la conducta de Earle era censurable e incompatible con su condición de colega en el Gabinete, así como un horrible ejemplo para los jóvenes por parte de un ministro de Educación. Entretanto, la falta de precisión de Woolton en Manchester cuando habló de la necesidad de «restaurar los valores ingleses con un candidato inglés» fue objeto de enérgicos ataques por parte de McKenzie, quien trataba desesperadamente de redescubrir sus raíces gaélicas perdidas y clamaba que aquello era un insulto a cinco millones de escoceses.

El *Sun* fue aún más allá al interpretar las palabras de Woolton como un atroz ataque antisemita a Samuel. Los activistas judíos llenaron de quejas la radio y la pequeña pantalla y las secciones de cartas al director, mientras que un rabino de la población natal de Samuel hacía un llamamiento a la Junta de Relaciones Raciales para investigar lo que él tildaba de «el ataque más atroz por parte de una figura política desde Mosley». Esa reacción tan exagerada no disgustó del todo a Woolton, quien declaró, aunque solo en privado, que «durante las dos próximas semanas todo el mundo estará fijándose en la forma de las orejas de Samuel en lugar de escuchando lo que diga».

Para cuando llegó la tarde del miércoles, Urquhart tenía la sensación de que la situación se había desarrollado suficientemente bien para que él hiciera un público llamamiento a «una vuelta a los buenos modales y a los niveles de conducta personal que siempre han distinguido a nuestro partido». Sus palabras tuvieron un clamoroso eco en las columnas de opinión, incluso mientras las primeras planas de los mismos periódicos plasmaban los últimos arrebatos de mala conducta.

Y así, el viernes por la tarde, cuando Mattie entró en el despacho de Preston diciéndole que tenía algo más, él negó con la cabeza con gesto de cansancio.

—Pues más vale que sea algo diferente —dijo, arrojando a un rincón el último comunicado de prensa de Earle.

—Esto es diferente —advirtió Mattie.

Preston no pareció muy interesado.

—Tan diferente como para ir en primera plana —insistió ella.

—Vaya, pues haz que me tiemblen las rodillas.

Mattie cerró la puerta detrás de sí para asegurarse de que no los oyeran.

—Collingridge dimitió por las acusaciones de que él o su hermano habían hecho chanchullos con acciones a través de un estanco en Paddington y un banco turco de segunda fila. Creo que podemos probar casi con certeza que le tendieron una trampa.

—¿De qué estás hablando?

—Fue una trampa para incriminarlo.

—¿Puedes probarlo?

—Creo que sí.

La secretaria de Preston asomó la cabeza en la puerta, pero él la echó con un brusco ademán.

—He aquí lo que tenemos, Grev. —Armándose de paciencia, Mattie le explicó que había revisado los documentos informáticos en la sede del partido, que revelaron que alguien había alterado el archivo de los datos de distribución.

—¿Por qué iba alguien a hacer algo así?

—Para que la falsa dirección postal en Paddington pudiera relacionarse directamente con Charles Collingridge.

—¿Qué te hace pensar que era falsa?

—Cualquiera pudo haber abierto aquel apartado de correos. No creo que Charles Collingridge se acercara siquiera a Paddington. Alguien fue allí en su nombre.

La puerta se abrió una vez más; otra interrupción.

—¡Vete a tomar por culo! —bramó Preston, y el intruso se escabulló—. A ver, y ¿por qué iba a abrir nadie una dirección falsa a nombre de Charlie Collingridge?

—Porque trataba de incriminarlo, y a su hermano también.

—Demasiado complicado —comentó Preston, pero seguía escuchándola.

—Yo misma he ido a Paddington esta mañana. He abierto un apartado de correos en la misma tienda, con un nombre totalmente ficticio. Luego he cogido un taxi hasta Seven Sisters Road y el Union Bank of Turkey, donde he abierto una cuenta con el mismo nombre falso, pero no con cincuenta mil libras, sino solo con cien. Todo el asunto me ha llevado menos de tres horas de principio a fin.

—Madre mía...

—Y así, ahora puedo empezar a pedir revistas pornográficas, y hacer que se carguen en mi nueva cuenta bancaria y me las envíen a la dirección de Paddington, algo que podría hacerle un daño de narices a la reputación de un político completamente inocente.

—¿A quién?

Por toda respuesta, Mattie dejó un talonario de cheques y el recibo de la tienda sobre el escritorio del director. Él los observó con expresión ansiosa, y luego explotó.

—¡El líder de la oposición! —exclamó, alarmado—. Pero ¿qué coño has hecho?

—Nada —contestó ella con una sonrisa que sugería victoria—, aparte de demostrar con casi total certeza que a Charles Collingridge le tendieron una trampa para incriminarlo; que probablemente nunca se acercó siquiera a la tienda de periódicos y tabaco o al Union Bank of Turkey, y por tanto no pudo haber comprado aquellas acciones.

Preston sostenía los documentos ante sí con el brazo estirado, como si pudieran salir ardiendo.

—Lo que significa que Henry Collingridge nunca le habló a su hermano de la Renox Chemicals... —La inflexión en la voz de Mattie sugirió que había más.

—¿Y? ¿Y qué? —quiso saber Preston.

—Pues que es inocente. No tenía que dimitir.



Preston se dejó caer contra el respaldo de la silla. La frente había empezado a perlársele de sudor. Se sentía como si lo desgarraran en dos. Con un ojo era capaz de captar el germen de un artículo magnífico, pero ahí estaba precisamente el problema, pues el otro ojo no podía dejar de advertir la enormidad del impacto que semejante artículo causaría en el mundo de Westminster. Lo pondría todo cabeza abajo, quizá hasta salvaría a Collingridge. ¿Era eso lo que querían? Landless acababa de decirle que tenía carne fresca en el asador y que debía consultar con él cualquier artículo importante sobre la carrera al puesto de primer ministro antes de su publicación. Para Landless, las noticias concretas eran poco más que una materia prima. Lo que él anhelaba era influencia, poder. Preston no sabía cómo iba a reaccionar su jefe con aquello; necesitaba ganar un poco de tiempo.

—Ya veo que has estado muy ocupada, jovencita.

—Es una historia formidable, Grev.

—No recuerdo haberte encargado algo así ni que me pidieras permiso para gastarte mi dinero abriendo apartados de correos.

La reticencia del director la pilló por sorpresa.

—A eso se le llama iniciativa, Grev.

—No niego que hayas hecho bien... —Preston hojeaba mentalmente su manual de excusas, tratando de no comprometerse. Era un volumen de lo más manoseado. Y de pronto supo lo que debía hacer, y el libro se cerró de un golpetazo en su cabeza—. Pero vamos a ver, ¿qué tenemos, Mattie? Has demostrado que es posible recorrer Londres abriendo cuentas a nombre de Collingridge, pero con eso no basta. No has probado que no fuera el propio Charles Collingridge quien lo hizo. Ésa sigue siendo la explicación más fácil.

—Pero alguien manipuló ese archivo informático, Grev.

—Supongo que no habrás considerado la posibilidad de que el archivo no se alterara para incriminar a Collingridge sino que fuera él mismo quien lo hiciera, o un amigo suyo, para proporcionarse una coartada. Un anzuelo para pescar a un pececito como tú.

—No hablas en serio...

—Por lo que sabemos, lo que se manipuló no fue el archivo de distribución, sino el de contabilidad. Y pudo ocurrir solo unos minutos antes de que tú lo vieras.

—Pero solo un puñado de gente tiene acceso a los archivos de contabilidad —protestó Mattie—. Y ¿cómo iba a hacer algo así Charles Collingridge cuando está desintoxicándose en un centro?

—Lo haría su hermano.

Mattie no podía creer aquello.

—No puedes pensar en serio que el primer ministro corrió el increíble riesgo de encargarse de alterar el archivo informático de la sede del partido solo para falsificar las pruebas... y encima después de haber anunciado su dimisión.

—Mattie, piensa un poco, ¿o eres demasiado cría para acordarte? Piensa en

Watergate. Los archivos se quemaron y las cintas se borraron... y fue el presidente quien lo hizo. Y durante el Irangate, una secretaria sacó material comprometedor de la Casa Blanca escondido en las bragas.

—Esto no es el salvaje oeste...

—Vale, pues Jeremy Thorpe, el líder el Partido Liberal, que acabó en el tribunal penal acusado de intento de asesinato. John Stonehouse dio con sus huesos en la cárcel tras haber fingido su propio suicidio. Lloyd George vendía títulos de nobleza por la puerta de atrás de Downing Street y se follaba a su secretaria sobre la mesa del Gabinete. En política pasan esas cosas, Mattie, constantemente. —Preston se estaba entusiasmando por momentos—. El poder es una droga, como una vela para una polilla. Se sienten atraídos por él y hacen caso omiso de los peligros que entraña. Prefieren arriesgarlo todo: matrimonios, carreras, reputaciones, y hasta sus vidas. O sea que sigue constándome menos creer que a los Collingridge los pillaron con las manos en la masa y trataban de echar tierra encima.

—¡No puedes decirme que no vas a publicarlo! —acusó Mattie con acritud.

—Cálmate, por el amor de Dios. Lo que estoy diciendo es que no tienes lo suficiente para que la historia se aguante en pie. Aquí hay un montonazo de mierda, y necesitas una pala más grande. Necesitas trabajar más en el asunto.

Si con aquello Preston había pretendido quitarse de encima a Mattie y volver a la tranquilidad, se llevaría una decepción, pues lo que hizo ella fue apoyar con brusquedad las palmas sobre el escritorio e inclinarse mucho para mirarlo a los esquivos ojos.

—Grev, ya sé que soy solo una maldita mujer y una estúpida, pero haz el favor de explicármelo para que lo entienda. O alguien les tendió una trampa a los Collingridge o el primer ministro es culpable de falsificar pruebas. Sea como fuere, es una historia impresionante y tenemos lo suficiente para que el periódico lleve la delantera durante una semana.

—Pero ¿de cuál de las dos cosas hablamos? Tenemos que estar seguros. En especial ahora, en plena campaña por el liderazgo del partido.

—¡Precisamente porque estamos en plena campaña tenemos que hacerlo! Maldita sea, ¿qué sentido tiene esperar a que haya acabado y el daño ya esté hecho?

Preston se había esforzado lo suyo, pero se había quedado sin argumentos lógicos. Le sentó muy mal que le diera un sermón uno de sus empleados más jóvenes, y en especial una mujer. Ya había tenido bastante.

—Mira, guapa, quita las tetas de mi escritorio y los tanques de mi jardín, ¿quieres? Irrumpes en mi despacho con una historia fantástica pero sin una sola prueba concreta. No has escrito ni una puta palabra. ¿Cómo quieres que sepa si tienes un bombazo o simplemente disfrutaste de una buena comida?

Para su propia sorpresa, Mattie no contestó a gritos sino que bajó la voz, con tono de amenaza.

—Muy bien, Grev. Si eso es lo que quieres, tendrás tu texto dentro de media hora.

—Se dio la vuelta y salió, resistiendo a duras penas la tentación de dar un soberano portazo.

Habían pasado cerca de cuarenta minutos cuando volvió a entrar, sin llamar y con seis páginas de texto a doble espacio en la mano. Sin hacer comentarios, las dejó caer sobre el escritorio y se quedó plantada delante de Preston para hacerle saber que no cedería hasta tener una respuesta.

Él la dejó ahí de pie mientras leía lentamente las páginas, tratando de dar la impresión de que barajaba una decisión importante. Pero era una parodia. La decisión se había tomado durante una llamada telefónica que había hecho instantes después de que Mattie hubiese salido de su despacho.

—Está decidida, Ben. Sabe que tiene entre manos lo que puede ser una gran historia, y no aceptará un no por respuesta.

—¿Y a quién le importa? No vamos a publicarla —había dicho Landless—. No está en mi agenda ahora mismo.

—¿Y qué demonios quieres que haga?

—Actúa como el director de un periódico, Grev. Convéncela de que se equivoca. Ponla en la página de cocina. Mándala de vacaciones. Concédele un ascenso. ¡Pero que se quede calladita!

—No es tan sencillo. No solo es más cabezota que un burro, sino también uno de los mejores cerebros políticos que tenemos.

—Me sorprende de verdad tener que recordártelo, pero ya tienes el mejor cerebro político en el negocio, ¡y es el mío!

—No pretendía...

—Mira, solo nos quedan un par de semanas para que se acabe esta puñetera carrera por el puesto de primer ministro. Hay cosas muy gordas en juego, no solo el futuro del país sino también mi negocio... y tu empleo. ¿Me comprendes?

Preston estaba a punto de decir que lo comprendía muy bien, pero el otro ya le había colgado el teléfono de malos modos. Y ahora Mattie, la causa de todos sus males, estaba de vuelta en su despacho. Continuó hojeando las páginas de su texto para el artículo, concentrándose en lo que estaba a punto de decir, sin saber muy bien cómo manejarla. Finalmente, dejó el texto de Mattie sobre el escritorio y se arrellanó en la silla.

—No podemos publicarlo. Es demasiado arriesgado. No estoy dispuesto a echar por tierra la campaña por el liderazgo basándome tan solo en especulaciones.

Era lo que Mattie había esperado. Contestó con un tono susurrante que Preston encajó como un guante de boxeo.

—No pienso aceptar un no por respuesta.

Puñeta. ¿Por qué no se limitaba a aceptarlo, le quitaba importancia, lo achacaba a la falta de experiencia o se echaba simplemente a llorar como los demás? La tranquila

insolencia que se captaba bajo sus palabras hizo que la decisión de Preston fuera aún más firme.

—No voy a publicar tu artículo. Soy el director del periódico en el que trabajas, y la decisión es mía. O la aceptas o...

—¿O qué, Grev?

—O tendrás que entender que no tienes futuro en nuestra sección de política.

—¿Me estás despidiendo? —Eso sí la sorprendía. ¿Cómo podía permitirse dejarla marchar, sobre todo en plena campaña?

—No, te estoy trasladando a la sección femenina, empiezas ahora mismo. Francamente, no creo que tengas la sensatez suficiente para nuestros editoriales de política, o todavía no... quizá dentro de un par de...

Mattie se encaró con él.

—¿Quién te ha comprado, Grev?

—¿Qué coño quieres decir?

—Normalmente ya te cuesta decidir si te pones calzoncillos cortos o largos. Que tomes la iniciativa de despedirme por este artículo es decisión de otro, ¿verdad?

—¡No te estoy despidiendo! Te estoy trasladando...

Preston empezaba a perder el control que tan bien había sabido mantener. Por el tono de su cutis, parecía que llevara rato conteniendo el aliento.

—¿No me estás despidiendo?

—¡No!

—Entonces dimito.

Las mejillas de él estaban ahora de un cereza intenso. Tenía que conservarla en el *Chronicle*, al menos durante un tiempo. Era la única manera de tenerla controlada. Pero ¿cómo narices iba a hacerlo? Se obligó a sonreír y tendió las palmas, tratando de que pareciera un gesto de generosidad.

—A ver, Mattie, no nos precipitemos. Aquí estás entre amigos.

Ella soltó un furibundo bufido por la nariz.

—Quiero que tengas una experiencia más amplia en el periódico. Tienes talento, eso no lo niego, aunque piense que no has encajado del todo en la sección de política. Queremos que sigas aquí, de manera que dedica el fin de semana a pensar en qué otra sección te gustaría trabajar.

Preston le vio los ojos y supo que aquello no estaba funcionando.

—Pero si de verdad sientes que debes dejarlo, no te precipites. Decide bien qué quieres hacer, házmelo saber, y trataremos de apoyarte y te daremos seis meses de sueldo para ayudarte en tu nuevo camino. No quiero malos rollos. Piénsalo bien.

—Lo he pensado bien, y si no vas a publicar mi artículo, renuncio. Aquí y ahora.

Las suaves palabras de Preston se volvieron puro acero.

—En ese caso, recuerda que tienes un contrato, y que en él se estipula que debes comunicármelo con tres meses de antelación. También se estipula que, hasta que haya transcurrido ese tiempo, tenemos derechos exclusivos sobre toda tu obra periodística.

Si insistes, nos mostraremos muy rígidos con respecto a esa cláusula, en los tribunales de ser necesario, y eso echará por tierra tu carrera para siempre. Sé realista, Mattie; tu artículo no va a publicarse, ni aquí ni en ningún sitio. Espabila y acepta mi oferta. Es la mejor que vas a conseguir.

De pronto, Mattie vio el rostro de su abuelo, que le sonreía cuando ella se hacía un ovillo a sus pies ante un buen fuego de invierno.

—Eres una verdadera lata, mi pequeña Mattie, siempre haciendo preguntas y más preguntas.

—Pero quiero saberlo, *Farfar*.

Y así, el abuelo le había contado cómo había zarpado de su pueblecito de pescadores en el fiordo noruego, su fuga hacia la libertad, dejándolo todo, sabiendo que, una vez en marcha, no habría vuelta atrás.

—Sabía qué me esperaba ahí fuera. Cosas terroríficas. Había lanchas patrulleras alemanas, campos de minas y casi mil millas de mares tormentosos.

—¿Y por qué lo hiciste, entonces?

—Porque también, allí esperándome, estaba lo más aterrador y maravilloso de todo: el futuro. —Y el abuelo se había reído y besado sus rizos.

Mattie recogió sus páginas del escritorio de Preston, formó con ellas un montoncito ordenado y las rasgó por la mitad; luego se las dejó caer de nuevo en el regazo.

—Puedes quedarte con las palabras, Grev, pero eso no te vuelve poseedor de la verdad. No estoy segura ni de que fueras capaz de reconocerla si la vieras.

Esta vez sí dio un buen portazo.

## Capítulo XXXII

*Los políticos se parecen mucho a los escritores avejentados y las mujeres ancianas. La fase más peligrosa en sus vidas tiene lugar cuando ya no se contentan con el respeto de los amigos y exigen la adulación de un público.*

*Domingo, 14 de noviembre-lunes, 15 de noviembre*

Inmediatamente después del devastador sondeo de opinión del *Chronicle* y la dimisión de Collingridge, Urquhart había escrito a todos sus colegas parlamentarios en su calidad de whip:

Durante el transcurso de la campaña por el liderazgo del partido, sin duda sufriréis el acoso de periódicos y encuestadores que tratarán de conocer vuestra opinión sobre a qué candidato apoyar. Quisiera recomendaros que no respondáis. Dichos estudios solo sirven, como mucho, para perturbar el debido desarrollo de una votación supuestamente confidencial. Y en el peor de los casos se utilizarán para hacer daño. Podemos prescindir de titulares escabrosos y comentarios descabellados. La mejor manera de servir a los más elevados intereses del partido es negándose a cooperar con semejantes actividades.

La mayor parte de los parlamentarios se mostró encantada de aceptar dicho consejo, pero al menos un tercio de ellos se consideraron en general incapaces por naturaleza de mantener las cosas en secreto, ni siquiera secretos de Estado. Como resultado, menos del cuarenta por ciento de los 337 diputados del Gobierno con derecho a voto en las urnas respondieron a las insistentes llamadas en nombre de dos periódicos dominicales. Que fuera así dio la impresión de que el partido parlamentario estaba muy lejos aún de tomar una decisión colectiva. Es más, las opiniones de quienes sí respondieron tampoco fueron de mucha ayuda. Samuel llevaba la delantera, pero por poco, con una ventaja que los encuestadores insistían en considerar «no significativa estadísticamente». Woolton, McKenzie y Earle lo seguían en ajustada sucesión, con otros cuatro candidatos que habían asomado la cabeza desde la barrera bastante más atrás.

Las conclusiones que podían sacarse de dichos datos, a solo cuatro días del cierre de las candidaturas, eran poco sólidas, pero eso no parecía preocupar a quienes escribían los titulares.

«SAMUEL PEGA UN PATINAZO Y PIERDE SU VENTAJA DEL PRINCIPIO», bramaba el *Mail on Sunday*, mientras que el *Observer* no se mostraba mucho más contenido al declarar: «LA INCERTIDUMBRE QUE REVELAN LAS ENCUESTAS SUME AL PARTIDO EN EL CAOS».

La inevitable consecuencia fue un chaparrón de editoriales en los que se criticaban tanto la calidad de los candidatos como sus campañas. «Este país tiene derecho a esperar más del partido en el Gobierno que este numerito de un saco lleno de hurones —entonaba el *Sunday Express*—. Es posible que estemos presenciando cómo el partido se queda sin ideas y sin capacidad de liderazgo después de tanto

tiempo en el poder.»

La edición de la mañana siguiente del *Chronicle* pretendía resolver todo eso. A solo tres días del cierre de las candidaturas, dejó a un lado las convenciones y, por primera vez en su historia, publicó su editorial en primera plana. Se aumentó la tirada y se entregó un ejemplar en mano en las direcciones londinenses de todos los parlamentarios del Gobierno. No se anduvieron con miramientos en su determinación de hacer oír sus opiniones en todos los pasillos de Westminster:

Este periódico ha apoyado sistemáticamente al Gobierno, no llevado por ciegos prejuicios sino porque sentíamos que servía a los intereses de la nación en mayor medida que las alternativas. Durante toda la época Thatcher nuestras convicciones se vieron bien sustentadas por los progresos que se llevaron a cabo, pero en estos últimos meses empezamos a tener la sensación de que Henry Collingridge no era el mejor líder para escribir el siguiente capítulo. Fue por eso por lo que apoyamos su decisión de dimitir.

Pero la falta de juicio de que hacen gala los presentes candidatos a ocupar su cargo amenaza con un regreso a los viejos y funestos tiempos de debilidad e indecisión que creíamos haber dejado atrás para siempre.

En lugar de la mano firme que necesitamos para consolidar los avances económicos y sociales de los últimos años, se nos ha ofrecido elegir entre inexperiencia juvenil, agitación medioambiental e imprudentes arrebatos que rayan en la intolerancia racial. Semejantes alternativas no son suficientes. Necesitamos un líder que haga gala de madurez, que sepa ser discreto y que cuente con probada capacidad para trabajar junto con todos sus colegas.

Existe al menos una figura de alto rango en el partido que cuenta con todos esos atributos y que en estas últimas semanas ha sido prácticamente el único que ha sabido respetar la dignidad del Gobierno y dar muestras de la capacidad de dejar de lado su ambición personal para defender los más amplios intereses de su partido.

Dicha persona ha anunciado que no tiene intención de presentarse como candidato a líder del partido, pero aún dispone de tiempo para reconsiderar su postura antes de que las candidaturas se cierren el próximo jueves. Pensamos que lo más beneficioso para el partido sería que el whip, Francis Urquhart, se presentara al cargo de primer ministro. Su elección beneficiaría a todo el país.

Semejante refrendo fue como un bote salvavidas que se abriera paso en aguas turbulentas. Para cuando Urquhart salió de su casa en Cambridge Street a las 8:10 de aquella mañana, había una verdadera marabunta de medios de comunicación para recibirlo. Había esperado dentro para asegurarse de salir en el momento idóneo para que el programa de radio *Today* de la BBC y todos los canales de televisión con programación matinal lo captaran en directo. Atraídas por el despliegue de gente de la prensa, hordas de transeúntes y recién llegados a la estación Victoria para la jornada laboral se habían congregado para descubrir la causa de aquel barullo, y las cámaras de televisión mostrarían una multitud de gente corriente —«gente auténtica», como los describiría un comentarista— que mostraba considerable interés en el hombre que emergía en el umbral.

Los periodistas empezaron a gritar; él hizo un ademán para acallarlos. La mano en cuestión contenía además un ejemplar del *Chronicle* de aquella mañana. Urquhart sonreía, luciendo una expresión que transmitía tanto intriga como seguridad en sí mismo.

—Señoras y señores, en mi calidad de whip me gustaría pensar que se han reunido aquí llevados por el interés en los detalles del programa legislativo que

prepara el Gobierno. Pero sospecho que tienen otras cosas en la cabeza.

Una broma discreta, risitas apreciativas entre los periodistas; Urquhart controlaba firmemente la situación.

—He leído con considerable sorpresa y obvio interés la edición de esta mañana del *Chronicle*. —Lo sostuvo en alto para que las cámaras dispusieran de un buen plano—. Me honra que se tengan en tan alta opinión mis aptitudes, y puedo asegurarles que esa opinión va mucho más allá de mi propio juicio sobre la cuestión. Como ya saben, había dejado bien claro que no tenía intención de presentarme, que me parecía más conveniente para el partido que el whip quedara por encima de esta contienda particular.

Se aclaró la garganta; ellos aguardaron en silencio, con los lápices a punto, los micrófonos aún más adelantados, tirando de la correa.

—Y, en general, sigue siendo ésa mi opinión. Sin embargo, el *Chronicle* plantea importantes cuestiones que deben considerarse con cautela. Sé que me perdonarán si no tomo una decisión precipitada aquí en la acera, ni siquiera por ustedes, señoras y señores. Quiero invertir un poco de tiempo en consultar con unos cuantos colegas, en sopesar sus opiniones. También pretendo tener una larga y seria conversación con mi esposa, cuyas opiniones serán las que mayor importancia tengan para mí. Luego lo consultaré con la almohada, y mañana les haré saber a qué decisión he llegado. Hasta entonces, me temo que no puedo decirles nada más. ¡Mañana!

Con un último ademán, todavía aferrando el periódico, que sostuvo en alto varios segundos para satisfacer a los vociferantes fotógrafos, Urquhart volvió a entrar en su casa y cerró firmemente la puerta detrás de sí.

Mattie empezaba a preguntarse si se habría precipitado al salir hecha una furia del despacho de Preston. Había pasado una semana solitaria tratando de identificar periódicos en los que le gustaría trabajar, pero no tardó en comprender que ninguno de ellos tenía vacantes visibles en sus secciones de cobertura política. Había hecho muchas llamadas telefónicas pero habían conducido a muy pocas citas. También empezaba a descubrir que circulaba el rumor de que había salido del despacho de Preston hecha un mar de lágrimas porque él había puesto en duda su juicio, y los arrebatos sensibleros femeninos no solían encontrar mucha aceptación entre los machos alfa del club periodístico. No contribuía a mejorar su humor que el Banco de Inglaterra subiera los tipos de interés para proteger la libra esterlina de los especuladores durante el período de incertidumbre. Los intereses hipotecarios no tardarían más que unas horas en hacer lo mismo. Ella tenía una hipoteca, y bastante onerosa. Ya le costaba pagarla con un salario. Sin él, las hienas no tardarían en aparecer en su puerta.

Aquella tarde fue a la Cámara de los Comunes en busca de Urquhart. Su nombre se oía por todas partes, era el plato fuerte del día, pero resultó difícil dar con él y no



contestaba a sus llamadas. Fue pura casualidad que casi chocara con él cuando ella bajaba por una de las escaleras circulares bellamente talladas del vestíbulo central. Urquhart subía los peldaños de mármol con la energía de un hombre mucho más joven, y la pilló tan por sorpresa que casi resbaló. Él tendió una mano para agarrarla del brazo y hacerla recobrar el equilibrio, y luego la llevó a un aparte.

—Vaya, Mattie, es todo un placer.

—He estado intentando dar contigo.

—Ya lo sé. Y yo te he estado evitando. —Se rió ante su propia y brutal franqueza—. No te ofendas, me escondo de todo el mundo. Trato de pasar un poco inadvertido, por el momento.

—Pero ¿vas a presentarte como candidato? Creo que deberías hacerlo.

—Me es imposible hacer comentarios, Mattie, ya lo sabes, ni siquiera a ti.

—¿Y esta noche? ¿Puedo pasarme por tu casa?

Se miraron a los ojos. Ambos sabían que aquella petición no era enteramente profesional. Fue solo entonces cuando él le soltó el brazo.

—La señora Urquhart va a estar allí. Necesitaré pasar algún tiempo con ella.

—Sí, claro.

—Y sospecho que vas a encontrarte con montones de fotógrafos dispuestos a captar todas las idas y venidas.

—Lo siento, qué tonta soy.

—Será mejor que me vaya, Mattie.

—Espero que... —Se mordió la lengua.

—Dime, ¿qué esperas, Mattie?

—Espero que ganes.

—Pero si ni siquiera soy candidato todavía.

—Lo serás, Francis.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Llamémoslo intuición femenina.

Él volvió a dirigirle aquella larga y penetrante mirada suya, la que no era enteramente profesional.

—Soy un gran admirador de esa clase de cualidades, Mattie.

Ella le aguantó la mirada.

—Pero ahora debo darme prisa. Estaré deseando nuestro próximo encuentro.

Dicho lo cual, desapareció.

La marea subía muy deprisa, y la plataforma de madera que formaba parte del muelle de Charing Cross cabeceaba en la corriente. Era media tarde pero ya estaba muy oscuro, y soplaba una brisa gélida que había iniciado su viaje en algún lugar del mar del Norte más allá del estuario y que le envolvía los tobillos. Mattie se arrebujó en el abrigo y hundió las manos en los bolsillos. Sintió alivio al ver aparecer el taxi fluvial

privado del *Chronicle*. Traslataba a los empleados entre la planta del periódico en Docklands, río abajo, y las zonas más céntricas de la capital. Era el transporte que había utilizado ella para cruzar el río entre el periódico y Westminster. Krajewski le había pedido ahora que se encontraran allí, porque tenía un mensaje para ella.

—Dice Grev que tienes que volver —dijo Krajewski cuando descendía por la corta pasarela del barco.

—He renunciado.

—Ya lo sabe. Toda la maldita sala de redacción te oyó. No sabía que se pudiera dar un portazo tan fuerte sin que se viniera abajo la pared. —Su tono era alegre, trataba de animarla—. En cualquier caso, dice que te quiere allí otra vez, aunque sea para trabajar los tres meses de antelación a los que te obliga el contrato.

—Antes me congeló aquí fuera —respondió Mattie alejándose de él.

—Como te vas a congelar es si no trabajas, Mattie. —La agarró del brazo para hacerla ir más despacio—. Trabaja esos tres meses que te quedan.

—¡En la sección femenina! —exclamó ella con desdén.

—Utiliza el periódico como base para encontrar otra cosa. Grev dice que no le importaría.

—Quiere tenerme controlada.

—Y yo quiero verte.

Las palabras de Krajewski quedaron clavadas entre ellos.

—Como quieras, Mattie. Tómalo poco a poco, veamos cómo va la cosa. A menos que no me soportes, claro.

—No, Johnnie, no se trata de eso.

—¿De qué, entonces?

Mattie echó a andar otra vez, pero no muy deprisa. Pasearon por el Embankment, siguiendo los retorcidos meandros del río con las vistas iluminadas por reflectores del Festival Hall y el Parlamento.

—Bueno, ¿qué te parece todo este asunto de Urquhart? —preguntó él finalmente, tratando de encontrar un terreno que pudieran compartir.

—Es extraordinario, y emocionante.

—Como un mesías en un blanco corcel que llega galopando al rescate.

—Los mesías no montan corceles, idiota; van en burro.

Los dos rieron, y se relajaron un poco. Él se acercó más, y Mattie se le cogió del brazo mientras se abrían paso entre la hojarasca que el viento amontonaba bajo los plátanos.

—¿Por qué hizo eso el periódico? —quiso saber Mattie.

—No lo sé. Grev apareció anoche y, sin decirle una palabra nadie, le dio la vuelta al periódico y se sacó su editorial de primera plana del bolsillo. Sin previo aviso y sin explicaciones. Aun así, parece haber causado bastante revuelo. A lo mejor hasta acertó y todo.

Mattie sacudió la cabeza.

—No creo que fuera Grev. Hacen falta un par de huevos para situar el periódico en una postura tan clara, y él es un cagado. No, solo pudo haber salido de un sitio: del escritorio de nuestro, o más bien vuestro, querido propietario. La última vez que intervino fue para destronar a Collingridge; ahora pretende pasarle la corona a otro.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué Urquhart? Da la impresión de ser un tipo solitario y aristocrático, un patricio de la vieja escuela, ¿no te parece?

—De esos hombres fuertes y callados.

—No es uno de los muchachos, no tiene club de fans.

—Pero igual se trata de eso precisamente, Johnnie. De pasar un poco inadvertido. Nadie lo odia lo suficiente para hacer campaña contra él, como están haciendo con Samuel. —Se volvió para mirarlo y su aliento formó nubecillas en el aire nocturno—. ¿Sabes qué?, es posible que se cuele justo en medio mientras los demás se están sacando los ojos. Landless bien puede haber apostado al ganador.

—¿Piensas que presentará su candidatura, entonces?

—Estoy totalmente segura de que lo hará.

—¿Cómo puedes estarlo?

—Soy una corresponsal política, la mejor. Pero...

—Hace frío fuera de la tienda de campaña, ¿no es eso?

—He perdido mi empleo, Johnnie, no la curiosidad. Creo que se está gestando algo más gordo de lo que nadie imagina. Más gordo que Landless, y mucho más gordo que el cagado de Grev. Y demasiado gordo incluso para el *Chronicle*.

—¿Qué quieres decir?

—¿Woodward y Bernstein?

—Ellos tenían un periódico en el que publicar, Mattie.

—También escribieron un libro.

—¿Vas a escribir un libro?

—A lo mejor.

—¿Quieres que le diga eso a Grev?

—Solo si le cabrea de verdad.

## Capítulo XXXIII

*Cuanto más trepe un gato por el árbol, de más arriba caerá. Con los políticos pasa lo mismo, solo que los políticos no caen de pie.*

*Martes, 16 de noviembre*

¿Iba a hacerlo? ¿O no? Las noticias del día siguiente estarían dominadas por la especulación sobre si Urquhart presentaría su candidatura. Tan frenéticos estaban los medios que habían llegado al punto en que los dejaría terriblemente decepcionados que no se presentara, pero, a media tarde, Urquhart todavía se reservaba su opinión.

Lo mismo hacía Roger O'Neill. El día anterior, Mattie había llamado a la sede del partido con la intención de contar con una versión oficial sobre ordenadores, ventas de material promocional y trámites contables, solo para descubrir que Spence había tenido toda la razón con respecto a la prohibición de cualquier contacto entre el personal y los medios de comunicación durante toda la campaña. Solo podía hablar con la Oficina de Prensa, pero nadie en la Oficina de Prensa parecía capaz de hablar con ella o deseoso de hacerlo.

—Da la impresión de que esté investigando nuestros gastos —había sugerido una voz al teléfono—. ¿Ventas de material promocional? Ahora mismo estamos hasta las cejas de trabajo, Mattie. Vuelva a llamar dentro de un par de semanas.

Y así, había pedido hablar con la oficina de O'Neill y la habían pasado con Penny Guy.

—Hola, soy Mattie Storin, del *Chronicle* —dijo, con solo una punzada de falta de honradez—. Nos vimos un par de veces, en el congreso, ¿te acuerdas?

—Sí, Mattie. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba... ya sé que llamo con muy poca antelación y todo eso, pero me preguntaba si podría pasarme mañana por la mañana a la hora que sea y hablar un momentito con Roger.

—Ay, Mattie, lo siento, pero le gusta tener las mañanas despejadas para ponerse al día con el papeleo y celebrar reuniones internas. —Era una mentira, que se veía más y más obligada a utilizar porque la agenda de O'Neill se había vuelto increíblemente errática. De un tiempo a esa parte, rara vez llegaba a la oficina antes de la una de la tarde.

—Vaya, esperaba de verdad poder...

—¿De qué se trata?

—Tengo unas cuantas ideas que quiero comentar con él, sobre la repentina afición de Charles Collingridge por la propaganda política y sobre el apartado de correos de Praed Street.

Hubo una pausa, una interrupción, como si a Penny se le hubiera caído el teléfono.

—Te volveré a llamar —dijo, y cortó la comunicación.

Penny había esperado que su alarma ante las palabras de Mattie se convirtiera en un volcán de pánico cuando llamara a O'Neill, pero él pareció sorprendentemente tranquilo.

—No tiene nada, Pen. Además, he oído decir que anda metida en líos con su periódico. No es ningún problema.

—Pero ¿qué sabe ella, Rog?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Hagamos que venga y lo averiguaremos.

—¿Rog?

—¿Piensas que ya no soy capaz de espabilar este viejo cuerpo que tengo? ¡No es más que una puñetera cría!

Pen había tratado de insistir en que era una locura, en que debería ser cauteloso, pero Roger ya no estaba para cautelas. Y tampoco sabía ya qué eran las mañanas, de manera que Penny había invitado a Mattie a verlo la tarde siguiente.

Penny quería a O'Neill, pero sus sentimientos la acercaban demasiado a él. Pensaba que llevaba mucho estrés, que trabajaba demasiado, que sufría; no era consciente de los efectos devastadores que la cocaína causaba en el cerebro. La droga volvía hiperactivo a O'Neill hasta altas horas de la madrugada; era incapaz de dormir hasta que un torrente de tranquilizantes conseguía anegar gradualmente el efecto de la cocaína y lo sumergía en una inconsciencia de la que rara vez volvía a salir hasta mediodía, y a veces más tarde. Y así, Penny se sintió más y más confusa y avergonzada cuando pasaba el rato y Mattie seguía esperando a O'Neill. Él había prometido que llegaría a tiempo, pero, mientras el reloj de la pared de su despacho seguía con su implacable tictac, la capacidad de Penny de inventar excusas empezó a declinar para verse reemplazada por la perplejidad ante las bravuconadas de O'Neill en público y sus remordimientos en privado, su inexplicable conducta y sus irracionales arrebatos. Le llevó a Mattie una taza más de café.

—Espera, deja que lo llame a casa —sugirió—. Quizá ha tenido que volver allí, porque había olvidado algo o no se encontraba bien...

Fue a hacer la llamada desde su propio despacho, lejos de Mattie. Se sentó en la esquina del escritorio, descolgó el auricular y marcó los números. Un poco avergonzada, saludó a Roger y le explicó en susurros que Mattie llevaba más de media hora esperando y... Sin que Mattie la viera, su rostro fue esbozando una expresión más y más preocupada a medida que escuchaba. Trató de interrumpirlo, pero no sirvió de nada. Empezó a temblarle el labio; se lo mordió con fuerza, hasta que ya no pudo soportarlo más. Dejó caer el teléfono y salió corriendo de la oficina, pasando ante Mattie, deshecha en lágrimas.

La primera reacción de Mattie fue correr tras la afligida Penny; la segunda, y más fuerte, averiguar qué la había alterado tanto. El auricular seguía meciéndose junto al

escritorio donde Penny lo había abandonado. Mattie se lo llevó a la oreja.

Costaba lo suyo reconocer la voz que seguía manando del teléfono como la de Roger O'Neill. Las palabras eran incoherentes, indescifrables, y la forma en que las arrastraba lentamente lo hacía parecer una muñeca que se estuviese quedando sin pilas. Le llegaban jadeos, gemidos, largas pausas y el sonido del llanto: la música demente de un hombre en plena agonía emocional y haciéndose pedazos. Mattie colgó el auricular con mucha suavidad.

Encontró a Penny en los lavabos, sollozando contra un trozo de papel de secarse las manos. Mattie le tocó el hombro con gesto consolador. Penny se volvió, alarmada como si la hubieran abofeteado, con los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Cuánto tiempo lleva así, Penny?

—¡No puedo contarte nada! —soltó ella con una mezcla de confusión y dolor atroz.

—Mira, Penny, es obvio que está fatal. No voy a publicar nada de esto, por el amor de Dios. Creo que necesita ayuda. Y me parece que tú necesitas un abrazo.

Abrió los brazos, y Penny se dejó caer en ellos como si fuera la mujer más sola sobre la faz de la Tierra. Y ahí siguió, en los brazos de Mattie, hasta que ya no le quedaron lágrimas que verter. Cuando se hubo recobrado lo suficiente, las dos salieron a dar un paseo allí cerca, por los jardines de Victoria, para tonificarse bajo el aire fresco que soplaba del Támesis y poder hablar un poco sin que las interrumpieran. Penny se había quedado sin ánimos para luchar. Le pidió a Mattie que le confirmara que nada de lo que iba a decir saldría publicado y, cuando Mattie lo hizo, la historia brotó de sus labios. Le contó que la dimisión del primer ministro había sumido en el caos a O'Neill, que siempre había hecho gala de «emociones extravagantes» pero ahora estaba peor que nunca.

—Creo que la dimisión lo llevó muy cerca de una crisis nerviosa.

—Pero ¿por qué, Penny? Tampoco estaban tan unidos, ¿no?

—A él le gustaba pensar que estaba muy unido a toda la familia Collingridge. Siempre andaba mandándole flores y fotografías especiales a la señora Collingridge, haciendo pequeños favores siempre que podía. Le encantaba hacer esas cosas.

Mattie exhaló un suspiro e inspiró aquel aire tan frío, el mismo que había impelido a su abuelo en su travesía. ¿Qué le habría parecido a él lo que estaba haciendo ahora? Se sentía culpable; sabía que no se limitaba a ser una amiga para Penny, pero ¿no había dejado atrás su abuelo a todos sus amigos, y hasta a su familia, para ir en busca de lo que creía correcto? Al igual que él, tenía que seguir adelante.

—Roger tiene problemas, ¿verdad? Las dos acabamos de oírlo, Penny. Algo lo tiene en sus garras, algo que se lo está comiendo por dentro.

—Me... me parece que se sintió tremendamente culpable por lo de las acciones.

—¿Las acciones? ¿Te refieres a las acciones de la Renox? —insistió Mattie

tratando de ocultar una oleada de alarma.

—Charlie Collingridge le pidió que abriera aquel apartado de correos porque quería recibir en algún sitio su correspondencia privada. Roger y yo fuimos a Paddington en taxi, y me mandó a mí a hacer el papeleo. Yo capté su inquietud en aquel momento. Creo que intuía que allí había algo feo. Y cuando nos enteramos de para qué se había utilizado y de todo el daño que había causado, Roger empezó a hacerse pedazos.

—¿Por qué le pidió Charlie Collingridge a Roger que abriera el apartado de correos y no lo hizo por sí mismo?

—No tengo ni idea. No fue más que un favor tonto que Roger accedió a hacerle. Quizá Charlie se sintió culpable, sabiendo para qué iba a usarlo. Para hacer chanchullos con las acciones.

Se apoyaban contra el parapeto, contemplando las aguas grisáceas y mansas del río. Una gaviota se posó junto a ellas y las miró con ojos amarillos y amenazadores, confiando en que le dieran comida. Mattie le clavó una mirada y el ave aleteó y levantó el vuelo, soltando graznidos de decepción.

—Estoy segura de que fue algo así —continuó Penny—, algo de lo que Charlie se avergonzaba. Se aprovechó de nosotros. Roger sencillamente se plantó un día en la oficina y me dijo que tenía un trabajito que hacer, algo muy confidencial de lo que no podía decir una palabra. Tengo que quedarme igual de calladito que si se la mamara a un obispo, dijo. Ya conoces a Rog. Trata de convertirse en un poeta irlandés. Cree que se le dan bien las palabras.

—¿O sea que no viste a Charlie Collingridge con tus propios ojos?

—No. Yo no lo conozco. A Roger le gusta tratar él directamente con la gente importante.

—Pero ¿estás segura de que era Charlie Collingridge?

—Sí, claro, eso dijo Rog. Además, ¿quién iba a ser si no? —Una ráfaga de aire de noviembre hizo que las hojas secas les corrieran entre los tobillos como ratas, y Penny se estremeció—. Ay, Dios, vaya lío tan espantoso.

—Penny, relájate un poco. Todo irá bien. Estas cosas se aclaran por sí solas. —Mattie la cogió del brazo y echaron a andar otra vez—. ¿Por qué no te tomas un par de días libres? Roger puede sobrevivir sin ti ese tiempo.

—¿Tú crees? Me pregunto si será así.

—No puede ser inútil hasta ese extremo. Sabrá preparar té y utilizar el ordenador de la oficina, digo yo.

—Nunca toma otra cosa que café y teclea con un solo dedo.

—Lento pero seguro.

—No, solo lento.

Para Mattie, aquello tenía sentido. Quien había alterado el archivo informático no era ningún experto. O'Neill no era ningún experto. Eso no los convertía en la misma persona, pero la cosa tenía sentido. Muchos dedos señalaban a O'Neill.

Estaban de vuelta en Smith Square, a la sombra de la iglesia.

—En esta plaza todavía se utiliza luz de gas, ¿lo sabías? —comentó Mattie señalando la ornamentada farola sobre sus cabezas.

—¿De verdad? —Penny alzó la vista y negó con la cabeza, sorprendida—. Pues mira, recorro esta plaza todos los días, y nunca me había dado cuenta. Te fijas mucho en las cosas.

—Lo intento.

Estaban ante el edificio de la sede del partido. Penny soltó un profundo suspiro al pensar en volver a todo lo que la esperaba ahí dentro. Le dio un apretón a la mano de Mattie.

—Yo le quiero, ¿sabes? He ahí el problema.

—Querer a alguien nunca debería ser un problema.

—¡Y yo que te creía tan lista! —bromeó Penny, que había recobrado las fuerzas—. Gracias por escucharme. Ha sido genial poder contárselo a alguien.

—Llámame cuando quieras. Y cuídate.

—Tú también.

Mattie recorrió lentamente los pocos centenares de metros que la separaban de la Cámara de los Comunes, ajena al frío, reconfortada por unos pensamientos que ardían de impaciencia y entre los que uno brillaba más que los demás: ¿por qué demonios habría tendido una trampa Roger a Charles y Henry Collingridge?



## Capítulo XXXIV

*Todo político tiene sus principios. Claro que los de algunos se encuentran en una longitud de onda tan rara que haría falta un telescopio del observatorio Jodrell Bank para localizarlos.*

*Martes, 16 de noviembre-miércoles, 17 de noviembre*

Urquhart declaró su intención de presentarse como candidato a líder del partido en una rueda de prensa celebrada en la Cámara de los Comunes, en el momento preciso para aparecer en las noticias de la noche y en las primeras ediciones de los periódicos del día siguiente. Aquello no fue ningún apaño en la acera sino un anuncio respaldado por la histórica atmósfera del palacio de Westminster con sus majestuosas chimeneas de piedra, sus paneles de roble oscuro y su ambiente de perdurable autoridad. Fue un acto digno, contenido, casi humilde. Nadie había acusado a Samuel, Woolton y los demás de esas cosas. Mortima estaba a su lado, y él hizo hincapié en que se trataba de una decisión familiar. Dio la impresión de ser un hombre a quien arrastraban a regañadientes hacia la sede del poder, que ponía su obligación hacia sus colegas y su país por encima de sus intereses personales. Era teatro político, por supuesto, a partir de un guión cuidadosamente ensayado, pero interpretó muy bien el papel.

A la mañana siguiente, miércoles, Landless celebró a su vez una rueda de prensa, otra obra de teatro pero con una ambientación por completo distinta. En uno de los palaciegos salones del hotel Ritz, estaba sentado a una larga mesa cubierta de micrófonos, de cara a las cámaras y a las preguntas de la prensa de economía. Junto a él, muy menudo en contraste con su gigantesca mole, se sentaba Marcus Frobisher, presidente del grupo United Newspapers, quien, pese a ser un magnate industrial por derecho propio, en aquella ocasión interpretaba a todas luces un papel secundario. A un lado, una gran pantalla de vídeo emitía ejemplos del mejor material publicitario del *Chronicle*, con tomas intercaladas de Landless siendo recibido por los trabajadores, accionando palancas para poner en marcha las rotativas y dirigiendo su imperio con talante cálido y cercano. Y ahí tenían al hombre en carne y hueso, sonriendo a las cámaras.

—Buenos días, señoras y señores. —Landless llamó al orden a la multitud con un acento mucho menos cockney del que adoptaba en ocasiones privadas—. Gracias por haber venido pese a haberles avisado con tan poca antelación. Les hemos invitado aquí para hablarles de uno de los más emocionantes pasos que ha dado la industria británica de las comunicaciones desde que Julius Reuter estableciera el servicio telegráfico en Londres hace más de cien años. —Se acercó un poco más uno de los micrófonos para dejar que la emoción cuajara bien en quienes lo oían—. Hoy deseamos hacer un anuncio histórico. Hemos decidido crear el grupo de prensa de mayor envergadura en el Reino Unido, un grupo que proporcionará una plataforma para volver a hacer de este país el líder mundial en servicios de información.

Paseó una sonriente mirada por la habitación, que luego posó en Frobisher.

—Chronicle Newspapers ha hecho una oferta para adquirir la totalidad del capital social en acciones del grupo United Newspapers a un precio de valoración de mil millones cuatrocientas mil libras. Supone una plusvalía del cuarenta por ciento sobre el precio actual de mercado. Y me satisface decir que la junta directiva del grupo United Newspapers ha aceptado la oferta por unanimidad.

Más sonrisas. Frobisher también sonreía, pero el magnetismo y la presencia física de Landless lo hacían merecedor de toda la atención, dejando a los demás debatiéndose en las sombras.

—También hemos establecido de común acuerdo los términos para la dirección futura del grupo conjunto. Yo me convertiré en presidente y administrador ejecutivo de la nueva compañía, y mi buen amigo, antaño competidor y ahora colega... —tendió una manaza para aferrar el hombro de Frobisher— será nuestro director.

Varios expertos en la habitación asentían con la cabeza. Conocían a Landless y no dudaban en lo más mínimo de que estaría al mando él solito de la nueva operación. A Frobisher le habían dado una patada tan tremenda para subirlo en el escalafón que ahora lo único que le vería cualquiera sería el culo. Estaba ahí sentado esforzándose en poner buena cara.

—Esto supone un gran paso adelante para la industria de la prensa británica, y para el país entero. El grupo resultante tendrá bajo su control más títulos nacionales y regionales de importancia que cualquier otro grupo de prensa. La fusión de nuestras subsidiarias internacionales nos convertirá en el tercer grupo de prensa más grande del mundo. Supondrá un gran trampolín para nuestra mayor ambición, que es sencillamente la de convertirnos en el mayor grupo de prensa del planeta. Y con base aquí, en Gran Bretaña. —Sonrió de oreja a oreja, con una expresión rapaz en el enorme rostro—. ¡Bueno, no me digan que no es emocionante! —declaró, volviendo a su acento del este de Londres, y las cámaras dispararon como si les hubiese dado la orden de hacerlo.

Les concedió unos instantes, antes de coger de nuevo las riendas.

—Y ahora, sé que tendrán montones de preguntas que hacer, así que ¡adelante!

Un murmullo de excitación recorrió la sala y se alzó un bosque de manos que pretendían llamar su atención.

—Supongo que para ser justo debería dejar que la primera pregunta la hiciera alguien que no trabaje para el grupo —bromeó Landless—. ¿Encontraremos a alguien lo bastante desafortunado para encajar en esa descripción? —Con teatral exageración, hizo visera con la mano para protegerse los ojos de las brillantes luces y buscó entre los reunidos una víctima propicia, y todos rieron ante su descaro.

—Señor Landless —exclamó el director de la sección comercial del *Sunday Times*—. En estos últimos años el Gobierno ha dejado bien claro que, en su opinión, la propiedad de los periódicos británicos ya se concentra en muy pocas manos. Ha dejado claro que consideraría utilizar su potestad sobre monopolios y fusiones para

impedir cualquier unión más. ¿Cómo demonios espera obtener la necesaria aprobación del Gobierno?

Muchas cabezas en la sala asintieron para mostrar que estaban de acuerdo. Buena pregunta. Landless pareció pensar lo mismo.

—Un planteamiento excelente —dijo, y abrió los brazos, como si pretendiera llevarse la pregunta contra el pecho y asfixiarla lentamente hasta liquidarla—. Tiene razón, por supuesto; el Gobierno va a tener que cambiar de opinión. Los periódicos forman parte de la industria de la información mundial. Está creciendo y cambiando con cada día que pasa. Todos saben que es así. Hace cinco años, todos ustedes trabajaban en Fleet Street con viejas máquinas de escribir e imprentas que debían de haberse desguazado en tiempos de la rendición del Káiser. Hoy en día la industria se ha modernizado, descentralizado e informatizado.

—¡Qué lástima! —gritó una voz, y la sala prorrumpió en risas de nostalgia de aquellos tiempos de largos almuerzos líquidos en el bar El Vino y prolongadas huelgas de impresores que les concedían semanas y a veces meses libres, una época en la que podían escribir libros o construir barcos y dedicarse a soñar, y todo ello al tiempo que seguían recibiendo un salario completo.

—Ya saben que eso tenía que cambiar. Y tenemos que seguir cambiando, no podemos quedarnos parados. Tenemos que enfrentarnos a la competencia, no solo de los colegas sino también de la televisión por satélite, la radio, los programas matinales y todo lo demás. Habrá más y más gente que exija información veinticuatro horas al día, en todas partes del mundo. No van a comprar periódicos que lleguen horas después de que haya ocurrido la noticia y que la cubran con sucia tinta de impresión. Si vamos a sobrevivir tenemos que dejar de ser periódicos provincianos para convertirnos en suministradores de información a escala mundial. Y para eso nos hace falta peso.

Encogió los hombros en un gesto de gigante que pasó con la rapidez de una avalancha.

—Y así, el Gobierno tiene que decidirse. ¿Debe hacer el avestruz y esconder la cabeza mientras la industria de la prensa británica se va al garete como la industria automovilística, que habrá muerto en menos de diez años a medida que asumen el control los americanos, los japoneses y hasta los australianos? ¿O será visionario y respaldará lo mejor de los británicos? Es una proposición muy simple. ¿Nos encogemos y rehusamos? ¿O nos encaramos con el resto del mundo y los vencemos?

Un bombardeo de *flashes* secundó sus palabras cuando volvió a sentarse mientras los periodistas que aún utilizaban la taquigrafía garabateaban con furia para seguirle el ritmo. El que había hecho la pregunta se volvió hacia su vecino.

—¿Qué opinas tú? ¿Se saldrá con la suya el viejo cabrón?

—La lógica industrial resulta convincente, eso seguro, y esa apasionada postura suya de crío de clase obrera hecho a sí mismo tiene cierto encanto, ¿no te parece? Pero, si conozco bien al viejo Ben, no va a confiar tan solo en la lógica persuasiva o

en la pasión. Es la clase de tipo que ya ha preparado el terreno, cada palmo de él, incluidas las grietas. Creo que no tardaremos en comprobar cuántos políticos le deben favores.

La respuesta, por lo visto, fue que montones de políticos le debían favores a Landless. Con el cierre de las candidaturas previsto para el día siguiente y la primera votación al cabo de una semana, nadie parecía tener muchas ganas de mosquearlo y arriesgarse a oponerse al poder conjunto de los grupos Chronicle y United. Hubo un aluvión de gente dispuesta a refrendar su idea, que en cuestión de horas se había transformado en estampida de aspirantes que se abrían paso a codazos para no quedarse atrás. Vaya, pero si el hombre no solo tenía ideas progresistas sino que era un patriota de tomo y lomo. Una vez más, dio la sensación de que Landless hubiese sabido cómo ponerle la zanahoria delante a un político. Para cuando llegó la hora del té ya pudo arrellanarse en el sofá con su habitual taza de Bovril y hacer chasquear los tirantes rojos, encantado de la vida.

No todos se dejaron engañar, por supuesto. El *Independent* no pudo resistir la tentación de meterse con él:

El anuncio de Landless ha explotado como una granada en plena carrera por el liderazgo del partido, lo que presumiblemente era su intención. Desde el escándalo de Profumo no nos habíamos encontrado con tantos políticos bajándose los pantalones. Y para un político no es solo muy poco digno que lo pillen en ese estado, sino también peligroso.

No todos los aspirantes se unieron a la estampida. Samuel se mostró cauteloso, evasivo; tenía demasiadas heridas de cuchillo en la espalda para volver a asomar la cabeza desde la barrera. Dijo que quería hablar con el personal de ambos grupos antes de tomar una decisión y, antes siquiera de que el Bovril de Landless se hubiese enfriado, había representantes sindicales denunciando el plan. Tomaron debida nota de que no había garantías de seguridad laboral y que se había pasado por alto o perdonado el ocurrente comentario de Landless de que había tenido que despedir a diez mil personas por cada millón que había ganado. Cuando se encontró con la oposición de los sindicatos, Samuel comprendió que sería absurdo ahora que refrendara la fusión, de manera que buscó refugio en el silencio.

Urquhart también destacó entre los demás. Antes de que hubiese transcurrido una hora del anuncio, se plantó ante las cámaras para ofrecer un análisis concienzudo del mercado global de la información y sus probables tendencias. Su pericia técnica eclipsaba con mucho la de sus rivales, y sin embargo fue cauteloso.

—Mientras que siento el mayor respeto por Benjamin Landless, creo que cometería un error si me precipitara a sacar conclusiones antes de haber tenido oportunidad de considerar todos los detalles. Creo que los políticos deben dar muestras de cautela; la política sale mal parada si todos andamos corriendo por ahí

para tratar de ganarnos el apoyo de los editoriales. Y así, para evitar cualquier posible malinterpretación, me reservaré mis propias opiniones hasta que haya concluido la contienda por el liderazgo. —Y añadió con modestia—: Para entonces, por supuesto, es posible que ya no sean de interés.

Ojalá todos sus colegas hubiesen adoptado la digna y bien asentada postura del whip —comentaría el *Independent* colmándolo de alabanzas—. Urquhart está estableciendo un tono de estadista para su campaña, lo que lo destaca del montón. Y eso no va a disminuir precisamente sus posibilidades.

Otros editoriales se hicieron eco de esas palabras, entre ellos, cómo no, el del *Chronicle*:

Animamos a Francis Urquhart a presentarse como candidato a líder del partido por el respeto que nos despiertan su capacidad de pensar por sí mismo y su integridad. Quedamos encantados cuando aceptó el desafío y seguimos convencidos de que nuestra recomendación era correcta. Su negativa a precipitarse a emitir juicio alguno sobre la fusión de *Chronicle* y *United* es, ni más ni menos, lo que habríamos esperado.

Seguimos confiando en que, tras la debida deliberación, apoyará sin reservas los planes de fusión, pero la opinión que tenemos de Urquhart se basa en mucho más que en el interés comercial. Es el único candidato que hasta la fecha ha demostrado tener una característica vital de la que carecen los demás: el carisma para el liderazgo.

En todos los pasillos de Westminster se hacía posible detectar el sonido de los portazos de frustración a medida que ambiciosos políticos caían en la cuenta de que, una vez más, Urquhart les había ganado la partida. En un ático con vistas a Hyde Park se ofrecía una perspectiva distinta. Landless contemplaba, más allá de las copas de los árboles, el mundo que no tardaría en ser suyo, o eso esperaba.

—Por ti, Frankie, muchacho —musitó llevándose el vaso a los labios—. Por nosotros.

## Capítulo XXXV

*Hay quienes están al borde del abismo. Otros, en cambio, no podrían estar más lejos.*

*Jueves, 18 de noviembre*

Cuando las candidaturas se cerraron a mediodía del jueves, la única sorpresa fue la retirada en el último momento de Peter Bearstead. Había sido el primero en anunciar su intención de presentarse, pero su carrera había concluido ya.

—He hecho lo que pretendía hacer, que era conseguir que se pusieran en marcha unas elecciones como Dios manda —anunció con tono incisivo—. Sé que no tengo la más mínima posibilidad de ganar, así que más vale dejar que los demás sigan adelante. Estaré ahí para ayudar a sacar a rastras los cuerpos de la arena.

Había querido decir que estaría allí para «ayudar a vendar las heridas», pero no era la primera vez que su afición a las frases ingeniosas le nublaban un poco el juicio. Cerró de inmediato un trato con el *Daily Express* para escribir reseñas personales e indiscretas sobre los candidatos durante todo el proceso electoral.

Y así, ahora eran nueve candidatos, una cifra insólitamente grande, pero la opinión generalizada era que solo cinco de ellos tenían serias posibilidades: Samuel, Woolton, Earle, McKenzie y Urquhart. Con la lista de combatientes completa, los encuestadores redoblaron sus esfuerzos por ponerse en contacto con los diputados del Gobierno para husmear en los vaivenes de la marea.

Paul McKenzie estaba resuelto a presentar el filo de su espada. El ministro de Sanidad era un hombre frustrado. Llevaba más de cinco años a cargo del departamento de salud pública y había esperado con el mismo fervor que Urquhart un cambio en la remodelación inmediatamente posterior a las elecciones. Los largos años al mando de una burocracia que no respondía a estímulo alguno le habían dejado una sensación de inferioridad. Solo unos años atrás lo habían considerado una estrella ascendente en el partido, un hombre que sabía combinar una robusta inteligencia con una profunda preocupación por lo que hacía. Muchos predecían que llegaría hasta el final. Pero el servicio de salud pública había resultado una bestia burocrática que era incapaz de dominar, no digamos ya domar, y sus encuentros con piquetes de enfermeros y camilleros protestones habían deteriorado profundamente su imagen. El aplazamiento del plan de expansión hospitalaria había sido el colmo. Se había sumido en el desánimo y hablado con su mujer sobre la posibilidad de dejar la política en las próximas elecciones, de manera que había acogido la caída de Collingridge como un hombre que se ahoga al descubrir tierra firme.

Inició los cinco días previos a la primera votación rebotante de entusiasmo y energía, ansioso por causar un impacto inmediato, decidido a asomar la cabeza sobre la multitud. Le había pedido a su equipo que buscara una situación adecuada para hacerse una buena fotografía, alguna excusa para reavivar su deslustrada imagen,

pero dio instrucciones de que no fuera en los puñeteros hospitales. Lo habían puesto verde demasiadas veces. Había pasado los primeros tres años de su cargo en el Ministerio visitando concienzudamente los hospitales y tratando de informarse sobre el cuidado a los pacientes, solo para encontrarse, los días malos, con piquetes de enfermeros que se quejaban de «salarios de esclavo», y los días peores con violentas manifestaciones del personal auxiliar que protestaba por los «recortes salvajes». Le habían puesto el apodo de «Doctor Tijeretazo», aunque los sindicatos añadían a menudo cosas mucho más soeces en sus pancartas. Hasta los sindicatos de médicos parecían tener la opinión de que los presupuestos sanitarios debían fijarse según el nivel de ruido en lugar de según el nivel de necesidad. En ocasiones, aunque solo en privado, todo aquello había llevado a McKenzie a verter lágrimas de frustración.

Casi nunca llegaba a ver a los pacientes. Incluso cuando trataba de entrar a hurtadillas en un hospital por la puerta de atrás, los manifestantes siempre parecían saber de antemano el sitio exacto en que iba a encontrarse, y estaban listos para soltarle improperios cuando llegasen las cámaras de televisión. Que el ángel de la misericordia le diera aquellos rapapolvos en público nunca le había hecho mucho bien a su imagen o a su autoestima. Y así, McKenzie dejó simplemente de visitar hospitales. En lugar de aguantar todo aquel acoso, había abandonado para ceñirse a territorio más seguro. Era una cuestión de supervivencia.

Así pues, su plan era tan simple como seguro. En lugar de un hospital —«sería del todo inadecuado utilizar a pacientes enfermos para mis propias aspiraciones políticas»—, su oficina había organizado que visitara la sede de los laboratorios Humanifit, junto a una salida de la M4. Humanifit tenía un amplio catálogo de equipamiento para minusválidos y acababa de desarrollar una silla de ruedas que funcionaba activada por la voz. Hasta los parapléjicos incapaces de mover los miembros podían utilizarla. La combinación de tecnología británica puntera y la mejora en las condiciones de los inválidos era justo lo que McKenzie andaba buscando, y así, apenas un par de horas después de que se hubieran cerrado las candidaturas, el coche del ministro circulaba raudo por la autopista con destino a su salvación.

McKenzie había sido cauteloso. No daba por sentado el éxito de aquella visita. Las fábricas daban el pego, pero una demostración con garra resultaba mil veces más atractiva para las cámaras. Le habían tendido ya demasiadas emboscadas, de forma que se aseguró de que su oficina informara a los medios de comunicación solo tres horas antes de su llegada, tiempo de sobra para que reunieran a sus equipos de filmación pero no el suficiente para que congregaran a una activa muchedumbre de alquiler. Cuando se acercaba a las instalaciones de Humanifit, se arrellanó en el asiento de cuero, practicó la sonrisa y se felicitó por la cautela que había esgrimido. Todo iba a salir de maravilla.

Por desgracia para McKenzie, su personal se había pasado de eficiente. Los gobiernos necesitan saber en todo momento dónde están sus ministros; como todos

los demás diputados, tienen que estar disponibles en la medida de lo posible en el caso de una emergencia o de una votación repentina en la Cámara de los Comunes. Y así, el viernes anterior, siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, la secretaria de McKenzie había enviado una lista completa de sus compromisos inminentes a la entidad gubernamental encargada de la coordinación, también conocida como la oficina del whip.

Mientras recorría los últimos cientos de metros de carretera comarcal hacia el emplazamiento rural de la fábrica, McKenzie se peinó y se preparó para la visita. El coche oficial transitó junto al muro de ladrillo rojo que rodeaba el recinto y, mientras el ministro en el asiento de atrás se aseguraba de llevar la corbata recta, hizo su entrada a través del portón.

En cuanto hubo atravesado el umbral, el chófer pegó un frenazo, arrojando a McKenzie contra el asiento delantero, desparramando papeles por el suelo y echando por tierra sus cuidadosos preparativos. Antes de que tuviera oportunidad de maldecir al chófer y exigir una explicación, la causa del problema se enfrentó a él y lo rodeó por todas partes. Lo que veían sus ojos era peor que la peor de sus pesadillas.

El diminuto aparcamiento ante las oficinas de la fábrica era un hervidero de manifestantes, todos con uniformes de enfermero y abucheándolo a pleno pulmón, y cada palabra airada y gesto de indignación quedaba registrado por las tres cámaras de televisión que la oficina de prensa de McKenzie había traído diligentemente y emplazado en el sitio ideal sobre el bloque administrativo. En cuanto el coche oficial hubo dejado atrás el portón, la multitud se desplegó alrededor para propinarle patadas a la carrocería y aporrear el techo con las pancartas. En cuestión de segundos, la antena había desaparecido y se habían arrancado de cuajo los limpiaparabrisas. El chófer tuvo la sensatez de apretar el botón del pánico con que iban equipados todos los coches ministeriales, que cerraba automáticamente las ventanillas y ponía el seguro en las puertas, pero no antes de que alguien se las hubiera apañado para escupirle en la cara a McKenzie. Puños y rostros crispados se apiñaban contra el cristal, con violentas muestras de amenaza; el coche se bamboleaba al arremeter contra él la multitud, envolviéndolo y ahogando a McKenzie hasta que ya no vio el cielo, ni los árboles, ni posibilidad alguna de ayuda; solo veía odio, y en primer plano.

—¡Salga de aquí! ¡Salga de aquí! —chillaba McKenzie, pero el chófer levantó las manos, sin poder hacer nada.

La multitud rodeaba el coche, bloqueando cualquier vía de escape.

—¡Salga de aquí! —siguió chillando, vencido por la claustrofobia, pero no sirvió de nada.

Más por puro instinto que por decisión consciente, un McKenzie totalmente desesperado se inclinó y agarró el cambio automático para meter la marcha atrás. El coche dio una sacudida y se desplazó hacia atrás apenas unos palmos antes de que el pie del chófer accionara el freno, pero fue demasiado tarde. El vehículo había



arremetido contra la multitud. Había volcado una silla de ruedas y golpeado a una mujer con uniforme de enfermera. Parecía sentir un gran dolor.

La multitud se abrió y, aprovechando la oportunidad, el chófer salió marcha atrás entre las puertas hasta la carretera, donde llevo a cabo un espectacular giro accionando el freno de mano para poner el morro del coche hacia fuera y emprender una rápida fuga. Se alejó a toda pastilla, dejando grandes cicatrices de caucho negro en la superficie de la carretera.

La carrera política de McKenzie quedó espachurrada en la carretera junto a las feas marcas de los neumáticos quemados. No importó que la silla de ruedas hubiese estado vacía o que la mujer no tuviera heridas serias, ni que en realidad no fuese una enfermera sino un enlace sindical a jornada completa y una experta a la hora de convertir una escena de piquete en crisis digna de aparecer en las noticias. Nadie se molestó en investigar, y ¿por qué iban a hacerlo? Ya tenían su historia. La marea había cambiado para arremeter contra el hombre que se ahogaba y llevarse al pobre McKenzie una vez más a mar abierto.

## Capítulo XXXVI

*Alguien dijo una vez que todas las carreras políticas acaban en fracaso. Será por eso por lo que los políticos tienen dos caras, como los naipes, así son más fáciles de manipular.*

*Viernes 19 de noviembre*

Había sido una semana dura para Mattie. El ritmo de la contienda por el liderazgo del partido se había acelerado de golpe, y aun así Mattie se sentía varada, con la sensación de que los acontecimientos la dejaban atrás. No había surgido nada de las pocas entrevistas de trabajo que había hecho. Comprendió que había quedado desterrada del creciente imperio periodístico de Landless y que los competidores que aún le quedaban no parecían tener demasiado interés en llevarle la contraria. Se había corrido la voz: era una chica «complicada». Y aquella mañana de viernes había subido el interés de las hipotecas.

Sin embargo, lo peor de todo era la frustración que sentía. A pesar de haber conseguido nuevas piezas del rompecabezas, seguía sin saber cómo disponerlas. Nada parecía encajar, y eso le producía un sordo y punzante dolor de cabeza que llevaba arrastrando varios días. Y así, había decidido sacar del fondo del armario la ropa de deporte y dedicarse a correr por los caminos llenos de hojarasca de Holland Park, esperando que el ejercicio físico que tanto necesitaba le sirviera para depurar cuerpo y mente. Pero el desgaste de piernas y pulmones no pareció sino sumarse a sus pesares. Se le agotaban las ideas, las fuerzas y el tiempo. Solo faltaban cuatro días para la primera votación y allí estaba ella, espantando ardillas.

A la menguante luz del crepúsculo, corrió por la amplia avenida de castaños que se alzaban magníficos y desnudos sobre ella; bajó por Lime Tree Walk, donde, a la luz del día, los gorriones se mostraban tan domesticados como mascotas; dejó atrás las ruinas de ladrillo rojo de la vieja Holland House, que había ardido hasta los cimientos medio siglo antes, dejándola envuelta en perturbadores recuerdos de glorias pasadas. Antes de que Londres se convirtiera en una insaciable e interminable extensión urbana, Holland House había sido la residencia en el campo de Charles James Fox, el legendario radical del siglo XVIII que había dedicado su vida a causas revolucionarias y a conspirar para derrocar al primer ministro. Siempre lo hizo en vano. Pero ¿quién había salido airoso donde él había fracasado?

Volvió a repasar el terreno, el campo de batalla en el que había caído Collingridge, la campaña electoral, las filtraciones, los escándalos, y las figuras que se habían visto arrastradas por el fango: no solo Collingridge y su hermano Charlie sino también Williams, O'Neill, Bearstead, McKenzie, *sir* Jasper Grainger y, por supuesto, Landless. Eso era todo cuanto tenía. Y ahora ¿qué? Cuando ascendía por la ladera hacia la zona más alta del parque, hundiéndose en la tierra húmeda, barajó todas las posibilidades y alternativas a la espera de que alguna cobrara cuerpo.

«Collingridge no concede entrevistas. Williams solo habla a través de la Oficina de Prensa. O'Neill no parece capaz de contestar a ninguna pregunta y Landless ni siquiera se pararía si me viera en un paso de peatones. Y eso solo deja a...» Se detuvo en seco, desparramando hojas secas. «Y eso solo lo deja a usted, señor Kendrick.»

Echó a correr otra vez, sintiéndose mucho más ligera cuando coronó la cima de la colina, y emprendió el camino de bajada hacia su casa. Se sentía mejor, había conseguido recobrar fuerzas.

### *Sábado 20 de noviembre*

Harold Earle se levantó sin hacer ruido de la cama para no molestar a su mujer y se encaminó a la ducha. Se sentía satisfecho del trabajo llevado a cabo durante la semana. Lo habían proclamado uno de los cinco candidatos «con más probabilidades», había sido testigo de los bandazos del vagón de Samuel y de cómo descarrilaba el de McKenzie. Había que tener en cuenta la encomiable demostración del whip, por supuesto, pero Earle no creía que Urquhart tuviera posibilidades de éxito: no contaba con la experiencia de un alto cargo del Gabinete al frente de un Ministerio y, al fin y al cabo, la experiencia se tenía en cuenta; concretamente la clase de experiencia que tenía Earle.

Había empezado su ascenso en el escalafón muchos años atrás, cuando era el secretario parlamentario privado de Maggie Thatcher, un cargo sin poder ejecutivo real pero cuya situación tan cerca de la llama eterna impresionaba a los demás. Había ascendido muy deprisa en el Gabinete y estado al frente de varias carteras importantes, incluyendo, aquellos dos últimos años bajo el mandato de Collingridge, la responsabilidad de las amplias reformas escolares del Gobierno como ministro de Educación. A diferencia de algunos de sus predecesores había sido capaz de encontrar terreno común con la profesión docente, aunque había quienes lo acusaban de no saber tomar decisiones difíciles y de ser conciliador.

Pero ¿acaso no le convenía al partido en su estado actual un aire conciliador? Las trifulcas internas en torno a Collingridge habían dejado cicatrices, y el carácter cada vez más abrasivo de la campaña por su sucesor hacía poco más que echar sal en las heridas. En concreto, Woolton estaba siendo un verdadero incordio con sus intentos de resucitar su turbulento estilo político del norte; su negativa a llamar a las cosas por su nombre no hacía sino suscitar el antagonismo de los más tradicionalistas del partido. Era el momento perfecto para él, el momento de Earle.

Aquel día, sábado, iba a ser un gran día. Un mitin entre los fieles del partido en su circunscripción en el que hacer ondear la bandera, un salón de madera pulida a rebosar de partidarios a quienes podía saludar por su nombre de pila, y todo ante las cámaras, claro. Anunciaría una iniciativa política de suma importancia. Él y sus funcionarios llevaban ya un tiempo trabajando en ella, y solo faltaba un empujoncito

para que la tuvieran lista. El Gobierno ya ofrecía una plaza garantizada en un curso de formación para aquellos que dejaban el colegio y no tenían trabajo, pero ahora tendrían la oportunidad de completar esa formación en otro país del Mercado Común, lo que incluiría hacer prácticas y aprender idiomas.

Earle estaba seguro de que su propuesta sería bien recibida. El suyo era un discurso henchido de referencias a nuevos horizontes y oportunidades para los jóvenes, futuros más prometedores y cualquier otro cliché del que pudiese echar mano.

Y el *coup de grâce*. Le pondría ese título, en francés, totalmente apropiado. Había conseguido que los burócratas de Bruselas pagaran por todo el proyecto. Prácticamente era capaz de oír los atronadores aplausos que lo llevarían derecho a Downing Street.

Cuando llegó a Essex, una multitud de partidarios lo esperaba en la entrada del centro social, vitoreándolo. Hacían ondear pequeñas banderas del Reino Unido y carteles de antiguas elecciones que lo proclamaban «Conde de Essex», una bromita que aludía a su aristocrático apellido, que habían desempolvado para darle a la ocasión un aire de campaña electoral. Hasta había una banda de música que se lanzó a tocar cuando él traspuso las puertas del centro social y enfiló el pasillo estrechando manos a ambos lados. El alcalde lo guió hacia el estrado de madera mientras las cámaras y técnicos de iluminación maniobraban para encontrar el mejor ángulo. Subió por los peldaños, le dio un beso a su mujer, contempló la multitud, protegiéndose los ojos con la mano, les agradeció los aplausos con un ademán mientras el alcalde trataba de hacerse oír al proclamarlo «el hombre que no necesita presentaciones para vosotros, ¡y muy pronto para nadie en este país!». En aquel momento, Harold Earle se sentía a punto de lograr el mayor triunfo personal de toda su vida.

Y fue entonces cuando lo vio. De pie en primera fila, apretujado entre otros seguidores, saludando y aplaudiendo como los demás. La única persona en el mundo que esperaba no volver a ver jamás, de la que no quería saber nada.

Se habían conocido en un vagón de tren, cuando Earle volvía a altas horas de la noche de un mitin en la región noroeste del país. Iban solos en el vagón, Earle estaba muy borracho, y Simon se había mostrado muy, muy simpático. Y era guapísimo. Despertó la atracción de una parte de sí que Earle llevaba tratando de olvidar desde la universidad. Mientras el tren surcaba la noche, Simon y él se habían internado en un mundo totalmente ajeno a las brillantes luces y responsabilidades que acababan de dejar atrás. Earle se había encontrado cometiendo actos que podrían haberle supuesto una sentencia de cárcel hace unos años y que ahora solo eran legales entre adultos que los llevasen a cabo por libre voluntad y en privado, y desde luego no en un vagón de los ferrocarriles británicos a veinte minutos de Birmingham.

Earle había bajado dando tumbos del tren, tras haber puesto en la mano de Simon dos billetes de veinte, y había pasado la noche en su club. No se sintió capaz de

volver a casa.

Había pasado seis meses sin ver a Simon, hasta que, caído del cielo, había aparecido en el vestíbulo central del Parlamento para preguntarles a los guardas policiales si podía verlo. Cuando el ministro llegó, presa del pánico, el joven no había hecho ninguna escena, sino que le explicó a Earle que lo había reconocido en un reciente programa emitido por el partido; y le pidió dinero con muy buenos modales. Earle le había pagado algunos «gastos» del viaje a Londres y lo despidió de buenos modos.

Simon había vuelto a aparecer unas semanas después, y Earle supo que no tendría respiro. Le había dado instrucciones a Simon de esperar. Luego había buscado refugio en su rincón de la Cámara y dedicado diez minutos a contemplar aquella escena que tanto había llegado a adorar, consciente de que el joven que esperaba fuera amenazaba todo lo que había atesorado en su vida. Como no había encontrado una respuesta por sí mismo, se había arrastrado hasta la oficina del whip para confesarlo todo. Sentado en el vestíbulo central, había un joven que le hacía chantaje por una breve y estúpida aventura que habían tenido hacía muchos meses. Estaba acabado.

—Parece que la has cagado un poco —soltó Urquhart, y luego se disculpó por aquel lenguaje tan burdo—. Pero no te preocupes, Harold, cosas peores pasaron en la retirada de Dunkerque, por no hablar de la sala del comité del piso de arriba. Tú señálame al capullo en cuestión y todo solucionado.

Urquhart había cumplido su palabra; lo había solucionado de puñetera maravilla, de hecho. Se había plantado ante el muchacho para presentarse y asegurarle que, si no había salido de allí en el término de cinco minutos, llamaría a la policía y sería arrestado por chantaje.

—Ah, y no pienses que serás el primero —añadió Urquhart—. Pasa bastante a menudo. Pero en estos casos tan sórdidos, el arresto y el juicio subsiguiente se llevan a cabo con poquísima publicidad. Nadie se enterará de a quién tratabas de chantajear, y muy pocos llegarán a saber cuánto tiempo te habrá caído entre rejas. Quizá tan solo tu pobre madre.

Sin más aliciente, el joven había llegado a la conclusión de que había cometido un terrible error y debía esfumarse del edificio y de la vida de Harold lo más deprisa posible, pero Urquhart había tenido la precaución de tomar los datos de Simon de su permiso de conducir, por si se le ocurría volver a dar problemas.

Y ahora ahí estaba otra vez, apretujado en su asiento en primera fila, dispuesto a exigirle cosas que, en la febril imaginación de Earle, no podían suponer más que un suplicio. Siguió atormentándose durante todo el discurso, que supuso una considerable decepción para sus seguidores. El contenido del mismo estaba ahí, impreso en una fuente de buen tamaño en las páginas de papel reciclado, pero el fuego en sus palabras se había extinguido. Se abrió paso a trompicones en la cansina prosa de sus colaboradores, con el sudor goteándole de la nariz pese a que era un frío

día de noviembre, con la cabeza aparentemente en otra parte mientras pronunciaba aquellas frases. Aun así los fieles lo aplaudieron con entusiasmo cuando hubo terminado, pero no sirvió de nada. El alcalde casi tuvo que arrastrarlo al foso para satisfacer el clamor de la multitud que quería estrecharle la mano y tener la oportunidad de desearle lo mejor a su hijo predilecto. Cuando le ovacionaban y le daban palmadas en la espalda, se encontró más cerca incluso de la mirada de Simon, tan joven, penetrante y cómplice. Fue como si lo arrastraran hacia las puertas del mismísimo infierno. Pero Simon no hizo ninguna escena, se limitó a estrecharle la mano sudorosa y sonreír mientras toqueteaba con nerviosismo el medallón que llevaba ostentadamente colgado al cuello. Y luego desapareció, solo un rostro más que quedaba atrás en la multitud.

A su regreso a casa, Earle se encontró con dos hombres esperándolo en la fría calle.

—Buenas noches, señor Earle... señora Earle. Somos Simmonds y Peters, del *Mirror*. Un mitin interesante, el que ha ofrecido hoy. Tenemos el comunicado de prensa, el texto en sí, pero necesitaríamos un poco de chicha para nuestros lectores. Por ejemplo, las reacciones del público. ¿Tiene algún comentario que hacer sobre su público, señor Earle?

Él se precipitó al interior de la casa sin decir palabra, arrastrando consigo a su mujer, y cerró de un portazo. Luego observó a través de una ventana con las cortinas echadas cómo los dos tipos se encogían de hombros y se retiraban al coche familiar aparcado enfrente. Uno sacó un libro, el otro un termo, y se arrellanaron para la larga noche que les esperaba.

## Capítulo XXXVII

*Por su propia naturaleza, la ambición necesita víctimas.*

*Domingo, 21 de noviembre*

Aún seguían allí al amanecer del día siguiente cuando Earle se asomó. Uno dormía con un sombrero calado sobre los ojos, el otro hojeaba los periódicos dominicales. Guardaban bien poco parecido con las ediciones de la semana anterior. Una campaña por el liderazgo que había parecido muerta y flotando en el agua cobraba vida de pronto gracias a la intervención de Urquhart y la catástrofe de McKenzie.

Es más, los encuestadores empezaban a menoscabar la resistencia de los parlamentarios. «¡Todos empatados!», declaraba el *Observer*, y anunciaba que el sesenta por ciento de los diputados del partido del Gobierno a los que habían convencido de dar su opinión se dividían ahora a partes iguales entre los tres candidatos en cabeza, Samuel, Earle y Woolton, con Urquhart inmediatamente detrás. McKenzie había desaparecido sin dejar rastro, al igual que la pequeña ventaja de la que antes disfrutara Samuel.

A Earle, aquellas noticias no le produjeron alegría. No había pegado ojo en toda la noche, dedicándose a pasear de aquí para allá y a eludir las preguntas de su cada vez más preocupada mujer. Había tratado de encontrar consuelo, pero solo veía la cara de Simon. La presencia de los dos periodistas lo había tenido obsesionado. ¿Cuánto sabían? ¿Qué hacían ahí apostados en su umbral? Cuando los primeros vestigios del amanecer frío y gris de noviembre empezaron a teñir el cielo, se encontró totalmente exhausto. Ya no podía resistirlo más; tenía que saberlo.

Peters despertó de un codazo a Simmonds cuando la figura sin afeitarse de Earle, con la bata de seda bien ceñida, salió por la puerta de su casa y se encaminó hacia ellos.

—Funciona de maravilla, siempre —comentó Peters—. Como un ratón detrás del queso. Veamos qué tiene que decir, Alf... y enciende ya la puñetera grabadora. Buenos días, señor Earle —exclamó Peters cuando Earle se acercaba—. No se quede ahí fuera, que hace frío. Siéntese aquí con nosotros. ¿Le apetece una taza de café?

—¿Qué quieren? ¿Por qué me están espiando? —quiso saber Earle, ignorando el ofrecimiento.

—¿Espíandolo nosotros, señor Earle? No diga tonterías, solo andamos en busca de un poco de chicha. Usted es uno de los candidatos con más probabilidades de convertirse en primer ministro. ¿Ha visto ya los periódicos? Sale en todas partes. Lo normal es que la gente se interese cada vez más por usted... por sus aficiones, por lo que le gusta hacer. Por quiénes son sus amigos.

—¡No tengo nada que decir!

—¿Y no podríamos entrevistar a su esposa, quizá? —sugirió Simmonds.

—¿Qué insinúa? —quiso saber Earle con voz muy aguda y crispada.

—Madre mía, nada en absoluto, señor. Por cierto, ¿ha visto las fotos de su mitin de ayer? Son muy buenas, de una claridad increíble. Estamos pensando en usar una para nuestra primera plana de mañana. Mire, échele un vistazo.

Una mano le tendió una fotografía grande y brillante a través de la ventanilla del coche y la blandió ante sus narices. Earle la cogió, y soltó un grito ahogado. Lo mostraba a él aferrando la mano de un Simon sonriente y bobalicón, y mirándolo a los ojos. Los detalles tenían una claridad sobrecogedora. Casi parecía que una mano oculta hubiera delineado los ojos de Simon con un lápiz, y sus labios carnosos, con su eterno mohín, parecían haberse vuelto más oscuros, más visibles. Los dedos que toqueteaban el medallón que llevaba al cuello lucían una manicura perfecta.

—Conoce bien a este caballero, ¿verdad, señor? —preguntó Simmonds.

—Es uno de sus más fieles seguidores, ¿a que sí? —añadió Peters—. Y dígame, señor Earle, ¿qué clase de apoyo le presta exactamente?

A Earle le temblaba la mano. Volvió a arrojar la foto por la ventanilla del coche.

—¿Qué intentan hacer? Lo niego todo rotundamente. ¡Pienso informar de este acoso al director de su periódico!

—¿Al director, señor? Vaya, válgame Dios, si es él quien nos ha mandado aquí.



## Capítulo XXXVIII

*Presentarse voluntario a comandante de un ejército es muy loable, pero ése es precisamente el blanco al que el enemigo apunta primero. Más vale quedarse unos pasos atrás, concederse el tiempo necesario para abrirse camino entre los montones de cadáveres.*

*Lunes, 22 de noviembre*

El Vestíbulo de los Diputados que constituye la entrada principal a la Cámara de los Comunes está dominado por grandes figuras en bronce de Churchill, Attlee y Lloyd George. Las punteras de sus zapatos están brillantes de los roces de los dedos de tantos diputados que han confiado en compartir su grandeza. Una puerta de doble hoja de roble macizo protege el paso a la Cámara, y a ella llama el caballero ujier de la vara negra para convocar a los diputados para la sesión de apertura del Parlamento. La puerta se emplaza en un maltrecho arco de piedra que aún luce las cicatrices de la destrucción de la Cámara original en el bombardeo de 1941. Cuando se reconstruyó, Churchill había pedido que el arco estropeado y calcinado se conservara. «Para que no olvidemos.»

El Vestíbulo es asimismo el sitio donde los diputados recogen los mensajes.

—Hola, señor Kendrick.

Él alzó la vista de los diversos papeles que inspeccionaba para encontrarse a Mattie a su lado. Sonrió.

—Era usted...

—Mattie Storin.

—Sí, claro, claro. —La mirada de Kendrick vagó un poco antes de volver al rostro de ella—. Y ¿qué puedo hacer por usted, Mattie?

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si le parece bien.

—Será un placer. Pero ahora mismo no, me temo —añadió consultando el reloj—. ¿Qué me dice de un té? ¿En mi oficina a las cuatro y media? Entonces tendré tiempo de sobra para usted.

Kendrick era un diputado sin cargo de responsabilidad en la oposición y su oficina era un pequeño y único despacho en el Norman Shaw North, el edificio de ladrillo rojo que incontables películas en blanco y negro habían vuelto famoso como Scotland Yard, la sede de la policía metropolitana. Hacía mucho ya que las fuerzas de la ley y el orden se habían trasladado a una fortaleza de hormigón gris en Victoria Street y las autoridades parlamentarias habían ocupado encantadas el local vacante, si bien ruinoso, justo enfrente del Parlamento para disponer del espacio de oficinas adicional que tanto necesitaban.

—Mattie, bienvenida a mi hogar y a invadir mi espacio personal. Tiene más o

menos el mismo encanto que una celda monacal, ¿a que sí?

—No sabría decirle, no me van mucho los monjes —respondió ella.

La ayudó a quitarse el abrigo, con una mirada más apreciativa que rapaz al jersey de lana deliberadamente ajustado, la falda lo bastante corta como para enseñar las rodillas. Mattie necesitaba la atención de aquel hombre, y la estaba obteniendo.

—¿Un té o...? —preguntó él arqueando una ceja.

—Mejor o —contestó ella.

Kendrick sacó una botella de Chardonnay de una neverita en un rincón y cogió dos copas de la estantería. Mattie se sentó en el pequeño sofá mientras él servía.

—Por el hogar —brindó Mattie levantando la copa.

—Esto no se parece en nada a un puñetero hogar, ni quiero que lo haga —gruñó él—. Solo Dios sabe cómo pretenden que dirijamos un imperio venido a menos desde armarios de la limpieza. Pero brindaré por eso con usted de todas formas.

—No puede odiarlo tanto. Se pasó años luchando para entrar aquí.

—Soy un desagradecido de mierda, ¿no es eso? —dijo Kendrick, y esbozó una sonrisa muy atractiva.

—Y se las ha apañado para dejar huella muy deprisa.

—Conque halagadora, ¿eh? Y con buenas piernas. Debe de desear algo terriblemente. —Le dirigió una mirada tranquila, comprensiva.

Ahora le tocó a ella sonreír.

—Señor Kendrick...

—Yo diría que ya podemos dejar atrás la fase señor Kendrick y mandar al carajo el usted.

—Vale, pues Stephen. Estoy trabajando en un artículo sobre el funcionamiento del Parlamento y sobre cómo la política puede estar llena de sorpresas. Y, cuando se trata de sorpresas, la tuya fue una de las gordas.

Kendrick soltó una risita.

—Todavía me asombra que mi reputación pudiera sustentarse en semejante... bueno, ¿cómo lo llamarías tú? ¿Golpe de suerte? ¿Apuesta ganadora? ¿Conjetura?

—¿Intentas decirme que en realidad no sabías que el plan hospitalario se había archivado, que fue solo una suposición? —preguntó Mattie con tono de incredulidad.

—¿No crees que fuera así?

—Déjame expresarlo de esta manera: soy una cínica con una sonrisa.

—Bueno, mientras sonrías, Mattie... —Le sirvió otra copa—. Déjame expresarlo a mí de esta manera: no estaba absolutamente seguro. Me arriesgué.

—Bueno, ¿y qué era lo que sí sabías?

—¿Extraoficialmente?

—Muy extraoficialmente, si prefieres.

—La verdad es que nunca le he contado toda la historia a nadie... —Bajó la vista para ver a Mattie frotarse los tobillos, como si pretendiera aliviar unas pantorrillas doloridas—. Pero me gusta tu técnica de interrogatorio. Y supongo que no hará

ningún daño que te cuente un poco los antecedentes. —Reflexionó un instante para decidir hasta dónde debía llegar—. Descubrí que el Gobierno, o más bien su sede del partido, había planeado una enorme campaña de publicidad para promocionar el nuevo plan hospitalario. Habían puesto mucho empeño en ella, invertido un montón de dinero en los preparativos... bueno, con un plan como ése, sería lo suyo, ¿no? Pero en el último momento les cancelaron el cotarro entero. Sencillamente le dieron carpetazo. Pensé mucho en todo aquello, y cuanto más pensaba, más me parecía que la única explicación posible era que no estaban dándole carpetazo tan solo a la campaña publicitaria sino al proyecto en sí. Y así, decidí desafiar al primer ministro... ¡y cayó en la trampa! Yo mismo no podría haber quedado más sorprendido.

—No recuerdo ninguna conversación en aquellos momentos sobre una campaña de publicidad.

—Querían el elemento sorpresa. Creo que toda la planificación era muy confidencial.

—Es obvio que tú tienes fuentes confidenciales.

—Y así van a seguir siendo exactamente, incluso para ti. ¡Confidenciales! Es la clase de cosa que no le contaría ni a mi ex.

—¿O sea que estás...?

—Divorciado. Y muy soltero.

Mattie sospechó que le estaba ofreciendo un trato, pero, por atractivo que fuera Kendrick, no estaba muy dispuesta a pagar un precio como aquél. Su vida ya era bastante complicada como estaba.

—Ya sé hasta qué punto son valiosas las fuentes —dijo, volviendo a llevar la conversación por el buen camino—, pero ¿no podrías darme una pequeña pista? La filtración solo pudo haber salido de dos fuentes, el partido o bien el Gobierno, ¿a que sí?

—Conque tienes perspicacia además de buenos tobillos.

—Ha habido mala sangre entre la sede del partido y Downing Street desde las elecciones. Has dicho que era una campaña publicitaria del partido, de manera que sería lógico suponer que la información salió de la sede.

—Eres muy buena, Mattie. Pero eso no lo has sabido por mí, ¿de acuerdo? Y no pienso decirte nada más sobre mi fuente. —Ya no había alegría en su tono de voz; ahora parecía cauteloso y muy profesional.

—No te preocupes, no hace falta. El secreto de Roger está a salvo conmigo.

Kendrick estaba a medio sorbo de vino. Lo escupió de nuevo en la copa. Sus ojos, cuando los clavó en los de Mattie, fueron duros como el acero.

—¿Me crees tan frívolo como para volverle la espalda a un viejo amigo solo por un par de tetas?

¿Un viejo amigo? Las piezas de aquella parte del rompecabezas empezaban a encajar.

—Sé que fue Roger. No necesito que me lo confirmes. Y yo no soy ningún tribunal inquisidor. Ya tiene demasiados líos entre manos. Esto no va a aparecer en la prensa.

—¿Para qué has venido, entonces?

—Quería información, quería entender cosas.

—Y yo que empezaba a pensar que me caías bien. Creo que ya es hora de que te vayas, Mattie.

Los tipos del *Mirror* seguían ahí a la hora del almuerzo, y también al caer la noche, leyendo, mondándose los dientes, observando. Llevaban casi cuarenta y ocho horas seguidas esperando a Earle en su miserable cochecito, pendientes de cada vez que se movía levemente la cortina, fotografiando a todo el que acudía a la casa, incluidos el cartero y el lechero. Y a su esposa, por supuesto. Earle encontraba al menos una pizca de consuelo en el hecho de que ella se hubiese marchado temprano a visitar a su hermana. Qué mujer tan dulce, y ciega: había supuesto que los periodistas acechaban ante la puerta por la campaña a líder del partido; aunque no dejaba de ser así, en cierto sentido.

Earle no tenía a quien recurrir, nadie con quien compartir su desdicha o a quien pedir sabio consejo. Era una figura solitaria, un hombre sincero y hasta devoto que había cometido un error por el que sabía que algún día tendría que pagar.

Se habían cansado de esperar. Llamaron a la puerta.

—Perdone que le molestemos, señor Earle. Volvemos a ser Simmonds y Peters. Solo una pregunta rápida que nuestro director quiere que le hagamos. ¿Cuánto hace que lo conoce?

Le plantaron en la cara otra fotografía de Simon, esta vez tomada en un estudio y no en un mitin, en la que aparecía vestido de la cabeza a los pies en cuero negro lleno de cremalleras. Llevaba la chaqueta abierta hasta la cintura, exponiendo un torso esbelto y triangular, y un látigo en la mano derecha.

—Váyanse. ¡Por favor, váyanse! —exclamó Earle, tan fuerte que los vecinos se acercaron a la ventana a investigar.

—Si somos inoportunos, volveremos en otro momento, señor.

En silencio, se alejaron en fila de vuelta al coche y se dispusieron a vigilarlo otra vez.

## Capítulo XXXIX

*Quienes deseen trepar a los árboles más altos deben aceptar la consecuencia de que probablemente dejarán expuestas sus partes más vulnerables.*

*Martes, 23 de noviembre*

Seguían allí a la mañana siguiente, esperándolo. A Earle ya no le quedaban recursos emocionales. Estaba sentado en una butaca en su estudio llorando quedamente, con las uñas, o lo que quedaba de ellas, hundidas en el brazo. Había trabajado muy duro, merecía tanto, y sin embargo todo había conducido a eso.

Sabía que tenía que ponerle fin. No tenía sentido seguir adelante. Ya no creía en sí mismo, y sabía que había perdido el derecho a que otros lo hicieran. Con los ojos nublados de lágrimas, abrió el cajón del escritorio y hurgó en él hasta dar con su agenda de teléfonos privada. Marcó los números en el aparato como si hundiese los dedos en el ácido más cruel. Tuvo que esforzarse mucho en controlar la voz durante la breve conversación que siguió. Entonces le puso fin, y pudo volver a llorar.

Cuando se difundió como el rayo por todo Westminster unas horas después, la noticia de que Earle se había retirado de la campaña dejó a todo el mundo horrorizado. Tan inesperada había sido que no hubo tiempo de modificar las papeletas ya impresas excepto con el ignominioso método de tachar su nombre con un bolígrafo. A *sir* Humphrey no lo dejó muy contento que sus cuidadosos preparativos hubieran dado paso al caos en el último momento y tenía listas palabras muy duras para quien quisiera escucharlas, pero, en cuanto dieron las diez, la Sala del Comité número 14, que se había reservado para la votación, abrió sus puertas y el primero de los 335 diputados del Gobierno que iban a votar pasó por ellas. Habría dos ausencias destacadas: la del primer ministro, quien había anunciado que no votaría, y la de Harold Earle.

Mattie había tenido la intención de pasarse el día en la Cámara de los Comunes charlando con diputados y haciéndose una idea de sus opiniones. La mayoría parecía pensar que la renuncia de Earle ayudaría a Samuel: «Los conciliadores tienden a quedarse con los que van sobrados de conciencia —había explicado un vejete—, de manera que los seguidores de Earle se decantarán hacia el joven Disraeli. No tienen imaginación para hacer nada más positivo». Disraeli. El judío. La campaña estaba adquiriendo un desagradable cariz personal.

Mattie estaba en la cafetería de la tribuna de prensa dándole al café con otros corresponsales cuando el sistema de megafonía anunció que había una llamada para ella. Confirió en que se tratara de una oferta de trabajo, en que alguien hubiera cambiado de opinión; abandonó el café y fue al teléfono más cercano. La impresión

que se llevó al oír la voz fue mayor incluso que cuando se había enterado de la noticia de la renuncia de Earle.

—Hola, Mattie. Tengo entendido que la semana pasada andabas buscándome. Siento que no pudieras verme, estaba fuera de la oficina. Una de esas gripes intestinales. ¿Aún quieres que nos veamos?

Roger O'Neill sonaba tan simpático y entusiasta que a Mattie le costó relacionarlo con la voz que había oído balbucir por el teléfono unos días antes. Parecía un hombre completamente distinto.

—Si aún te interesa, ¿por qué no te pasas por Smith Square un poco más tarde?

Aquello le hizo preguntarse a Mattie en qué caótica atracción de circo andaría montado O'Neill. Y, sin embargo, su reacción fue minúscula comparada con la que había tenido Urquhart poco antes. Había llamado para darle instrucciones a O'Neill de que dispusiera lo necesario para que Simon asistiera al mitin de fin de semana de Earle, y de que se asegurara asimismo de que el *Mirror* fuera informado de manera anónima de la conexión entre los dos hombres. Pero al hacerlo, al igual que Mattie y Penny, se había encontrado con que O'Neill se sumía inexorablemente en su inconsciencia inducida por la cocaína y perdía el contacto con lo que pasaba fuera de su mundo caleidoscópico y cada vez más pequeño. Había seguido una confrontación. Urquhart no podía permitirse quedarse sin los servicios de O'Neill, pero tampoco podía permitirse tener cabos sueltos por ahí.

—Una semana, Roger, una semana más y podrás tomarte un respiro y olvidar todo esto durante un tiempo. Podrás ganarte ese título de *sir* que siempre has deseado. Eso lo cambiará todo en tu vida. Con ese título delante, nunca volverán a mirarte por encima del hombro. Y yo puedo ocuparme de que te lo den, sabes que sí. Pero como me falles ahora, como pierdas el control, te juro por Dios que me ocuparé de que lo lamentos el resto de tu vida. Maldita sea, haz el favor de controlarte. No tienes nada que temer. ¡Aguanta solo unos días más!

O'Neill no sabía muy bien de qué hablaba Urquhart. ¿Aguantar? Pues claro que podía aguantar. Era verdad que se había encontrado un poco mal, pero su embotado cerebro seguía negándose a aceptar que tuviera algún problema importante de comportamiento. Podía controlarlo. Todo. En su vida no había sitio para las dudas, en especial sobre sí mismo. Podía salir airoso de todo aquello, sobre todo con un poco más de ayuda, solo un poquito... Solo unos días más, solo había que tirar de unos cuantos hilos más, dar un par de quiebros más, y borraría esas sonrisas paternalistas de sus caras. ¡Arriba, *sir* Roger! La cosa bien valía la pena un pequeño esfuerzo más.

—Claro, Francis. No hay problema. Te lo prometo.

—No te equivoques con esto, Roger. No te atrevas.

Y O'Neill se había reído, aunque tenía los ojos llorosos y la nariz le goteaba como a un viejo en un día de viento.

Cuando por fin se había recompuesto lo suficiente para volver a la oficina, Penny le había hablado de la visita de Mattie y de que andaba haciendo preguntas sobre el

apartado de correos en Paddington.

—No hay de qué preocuparse, Pen, me ocuparé de ello —exclamó ocultando la instantánea punzada de alarma, recuperando la arrogante confianza de sus años de tácticas de venta. ¿No le habían dicho acaso que era capaz de venderle nieve a Siberia, que las ancianitas cruzarían la calle para dejarse besar por él? Solo hacía falta pasión, un poquito de autoestima. Mattie no era más que una mujer sin muchas luces, nada del otro mundo.

Y así, cuando ella llegó a su oficina después de comer, O'Neill estaba radiante y alerta, con aquellos ojos tan extraños todavía asombrosamente animados, pero al parecer deseoso de ayudar.

—No fue más que un achuchón de estómago —explicó—. Siento haberte dado plantón. Pero bueno, fuera lo que fuese lo que me dio el médico me fue realmente bien, me hizo espabilar al instante. —Sonrió, rebosante de encanto irlandés—. Ya estoy mejor. Bueno, me cuenta Pen que andabas preguntando por el apartado de correos del señor Collingridge.

—Pues sí. ¿Era ese apartado de Charles Collingridge?

—Desde luego que sí.

—Pero no lo abrió él en persona.

Los ojos de O'Neill habían vuelto a su frenesí, como objetos que trataran de evitar la fuerza de la gravedad, pero la sonrisa segura de sí seguía en su sitio. Y Mattie estaba desesperada por ocultar su fuente, Penny, de manera que fue inventando sobre la marcha.

—El tendero no ha visto nunca a Collingridge, no lo reconoce en las fotos, jura que nunca ha entrado en su tienda.

—Lo hizo un amigo —dijo O'Neill hurgando en busca de un cigarrillo.

—¿Quién?

—¡No fui yo, desde luego! —O'Neill soltó una risita, apareciendo tras una bruma de humo de tabaco—. Mira, Mattie, si lo que buscas es una explicación oficial, ya sabes que tendré que decirte que los asuntos personales del señor Collingridge son cosa suya y no tendrá sentido que te quedes ni a acabarte el té. —Se inclinó hacia ella a través del escritorio—. Pero si quieres hablar de manera extraoficial, sin que aparezca publicado...

—El té está muy bueno —dijo Mattie.

O'Neill le dio una buena calada al cigarrillo, llenándose los pulmones, haciendo acopio de confianza.

—Pues muy bien. Aunque sea extraoficialmente, sabes que lo que puedo decir tiene un límite, y también sabes que Charlie no ha estado nada bien últimamente. No ha sido... ¿cómo expresarlo?... digamos que «plenamente responsable» de sus actos. —Curvó los dedos para poner énfasis en aquellas comillas—. Sería una verdadera lástima que te dedicaras a hurgar en todo esto y lo castigaras aún más a él. Su vida está hecha añicos. Haya lo que haya hecho, ¿no ha sufrido ya suficiente? Por el amor

de Dios, Mattie, dale al pobre hombre una oportunidad de rehacer su vida.

A Mattie empezó a agriársele el humor al ver cómo se cargaba la culpa en hombros inocentes y se disfrazaba de caridad desinteresada, pero aun así esbozó una sonrisa de ánimo.

—Me parece justo, Roger. No se gana nada con acosarlo más. Bueno, ahora déjame tratar una cuestión distinta.

Vio que los ojos de O'Neill se serenaban un segundo, que la sonrisa se relajaba. Pensaba que se había salido con la suya. Que había ganado a aquella niñata simplona a su propio juego. Un quiebro más, un regate bien hecho, y sería libre. ¡Caray, Roger, qué bueno eres!

—Hablemos de filtraciones —prosiguió ella—. Ha habido muchas en estos últimos meses. Se supone que el primer ministro culpa a Smith Square de muchos de sus problemas.

—No sé hasta qué punto es justo eso, pero no es un secreto de Estado que las relaciones entre él y el presidente del partido han sido muy tensas.

—¿Lo bastante tensas para que alguien de dentro de la sede del partido filtrara deliberadamente el sondeo de opinión que publicamos durante el congreso?

Los ojos empezaron a ir de aquí para allá otra vez.

—La gente siempre anda buscando a quién culpar. A algún otro. Supongo que para eso estamos aquí, en parte. —Rió de su propia bromita—. Es muy fácil señalar con el dedo, pero creo que es muy difícil justificar cualquier suposición. Aparte del presidente del partido, en este edificio solo hay... vamos a ver... cinco personas que reciben esos sondeos de opinión. Yo soy una de ellas, y puedo decirte que nos tomamos condenadamente en serio su confidencialidad. —Encendió otro pitillo. Un poco de tiempo para pensar—. Pero también se envían a todos los ministros del Gabinete, a los veintidós, ya sea a la Cámara de los Comunes, donde bien pueden pasar primero por las manos de una secretaria cotilla, o a sus departamentos, y éstos son muchas veces nidos de víboras, llenos de funcionarios que no le tienen ningún cariño a este Gobierno. Si andas buscando el origen de las filtraciones, he ahí los sitios obvios donde empezar.

—Sí, vale, pero aquel documento se filtró en la sede del hotel de Bournemouth. Las secretarías o los funcionarios hostiles no acuden al congreso del partido ni rondan por el hotel en que se aloja la delegación.

—Bueno, pues quién sabe, Mattie. Sigue siendo muy probable que haya salido de una fuente de esas características. Por el amor de Dios, no me digas que te imaginas a lord Williams a cuatro patas ante las puertas de las habitaciones de un hotel.

Soltó una carcajada para demostrar hasta qué punto era ridícula la imagen, y Mattie rió con él. Pero O'Neill acababa de admitir que sabía exactamente cómo se había filtrado el sondeo. Y solo podía saber eso por una razón. Su exceso de confianza le estaba apretando el cuello como una soga.

—Déjame mencionar otra filtración, entonces, la del plan hospitalario. Me han



contado que tenías prevista una gran campaña publicitaria que hubo que anular en el último momento por culpa del cambio de planes.

—¿De verdad? ¿Y quién narices te ha contado eso? —preguntó O’Neill, que metió mentalmente la directa hasta pegar un frenazo ante su viejo amigo Kendrick. Qué cabrón tan idiota, siempre había sentido debilidad por una mujer guapa—. Déjalo, no voy a insistirte, ya sé que no revelarás tus fuentes. Pero a mí eso me suena exagerado. El Departamento de Publicidad de aquí está siempre dispuesto a apoyar la política del Gobierno, a eso nos dedicamos. Si el plan hubiese salido adelante, por supuesto que habríamos querido contribuir a promoverlo, pero no teníamos ninguna campaña específica en la cabeza.

—Pues a mí me contaron que tuviste que echar por tierra un proyecto publicitario cuidadosamente planeado y a punto de lanzarse.

La ceniza del pitillo de O’Neill se rindió en su lucha por desafiar las leyes de la gravedad y le cayó en cascada en la corbata; él hizo caso omiso, con el entrecejo fruncido por la concentración.

—Si eso es lo que has oído, Mattie, te han informado mal. Da toda la impresión de que haya sido alguien con un interés personal en el asunto. ¿Estás segura de que ese tipo está en situación de conocer los hechos? ¿No será que quiere vender su propia versión?

O’Neill sonreía de oreja a oreja ante sus intentos de invalidar a Kendrick como fuente fiable. La sonrisa se le quedó un poco rígida al comprender que se había referido explícitamente a un hombre, pero seguro que aquella tontaina no habría captado un desliz tan sutil. Eso sí, estaba haciendo demasiadas preguntas; empezaba a sentirse incómodo. Las entrañas le estaban pidiendo un apoyo más sustancial del que podía proporcionarle un cigarrillo, no importaba qué hubiese dicho Urquhart.

—Mattie, tengo un día ajetreado, con lo del resultado de la votación de esta tarde y todo eso. ¿Podemos dejarlo aquí?

—Claro, gracias por concederme tu tiempo, Roger. Me ha supuesto una ayuda increíble.

—Pero si no te he contado nada.

—Ya, pero lo haces de forma muy convincente.

—Pues siempre que pueda ayudarte, aquí estoy —concluyó él acompañándola a la puerta.

Por el camino, pasaron ante el ordenador que había en un rincón del abarrotado despacho. Mattie se inclinó para inspeccionarlo, y la blusa reveló un buen trecho de escote. O’Neill se acercó más a ella, encantado con aquella excusa.

—Vuestro partido va muy por delante de los demás en la carrera tecnológica. Supongo que todos los terminales de este edificio estarán vinculados mediante un ordenador central, ¿no?

Él se incorporó un poco, con las alarmas disparándose en algún lugar en su interior, lo bastante audibles para distraerlo de la curva de los pechos de Mattie.

—Eh... sí, supongo. —Le plantó una mano en los riñones para guiarla hacia la puerta.

—Me temo que soy un poco patosa con esto de los ordenadores. Quizá algún día podrías darme un par de clases, Roger.

—Pues muy desesperada tendrías que estar para pedírmelo a mí —bromeó él.

—Pareces un hombre capaz de apañárselas con casi todo.

—Aquí todos pasamos por un curso de informática, pero yo apenas soy capaz de poner el maldito trasto en marcha. Casi no lo uso. Solo para el correo interno y esa clase de cosas. —Sus ojos parpadeaban con violencia, ya no controlaba sus emociones—. Lo siento, tengo que irme pitando —musitó, y salió a toda prisa de su propio despacho.

A las cinco de la tarde, las puertas de la Sala del Comité número 14 se cerraron ceremoniosamente para impedir cualquier intento de depositar más votos. Fue un gesto vacuo, porque la última de las 335 papeletas de voto se había depositado diez minutos antes. Al otro lado de las puertas cerradas y bajo enormes cuadros al óleo y un papel pintado con relieve de terciopelo de un tono muy oscuro, se hallaban reunidos *sir* Humphrey y su grupito de ayudantes en el escrutinio, contentos de que la jornada hubiese procedido sin incidentes pese al atroz comienzo que les había provocado Earle con los preparativos. Circulaba una botella de *whisky* mientras hacían acopio de fuerzas para el recuento. En dependencias distintas de palacio, los ocho candidatos aguardaban en diferentes estados de excitación y sobriedad a recibir la llamada que podía cambiarles la vida.

Dicha llamada no se había producido aún cuando el Big Ben dio las seis y cuarto; a y media, las puertas de la sala se abrieron y el enjambre de diputados entró en tropel para presenciar un momento histórico. Eran demasiados para darles cabida en los largos pupitres como de colegio, y ni siquiera de pie, de manera que las puertas se dejaron abiertas y la multitud se desparramó al otro lado de ellas en el pasillo. Se apostaban sumas sustanciales a medida que los diputados hacían cálculos de último momento sobre el posible resultado; en el pasillo, entre los que no cabían en la sala, los miembros de los medios de comunicación trataban de captar cada susurro.

*Sir* Humphrey disfrutaba de su momento. En el crepúsculo de su carrera, hacía mucho que había dejado atrás su apogeo parlamentario, y hasta el pequeño malentendido surgido a raíz de sus vacaciones en las Antillas había contribuido a granjearle mayor reconocimiento en el circuito de Westminster del que había gozado en años. «Un viento que no levanta faldas no sirve de gran cosa», se le había oído comentar en el Fumador. Ahora se sentaba en el estrado de la Sala del Comité, flaqueado por sus lugartenientes, mesándose el bigote mientras llamaba al orden.

—Dada la cifra sin precedentes de nombres en la papeleta de votación, propongo que leamos los resultados en orden alfabético —empezó.

No supuso una buena noticia para David Adams, antiguo presidente de la Cámara, bastante petimetre, al que la primera remodelación de Collingridge había mandado al exilio de los últimos bancos tras habérselo oído declarar demasiado públicamente que él pasaba más tiempo con la reina que el primer ministro. Había confiado en hacer un buen papel para sentar las bases de su intento de volver al Gabinete. Su pañuelo de seda pareció quedarse mustio cuando Newlands anunció que solo había obtenido doce votos. Le habían prometido muchos más cuando se dedicaba a verter un clarete más que decente en los gaznates de sus colegas.

—¡Cabrones! —se le oyó musitar.

*Sir* Humphrey continuó con su lista. Ninguno de los cuatro nombres siguientes, que incluían a McKenzie, consiguió el voto de más de veinte de sus colegas. Paul Goddard, el inconformista católico cuya candidatura se centraba en la sola cuestión de prohibir cualquier forma de aborto legal, sacó solo tres votos. Negó con la cabeza con gesto desafiante; su recompensa no iba a ser terrenal, al parecer.

A *sir* Humphrey solo le quedaban tres nombres más que anunciar, Samuel, Urquhart y Woolton, y un total de 281 votos que distribuir. La tensión en la sala alcanzó cotas altísimas. Para alzarse como triunfador en la primera votación se requería un mínimo de 169 votos. En un rincón se llevaron a cabo un par de fuertes apuestas de última hora por parte de dos muy honorables diputados que pensaron que, al fin y al cabo, se llegaría a un resultado en la primera vuelta.

—Michael Samuel —entonó el presidente paseando la vista por la sala como un Hamlet ante la tumba—. Noventa y nueve votos.

La sala se sumió en un silencio absoluto hasta que un remolcador que remontaba el Támesis hizo sonar la bocina tres veces. Un murmullo generalizado de asombro vino a sustituir la tensión, y Samuel musitó que era una lástima que los capitanes de remolcadores no tuvieran voto. Claramente, lo decepcionaba haber quedado tan lejos de la línea de meta.

—Francis Urquhart... noventa y un votos.

Ocupaba un asiento en uno de los largos pupitres de primera fila; asintió en silencio con la cabeza a modo de agradecimiento.

—Patrick Woolton... noventa y un votos.

Y ahí acabó la cosa. La sala entró en erupción. Ya nadie le prestaba atención a *sir* Humphrey Newlands. Trató de hacerse oír.

—Puesto que ningún candidato ha resultado elegido, habrá una segunda ronda dentro de una semana. Desearía recordarles que quienes deseen presentarse a la segunda votación deben hacerme llegar sus candidaturas antes del jueves. ¡Declaro clausurada la sesión!

Pero nadie le prestó la más mínima atención.

## Capítulo XL

*En política, las amistades no son más que impresiones, se borran muy fácilmente.*

La oficina de Urquhart rebosaba de colegas y alcohol. La celebración estaba en pleno apogeo. Era una de las oficinas más bonitas disponibles para los diputados, con un elegante ventanal con vistas preciosas sobre el río del antiquísimo palacio gótico del arzobispo de Canterbury, en Lambeth. «Bandos distintos», como reflexionaba a menudo el propio Urquhart. Se dedicaba a servir copas al flujo constante de recién llegados que le daban un apretón de manos y lo felicitaban. Algunos de aquellos rostros los veía por primera vez en la campaña, pero no importaba. Nuevas caras suponían nuevos votos.

—Espléndido, Francis, un resultado excelente, desde luego. ¿Te parece que puedes acabar ganando? —quiso saber uno de sus colegas en el Gabinete.

—Creo que sí —respondió con tranquila confianza—. Tengo tantas posibilidades como los demás.

—Pues diría que tienes razón, ¿sabes? —opinó su colega, quien acto seguido apagó algún fuego interno con un enorme trago de algo blanco—. Es posible que el joven Samuel lleve ventaja, pero su campaña ha metido la marcha atrás. Ahora la cosa está entre manos más experimentadas, entre Patrick y tú. Y, Francis, quiero que sepas que cuentas con mi más sincero apoyo.

«Lo cual, cómo no, querrás que recuerde cuando tenga entre manos toda esa influencia que concede el cargo de primer ministro», se dijo Urquhart riendo por lo bajo mientras le daba las gracias al tipo y Mortima, que se deslizaba como un serafín por la habitación pese al gentío, le rellenaba la copa vacía y le brindaba una encantadora sonrisa.

Uno de sus jóvenes seguidores había aparecido con una caja de insignias de solapa y se abría paso en la habitación prendiéndolas en las chaquetas. Las insignias proclamaban simplemente: «FU». El joven político, de envergadura napoleónica y rostro arrebolado, se encontró delante de Mortima. Presa de la excitación, tendió la mano hacia su pecho con una de las insignias. Sus ojos sonreían, pero cuando la mano se acercó al objetivo parecieron titubear. Mortima lo miró a los ojos y el joven palideció como si le hubieran dado unos azotes.

—Ay, madre mía, lo siento. Creo que aquí no toca —balbució, y desapareció de nuevo entre la multitud.

—¿De dónde sacas a esta gente? —le preguntó a su marido ella fingiendo asombro.

—Cuando crezca, es posible que se convierta en un gran hombre.

—Pues si crece, mándamelo a mí, y ya te diré.

Seguía llegando gente a la habitación.

—¿De dónde salen tantos diputados? —preguntó Mortima; le preocupaba que se quedaran sin bebidas.

—Oh, algunos han estado muy ocupados. Ya han hecho breves pero destacadas apariciones en las recepciones de Samuel y Woolton, basándose en que uno nunca puede estar seguro del todo. Y no se puede, ¿a que no, querida? Estar seguro del todo, quiero decir.

—Pues a mí me gusta saber a qué atenerme con los que me rodean, Francis.

—Claro, querida. Por eso tengo a un infiltrado de mi oficina tanto en la fiesta de Michael como en la de Patrick, contando cabezas, recordando caras. Para asegurarnos.

Se miraron a los ojos, ajenos durante unos instantes al barullo que los rodeaba.

—Lo que haga falta, Francis.

—¿Querrás saber qué?

Mortima sacudió la cabeza.

—No, solo me importas tú, cariño. —Se dio la vuelta y siguió con sus obligaciones.

De fondo, el teléfono no había parado de sonar con mensajes de felicitación y preguntas. La secretaria de Urquhart había ido filtrando las llamadas entre abrir botellas y charlar con la gente, pero de pronto apareció a su lado con el entrecejo fruncido.

—Es para usted —susurró, apremiante—. Es Roger O'Neill.

—Dile que estoy ocupado, que ya lo llamaré después.

—Es que ya ha llamado antes, y parece muy nervioso. Me ha pedido que le diga que era «importante de narices», por citar sus propias palabras.

Soltando una maldición, Urquhart se apartó de sus invitados para acercarse a la ventana, donde su escritorio le proporcionaba un pequeño refugio del barullo de la fiesta.

—¿Roger? —Su tono fue amable y su expresión radiante mientras paseaba la vista entre los invitados, pues no quería que notaran la irritación que sentía—. ¿De verdad es necesario esto? Tengo una habitación llena de gente.

—Va a por nosotros, Francis... esa maldita zorra; estoy seguro. Sabe que he sido yo, y luego irá a por ti, la muy cabrona. No le he dicho nada de nada, pero se ha enterado de todo, sabe Dios cómo, pero...

—Roger, escúchame atentamente. Haz el favor de controlarte. —Urquhart mantuvo un tono apacible, pero se volvió hacia la ventana, no fueran a leerle los labios.

Pero O'Neill seguía balbuciendo un galimatías desbocado cual tren expreso sin conductor.

Urquhart lo interrumpió.

—Roger, dime claramente y despacio de qué va todo esto.

Pero la perorata empezó otra vez y Urquhart se vio obligado a escuchar, tratando

de adivinar algún sentido en el caos de palabras, resoplidos y estornudos.

—Ha venido a verme, la arpía esa de los corresponsales del Parlamento. No sé cómo, Francis, no he sido yo y no le he contado nada. Me la he sacado de encima, creo que se ha ido satisfecha. Pero se ha enterado de alguna manera. De todo, Francis. Del apartado de correos de Paddington, del ordenador. Hasta de aquel maldito sondeo de opinión. Y aquel cabrón de Kendrick se debe de haber ido de la lengua. Madre mía, Francis. Quiero decir, ¿y si esa tía no me cree?

—Cierra el pico un momento —siseó Urquhart con la sonrisa puesta—. ¿Quién, Roger? ¿De quién estamos hablando?

—De esa Storin. Mattie Storin. Y ha dicho...

—¿Tenía alguna prueba en firme, o eran solo conjeturas?

O'Neill hizo una brevísima pausa.

—No, nada en firme, me parece. Solo andaba haciendo suposiciones. Menos en...

—¿Menos en qué?

—Le han contado que yo tuve algo que ver con lo del apartado de correos en Paddington.

—¿Cómo narices...?

—No lo sé, Francis. No lo sé, joder. Pero no pasa nada, no hay que preocuparse, cree que lo hice para Collingridge.

—Roger, sería muy capaz de...

—Oye, soy yo quien ha hecho todo el trabajo sucio para ti, quien ha corrido todos los riesgos. Tú no tienes nada de qué preocuparte mientras que yo estoy de mierda hasta el cuello. Ay, Francis, necesito ayuda, ¡estoy muerto de miedo! He hecho demasiadas cosas para ti en las que no debería haberme metido, pero no te hice preguntas y me limité a hacer lo que me pedías. Tienes que sacarme de este lío. No puedo aguantar mucho más... me niego a aguantar mucho más. Tienes que protegerme, Francis, ¿me oyes? Ay, Dios mío, por favor, ¡tienes que ayudarme!

—Roger, cálmate —dijo Urquhart en voz baja contra el auricular, cubriéndolo con ambas manos—. Ella no tiene ni una sola prueba y tú no tienes nada que temer. Estamos en esto juntos, ¿me entiendes? Y seguiremos juntos todo el camino, hasta llegar a Downing Street.

Del otro lado de la línea no le llegaron más que sollozos incontrolables.

—Quiero que hagas dos cosas, Roger. Quiero que no pares de pensar en ese título de *sir*. Ahora está a solo unos días de distancia.

A Urquhart le pareció captar una expresión ahogada de gratitud.

—Y entretanto, Roger, quiero que te mantengas bien lejos de la señorita Storin, ¿me comprendes?

—Pero...

—¡Ni te le acerques!

—Lo que tú digas, Francis.

—Yo me ocuparé de ella —susurró Urquhart, y colgó.

Se quedó ahí de pie, cuadrando los hombros y mirando por la ventana, dejando que las emociones lo recorrieran en oleadas. A sus espaldas, el barullo de los poderosos hombres que lo llevarían hasta Downing Street seguía su curso. Ante sí se extendía una vista de siglos de antigüedad sobre el río que había inspirado a tantos grandes hombres. Y acababa de colgarle el teléfono a la única persona que podía echar a perder todo aquello para él.

## Capítulo XLI

*¿Qué acaba diciéndole un político a san Pedro cuando por fin se encuentran? ¿Se queja del número de papeletas nulas? ¿Jura que si los colegios electorales hubieran abierto un ratito más todo habría sido diferente?*

*Yo tengo mi propio plan. Pretendo mirar a los ojos a ese viejo cabrón y decirle que está despedido.*

La había llamado aquella misma noche.

—Mattie, ¿vendrás a verme?

—Francis, me encantaría, de verdad que sí, pero ¿no va a haber una marabunta delante de tu casa?

—Ven tarde. Se habrán ido todos.

—¿Y... la señora Urquhart? No quisiera molestarla.

—Ya se ha vuelto al campo, y se quedará varios días allí.

Ya era casi medianoche cuando Mattie entró a hurtadillas por la puerta principal de Cambridge Street, asegurándose de que nadie la viera. Se sentía un poco mala, y expectante a la vez.

Él le quitó el abrigo muy despacio, observándola. Mattie se sintió incómoda y le plantó un repentino beso en la mejilla.

—Perdona —dijo, ruborizándose—. Es solo que... Bueno, felicidades. No ha sido muy profesional, supongo.

—Diría que no, Mattie. Pero no pienso quejarme. —Se echó a reír.

No tardaron en estar sentados en el estudio de Urquhart con su ambiente íntimo, casi conspiratorio, y su cuero cuarteado, con sendos vasos de *whisky* en las manos.

—Mattie, tengo entendido que has sido un poco traviesa.

—¿Qué has oído? —pregunto ella alarmada.

—Entre otras cosas, que le has dado un buen disgusto a Greville Preston.

—Ah, eso. Pues sí, me temo que sí.

—¿Lo temes?

—Grev se niega a publicar nada mío. Me han desterrado, a labores de jardinería.

—Pueden resultar bastante atractivas.

—No cuando el mundo entero está cambiando y yo no formo parte de él. No cuando... —Titubeó.

—¿Cuando qué, Mattie? Noto que algo te preocupa.

—Cuando está pasando algo verdaderamente malévolo.

—En eso consiste la política, por si no lo sabías.

—No, esto no es solo política. Es mucho peor.

—Cuéntamelo todo... si te apetece, claro. Considérame un confesor.

—No, no podría hacer una cosa así, Francis.

—Pensaba que habías dicho que te recordaba a tu padre.

—Solo en tu fortaleza.



Mattie tenía las mejillas un poco arreboladas, se la veía un poco tímida; él sonrió. Y de pronto, para ella, la habitación se llenó de un torbellino de colores: el azul cristalino de los ojos de Francis, el ámbar del *whisky* en los vasos, los tonos oscuros del cuero viejo, los púrpuras de la alfombra persa. Oía palpitar su corazón en aquel silencio casi uterino. Tendió el vaso para que él volviera a llenárselo, sabiendo que había empezado algo al acudir allí que tendría que terminar.

—Creo que alguien eligió como blanco a Collingridge.

—Estoy fascinado.

—Las filtraciones de sondeos y de información. Creo que el apartado de correos en Paddington fue una trampa, lo que significa...

—¿Qué significa?

—Que el asunto de las acciones también era un montaje.

Urquhart pareció sobresaltarse, como si le hubieran dado un pellizco en la mejilla.

—Pero ¿por qué?

—¡Para librarse del primer ministro, por supuesto! —exclamó Mattie; le producía cierta frustración que él tardara tanto en entender lo que ella veía ahora con total claridad.

—Pero... pero... ¿quién, Mattie? ¿Quién?

—Roger O'Neill está implicado en el asunto.

—¿Roger O'Neill? —Urquhart soltó una risa falsa—. Pero ¿qué narices iba a sacar él de todo esto?

—¡No lo sé! —Dejó caer un puño contra el sofá de cuero, hasta ese punto bullía de frustración.

Urquhart se levantó de su silla y fue a sentarse junto a ella. Le cogió la mano, le abrió despacio los dedos, uno por uno, y le frotó la palma con el pulgar.

—Estás enfadada.

—Claro que estoy enfadada. Soy una periodista con la mayor puñetera historia del siglo entre manos, y nadie quiere publicarla.

—Pues yo pienso que estás demasiado enfadada para pensar con claridad.

—¿Qué quieres decir? —soltó ella, ofendida.

—Roger O'Neill —repitió él con voz llena de desdén—. Ese tipo no es capaz de controlar sus propios vicios, y mucho menos de encajar las partes de una trama complicada.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Entonces...? —pinchó él para animarla.

—Tiene que estar actuando con alguien más. Alguien de mayor peso, más poderoso. Alguien que podría beneficiarse del cambio en el liderazgo del partido.

Urquhart asintió con la cabeza.

—Tiene que haber otra figura en alguna parte, tirando de los hilos de O'Neill. —La estaba empujando por una senda peligrosa, pero sabía que Mattie acabaría por llegar allí por sí misma. Mejor llevarla de la mano.

—Bueno, de manera que buscamos a un hombre misterioso tanto con los medios como con un motivo para hacerlo. En una posición desde la que puede controlar a O'Neill. Con acceso a información política confidencial.

Urquhart la miraba con creciente admiración. No solo era guapa sino que, una vez emprendida la marcha, recorría la senda con sorprendente destreza. Mattie soltó un grito ahogado cuando llegó al final del camino y pudo de pronto contemplar las vistas.

—Alguien que se había enzarzado en una amarga batalla con el primer ministro.

—Muchos encajan en esa descripción.

—¡No, no! ¿No lo ves? Solo hay un hombre que encaja a la perfección en todo. —Jadeaba de pura excitación ante su descubrimiento—. Solo uno. Teddy Williams.

Urquhart se apoyó contra el respaldo del sofá, boquiabierto.

—Madre mía. Esto es terrible.

Ahora le tocó a ella cogerle la mano, bien fuerte.

—Entenderás ahora por qué me siento tan frustrada. Una historia tan extraordinaria, y Grev no quiere ni acercarse.

—¿Por qué?

—Porque no puedo probar nada. No hay pruebas contundentes. Así que estoy atascada. Sencillamente no sé qué hacer, Francis.

—Ésa es una de las razones por las que te he pedido que vinieras esta noche, Mattie. Estás pasando por momentos difíciles. Quizá pueda ayudarte.

—¿De verdad?

—Necesitas algo más que ofrecerle a Preston, algo a lo que él no podrá resistirse.

—¿Y qué es?

—La historia de la campaña de Urquhart desde dentro. Quién sabe, a lo mejor incluso salgo vencedor. Y, si lo hago, quienes gocen de acceso preferente se encontrarán en una posición muy poderosa en Fleet Street. Y puedo asegurarte, Mattie, que si gano tú tendrás un acceso pero que muy preferente.

—¿Hablas en serio, Francis? ¿Harías eso por mí?

—Desde luego que sí.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, dices? —Sus ojos brillaron, divertidos, y luego recuperaron la seriedad y se clavaron en ella—. Pues porque eres brillante en tu trabajo, Mattie. Porque la tuya es una belleza exquisita, si se me permite expresar esa opinión...

Mattie esbozó una sonrisa coqueta.

—Pues sí, se te permite, claro que sí. Y me es imposible hacer comentarios al respecto.

—Y porque me gustas mucho, Mattie. Muchísimo.

—Gracias, Francis. —Se inclinó y lo besó, no en la mejilla esta vez, sino en los labios. Luego se echó atrás—. Perdona, no debería haber hecho eso.

Él no se había movido, estaba firme como una roca. Mattie volvió a besarlo.

Fue mucho más tarde aquella noche, pasada la una, después de que Mattie hubiera vuelto a su casa, cuando Urquhart salió de la suya y volvió a su oficina en la Cámara de los Comunes. Su secretaria había vaciado ya los ceniceros, recogido las copas, alisado los cojines. Cuando él se había ido aún bullía de ruido, pero ahora estaba silenciosa como un cementerio. Cerró la puerta detrás de sí y echó el pestillo con cautela. Cruzó la estancia hasta el archivador de cuatro cajones con su pesada barra de seguridad y su cerradura de combinación. Giró el disco cuatro veces, de aquí para allá, hasta que se oyó un suave chasquido y la barra de seguridad le cayó en las manos. La dejó a un lado y se inclinó para abrir el último cajón.

El cajón chirrió al abrirse. Estaba lleno de antiguas carpetas, cada una de ellas con el nombre de un diputado; todas contenían material comprometedor y hasta incriminador que había ido sacando con cautela de la caja de seguridad en la oficina del whip. Le había llevado casi tres años reunir aquellos secretos, aquellos actos de flagrante estupidez.

Se arrodilló en el suelo mientras buscaba en esas carpetas. Encontró lo que andaba buscando: un sobre acolchado, con la dirección y el sello ya puestos. Lo dejó a un lado, cerró el cajón y volvió a sellar el archivador, asegurándose como siempre hacía de que la cerradura y la barra hubiesen quedado como era debido.

No volvió derecho a casa. Lo que hizo fue conducir hasta una de las agencias de mensajería en moto que abrían las veinticuatro horas y que florecían en los más sórdidos sótanos del Soho. Hizo entrega del sobre y pagó en efectivo para que lo entregaran en su destino. Le habría sido más fácil, por supuesto, mandarlo desde la Cámara de los Comunes, donde tenían una de las oficinas de correos más eficientes del país. Pero no quería un matasellos de la Cámara de los Comunes en aquel sobre, ni mucho menos.

## Capítulo XLII

*Cualquier grado de crueldad resulta imperdonable. Por eso no tiene ningún sentido ser cruel a medias.*

*Miércoles, 24 de noviembre*

Las cartas y los periódicos llegaban casi simultáneamente a la casa de Woolton en Chelsea, donde caían con un ruido sordo en el felpudo. Aquella mañana, al oír aquel ruido, bajó en bata a buscarlos. Desparramó los periódicos sobre la mesa de la cocina, mientras que el correo lo dejó sobre un pequeño banco antiguo en el pasillo. Recibía más de trescientas cartas por semana de los integrantes de su circunscripción y otros corresponsales, y hacía mucho que había renunciado a tratar de leerlas todas. Así que se las dejaba a su mujer, que era también su secretaria de circunscripción, un puesto para el que le había conseguido una generosa asignación de las autoridades parlamentarias que complementaba su propio sueldo de ministro del Gabinete.

Como era inevitable, la elección al cargo de primer ministro dominaba los periódicos. Los titulares parecían escritos por periodistas que hicieran horas extras en el *Sporting Life*, con expresiones como «cabeza con cabeza», «carrera de tres caballos» y «foto-finish» impresas por todas partes en las primeras planas. En el interior, los comentarios menos febriles explicaban que costaba predecir cuál de los tres principales candidatos gozaba ahora de mejor posición. Se inclinó sobre el análisis que hacía el *Guardian*, que no solía ser su primera escala. A menudo el periódico iba inútilmente de flor en flor pero, teniendo en cuenta que no se declararía partidario de ninguno de los candidatos en la inminente elección, sin duda se mostraría más contenido y objetivo con respecto al resultado.

Empezaba así: «El partido cuenta ahora con opciones muy claras».

Michael Samuel es, con diferencia, el más popular y pulido de los tres, con una probada capacidad de desarrollar su carrera política sin echar por la borda su conciencia social. El hecho de que varios en el partido lo hayan tachado de «pasarse de liberal» es una etiqueta que debería llevar con orgullo.

Patrick Woolton es un político de una clase bien distinta. Enormemente orgulloso de sus orígenes norteños, presume de ser capaz de unir las dos mitades del país. Más cuestionable es si con su robusto estilo de hacer política será capaz de unir las dos mitades de su propio partido. Pese al tiempo que ha pasado en Asuntos Exteriores, manifiesta tener poca paciencia con la diplomacia y ejerce su política como si aún fuera el talonador de su antiguo club de rugby de la liga. El líder de la oposición lo describió una vez como un hombre que vaga por las calles de Westminster buscando pelea, y no le preocupa especialmente con quién.

Woolton soltó una apreciativa carcajada, devoró media tostada y sacudió el periódico una vez más para seguir leyendo.

No es tan sencillo formarse un juicio sobre Francis Urquhart. Es el menos experimentado y conocido de los tres, y sin embargo su resultado en la primera vuelta fue destacable. Tres razones parecen explicar su éxito. En primer lugar, en su papel de whip conoce muy bien el partido parlamentario, y sus miembros a él. Puesto que son sus colegas en el partido parlamentario quienes decidirán en estas elecciones, y no el

electorado en general, el hecho de no contar con un papel público preponderante no supone tanta desventaja como quizá han supuesto muchos.

En segundo lugar, ha llevado su campaña con una gran dignidad que lo distancia mucho de los rifirrafes verbales y los infortunios de los demás candidatos. Lo que se sabe de su política podría sugerir que se adhiere con firmeza a la vertiente tradicionalista, con actitud algo patricia y autoritaria quizá, pero lo bastante poco definida como para no suscitar el antagonismo de ningún ala del partido.

Y finalmente, su mayor baza consiste quizá en que no es ninguno de los otros dos. Muchos diputados han preferido darle su apoyo en la primera ronda que comprometerse con uno de los otros dos, más polémicos. Es la elección obvia para quienes desean nadar entre dos aguas. Pero eso es también lo que podría llegar a hacer descarrilar su campaña. Si la presión para llegar a una decisión clara va en aumento, Urquhart será el candidato que más padezca las consecuencias.

Y así, las opciones están claras. Quienes deseen manifestar su conciencia social le darán su apoyo a Samuel. Quienes ansíen una política dura y enérgica apoyarán a Woolton. Y quienes no consigan decidirse por uno u otro cuentan con una opción clara en Urquhart. Decidan lo que decidan, sin duda habrán merecido el resultado.

Woolton rió por lo bajo mientras se disponía a acabar con las tostadas, y su esposa llegó para acompañarlo cargada con el correo de la mañana.

—¿Qué dicen? —preguntó indicando los periódicos con la cabeza.

—Que soy Maggie Thatcher pero sin las tetas. Que tengo la victoria asegurada.

Ella se sirvió más té en la taza y exhaló un suspiro al sentarse junto al montón de correo, que empezó a revisar. Había convertido aquel proceso en todo un arte. Su procesador de texto estaba cuidadosamente programado con una serie de respuestas estándar que, con solo rozar el teclado, parecían personalizadas. Luego las rubricaba mediante un aparatito para estampar firmas que se había traído de Estados Unidos. Aunque muchas de las cartas eran del habitual montón de descontentos, miembros de grupos de presión, quejicas profesionales y chiflados que escribían con tinta verde, todas recibían respuesta. No quería arriesgarse a que su marido perdiera un solo voto por no haber ofrecido alguna forma de respuesta, por insultante que fuera la carta en cuestión.

Dejó el sobre acolchado para el final. Lo habían entregado en mano e iba firmemente grapado; lo tuvo difícil para abrirlo, jugándose la manicura en el proceso. En cuanto hubo arrancado la última y tenaz grapa, le cayó un cassette en el regazo. En el sobre no había nada más, ni carta ni tarjeta alguna, y la cinta no llevaba una etiqueta que indicara de dónde procedía o qué contenía.

—Qué tontos. ¿Cómo narices esperan que contestemos a esto?

—Probablemente es una grabación del discurso de la semana pasada o de una entrevista reciente —sugirió él distraídamente, sin molestarse en levantar la vista del periódico—. Sírvenos un poco más de té, nena, y oigámosla a ver qué dice. —Indicó con un ademán impreciso el aparato de música.

Su mujer, tan consciente de sus deberes como siempre, hizo lo que le decía. Woolton daba sorbitos al té, con la atención centrada en el editorial del *Sun*, cuando una luz roja en el equipo indicó que estaba reproduciendo algo. Siguió una serie de siseos y crujidos; fue obvio que no se trataba de una grabación profesional.

—Súbele el maldito volumen a ese trasto, cariño —ordenó él—. Dejemos que el

zorro escuche a las gallinas.

El sonido de la risa de una muchacha llenó la habitación. Fue seguido, instantes después, por profundos jadeos de la misma persona. Aquel sonido hipnotizó a los Woolton, dejándolos petrificados. Durante varios minutos no se tomó un sorbo de té ni se volvió una sola página mientras brotaban de los altavoces muchos sonidos distintos: respiraciones pesadas, maldiciones por lo bajo, los quejidos de un colchón, un gruñido de felicidad, el rítmico golpeteo de un cabezal de cama contra una pared. La cinta dejaba bien poco a la imaginación. Los suspiros de la mujer se volvieron entrecortados y más estridentes, y solo hizo una pausa para recobrar el aliento antes de que subieran aún más de tono.

Entonces, con mutuos gritos de éxtasis, la cosa acabó. Unas risitas de mujer se mezclaron con los jadeos de bajo profundo de su acompañante.

—Madre mía, ha sido maravilloso —dijo el hombre.

—No ha estado mal para un viejales.

—He ahí lo bueno que se consigue con los años... ¡que se aguanta más!

—¿O sea que podemos hacerlo otra vez?

—No si piensas despertar a toda la maldita Bournemouth —respondió una voz con inconfundible acento de Lancashire.

Ni Woolton ni su mujer se habían movido desde que había dado comienzo la cinta, pero ahora ella cruzó lentamente la habitación y apagó el aparato. Una única lágrima le surcó suavemente una mejilla cuando se volvió para mirar a su marido. Él fue incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Qué puedo decir? Lo siento, cariño —susurró—. No voy a mentirte diciéndote que es falsa. Pero lo siento de verdad. Nunca he pretendido hacerte daño.

Ella no contestó. La expresión de pesar en su rostro le llegó mucho más hondo a Woolton de lo que habría llegado cualquier palabra airada.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó en voz baja a su mujer.

Ella se volvió hacia él con el dolor reflejado en la cara. Tuvo que clavarse las uñas en la palma para no perder el control.

—Pat, he hecho la vista gorda muchas veces durante los últimos veintitrés años, y no soy tan estúpida para pensar que ésta es la única vez. Al menos podrías haber tenido la decencia de asegurarte de que no me lo frotaran en la cara. Me debías eso al menos.

Woolton agachó la cabeza. Ella dejó que su ira calara bien antes de continuar.

—Pero si hay algo que mi orgullo no va a tolerar es que una fulana trate de destrozar mi matrimonio y de dejarme en ridículo. No pienso aguantarlo. Averigua qué quiere esa putita chantajista, compra su silencio o acude a la policía de ser necesario. Pero líbrate de ella. ¡Y líbrate de esto! —Le arrojó a Woolton la cinta, que rebotó contra su pecho—. Esto no pinta nada en mi casa. ¡Y tú tampoco lo harás si tengo que volver a escuchar esa mierda otra vez!

Su marido la miró con lágrimas en los ojos.

—Me ocuparé de esto, te lo prometo. No volverás a oír nada al respecto.

## Capítulo XLIII

*El amor le llega a un hombre al corazón. El miedo, en cambio, le llega a otras partes más influenciables.*

*Jueves, 25 de noviembre*

Penny alzó la vista al cielo gris como el acero con el ceño fruncido y, envuelta en lana, salió con sumo cuidado a la acera ante el bloque de pisos en Earl's Court donde vivía decidida a cumplir con su trabajo. El hombre del tiempo llevaba días mencionando la posibilidad de una repentina ola de frío. Mientras se abría paso entre charcos helados, lamentó su decisión de llevar tacones en lugar de botas. Avanzaba despacio por el borde de la acera, soplándose aire caliente en los dedos, cuando la puerta de un coche se abrió de golpe, bloqueándole el paso.

Se inclinó para increpar al conductor y decirle que tuviera más cuidado, y entonces vio a Woolton al volante. Le sonrió, pero él no hizo lo mismo. Miraba al frente, no a ella. Penny obedeció sus instrucciones de subir al coche en el asiento del pasajero.

—A ver, ¿qué quieres? —espetó él con un tono tan cortante como el aire de la mañana.

—Depende de lo que me ofrezcas. —Penny sonrió, pero al verle los ojos empezó a sentir incertidumbre. Parecían fríos como el hielo.

Woolton tenía los labios apretados, y cuando los abrió para hablar enseñó los dientes.

—¿Por qué has tenido que mandarme esa cinta a casa? Ha sido algo muy cruel, joder. Mi esposa la ha oído. Y también ha sido una soberana estupidez, porque ahora se ha enterado y ya no puedes hacerme chantaje. Ningún periódico o emisora de radio va a querer acercarse siquiera a ella, pues los posibles daños por difamación los harán salir corriendo a esconderse, así que ya no va a servirte de mucho.

Aquello no era verdad. La cinta podía hacerle un daño tremendo si caía en las manos equivocadas, pero confiaba en que ella fuera tan estúpida que no se le ocurriera. Su farol pareció haber funcionado, pues advirtió la expresión de alarma en su cara.

—Pat, ¿de qué demonios hablas?

—De la maldita cinta que me has mandado, estúpida zorra. ¡No te hagas la estrecha conmigo!

—Yo... yo no te he mandado ninguna cinta. No tengo ni idea de de qué me hablas.

Aquel inesperado ataque a sus sentimientos había supuesto una sorpresa tremenda para ella, y empezó a emitir sollozos entrecortados. Él la asió del brazo con brusquedad, y entonces manaron lágrimas de verdadero dolor.

—¡La cinta! ¡La cinta! ¡Me has mandado la cinta!



—¿Qué cinta, Pat? ¿Por qué me haces daño?

Las lágrimas se habían convertido en un torrente. La calle empezó a desaparecer tras las ventanillas empañadas, y Penny se sintió encerrada en un mundo de demencia total.

—Mírame y dime que tú no me has mandado una cinta de los dos en Bournemouth.

—No, no. ¿Qué cinta? —De pronto soltó un grito ahogado, y el espanto sustituyó a las lágrimas—. ¿Hay una cinta de nosotros dos en Bournemouth? Es asqueroso, Pat. Pero ¿quién ha sido?

Él le soltó el brazo y apoyó la cabeza contra el volante.

—Ay, Dios mío, esto es peor de lo que pensaba —musitó.

—Pat, no lo entiendo.

Él tenía el rostro macilento, repentinamente envejecido, con la piel tensa como pergamino sobre las mejillas.

—Ayer llegó una cinta a mi casa. Era una grabación de nosotros dos en la cama, en el congreso del partido.

—¿Y pensaste que te la había mandado yo? ¡Pues eres un miserable de mierda!

—Confiaba en que lo hubieras hecho tú, Pen.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? —exclamó ella con indignación.

Él aferró el volante, con los nudillos blancos, mirando al frente pero no a la calzada.

—Confiaba en que hubieras sido tú, Pen, porque si no has sido tú no tengo ni idea de quién está haciendo esto. Y no puede ser ninguna coincidencia que haya llegado ahora, tantas semanas después de que se grabara. No tratan de hacerme chantaje para conseguir dinero. Me quieren fuera de la campaña por el liderazgo. —Su voz se convirtió en un mero susurro—. Por lo que respecta al próximo martes, estoy acabado.

Woolton pasó el resto de la mañana tratando de pensar de forma constructiva. No abrigaba la menor duda de que era la contienda por el puesto de primer ministro lo que había hecho aparecer súbitamente la cinta. Barajó una docena de ideas sobre quién estaría detrás, incluidos los rusos, pero ninguna cuajó. No tenía adónde acudir. Llamó a su esposa —le debía eso, al menos— y luego convocó una rueda de prensa.

Enfrentados a un problema como aquél, ciertos hombres quizá habrían decidido apartarse poco a poco de la escena y confiar en que nadie perturbara la paz de su retiro, pero Woolton no era uno de esos hombres. Él era de los que preferían caer luchando, tratando de salvar lo que pudiera del naufragio de sus sueños. No tenía nada que perder.

Se sentía muy decidido para cuando los miembros de la prensa se reunieron poco después de comer. Sin tiempo para organizar un acto más formal, había convocado a

los medios a encontrarse con él en el Albert Embankment, en la ribera sur del río directamente enfrente del Parlamento. Necesitaba un fondo dramático, y el palacio como de pan de jengibre con la torre del Big Ben se lo proporcionaba. En cuanto las cámaras estuvieron listas, empezó.

—Buenas tardes. Tengo una breve declaración que hacer y lamento no disponer después de tiempo para preguntas. Pero creo que no van a sentirse decepcionados.

Esperó a que otro equipo de filmación llegara e instalara sus cámaras.

—Por lo visto, según los resultados de la votación del martes pasado, solo tres candidatos tienen posibilidades reales de éxito. De hecho, tengo entendido que todos los demás han anunciado ya que no se presentarán en la segunda vuelta. De modo que, como ustedes mismos lo han expresado, caballeros, esto es una carrera de tres caballos.

Hizo una pausa. Joder, qué duro era aquello. Confiaba en que ellos también se estuvieran congelando.

—Por supuesto, estoy encantado de ser uno de esos tres candidatos, me siento honrado, pero tres puede ser un número desafortunado. En realidad, en esta elección no hay tres alternativas, sino dos. O el partido puede seguir ciñéndose al enfoque práctico en política que ha cosechado tantos éxitos y nos ha mantenido en el poder más de una década, o bien puede desarrollar una nueva vertiente, que a veces se conoce con el nombre de conciencia política, que implicará en mucha mayor medida al Gobierno (hay quienes dicen que lo atraparán) en el intento de solucionar todos los problemas del mundo. Gran Hermano, lo llaman, y como todos ustedes saben, a mí nunca me ha ido mucho.

Los reporteros se revolvían, inquietos. Todo el mundo sabía que había divisiones en el seno del partido, pero era insólito que se airearan públicamente de aquella manera.

—Por buenas intenciones que tenga, no me parece que un nuevo énfasis en la conciencia política vaya a resultar apropiado; de hecho, creo que sería un desastre para el partido y el país. Calculo que una clara mayoría en el seno del partido es de esa misma opinión. Y sin embargo, hacía ahí podríamos decantarnos precisamente si esa mayoría se divide entre dos candidatos. Los dos candidatos que defienden políticas pragmáticas somos Francis Urquhart y yo. Vamos a ver, yo soy un hombre práctico. No quiero que mis ambiciones personales se interpongan en el camino para lograr que se haga la política en la que siempre he creído. Pero eso es precisamente lo que podría ocurrir.

Pese al aire gélido, sus palabras parecían salir ardiendo, haciendo elevarse espirales en el aire.

—Este sitio —indicó con un pulgar el edificio del Parlamento detrás de sí— significa demasiado para mí. Quiero asegurarme de que lo dirija el hombre adecuado, y con los programas políticos en su sitio. Y así, señoras y señores —paseó una última mirada por el bosque de cámaras y cuerpos que tenía ante sí, jugando con ellos unos

instantes más—, no estoy dispuesto a correr riesgos. Hay demasiado en juego. De manera que me retiro de la carrera. Daré mi propio voto a Francis Urquhart, de quien espero sinceramente que se convierta en nuestro próximo primer ministro. No tengo nada más que decir.

Sus últimas palabras casi quedaron ahogadas por el chasquear de los disparadores de un centenar de cámaras. No esperó, sino que empezó a subir a grandes zancadas los peldaños en la ribera, en dirección al coche que lo aguardaba. Unos cuantos trataron de darle caza, corriendo tras él, pero no consiguieron otra cosa que ver cómo se lo llevaba el coche a través del puente de Westminster. Los demás se quedaron donde estaban sumidos en la perplejidad más absoluta. No les había dado tiempo para hacer preguntas, ni la oportunidad de desarrollar teorías o detectar significados ocultos tras sus palabras. Solo tenían lo que les había dado, de manera que tendrían que informar de ello tal cual, que era precisamente lo que Woolton pretendía.

Fue hasta su casa, donde su mujer lo esperaba de pie en el umbral, no menos confundida. Cuando entraron, él esbozó una sonrisa compungida; ella le permitió besarla en la mejilla, él preparó té.

—¿Has decidido pasar más tiempo con tu familia, Pat? —preguntó ella con escepticismo cuando se sentaron frente a frente a la mesa de la cocina.

—No va a hacerme ningún daño, ¿no?

—Ya, pero cuando se trata de ti, siempre hay un «pero». Comprendo por qué has tenido que retirarte, y supongo que tendrá que ser castigo suficiente.

—¿Te quedarás conmigo, cariño? Eso es lo más importante de todo, ya lo sabes.

Ella eligió cuidadosamente las palabras, pues no quería dejarlo salir tan fácilmente del atolladero.

—Seguiré dándote mi apoyo, como he hecho siempre. Pero...

—Esa maldita palabra otra vez.

—Pero ¿por qué demonios has decidido respaldar a Francis Urquhart? No sabía que estuvierais tan unidos.

—¿Ese cabronazo? No estamos unidos. ¡Ni siquiera me cae bien!

—Y entonces ¿por qué?

—Porque tengo cincuenta y cinco años y Michael Samuel cuarenta y ocho, lo que significa que podría pasarse veinte años en Downing Street, hasta que yo esté muerto y enterrado. Francis Urquhart, en cambio, tiene casi sesenta y dos. No es probable que esté en el cargo más de cinco años. O sea que con Urquhart cabe la posibilidad de que haya otra elección a primer ministro antes de que me haya convertido en comida para perros. Entretanto, si logro descubrir quién hay detrás de esa cinta, o si sufre algún accidente brutal y terriblemente doloroso, como sinceramente espero que ocurra, dispondré de una segunda oportunidad.

Mientras desgranaba su lógica, de su pipa se elevaban gruesas espirales de humo azul.

—En cualquier caso, no gano nada si permanezco neutral. Samuel jamás tolerará

que esté en su Gabinete. Así que le he puesto la elección en bandeja a Urquhart, y tendrá que mostrarme públicamente su gratitud por ello.

Miró a su esposa, y se obligó a sonreír por primera vez desde que habían oído aquella cinta.

—Demonios, podría ser mucho peor. ¿Qué te parece ser la esposa del ministro de Economía y Hacienda durante un par de años?

## Capítulo XLIV

*Mentir sobre tus propias fuerzas es lo que distingue al líder; mentir sobre tus propios defectos es lo que distingue al político.*

*Viernes, 26 de noviembre*

Aquella mañana seguía haciendo mucho frío, pero había pasado un frente sobre la capital que había sustituido el cielo plomizo del día anterior por un azul cristalino. Era como si hubieran hecho borrón y cuenta nueva. A través de la ventana de su oficina, Urquhart contemplaba un futuro tan luminoso como el cielo. Tras haber conseguido el apoyo de Woolton se sentía invulnerable. Estaba a punto de alcanzar su destino.

La puerta se abrió con un golpetazo como el estallido de una bomba, y de los escombros surgió la maltrecha figura de Roger O'Neill. Antes incluso de que Urquhart tuviera tiempo de exigir explicaciones, empezó el balbuceo. Las palabras salían disparadas como balas de sus labios, y se lanzaban sobre Urquhart como para arrollarlo a la fuerza.

—Lo saben, Francis. Han descubierto que falta el archivo. Las cerraduras estaban forzadas y una de las secretarias se dio cuenta, y el presidente nos ha convocado a todos. Estoy convencido de que sospecha de mí. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué se supone que vamos a hacer?

Urquhart lo zarandeó, tratando de acabar con el incomprensible torrente de palabras.

—Roger, por Dios, ¡cállate!

Consiguió sentarlo en una silla y le dio una bofetada. Solo entonces paró de hablar para coger aire.

—A ver, Roger, despacio. ¿Qué intentas decir?

—Los archivos, Francis. Los archivos confidenciales del partido sobre Samuel que me pediste que enviara a los periódicos dominicales. —Resoplaba tanto de agotamiento físico como nervioso. Tenía las pupilas dilatadas, el lagrimal de los ojos como en carne viva y la piel cenicienta—. Pues verás, pude usar mi pase para bajar al sótano sin problemas. Allí es donde se almacena todo, pero los archivos están en armarios cerrados con llave. Tuve que forzar la cerradura, Francis. Lo siento, pero no tuve alternativa. No mucho, pero se dobló un poco. Hay tanto polvo y tantas telarañas allí abajo que parece que nadie haya puesto un pie ahí dentro desde la guerra de los bóers. Pero ayer alguna puta secretaria decidió bajar y se dio cuenta de que habían forzado la cerradura y ahora han repasado todos los ficheros y han visto que falta el de Samuel.

—¿Les enviaste el archivo original? —preguntó Urquhart horrorizado—. ¿No copiaste los trozos interesantes como te dije que hicieras?

—Francis, ese archivo era tan gordo como mi brazo, me habría llevado horas copiarlo. Tampoco sabía qué trozos les interesarían más, así que se lo mandé todo. Podrían haber pasado años sin que nadie reparara en que faltaba el archivo, y entonces habrían pensado que se había traspapelado.

—Eres un maldito estúpido, eres un absoluto...

—¡Francis, no me grites! —chilló O’Neill—. Soy yo quien ha corrido todos los riesgos, no tú. El presidente ha interrogado personalmente a todos los que tienen un pase, y solo somos nueve. Ha dicho que quería verme esta tarde, estoy seguro de que sospecha de mí, y no voy a cargar yo con toda la culpa. ¿Por qué debería hacerlo? Solo estaba haciendo lo que tú me dijiste... —Estaba lloriqueando—. Francis, no puedo seguir mintiendo. No puedo soportarlo más. ¡Voy a explotar!

Urquhart se quedó helado cuando captó la cruda verdad tras las palabras desesperadas de O’Neill. Aquel hombre tembloroso que tenía delante ya no poseía resistencia ni juicio alguno; empezaba a desmoronarse, como una pared vieja sin cimientos. O’Neill no podía controlarse ni una semana, ni siquiera aquella semana entre todas las semanas. Estaba al borde del desastre personal, la más leve brisa lo arrojaría montaña abajo hacia la destrucción. E iba a llevarse a Urquhart consigo.

Habló con voz firme, pero en tono conciliador.

—Roger, tienes un ataque de ansiedad. No hay nada que temer, nadie puede probar nada, y debes recordar que estoy de tu parte. No estás solo. Mira, no vuelvas a la oficina. Llama, di que estás enfermo y vete a casa. El presidente puede esperar hasta el lunes. Mañana me gustaría que fueras mi invitado en Hampshire. Ven a comer y quédate a pasar la noche y hablaremos de todo esto... juntos, los dos solos. ¿Qué te parece?

O’Neill se aferró a la mano de Urquhart como un lisiado a su muleta.

—Solos tú y yo, Francis... —lloriqueó.

—Pero no debes decirle a nadie que vienes a visitarme, sería muy embarazoso que la prensa se enterara de que un alto funcionario del partido ha sido mi invitado justo antes de la votación definitiva por el liderazgo. No tendría buena pinta, para ninguno de los dos. Así que esto debe quedar estrictamente entre tú y yo. No debe saberlo ni tu secretaria.

O’Neill trató de farfullar unas palabras de agradecimiento, pero lo interrumpieron tres sonoros estornudos que hicieron retorcerse de repugnancia a Urquhart. O’Neill no pareció darse cuenta; se enjugó la cara y sonrió con el repentino entusiasmo de un spaniel.

—Ahí estaré, Francis, puedes confiar en mí.

—¿De verdad, Roger?

—Claro que sí. Aunque me cueste la vida, allí estaré.

*Sábado, 27 de noviembre*

Urquhart se levantó de la cama antes del amanecer. No había dormido, pero no estaba cansado. Estaba solo, su mujer se había ido a pasar el fin de semana fuera, no sabía exactamente adónde, pero la decisión había sido del propio Urquhart, le había pedido un poco de tiempo a solas. Ella había inspeccionado concienzudamente su rostro, tratando de encontrar un brillo en su mirada que revelase la existencia de una amante o alguna relación inapropiada. Nunca sería tan estúpido, y mucho menos el fin de semana antes de una semana como la que se avecinaba; sin embargo, los hombres tenían la capacidad de ser inexplicablemente estúpidos.

—No, Mortima —había susurrado él intuyendo qué le preocupaba—. Necesito tiempo para reflexionar, caminar un poco, leer un poco a Burke.

—Lo que haga falta, Francis —respondió ella, y se marchó.

Era pronto, ni siquiera la luz del alba iluminaba todavía el cielo sobre el páramo de New Forest. Se puso su chaqueta de caza favorita, se calzó las botas y salió al aire frío de la mañana por un camino de herradura que pasaba por Emery Down en dirección a Lyndhurst. El suelo del camino estaba cubierto por una densa neblina que se ceñía a los setos vivos, desalentaba a los pájaros y ensordecía cualquier sonido, creando un ambiente envolvente en el que solo existían él y sus pensamientos. Anduvo casi cinco kilómetros antes de emprender el suave ascenso por la cara sur de una colina y, poco a poco la niebla se fue disipando a medida que el sol naciente atravesaba el aire húmedo. Al emerger de un banco de niebla vio un ciervo en la parte iluminada de la pradera, paciendo en la hierba húmeda. Urquhart se escondió sin hacer ruido tras un arbusto, a la espera.

No era propenso a la introspección, pero había momentos en los que necesitaba hurgar en su interior, y en aquel espacio interior encontraba a su padre, o retazos de él. Fue en una ciénaga parecida a esa, pero en las tierras altas de Escocia, bajo un arbusto de flores amarillas, donde encontraron su cuerpo. A su lado yacía su escopeta Purdy de calibre veinte, su preferida, heredada de su propio padre y con tan solo un cartucho usado. Eso era cuanto había necesitado para volarse media cabeza. Un hombre estúpido, débil. Una deshonra del nombre de Urquhart que todavía provocaba en el hijo un sentimiento de inferioridad.

El ciervo tenía la cabeza erguida y olfateaba el aire matutino, con los tenues rayos de sol incidiendo en la cornamenta en forma de pala, y una cicatriz sobre el lomo moteado indicando que probablemente se había enzarzado en una reciente pelea y había perdido. Era un ejemplar joven, tendría más oportunidades, pero Urquhart sabía que él no sería tan afortunado. La lucha en la que estaba implicado sería la última para él; no volvería a llegarle el momento.

El ciervo se acercó un poco mientras seguía paciendo, sin reparar en su presencia. Su rico pelaje castaño brillaba bajo el sol y su corta cola no dejaba de moverse. Era una imagen que de joven habría podido contemplar durante horas, pero ya no podía quedarse a contemplar, no después de lo de su padre. Urquhart se incorporó, a menos de treinta metros del animal. Éste se quedó paralizado, confuso, como intuyendo que

ya debería estar muerto. Dio un brinco hacia un lado y al cabo de un instante había desaparecido. La risa de Urquhart lo siguió entre la niebla.

Cuando volvió a casa fue directo a su estudio, sin cambiarse, y cogió el teléfono. Llamó a los directores de los cuatro periódicos más importantes de los domingos. Descubrió que dos de ellos estaban escribiendo editoriales en que lo apoyaban a él, uno agitaba la bandera por Samuel y el otro se mantenía imparcial. Sin embargo, los cuatro, en distintos grados, coincidían en que él claramente llevaba ventaja, una opinión confirmada por los encuestadores del *Observer*, que para entonces habían conseguido llegar a una mayoría sustancial del partido parlamentario. El estudio predecía una cómoda victoria para Urquhart con el sesenta por ciento de los votos.

—A estas alturas parece que haría falta un terremoto para impedir que ganara —le había dicho el director.

—O la verdad —había murmurado Urquhart tras haber colgado el teléfono.

Urquhart seguía sentado en su estudio cuando oyó detenerse en seco el coche de O'Neill en el sendero de gravilla de la casa. El irlandés aparcó sin fijarse mucho donde lo hacía y se apeó del vehículo con aspecto abatido. Cuando entró al vestíbulo, Urquhart no pudo evitar reparar en que su invitado ya no se parecía en nada al hombre al que había invitado a comer a su club hacía menos de seis meses. Su encanto natural había dado paso a un absoluto desaliño, el peinado informal era ahora descuidado, llevaba la ropa sin planchar y el cuello de la camisa desabrochado y arrugado. El moderno y encantador publicista parecía ahora un vulgar vagabundo y aquellos ojos brillantes que encandilaban tanto a las mujeres como a los clientes se habían esfumado sin dejar rastro, sustituidos por dos globos saltones y frenéticos que recorrían la estancia en constante búsqueda de algo que jamás lograrían encontrar.

Urquhart llevó a O'Neill a una de las habitaciones de invitados del segundo piso. No dijo mucho mientras subían por las escaleras, pues O'Neill llenaba cualquier espacio de tiempo con su constante parloteo acelerado. El invitado no mostró mucho interés en la bonita vista de New Forest que se disfrutaba desde la habitación; dejó caer su escaso equipaje descuidadamente sobre la cama. Volvieron sobre sus pasos, bajando dos tramos de escaleras. Urquhart lo guió entonces hasta una vieja puerta de roble que daba paso a su estudio lleno de libros.

—Francis, esto es increíble, precioso —dijo O'Neill admirando la colección de libros encuadernados en cuero y los cuadros, que cubrían un amplio espectro de temas tradicionales, desde barcos con las velas desplegadas en plena tormenta a miembros de clanes escoceses con sus trajes a cuadros, y un par de globos terráqueos. No era precioso; aquélla era una de sus típicas exageraciones, pero era íntimo y muy propio de Urquhart. Había dos licoreras rodeadas de vasos de cristal tallado en un hueco de la estantería de madera oscura.

—Sírvete, Roger —lo invitó Urquhart—. Tengo un Speyside poco corriente y un *whisky* de las islas, lleno de turba y algas. Elige tú. —Observó con atención clínica como O'Neill llenaba un vaso hasta el borde y se disponía a apurarlo.



—Perdona, ¿te sirvo algo Francis? —farfulló O’Neill, recordando finalmente sus modales.

—Mi querido Roger, ahora mismo no, gracias. Necesito mantener la cabeza fría, comprenderás. Pero por favor, ponte cuanto quieras.

O’Neill se sirvió otro vaso lleno y se dejó caer en una silla. Mientras hablaban el alcohol empezó a reaccionar con lo que fuera que hubiera ya en su sistema. Sus ojos rabiosos perdieron un poco de su frenetismo, su lengua se relajó y su conversación fue perdiendo coherencia progresivamente. El depresivo chocaba con el estimulante sin lograr el equilibrio ni la paz, dejándolo permanentemente al borde del abismo.

—Roger —iba diciendo Urquhart—, parece que estaremos en Downing Street a final de semana. He estado pensando qué cosas voy a necesitar. Y se me ocurre que podríamos hablar de qué es lo que quieres tú.

O’Neill dio un trago más antes de responder.

—Francis, no sé cómo agradecerte que pienses en mí. Serás un primer ministro de puta madre, Francis, de verdad, lo serás. Resulta que yo también he estado pensando en todo esto y creo que podrías sacar partido de alguien como yo en Downing Street, o sea, como consejero o incluso como representante de prensa. Vas a necesitar ayuda y dado que parece que hemos trabajado tan bien juntos he pensado que...

Urquhart levantó la mano pidiendo silencio.

—Roger, hay montones de funcionarios para ocuparse de esas cosas, gente que ya está haciendo ese trabajo. Lo que yo necesito es a alguien como tú a cargo del lado político de las cosas, alguien de fiar que no cometa esos lamentables errores que ha estado cometiendo la organización del partido en los últimos meses. Me gustaría mucho que te quedarás en la sede del partido, bajo un nuevo presidente, claro.

Una sombra de preocupación frunció el ceño de O’Neill. ¿El mismo trabajo sin sentido? ¿Viendo desde segunda línea cómo la administración pública se encargaba de manejarlo todo? ¿No era lo mismo que llevaba haciendo los últimos años?

—Pero para hacer eso de manera eficaz, Francis, necesitaré apoyo, y un estatus especial. Creo que habíamos hablado del título de *sir*.

—Claro, Roger. Eso sería ni más ni menos lo que mereces. Me has sido completamente indispensable y debes entender lo agradecido que te estoy por ello. Sin embargo, he estado informándome. Es posible que ese tipo de reconocimiento no sea posible a corto plazo. Hay mucha gente esperando para ostentar ese título cuando un primer ministro se retira y hay un límite de títulos que un primer ministro puede otorgar. Me temo que podría llevar un tiempo...

O’Neill había estado recostado en su silla, deslizándose por el asiento de cuero, pero se incorporó confuso e indignado.

—Francis, no es eso lo que habíamos hablado.

Urquhart estaba dispuesto a poner a prueba a O’Neill, a intimidarlo, a putearlo, a meterle el dedo en el ojo o directamente por el culo, a colmarlo de agravios y decepciones, a hacerle sentir un poco la presión a la que indudablemente se vería

sometido en los próximos meses. Quería ver cuánto podía apretarle las tuercas antes de que llegara al límite. No tuvo que esperar ni un instante más.

—No, eso no es lo que dijimos, joder, Francis. ¡Me lo prometiste! ¡Era parte del trato! Me diste tu palabra y ahora resulta que ya no hay trato, ni trabajo ni título. Ni ahora, ni pronto, ¡ni nunca! Has conseguido lo que querías y ahora crees que puedes deshacerte de mí. Bueno, ¡pues piénsalo mejor! He mentido, he engañado, he falsificado y he robado para ti y ahora me tratas como a los demás. No voy a tolerar que la gente se ría más a mis espaldas y me miren por encima del hombro como si fuera un maldito campesino irlandés maloliente. Me merezco ese título. ¡Lo exijo!

El vaso estaba vacío y O'Neill, temblando por el torbellino de emociones, se abalanzó sobre la licorera para rellenarlo. Esta vez escogió la segunda licorera, sin preocuparse de su contenido, derramando el oscuro licor cuando se le desbordó el vaso. Dio un buen trago antes de volverse hacia Urquhart y retomar su avalancha de ira.

—Hemos pasado por todo esto juntos, como un equipo, Francis. Todo lo que he hecho ha sido por ti, y no hubieras podido acercarte siquiera a Downing Street sin mi ayuda. O triunfamos juntos o nos jodemos juntos. Si voy a acabar en el montón de mierda, Francis, que me parta un rayo si crees que voy a acabar ahí yo solo. No puedes permitírtelo, no con lo que yo sé. ¡Estás en deuda conmigo!

Estaba temblando, y derramó más *whisky*. Sus pupilas parecían cabezas de alfiler. Babeaba.

Ya estaba todo dicho, la amenaza flotaba en el aire. Urquhart le había arrojado el guante, provocándolo, y sin apenas un respiro, O'Neill lo había recogido y lo había abofeteado con él. Había quedado claro que la cuestión ya no era si O'Neill perdería el control, sino cuánto tardaría en suceder. No le había llevado ni un momento. No tenía mucho sentido seguir poniéndolo a prueba. Urquhart zanjó el asunto rápidamente con una ancha sonrisa y sacudiendo la cabeza.

—Roger, querido amigo, me has malinterpretado completamente. Tan solo quería decir que será complicado esta vez, en la lista de títulos honoríficos de Año Nuevo, pero saldrá otra en primavera, por el cumpleaños de la reina. Son solo unas semanas de diferencia, en realidad. Solo te pido que esperes hasta entonces. —Puso la mano sobre el hombro tembloroso de O'Neill—. Y, si quieres un trabajo en Downing Street, te conseguiremos uno. Tú y yo trabajamos como un equipo. Te lo has ganado. Te doy mi palabra de honor, Roger, no olvidaré lo que te mereces.

O'Neill solo pudo responder con un murmullo. Su pasión se había agotado, el alcohol se asentaba en su interior, sus emociones habían quedado hechas pedazos para volverse a recomponer. Volvió a arrellanarse en la silla, pálido y agotado.

—Duerme un poco antes de la comida. Podemos hablar de los detalles de lo que quieras más tarde —sugirió Urquhart llenándole el vaso una vez más.

Sin una palabra más, O'Neill cerró los ojos. Apuró el vaso una vez más y en cuestión de segundos su respiración se volvió lenta y profunda. Incluso dormido, los

ojos seguían moviéndose inquietos bajo los párpados. Dondequiera que estuviera vagando la mente de O'Neill, no había hallado reposo.

Urquhart observaba desde su asiento aquella figura encogida. Le goteaba la nariz. Aquella imagen le recordó de nuevo a su niñez, a un labrador que había ejercido de perro de caza y de fiel compañero durante años. Un día, el ayudante de caza les dijo que el perro había sufrido un derrame cerebral; tenían que sacrificarlo. Urquhart quedó desolado. Había ido corriendo al establo en el que dormía el labrador y se encontró con la penosa imagen de un animal que había perdido el control. Tenía paralizadas las patas traseras, se había hecho de todo encima, le goteaba el hocico y babeaba, como O'Neill. Lo máximo que pudo hacer fue soltar un gemido como recibimiento. En los ojos del viejo ayudante de caza asomaba una lágrima mientras le acariciaba las orejas.

—Ya no perseguirás más conejos, viejo amigo —susurró.

Se volvió hacia el joven Urquhart.

—Es hora de que se vaya, señorito Francis.

Pero Urquhart se había negado.

—Sé lo que hay que hacer —había dicho.

Y así, juntos, cavaron la tumba detrás del huerto, cerca de un denso seto de tejo. Habían llevado al perro a un lugar cercano, donde pudiera sentir la calidez del sol otoñal, y después Urquhart le había pegado un tiro, acabando con su agonía. Mientras observaba ahora a O'Neill se acordó de todas las lágrimas que había derramado, las visitas al sitio donde lo habían enterrado, y se preguntó por qué algunos hombres merecían menos piedad que los simples animales.

Dejó a O'Neill en la biblioteca y se dirigió silenciosamente a la cocina. Cogió unos guantes de goma de debajo del fregadero y una cucharita de té. Tras metérselo todo el bolsillo salió por la puerta trasera hacia el cobertizo. Las bisagras de la vieja puerta de madera chirriaron cuando entró. El olor a humedad le dio de lleno. Rara vez iba a aquel sitio, pero sabía perfectamente qué buscaba. Colgado en lo alto de una pared había un desvencijado armario de cocina que se había quitado de la despensa de la casa hacía muchos años. Ahora se usaba para guardar botes de pintura a medias, antiguas latas de aceite y un poderoso ejército de carcoma. Detrás de las latas viejas encontró una cajita de hojalata firmemente cerrada. Se puso los guantes de goma antes de sacarla del armario y volver a la casa, sosteniendo la cajita como si se tratase de una antorcha encendida.

Una vez en la casa le echó un vistazo a O'Neill, que seguía profundamente dormido y roncando como una tormenta en la lejanía. Subió sigilosamente a la habitación de invitados y respiró aliviado al comprobar que O'Neill no había cerrado con llave su maleta de viaje. Encontró lo que buscaba en el neceser, metido entre la pasta de dientes y la crema de afeitar. Era una cajita de talco. La tapa saltó de la caja con un pequeño tirón. No había talco en su interior sino una pequeña bolsa de polietileno con cierre hermético que contenía el equivalente a una cucharada sopera

de polvo blanco. Llevó la bolsita al escritorio de caoba que había bajo la ventana y sacó tres hojas de papel de escribir azul del cajón. Puso una de las hojas sobre la mesa y vertió el contenido de la bolsa de O'Neill. Puso la segunda hoja al lado y, todavía con los guantes puestos, abrió la cajita de hojalata y extrajo una cantidad similar de polvo blanco con la cuchara. Usando el extremo plano de la cuchara como espátula, se dedicó a dividir ambos montones en mitades lo más exactas posible, y finalmente puso sobre la última hoja, que había doblado por el centro, la mitad de cada uno de los montones. Ambos productos eran prácticamente del mismo color y consistencia. Mezcló las dos mitades de forma que no se notara que alguna vez habían sido cosas distintas. Con ayuda del doblez del papel, se dispuso a rellenar la bolsita de O'Neill.

Miró la hoja de papel y su mano. Le temblaba ligeramente el pulso. ¿Serían los nervios? ¿La edad? ¿La indecisión? ¿Algo que había heredado de su padre? No, eso nunca. Costara lo que costase, ¡eso nunca! El polvo blanco se vertió sin problemas en la bolsa de polietileno, y volvió a cerrarla. Daba la sensación de que nadie la hubiera tocado nunca.

Cinco minutos más tarde, en una esquina del jardín cerca de un sauce llorón donde su jardinero solía acumular malas hierbas para quemarlas después, encendió un fuego. La cajita de hojalata estaba vacía, había tirado los restos de su contenido al váter, y la enterró en las llamas junto con las hojas de papel de escribir azul y los guantes de goma. Urquhart observó la danza de las llamas, luego las vio convertirse en humo y, finalmente, solo quedó la cajita, maltrecha y cubierta de cenizas.

Regresó a la casa y se sirvió un buen vaso de *whisky*, que apuró casi con las mismas ansias con las que lo había hecho O'Neill. Solo entonces se relajó.

Misión cumplida.

## Capítulo XLV

*Fue Francis Drake, el viejo lobo de mares tormentosos, quien comentó que las alas de la oportunidad lucen las plumas de la muerte. La muerte de algún otro, preferiblemente.*

O'Neill llevaba tres horas durmiendo cuando alguien lo sacudió brutalmente del hombro para despertarlo. Poco a poco consiguió que sus ojos enfocaran con claridad y vio a Urquhart inclinado sobre él ordenándole que se levantara.

—Roger, ha habido un cambio de planes. Acabo de recibir una llamada de la BBC. Me preguntaban si pueden mandar un equipo de rodaje aquí para hacer unas tomas para el reportaje del martes. Samuel ha accedido, por lo visto, de manera que no me ha quedado otra que decir que sí. Pasarán aquí algún tiempo. Eso es justo lo que no queremos. Que te encontraran aquí daría pie a toda clase de especulaciones sobre que la sede del partido está interfiriendo en la carrera por el liderazgo. Más vale evitar la confusión. Lo siento, pero creo que lo mejor es que te vayas ahora mismo.

O'Neill aún trataba de poner en funcionamiento la lengua cuando Urquhart le vertió un poco de café en ella. Repitió que sentía mucho lo del fin de semana, pero añadió que se alegraba mucho de que hubieran aclarado cualquier posible confusión entre ambos.

—No lo olvides, Roger. Un título de *sir* con tierras cerca de Whitsun, y la semana que viene podemos ver qué empleo quieres. Estoy muy contento de que hayas podido venir. De verdad que te estoy muy agradecido —iba diciendo Urquhart mientras metía a O'Neill en su coche.

Lo observó alejarse muy despacio sendero abajo, con estudiada cautela, y trasponer las puertas de la finca.

—Adiós, Roger —susurró.

## Capítulo XLVI

*La lujuria amplía el horizonte. El amor lo estrecha hasta el extremo de la ceguera.*

*Domingo, 28 de noviembre*

El trino de pájaros al amanecer que llenaba los periódicos dominicales sería música celestial para el whip y sus seguidores.

«URQUHART EN CABEZA», declaraba el *Sunday Times* en la primera plana, que complementaba con el refrendo de sus columnas de editoriales. Tanto el *Telegraph* como el *Express* respaldaban abiertamente a Urquhart, mientras que el *Mail on Sunday* trataba de nadar incómodamente entre dos aguas. Solo el *Observer* apoyaba a Samuel en su editorial, aunque se admitía con cierta reserva que Urquhart llevaba una clara ventaja.

Tuvo que ser uno de los periódicos más sensacionalistas, el *Sunday Inquirer*, el que le diera a la campaña un buen achuchón. En una entrevista a Samuel sobre sus «primeros tiempos» en la política, lo citaban reconociendo una participación pasajera en muchos clubes universitarios distintos. Cuando le insistieron al respecto, había admitido que hasta los veinte años había simpatizado con una serie de causas de moda entonces que, treinta años después, parecían ingenuas y equivocadas. Solo cuando el reportero había insistido en que el periódico tenía pruebas documentales que sugerían que dichas causas incluían la Campaña pro Desarme Nuclear y el republicanismo, Samuel había sospechado que le estaban tendiendo una trampa.

—No me vengán otra vez con esas tonterías —había respondido con irritación.

Creía haber acabado con aquellas acusaciones veinte años atrás cuando se había presentado por primera vez como candidato al Parlamento. Un oponente le había enviado una carta de acusación a la sede del partido; la Comisión Permanente para candidatos del partido había investigado a fondo esas acusaciones, y habían acabado por darle a Samuel el visto bueno. Pero ahora ahí estaban otra vez, surgidas de entre los muertos al cabo de tantos años, solo unos días antes de la votación definitiva.

—Hice todas las cosas que hacía un estudiante universitario de dieciocho años en aquellos tiempos. Participé en dos marchas pro desarme y hasta me convencieron de suscribirme a un periódico de estudiantes, dirigido según descubrí más tarde por republicanos. —Había tratado de soltar una risita ante aquel recuerdo, decidido a no dar la impresión de que tenía algo que ocultar—. También le presté todo mi apoyo al movimiento antiapartheid, y hoy en día sigo oponiéndome férreamente al apartheid —le había dicho al periodista—. ¿Que si lamento algo? No, la verdad es que no lamento nada de aquellas incursiones juveniles; no fueron tanto errores de juventud como excelentes terrenos de prueba para las opiniones que defiendo ahora. Ya sé hasta qué punto son insensatos en la Campaña pro Desarme, porque he estado allí. ¡Y

amo a mi reina!

No fue ésa la frase que decidió destacar el *Inquirer*. «¡Samuel fue un rojo!», exclamó en grandes titulares que cubrían media primera plana, y en unas «revelaciones escandalosas» que según ellos eran «exclusivas» se declaraba que Samuel había sido un activista de izquierdas cuando estaba en la universidad. Samuel apenas pudo creer que hubiesen tergiversado así sus comentarios; se preguntó durante unos instantes si no se trataría de libelo. No obstante, bajo el titular, el artículo era aún peor.

Anoche, Samuel admitió que se había manifestado en las calles de Londres a favor de los rusos en sus tiempos de partidario de la Campaña pro Desarme Nuclear, en los años sesenta, cuando las marchas contra la bomba atómica acababan con frecuencia en escenas violentas y graves trastornos.

También ofreció apoyo económico a un grupo militante antimonárquico, realizando pagos mensuales regulares al Movimiento Republicano de Cambridge, algunos de cuyos líderes defendían activamente al IRA.

Hace mucho que la participación de Samuel en movimientos de izquierda en sus primeros tiempos es una fuente de preocupación para los líderes del partido. En 1970, a los veintisiete años, se presentó como candidato oficial del partido en las elecciones generales. El presidente se mostró lo bastante preocupado como para escribirle exigiéndole una explicación por «la frecuencia con que en la universidad se asociaba su nombre con causas entre las que nuestro partido no goza de simpatías». Samuel se las apañó para pasar la prueba y resultó elegido. Pero anoche seguía mostrándose desafiante.

«No lamento nada», declaró, y añadió que todavía simpatizaba en gran medida con algunos de aquellos movimientos de izquierdas a los que antaño prestara su apoyo.

El resto del día hubo gran agitación. Nadie creía en realidad que Samuel fuera un comunista de tapadillo; solo era otro de aquellos artículos absurdos y sensacionalistas más destinados a aumentar la tirada que a hacer mella en la conciencia del público, pero había que comprobar que fuera así. El inevitable resultado fue la confusión en un momento en el que Samuel trataba desesperadamente de tranquilizar a sus seguidores y redirigir la atención a las cuestiones serias de la campaña.

A mediodía, lord Williams había denunciado públicamente y con palabras hirientes al periódico por utilizar documentos confidenciales que según él habían sido robados. El *Inquirer* respondió de inmediato que, pese a que el partido hacía gala de una incompetencia imperdonable a la hora de salvaguardar su material confidencial, el periódico cumpliría gustoso con sus obligaciones públicas y devolvería la carpeta que había llegado a sus manos a sus legítimos propietarios en la sede del partido, algo que en efecto hizo al cabo de unas horas, a tiempo para que apareciera en las noticias de televisión, prolongando un poco más la actualidad de aquella historia.

Nadie le dio mucha importancia a la historia. Muchos consideraron que no era más que otra muestra de la típica incompetencia de la sede del partido y del propio Samuel. Pero su campaña había sido víctima de la mala suerte desde el principio. Napoleón había pedido generales afortunados y Gran Bretaña no podía ser menos. Nada de todo aquello fue muy tranquilizador para alguien que aseguraba estar por encima de los acontecimientos. No fue la mejor manera de pasar las últimas horas antes de la batalla.

Había llamado a Mattie.

—Te necesito. ¿Puedes venir?

Ella prácticamente había acudido corriendo a su casa en Cambridge Street, y en cuanto hubo cerrado la puerta, dejando al otro lado el mundo exterior, Mattie lo tuvo encima, y al cabo de muy poco dentro de sí. Parecía tener una energía extraordinaria, un hombre con una desesperada necesidad de liberarse. Había soltado un grito al acabar, un sonido solitario que durante un instante ella tomó erróneamente por angustia, ¿o era culpa? La búsqueda constante del poder despertaba muchas pasiones que no siempre encajaban bien unas con otras. Mattie sabía muy bien que era así.

Cuando habían terminado, ella se quitó de encima de él y se quedaron tendidos en silencio uno junto al otro durante un rato, perdidos en sus pensamientos.

—¿Por qué me has llamado, Francis? —preguntó ella por fin.

—Te necesitaba, Mattie. De pronto me sentía muy solo.

—No tardarás en estar rodeado por el mundo entero. No tendrás un solo instante para ti mismo.

—Creo que eso era parte del problema. Estoy un poco asustado. Necesito a alguien en quien poder confiar. Y puedo confiar en ti, ¿verdad que sí, Mattie?

—Sí, ya sabes que sí. —Le dio un beso—. Esto no va a durar para siempre, ya lo sé, pero cuando hayas acabado conmigo entenderé más cosas sobre mí misma y sobre todo lo que me interesa.

—¿Y qué es lo que te interesa?

—El poder. Sus límites. Los compromisos que requiere. Los engaños que implica.

—¿Tan cínica te he vuelto?

—Quiero ser la mejor corresponsal política del país, quizá del mundo entero.

—¡Me estás utilizando! —exclamó él riendo por lo bajo.

—Eso espero.

—Tú y yo somos diferentes en muchos sentidos, Mattie, y sin embargo tengo la sensación de que, si puedo estar seguro de tu... —buscó la palabra idónea— lealtad, durante un tiempo el mundo entero te seguirá los pasos.

Ella le pasó con suavidad un dedo por los labios.

—Creo que es algo más que lealtad, Francis.

—No podemos llevar esto demasiado en serio, Mattie. El mundo no nos lo permitirá.

—Pero aquí solo estamos tú y yo, Francis. —Volvió a montársele encima, y esta vez él no soltó un grito de agonía.



## Capítulo XLVII

*A veces me detesto por mi ineptitud. Pero me resulta más fácil detestar a los demás.*

*Lunes, 29 noviembre*

El encargado encontró el cuerpo poco después de fichar a las cuatro y media de una mañana cubierta de escarcha para su turno en el área de servicio de Rownhams, en la M27 a las afueras de Southampton. Estaba limpiando los lavabos cuando se dio cuenta de que una de las puertas de los cubículos no se abría. Tuvo ciertas dificultades para agacharse, pero consiguió ver un par de zapatos. Dado que de los zapatos salían unos pies y unos calcetines, no necesitó más para satisfacer su curiosidad. Había un hombre en el cubículo, y estuviera borracho, enfermo o moribundo iba a mandar al garete su horario de limpieza. El viejo encargado maldijo por lo bajo mientras se alejaba dando tumbos en busca de su supervisor.

El supervisor usó un destornillador para intentar abrir el cerrojo desde fuera, pero el hombre parecía tener las rodillas firmemente apoyadas contra la puerta, y por mucho que empujó solo consiguió abrirla unos centímetros. Metió la mano por detrás de la puerta, intentando apartar las rodillas del hombre, pero en lugar de eso agarró una mano que colgaba, fría como el hielo. Retrocedió horrorizado e insistió en lavarse meticulosamente las manos antes de apresurarse a llamar a la policía y a una ambulancia, mientras el viejo montaba guardia.

La policía llegó poco después de las cinco de la mañana y, con bastante más experiencia que el encargado y el supervisor en esos menesteres, habían sacado la puerta de sus bisagras en cuestión de segundos. El cuerpo de O'Neill, completamente vestido, estaba desplomado contra la pared. No quedaba un ápice de color en su rostro, que esbozaba un rictus siniestro mostrando los dientes. Los ojos miraban fijamente, muy abiertos. Sobre sus rodillas, la policía encontró una cajita de talco, y a su lado, en el suelo, una pequeña bolsa de polietileno que contenía restos de polvo blanco y un maletín lleno de panfletos políticos. Encontraron más restos de aquel polvo encima del propio maletín, que evidentemente se había colocado sobre el regazo para proporcionarse una superficie plana. De uno de sus puños cerrados lograron sacar un billete de veinte libras que había tenido la forma de un pequeño tubo antes de acabar arrugado por el *rigor mortis*. Tenía el otro brazo estirado hacia arriba sobre la cabeza, como si el cadáver sonriente hiciera un último y espeluznante gesto de despedida.

—Otro yonqui tomándose su puñetera última dosis —le murmuró el sargento a su compañero más joven—. Es más corriente encontrarlos con la aguja clavada en el brazo, pero éste parece que ha hecho su ritual de la muerte del cisne esnifando cocaína.

—No sabía que fuera letal —comentó el agente.

—Puede haber sido demasiado para su corazón. O quizá el producto estaba adulterado. Pasa mucho por las áreas de servicio de esta autopista, y los yonquis no saben lo que están comprando. A veces no tienen mucha suerte. —Empezó a hurgar en los bolsillos de O’Neill en busca de una pista de su identidad—. Manos a la obra, chaval, y llama a los malditos fotógrafos para que capturen esta escenita tan sórdida. No sirve de nada que nos quedemos aquí especulando sobre... el señor Roger O’Neill —anunció tras encontrar una cartera con varias tarjetas de crédito—. Me pregunto quién será. O quién era, más bien.

Eran las siete y veinte cuando el representante del juez de instrucción autorizó que se retirara el cuerpo. El personal de la ambulancia estaba forcejeando para sacar al contorsionado cadáver del cubículo y ponerlo en la camilla cuando llegó un aviso por radio. El cuerpo no solo tenía nombre, sino también un historial.

—Mierda —le dijo el sargento al tipo de la radio—, eso será como poner al zorro entre las gallinas. Tendremos a inspectores del Departamento Criminal, superintendentes e incluso el jefe de policía viniendo a echarle un vistazo a este tipo. —Se rascó la barbilla y se volvió hacia el agente novato—. Nos ha tocado el gordo con éste, sí señor. Parece que nuestro amiguito de debajo de la sábana era una figura política importante, con las zarpas en Downing Street. Más te vale escribir un informe bueno de cojones, chaval, con puntos en las íes y palitos en las tes. En mi opinión, van a convertirlo en un éxito de ventas.

Mattie estaba en la ducha borrando los rastros de la noche anterior cuando sonó el teléfono. Era Krajewski, que llamaba desde la sala de prensa del *Chronicle*.

—Coño, Johnnie, es muy temprano —empezó a quejarse ella, pero él la interrumpió.

—Tienes que oír esto. Otra de tus coincidencias imposibles. Nos acaba de llegar el teletipo. Parece que la policía de Southampton ha encontrado muerto a tu Roger O’Neill en unos lavabos públicos, hace un par de horas.

Se quedó ahí plantada, desnuda, chorreando encima de la alfombra pero ajena al desastre que estaba causando a su alrededor.

—Dime que esto no es más que una manera poco afortunada de desearme buenos días, Johnnie. Por favor.

—Parece que estoy destinado a ser una constante decepción para ti, Mattie. Va en serio. Ya he mandado a un reportero al escenario, pero parece que la policía de allí ha llamado a narcóticos. Corre la voz de que ha sido una sobredosis.

Mattie se estremeció cuando una de las piezas encajó en su sitio como una celda al cerrarse.

—Así que era eso. Un adicto. No me extraña que estuviera siempre manga por hombro.

—Desde luego no era el tipo de tío que quieres sentado junto a la salida de

emergencia en un avión —respondió él, pero mientras lo hacía se oyó un quejumbroso lamento de frustración al otro lado de la línea—. Mattie, ¿qué coño...?

—Él era nuestro hombre. El único del que sabíamos con certeza que estaba implicado en todo el juego sucio, el que dejó sus huellas por todas partes. El hombre que podía resolvernó todo el maldito misterio. Y ahora desaparece del mapa un día antes de que se elija al nuevo primer ministro, dejándonos otra vez en la casilla de salida. ¿No lo ves, Johnnie?

—¿El qué?

—Esto no puede ser una coincidencia. ¡Es un maldito asesinato!

En cuanto se hubo puesto algo de ropa, y sin secarse el pelo, Mattie salió pitando en busca de Penny Guy, aunque parecía una búsqueda un poco tonta. Llamó al timbre del bloque de Penny durante varios minutos sin obtener respuesta, hasta que un joven residente con mucha prisa dejó la puerta entreabierta y Mattie se coló dentro. Cogió el chirriante ascensor hasta la tercera planta y encontró el apartamento de Penny. Aporreó la puerta durante un rato, hasta que oyó un ruido dentro y cómo se descorría el cerrojo. La puerta se abrió despacio. Al principio no hubo ni rastro de Penny, pero cuando Mattie entró la encontró sentada en el sofá con las cortinas echadas y mirando al vacío.

—Lo sabes —susurró Mattie.

Las arrugas que había dibujado el dolor en el rostro de Penny fueron respuesta suficiente.

Mattie se sentó a su lado y la abrazó. Poco a poco, los dedos de Penny se agarraron con fuerza a la mano de Mattie, como una mujer que se ahoga se aferra a un trozo de madera.

Cuando Penny habló por fin, su voz sonó entrecortada y llena de pena.

—No merecía morir. Puede que fuera un hombre débil, pero no era malo. Era buena persona.

—¿Qué estaba haciendo en Southampton?

—Pasando el fin de semana con alguien. No me dijo con quién. Era uno de sus estúpidos secretos.

—¿Alguna idea?

Penny negó con la cabeza, rígida.

—¿Sabes por qué murió? —preguntó Mattie.

Penny volvió su rostro hacia ella, con ojos ardientes y acusadores.

—No te interesa él, ¿verdad? Solo su muerte.

—Siento su muerte, Penny. También lo siento porque creo que culparán a Roger de muchas de las cosas malas que han ocurrido últimamente. Y no creo que eso sea justo.

Penny parpadeó despacio, como una simplona que tuviera que vérselas con un

problema de física avanzada.

—Pero ¿por qué iban a culpar a Roger?

—Creo que le tendieron una trampa. Alguien ha estado utilizándolo, retorciéndolo y estrujándolo en su sucio jueguito político, hasta que Roger se ha partido como una ramita.

Penny consideró sus palabras un buen rato.

—Pues no es el único al que le han tendido una trampa.

—¿Qué quieres decir?

—Pat. Le enviaron una cinta. Él pensó que lo había hecho yo.

—¿Quién es Pat?

—Patrick Woolton. Pensaba que yo había grabado una cinta de los dos en la cama para poder hacerle chantaje. Pero fue algún otro. No fui yo.

—¡Por eso renunció! —Mattie soltó un grito ahogado al comprenderlo todo de golpe—. Pero... ¿quién pudo haber grabado esa cinta, Penny?

—No lo sé. Prácticamente cualquiera de los asistentes al congreso, supongo. Cualquiera que estuviera en Bournemouth, cualquier huésped del hotel.

—¡Penny, eso no puede ser cierto! Quien fuera que le hizo chantaje a Patrick Woolton tendría que haber sabido que te acostaste con él.

—Rog lo sabía. Pero él nunca habría... ¿O sí? —preguntó, desesperada de pronto por que la tranquilizaran. Las dudas empezaban a agobiarla.

—Alguien le hacía chantaje también a Roger. Alguien que debía de saber que tomaba drogas. Alguien que lo obligó a filtrar sondeos de opinión y a alterar archivos informáticos y todas esas otras cosas. Alguien que...

—¿Que lo mató?

—Sí, eso creo, Penny.

—¿Por qué...? —gimió Penny.

—Para borrar sus huellas.

—¿Lo encontrarás por mí, Mattie?

—Lo intentaré. Pero no sé por dónde empezar.

El tiempo se había vuelto terriblemente frío, pero Mattie no pareció advertirlo. Su cabeza parecía la cesta de la ropa sucia, desbordante de ideas desechadas, y en un intento de repasarlas y darles vueltas, se había pasado el día castigándose. Había salido a correr al parque un montón de rato, había atacado los montones de ropa sucia que se habían acumulado en cada rincón de su piso, y hasta se había planchado la ropa interior, pero no sirvió de nada. La muerte de O'Neill le había abierto la puerta a todo lo que había en su cabeza. Ya había caído la noche para cuando llamó a Krajewski.

—Ven a mi casa, Johnnie, por favor.

—Pues sí que debes de estar desesperada.

El silencio de Mattie no hizo que se sintiera mejor.

—Pero ahí fuera está cayendo una nevada de cojones —protestó.

—¿De verdad?

—Tardo veinte minutos —murmuró él antes de colgar.

Fueron casi cuarenta. Llegó con una caja grande de *pizza*.

—No, si en realidad es para mí. He supuesto que ya habrías comido. —Exhaló un suspiro—. Pero calculo que dará para dos. —Estaba decidido a no ponerle las cosas fáciles. No lo merecía.

Se acabaron la *pizza* sentados contra la pared de la sala de estar, con migajas desparramadas alrededor, la caja vacía y su suelo recién limpio hecho un desastre otra vez.

—¿Le has contado a Grev que estaba escribiendo un libro?

Él se limpió los dedos con un trapo de cocina.

—Decidí no hacerlo. Y no creas que fue una gran idea hacerle saber que seguía en contacto contigo. No eres exactamente la reina del mes en el *Chronicle*, Mattie. —Y, de nuevo con un tono de amargura en la voz, añadió—: Todo el mundo dio por sentado que estaba follando contigo.

—Te he hecho daño, ¿verdad?

—Pues sí.

—Lo siento.

—Supongo que siempre me queda la posibilidad de aparecer en una nota al pie del maldito libro.

—La historia no hace sino crecer y crecer, Johnnie, pero aún no tengo el final, la pieza que falta.

—¿Y cuál es?

—Quién mató a O'Neill.

—¿Cómo? —exclamó él con tono de alarma.

—Es lo único que tiene sentido —explicó ella, animada una vez más—. Nada de lo que ha pasado ha sido una coincidencia. He descubierto que chantajearon a Woolton para sacarlo de la carrera electoral. Alguien se libró de él, al igual que se libró de Collingridge, McKenzie y Earle, sospecho. Y de O'Neill.

—¿Tienes idea de lo que estás diciendo? ¡Ese estúpido cabrón se mató de una sobredosis! No estamos tratando con el KGB.

—En el caso de O'Neill, bien podrían haber sido ellos.

—¡Madre mía!

—Johnnie, hay alguien ahí fuera que no se detendrá ante nada.

—Pero ¿quién? ¿Por qué?

—He ahí el maldito problema. ¡No lo sé! Todas las pistas conducen a O'Neill, ¡y ya no está! —Le dio una patada a la caja de *pizza* de pura frustración.

—Mira, ¿y no es mucho más fácil achacarle cualquier cosa rara al propio O'Neill?

—Pero ¿por qué iba a incriminarse?

—No lo sé. Para hacer chantaje. Por dinero para la droga, quizá. O quizá tuvo que ver con el poder. Los adictos nunca saben cuándo detenerse. Se involucró demasiado... y le dio miedo. Perdió el control y se suicidó.

—¿Quién se suicida en unos lavabos públicos? —preguntó ella con desdén.

—¡Estaba como una cabra!

—¡Y quien fuera que lo mató se aprovechó de eso!

Los dos jadeaban de pura frustración, hombro con hombro y sin embargo con un mundo entre ambos.

—Volvamos al principio —se emperró Krajewski—. A las filtraciones. Juguemos al móvil y la oportunidad.

—El móvil no fue el dinero, no hay indicios de que lo fuera.

—Entonces tiene que tratarse de un jueguito sucio del poder.

—Estoy de acuerdo. Lo que significa que O'Neill no era el hombre que estaba detrás.

—Pero la oportunidad sí que la tuvo.

—Para todas las filtraciones, no. Algunas se hicieron desde el Gobierno, no desde el partido. Material muy confidencial que no habría estado disponible ni para todos los ministros del Gabinete, y mucho menos para un funcionario del partido.

—¿Ni siquiera para Teddy Williams?

—Difícilmente habría tenido necesidad de robar sus propios archivos, ¿no? Y mucho menos todos los archivos que arrojaban a su amiguito Samuel a la cloaca.

—¿Y entonces?

—El Gobierno. Tiene que ser alguien del Gobierno.

Krajewski encontró una migaja de *pizza* pegada en el interior de la mejilla y la movió de aquí para allá con la lengua mientras pensaba.

—¿Tienes una lista de los ministros del Gabinete?

—En un cajón en alguna parte.

—Entonces mueve ese culo sensacional que tienes y encuéntrala.

Tras hurgar un poco, y exponer con ello las profundas limitaciones de sus esfuerzos de limpieza, Mattie encontró la lista entre un montón de papeles y se la tendió a Krajewski. Él se acercó a la mesa de trabajo y apartó con el brazo los montones de libros y basura variada, dejando expuesta la lisa superficie laminada. La blancura de la mesa la hizo parecer un cuaderno abierto a la espera de que lo llenaran. Krajewski cogió un carboncillo y garabateó los veintidós nombres.

—Vamos a ver. ¿Quién pudo haber sido responsable de las filtraciones? Venga, Mattie, ¡piensa!

Ella paseó de aquí para allá para concentrarse, tratando de abrirse paso en el laberinto burocrático.

—Hubo dos filtraciones que solo pudieron haber salido de dentro del Gabinete —dijo por fin—. La de los recortes en el Ejército Territorial y la aprobación del

medicamento de la Renox. Y creo que podemos añadir también la cancelación del programa hospitalario; nunca me tragué la idea de que O'Neill y el partido estuvieran metidos hasta el cuello.

—Bueno, y ¿quién en el Gobierno habría estado al corriente de esas cosas?

—Quien tuviera un papel relevante en el comité del Gabinete.

—Estoy listo para jugar cuando tú quieras —dijo Krajewski con el lápiz en alto.

Lentamente, Mattie empezó a recitar los nombres de varios grupos ministeriales que habrían estado al corriente de las decisiones muy al principio.

—A ver, los recortes del ejército primero. Está el ministro de Defensa, el de Finanzas, y posiblemente el de Hacienda. —Se suponía que era confidencial quiénes integraban los comités, pero era tema recurrente de cotilleos bien informados en el grupo de corresponsales políticos—. Y por supuesto el primer ministro. —Los iba contando con los dedos—. Luego tenemos al de Trabajo y al de Asuntos Exteriores.

Krajewski fue señalando nombres en la lista.

—El plan hospitalario habría requerido un comité totalmente distinto. El ministro de Sanidad, el secretario del Tesoro, los ministros de Comercio e Industria, Educación, Medio Ambiente. Creo que ya está.

Más nombres señalados.

—Pero la aprobación del medicamento de la Renox... Joder, Johnnie, eso no habría ido a parar a cualquier comité. Era un asunto departamental, tendrían que haberse ocupado el ministro de Sanidad y sus colaboradores. La oficina del primer ministro estaría al corriente, por supuesto. Y no se me ocurre nadie más.

Mattie estaba ahora a su lado y se inclinaban los dos sobre la mesa, contemplando la obra de Johnnie. Al repasar la lista, Mattie hundió los hombros.

—Por lo visto la hemos cagado —musitó Krajewski.

Solo había un nombre con tres marcas a su lado, un hombre con acceso a los tres casos de información filtrada, un hombre al que podían declarar culpable.

Henry Collingridge. El hombre que había sido la víctima de esas filtraciones. Sus esfuerzos los habían conducido a la conclusión más absurda de todas.

—¡Joder! —exclamó Mattie amargamente, y se volvió para propinarle una patada más a la caja de *pizza*, haciendo que volaran más migajas. Su frustración dio paso a lágrimas silenciosas que empezaron a surcarle las mejillas hasta caerle en el pecho.

Krajewski la abrazó.

—Lo siento Mattie. Supongo que siempre fue Roger.

Le besó las mejillas, saboreando la sal, y luego la besó en los labios de una manera que parecía pretender llevarla bien lejos de sus pesares. Ella se apartó con brusquedad.

—¿Qué pasa, Mattie? —preguntó él, dolido—. Unas veces estamos muy unidos, y otras...

Ella no contestó, se limitó a derramar más lágrimas; Krajewski decidió intentarlo otra vez.

—¿Puedo quedarme a pasar la noche?

Mattie negó con la cabeza.

—¿En el sofá?

Otra negación con la cabeza.

—Ahí fuera nieva como en la puta Alaska —insistió él.

De nuevo no hubo respuesta.

Krajewski cerró de un portazo tan fuerte al salir que se desparramaron más papeles por el suelo.



## Capítulo XLVIII

*Westminster es un zoológico. Encontraréis en él animales enormes entre rejas, a los que han dejado sin fuerzas, a los que han doblegado lentamente, que son objeto del escarnio de los cortos de miras y de quienes sienten un profundo desinterés por los más inteligentes.*

*Yo prefiero la jungla.*

*Martes, 30 de noviembre*

El ruido de los periódicos matutinos al caer en los felpudos de un millón de hogares fue como el toque de difuntos por la candidatura de Samuel. Uno por uno, director por director, cerraron filas detrás de Urquhart, no solo los títulos que Landless tenía en sus garras sino también casi todos los demás. A veces, hasta los directores de periódicos prefieren ir sobre seguro, nadar a favor de la corriente, y ésta parecía fluir inexorablemente hacia Urquhart.

Solo dos periódicos entre la prensa sería parecían nadar en solitario: el *Guardian*, porque se empecinaba en respaldar a Samuel, y el *Independent*, porque tenía demasiadas cabezas pensantes y se negaba por tanto a refrendar la de nadie.

El humor imperante se reflejaba en los dos bandos, con los partidarios de Urquhart encontrando difícil ocultar su aire de confianza, y los de Samuel preparando ya excusas.

Incluso antes de la hora fijada a las diez de la mañana, un gran grupo de diputados se había congregado ante las puertas de roble de la Sala del Comité número 14, cada uno de ellos confiando en ser el primero en depositar el voto y volverse merecedor de una nota a pie de página en la historia. La nieve cada vez más densa que empezaba a cubrir Westminster de un manto blanco confería al proceso una tranquilidad surrealista. Pronto llegaría la Navidad; las luces de Oxford Street ya se habían encendido. Paz en la Tierra. Al cabo de unas horas la batalla habría llegado a su fin, con apretones de manos en público y felicitaciones por todas partes cuando se anunciara el resultado, aunque en privado los vencedores estuviesen planeando reproches y los perdedores tramando la venganza.

Mattie no había conseguido dormir nada. Se sentía abrumada, había demasiadas ideas forcejeando unas con otras en su cabeza. ¿Por qué trataba tan mal a Johnnie? ¿Por qué se estaba enamorando de un hombre como Urquhart, al que nunca podría tener? ¿Por qué no conseguía ver una pauta en lo que estaba ocurriendo a su alrededor? Demasiados cabos sueltos. Se sentía una fracasada.

Había pasado la mañana caminando imprudentemente sobre la nieve en busca de inspiración, pero solo para acabar empapada, con los pies congelados y el pelo en húmedos y lacios mechones. Ya era primera hora de la tarde para cuando apareció en

Westminster. Había parado de nevar y el cielo se despejaba para volverse de un azul cristalino, convirtiendo la capital en una escena salida de una felicitación navideña victoriana. El Parlamento se veía resplandeciente, como un extraordinario pastel de jengibre glaseado. La bandera del Reino Unido sobre la torre Victoria se extendió orgullosa cuando pasó volando el Concorde en lo alto de camino a Heathrow. En el cementerio de St Margaret, arrebujados bajo el ala de la gran abadía medieval, los cantores de villancicos llenaban el aire con sus cánticos y agitaban latas porta monedas ante los turistas. Mattie no se fijó en nada de todo aquello.

Las celebraciones ya estaban en marcha en distintas zonas de la Cámara de los Comunes. Cuando pasaba bajo la sombra del Big Ben, uno de sus colegas de la tribuna de prensa se acercó corriendo a compartir con ella las últimas noticias.

—Alrededor del ochenta por ciento han votado ya. Urquhart tiene la victoria asegurada. Y será una victoria aplastante, por lo que parece. —La miró raro—. Madre mía, Mattie, tienes un aspecto horroroso —añadió antes de escabullirse.

Mattie sintió una oleada de emoción. Con Francis en Downing Street, tendría una posibilidad de rehacer su vida. Y sin embargo cuando pensaba en esas cosas, una fría mano de duda le oprimía el corazón. No lo merecía. Esa mañana, temprano, había cometido la estupidez de ir andando hasta su casa en Cambridge Street, sintiéndose atraída por él, desesperada por que compartiera con ella su sabiduría, solo para verlo en la distancia, besando a su esposa Mortima en el umbral para las cámaras. Mattie había agachado la cabeza y se había alejado rápidamente de allí, avergonzada de sí misma.

Pero sus dudas, y sus necesidades, habían aumentado. Estaba ocurriendo algo malévolo, atroz, pero el mundo parecía obstinadamente ajeno a ello. Sin duda Francis lo entendería, sabría qué hacer. Nunca podría volver a estar a solas con él, una vez que estuviera en Downing Street rodeado de guardaespaldas y secretarios. Si pretendía llegar hasta él, tendría que ser ahora. Era su única oportunidad.

Urquhart no estaba en su despacho, y tampoco en ninguno de los bares o restaurantes del palacio de Westminster. Preguntó por él en los pasillos, pero en vano, pues nadie parecía capaz de ayudarla. Estaba a punto de concluir que había abandonado el recinto, para ir a comer o a dar entrevistas, cuando uno de los simpáticos policías de palacio le dijo que había visto a Urquhart diez minutos antes dirigiéndose hacia el jardín de la azotea. Mattie no tenía ni idea de que semejante sitio existiera, ni siquiera de dónde estaba.

—Es lo normal, señorita —dijo el policía riéndose—, no hay muchos que conozcan la existencia de nuestro jardín en la azotea. Solo el personal, en realidad, ni siquiera los políticos. Nos gusta tenerlo en secreto, no vayan a subir todos allá arriba de golpe y estropearlo. Pero el señor Urquhart es distinto... él parece conocer todos los rincones de este lugar.

—¿Dónde está? ¿Querrá decírmelo?

—Está directamente encima de la propia Cámara. Es una terraza en el tejado en la

que hemos puesto unas mesas y sillas para que en verano el personal pueda tomar un poco el sol y llevarse sándwiches y un termo de café. Pero en esta época del año estará vacío. Excepto por el señor Urquhart, claro. Supongo que quiere reflexionar un poco estando solo. Y desde luego ha elegido el sitio ideal. ¡Pero no se atreva a molestarlo o a partir de mañana tendré que arrestarla!

Mattie había sonreído, él había sucumbido a sus encantos, y ahora ella seguía sus instrucciones y subía por las escaleras más allá de la Galería de los Extraños, y de nuevo un tramo más hasta que hubo pasado ante el vestuario de paneles de madera reservado para los ujieres de palacio. Entonces vio una puerta de incendios que se había dejado entreabierta. Cuando la atravesó emergió en la azotea, inundada de sol, y dejó escapar un grito ahogado de puro asombro. La vista era magnífica. Directamente ante ella, elevándose en el cielo sin nubes refulgiendo bajo el sol y la nieve, se hallaba la torre del Big Ben bañada de miel. Cada detalle de la piedra bellamente tallada destacaba con deslumbrante claridad, y vio cómo se estremecían las grandes manecillas del reloj al seguir su implacable curso el antiquísimo mecanismo. A la izquierda descubrió la inmensidad del techo de mosaico de Westminster Hall, la parte más antigua del palacio, superviviente de incendios, guerras, bombas, motines y revoluciones; a su derecha, el indomable Támesis fluía y refluía a su intemporal manera.

Había pisadas recientes en la nieve. Francis estaba de pie junto a la barandilla en el otro extremo de la azotea, contemplando más allá de los tejados de Whitehall los muros de piedra blanca del Ministerio del Interior. Detrás se hallaba el palacio de Buckingham donde, aquella misma noche, haría su entrada triunfal.

Anduvo por sus pisadas, porque hacerlo la reconfortaba. Él se volvió de pronto, asustado, cuando oyó crujir la nieve.

—¡Mattie! —exclamó—. Vaya sorpresa.

Avanzó hacia él, tendiendo las manos, pero algo en sus ojos le reveló que no era el momento ni el lugar. Dejó caer los brazos en los costados.

—Tenía que verte, Francis.

—Claro, cómo no. ¿Qué quieres, Mattie?

—No estoy segura del todo. Decirte adiós, quizá. No creo que vayamos a tener muchas más oportunidades de vernos, no como...

—¿Como la otra noche? Supongo que tienes razón, Mattie. Pero siempre compartiremos ese recuerdo. Y siempre tendrás mi amistad.

—También quería avisarte.

—¿De qué?

—Está ocurriendo algo terrible.

—¿Dónde?

—Alrededor de nosotros... en torno a ti.

—No te comprendo.

—Ha habido demasiadas filtraciones.

—En política pasan esas cosas.

—Patrick Woolton fue víctima de un chantaje.

—¿No me digas? —La miró con repentina alarma, como si lo hubiesen abofeteado.

—A los Collingridge les tendieron una trampa con las acciones de la Renox.

Ahora guardó silencio.

—Y creo que a Roger O'Neill lo mató alguien. —Mattie vio la incredulidad en sus ojos—. ¿Piensas que estoy loca?

—No, en absoluto. Me has parecido más angustiada que loca. Pero ésa es una acusación muy seria, Mattie. ¿Tienes alguna clase de prueba?

—Alguna. No las suficientes. Todavía no.

—Bueno, y ¿quién está detrás de todo eso?

—No lo sé. Durante un tiempo pensé que podía tratarse de Teddy Williams, quizá aún lo sea, pero no puedo hacer esto sola, Francis. Ni siquiera tengo ya un periódico para el que escribir. Confiaba en que tú pudieras ayudarme.

—Y ¿en qué te gustaría que te ayudara, Mattie?

—Creo que hay un solo hombre detrás de todo esto. Utilizó a Roger O'Neill, y luego se libró de él. Si conseguimos encontrar un eslabón de la cadena, solo uno, quizá las acciones, nos llevará hasta los demás, y todo saldrá a la luz, siempre acaba por hacerlo, y podemos...

Estaba farfullando, con las prisas por sacarlo todo. Francis dio un paso hacia ella y la cogió de los brazos.

—Se te ve cansada, Mattie. Estás muy disgustada.

—No me crees.

—Qué va, no es eso. Es posible que hayas dado con la mayor historia que escribirás jamás. Westminster es un rincón oscuro y a veces sucio donde los hombres renuncian a sus principios por unos años en el poder. Es un juego muy antiguo. Pero también es un juego peligroso. Debes tener mucho cuidado, Mattie. Si estás en lo cierto y alguien ha sido responsable de la muerte de Roger O'Neill, eso te sitúa a ti también en la línea de fuego.

—¿Qué debo hacer, Francis?

—¿Me permitirías encargarme de esto por ti, durante un tiempo? Con un poco de suerte, mañana mismo estaré en situación de hacer toda clase de preguntas, de meter unos cuantos hurones en las madrigueras de los conejos. Veamos qué surge entonces.

—¿Lo harás?

—Por ti haría casi cualquier cosa, Mattie, tienes que saberlo ya, sin duda.

Mattie dejó caer la cabeza contra el pecho de Francis, agradecida y aliviada.

—Eres un hombre muy especial, Francis. Mejor que todos los demás.

—Podría decirse que sí, Mattie.

—Hay mucha gente que opina lo mismo ahora.

—Pero ya sabes que me es imposible hacer comentarios.

Francis sonrió; sus rostros estaban tan solo a unos centímetros de distancia.

—Tienes que confiar plenamente en mí con este asunto, Mattie. ¿Lo harás? Ni una palabra a nadie.

—Por supuesto.

—Y un fin de semana, muy pronto, durante las vacaciones de Navidad, quizá podrías venirte a mi casa en el campo. Encontraré alguna excusa de que necesito revisar unos papeles de allí. Mi esposa estará escuchando a Wagner en algún rincón del continente. Tú y yo podremos estar a solas otra vez. Y pensar en todo esto.

—¿Estás seguro?

—New Forest puede ser precioso en esta época del año.

—¿Vives en New Forest?

—Cerca de Lyndhurst.

—Junto a la salida de la M27.

—Exacto.

—Pero allí fue donde murió Roger O'Neill.

—¿No me digas?

—Probablemente no queda ni a veinte kilómetros.

Él la miraba ahora de una forma muy extraña. Mattie se apartó de él, sintiéndose débil, mareada, y se apoyó en la barandilla para no caerse. Y las piezas del rompecabezas se movieron en su pensamiento y de repente encajaron a la perfección.

—Tu nombre no estaba en la lista —susurró.

—¿Qué lista?

—La de miembros del Gabinete. Porque el cargo de whip no tiene capacidad ejecutiva plena. Pero como eres el responsable de la disciplina en el partido, tuvieron que haber consultado contigo los planes de cancelación del programa hospitalario. Y los recortes en el Ejército Territorial. Para que así pudieras... ¿cómo lo dices tú?... «imponer un poco de mano dura».

—Eso es una tontería por tu parte, Mattie.

—Y cada departamento gubernamental cuenta con un subalterno de la oficina del whip para asegurarnos de que haya la debida coordinación. Tienen los dedos en el pulso, las orejas pegadas al suelo; esa clase de cosas. Son tus hombres, Francis, que te informan directamente a ti. Y como eres el whip lo sabes todo sobre sus flaquezas: quién se forra de cocaína, quién se acuesta con quién, dónde poner la grabadora...

Francis había palidecido, no quedaba ni rastro de color en sus mejillas; de no ser por los ojos, habría parecido una estatua de alabastro.

—Tenías la oportunidad. Y el móvil —susurró Mattie—. De la nada a primer ministro en solo un par de meses. ¿Cómo es posible que lo pasara por alto? —Sacudió la cabeza, burlándose de sí misma—. Creo que lo pasé por alto porque estoy enamorada de ti, Francis.

—Y eso no te vuelve muy objetiva que digamos. Como has dicho, Mattie, no tienes una sola prueba.

—Pero las conseguiré, Francis.

—¿Hay algún placer en empeñarse en encontrar una verdad así, Mattie?

Un solitario copo de nieve cayó del cielo. Observándolo, Francis se acordó de algo que un colega viejo y amargado le había dicho la primera vez que había entrado en la Cámara: que una vida en la política tenía tan poco sentido como poner toda tu ambición en un copo de nieve. Una cosa bella. Y entonces desapareció.

—¿Cómo mataste a Roger? —quiso saber Mattie.

Se había desatado un fuego en su interior, una llama de certeza que despedía un resplandor feroz. Francis supo que ya no tenía sentido andarse con rodeos.

—Yo no lo maté. Se mató él solito. Yo no hice otra cosa que tenderle la pistola. Un poco de veneno para ratas mezclado con su cocaína. Era un adicto, proclive a la autodestrucción. Un hombre muy débil.

—Nadie merece morir, Francis.

—Tú misma me lo dijiste la otra noche, Mattie. Recuerdo tus palabras con claridad. Lo recuerdo todo sobre la otra noche, Mattie. Dijiste que querías entender el poder. Los compromisos que requiere, los engaños que implica.

—Pero no esto.

—Si entendieras el poder, sabrías que a veces hacen falta sacrificios. Si me entiendes a mí, sabrás que tengo el potencial para convertirme en un líder excepcional, un líder que podría llegar a ser de los grandes. —Había una pasión creciente en su voz—. Y si entiendes el amor, Mattie, tú precisamente me darás esa oportunidad. Si no...

—¿Si no qué, Francis?

Él se quedó muy quieto, con los labios apretados y las mejillas hundidas.

—¿Sabías que mi padre se suicidó? —preguntó en voz tan baja que casi se la llevó el viento invernal.

—No, no lo sabía.

—¿Es lo que quieres de mí?

—¡No!

—¿Lo que esperas de mí?

—¡Jamás!

—Entonces, ¿por qué quieres darme caza? —La sujetaba con fuerza de los brazos, con el rostro crispado—. En la vida tenemos que tomar ciertas decisiones, Mattie, decisiones desesperadamente difíciles, por las que quizá nos odiamos pero que se vuelven inevitables. Tú y yo, Mattie, debemos elegir. Los dos.

—Francis, yo te quiero, de verdad que sí, pero...

Y esa diminuta y afilada conjunción fue lo que le hizo venirse abajo. El caos en su interior se heló de pronto, sus ojos la miraron, fundiéndose de pena como el copo que había caído del cristalino cielo de Westminster. Soltó un desesperado gemido de desesperanza, un animal presa de un dolor insoportable. Y entonces levantó a Mattie y la arrojó por la barandilla.

Ella gritó al caer, más de sorpresa que de alarma. Los gritos cesaron cuando dio contra el suelo de adoquines y quedó inmóvil.

*Era una muchacha extraña. Creo que estaba perdidamente enamorada de mí. Eso ocurre a veces, por triste que sea, con la gente en cargos públicos. Apareció un día ante mi puerta, bien entrada la noche, completamente caída del cielo.*

*¿Si estaba trastornada? Bueno, podría decirse que sí pero no me corresponde a mí hacer comentarios, aunque sí sé que había abandonado recientemente su empleo en el Chronicle y no había sido capaz de encontrar otro trabajo. No sé decirles si lo dejó ella o la despidieron. Vivía sola, por lo visto. Un caso muy triste.*

*Cuando se me acercó en la azotea me pareció perturbada y un poco descuidada de aspecto. Una serie de personas, incluidos un colega de la prensa y uno de nuestros policías de palacio, pueden atestiguarlo. Me pidió un empleo. Le dije que no sería posible, pero ella insistió, me acosó, se puso histérica. Traté de calmarla, pero solo conseguí empeorar las cosas. Estábamos de pie junto a la barandilla y ella amenazó con tirarse. Me acerqué para agarrarla, pero creo que resbaló en el hielo, las condiciones eran muy traicioneras, y antes de que pudiera darme cuenta siquiera o impedirlo, había desaparecido. ¿Fue un acto deliberado por su parte? Espero que no. Qué pérdida tan trágica de una vida tan joven.*

*No es la mejor manera de empezar un mandato de primer ministro, desde luego. Durante un tiempo me pregunté si no debería renunciar para no tener que llevar esta carga sobre los hombros. Pero en su lugar he decidido tomarme un interés especial en la cuestión de las enfermedades mentales entre los jóvenes. Debemos hacer más en ese sentido. Jamás olvidaré la tristeza de aquellos momentos en la azotea. Quizá puede sonar extraño, pero creo que el sufrimiento de aquella joven me dará fuerzas, algo por lo que vivir y de lo que estar a la altura. Me comprenden, ¿no es así?*

*Inicio mi etapa en Downing Street con la renovada determinación de unir a nuestro pueblo, de poner fin al constante flujo de cinismo que ha erosionado hasta tal punto nuestra vida como nación, y de dedicarme en cuerpo y alma a la causa de nuestro país. Me aseguraré de que la muerte de la señorita Storin no haya sido en vano.*

*Y ahora, si me disculpan, tengo trabajo que hacer.*

## Epílogo

*Me aseguraré de que la muerte de la señorita Storin no haya sido en vano.  
Y ahora, si me disculpan, tengo trabajo que hacer.*

Hace veinticinco años me metí en un follón mayúsculo, magnífico y monumental. Cambió mi vida por completo. El follón en cuestión fue este libro, *House of Cards*.

Estaba en la diminuta isla de Gozo y de un humor de perros. Empecé a quejarme de todo: del sol, del mar, y en particular del último *bestseller*. Mi compañera no tardó mucho en acabar harta de mí. «Deja ya de ser tan pedante, hombre —dijo—. Si piensas que puedes hacerlo mejor, espabila y hazlo, por Dios. ¡No estoy aquí de vacaciones para escuchar tus quejas sobre el puñetero libro!»

Alentado por su apoyo, me fui a la piscina. Nunca había pensado en escribir un libro, pero me armé con un cuaderno, un bolígrafo y una botella de vino, todo lo necesario para convertirme en escritor, con la excepción, claro está, de esos detalles sin importancia que se conocen como Personajes y Argumento. ¿Sobre qué podía escribir yo? Mis pensamientos se remontaron unas semanas atrás, hasta el motivo de que me sintiera tan dolido y de mal humor.

Sede del Partido Conservador, 1987. Una semana antes del día de las elecciones, yo era el jefe de Gabinete de Margaret Thatcher. Ella estaba a punto de ganar por tercera vez las elecciones, todo un récord, pero la combinación de un sondeo de opinión poco fiable y unos insólitos nervios de última hora habían convencido a Maggie de que podía perder. Llevaba días sin dormir bien, arrastraba un dolor de muelas atroz y decidió que debía ser otro quien sufriera. Ese otro fui yo. Un día que llegó a conocerse como «el Jueves del Bamboleo», se puso a despotricar, desató una tempestad, fue brutalmente injusta. Arremetió contra mí con su metafórico bolso una y otra vez. Estaba a punto de convertirme en una nota más a pie de página en la historia.

Cuando salimos de la sala, el viceprimer ministro, aquel viejo sabiondo de Willie Whitelaw, puso los ojos en blanco y declaró: «He aquí una mujer que no volverá a ser candidata en unas elecciones». Whitelaw había visto asomar la semilla de la autodestrucción que no tardaría en volverse evidente para el mundo entero.

Sentado junto a la piscina, las palabras de Willie aún me resonaban en los oídos. Tendí la mano para coger el bolígrafo y la botella de vino. Tres botellas más tarde, había encontrado a mi personaje —sus iniciales serían FU— y un argumento. El libro trataría sobre cómo deshacerse de un primer ministro. Así nacieron Francis Urquhart y *House of Cards*.

No se me había pasado por la cabeza que pudieran publicármelo, pues para mí no había sido más que una pequeña terapia privada, pero gracias a un maravilloso y completamente inesperado golpe de suerte, no tardó en convertirse en un *bestseller* y la BBC lo transformaría en una premiada serie de televisión protagonizada por el



magnífico Ian Richardson. Me retiré de la política activa, bastante dolido, y me dediqué a escribir a tiempo completo. Ahora, veinticinco años después de publicarse el libro, FU está cambiando mi vida otra vez. Kevin Spacey se ha metido en su piel con su sensacional serie de televisión. Han levantado de nuevo mi castillo de naipes.

Para celebrar este renacimiento de FU, he aprovechado la oportunidad para retocar un poco la novela; no hay grandes cambios, nadie que haya leído el original pensará que se trata de otro libro, pero la narrativa es un poco más rigurosa, los personajes más vistosos y los diálogos quizá más ágiles. He revisitado el libro para compensar parte de las satisfacciones que *House of Cards* me ha proporcionado todos estos años. Lo que no se ha alterado es la descarada maldad que destila la novela. Sumérjense en ella. Disfrútenla.

Y así, ¿valió la pena el vapuleo que me dio Maggie Thatcher? Bueno, ¿cómo era aquella frase? Podría decirse que sí, pero me es imposible hacer comentarios al respecto.

MICHAEL DOBBS  
Lord Dobbs de Wylde  
[www.michaeldobbs.com](http://www.michaeldobbs.com)  
[@dobbs\\_michael](https://twitter.com/dobbs_michael)



MICHAEL DOBBS. Nació en Cheshunt, Hertfordshire, en 1948. Se educó en Oxford y tras su graduación viajó a Estados Unidos para cursar un posgrado en el Centro Fletcher de Derecho y Diplomacia y en la Universidad Tufts. En 1975 volvió a su país y empezó a trabajar en el Partido Conservador, donde llegó a ser jefe de gabinete de Margaret Thatcher. Después del inmenso éxito de *House of Cards*, ha publicado hasta veinte novelas, la mayoría de ellas de intriga política.

# Notas

[1] El *whip* o *chief whip* es la figura que en el Parlamento británico se encarga de que los miembros del partido cumplan puntualmente sus obligaciones de voto cuando es necesario. (N. del E.) <<